

TESIS DOCTORAL

PROGRAMA DE DOCTORAT EN HISTÒRIA CONTEMPORÀNIA (R. D. 99/2011)



VALÈNCIA EN LA RESTAURACIÓ: REFORMAS Y PERCEPCIONES SOCIALES DEL ESPACIO URBANO (1875- 1910)

Presentada por:

Jorge Ramón Ros

Dirigida por:

Aurora Bosch Sánchez

Ferran Archilés Cardona

Noviembre de 2020

«And therein lies our dilemma: however we may feel about the urban world which is the most visible symbol of our human power –whether we celebrate the city or revile it, whether we wish to “control” nature or “preserve” it- we unconsciously affirm our belief that we ourselves are unnatural. Nature is the place where we are not»

William Cronin, *Nature's Metropolis*

«Al estar sobre estas aguas, Ícaro puede ignorar las astucias de Dédalo en móviles laberintos sin término. Su elevación lo transforma en mirón. Lo pone a distancia. Transforma en un texto que se tiene delante de sí, bajo los ojos, el mundo que hechizaba y del cual quedaba “poseído”. Permite leerlo, ser un Ojo solar, una mirada de dios. Exaltación de un impulso visual y gnóstico. Ser sólo este punto vidente es la ficción del conocimiento»

Michel de Certeau, *The Practice of Everyday Life*

Resumen

Esta tesis doctoral trata sobre la relación entre las reformas urbanas que experimentó València entre 1875 y 1910 con las percepciones espaciales de diversos grupos sociales que vivían, trabajaban en ella, la representaban y gobernaban. En concreto, explora cómo influyeron distintas maneras mediáticas y literarias de sentir y representar el espacio y el conflicto social en la ciudad en los proyectos de reforma urbana de València y, en concreto, en su casco histórico. Al igual que otras urbes europeas y españolas, las élites políticas y arquitectónicas de la ciudad del Turia plantearon la construcción de grandes vías e infraestructuras municipales, así como el derribo de barrios céntricos. En este sentido, sugiere que estas iniciativas, justificadas a menudo bajo epítetos higiénicos o circulatorios, pueden contrastarse también con tendencias o corrientes coetáneas de estigmatización social de algunas formas callejeras de vida. Para ello, no cabe perder de vista que se trata de un momento en el que el horizonte de la "cuestión social", la definición de sus sujetos y los conflictos derivados de ella son un objeto de creciente preocupación institucional e intelectual en la ciudad.

Asimismo, estos fenómenos estaban desarrollándose en paralelo a una compleja interdependencia de la ciudad con su huerta adyacente. Las labores cotidianas y reivindicaciones de labradoras y labradores en las plazas y mercados de València, así como sus ecos periodísticos, impregnaban el gobierno de "lo urbano". Y además, eran convertidos en el blanco de la imaginación literaria de equilibrios seculares y antagonismos difícilmente manejables.

La construcción del movimiento blasquista en el tránsito de siglo como fuerza sociopolítica mayoritaria en la capital del Turia se retroalimentará de algunas de estas cuestiones. Los tópicos de la "invasión" y el "bloqueo" urbano serán reinterpretados en los debates políticos y mediáticos sobre un modelo de ciudad y de pueblo en el horizonte que rompiese con un pasado medievalizado y aquellas apropiaciones socioespaciales identificadas con él en el corazón de la urbe.

Abstract

This PhD thesis examines the relationship between the urban reforms undergone in Valencia between 1875 and 1910 and the spatial perceptions of various social groups which lived, worked, represented and governed it. In particular, it explores how different media and literary approaches to feeling and representing space and social conflict in the city influenced Valencia's urban reform projects and, in particular, its historic centre. Similarly to other European and Spanish cities, the political and architectural elites of the city of Turia proposed the construction of major avenues and municipal infrastructures, as well as the demolition of some old quarters. In this sense, these initiatives, often justified under hygienic or circulatory epithets, can also be compared with contemporary trends or currents of social stigmatisation of certain kinds of street life. For this reason, it should not be overlooked that we are dealing with a moment in which the horizon of the "social question", the definition of its subjects and the conflicts derived from it are an issue of growing institutional and intellectual concern in the city.

Likewise, these phenomena were developing alongside a complex interdependence of the city with its agrarian environment. The daily tasks and demands of small farmers in the squares and markets of Valencia, as well as their journalistic echoes, impregnated the governance of "the urban". And moreover, they were converted into the target of the literary imagination of secular balances and antagonisms that were difficult to manage.

The construction of the Blasquist movement at the turn of the century as a major socio-political force in the capital of the Turia will be fuelled by some of these matters. The topics of the "invasion" and the urban "blockade" will be reinterpreted in the political and media debates about a model of city and town on the horizon that would break with a medievalised past and those socio-spatial appropriations identified with it in the heart of the city.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	10
----------------------	----

INTRODUCCIÓN

<i>¿Cómo nació esta investigación? Motivaciones, mutaciones y puntos de partida...</i>	12
<i>Sujetos y espacios de estudio.....</i>	17
<i>Los estudios urbanos en España en la Restauración: un estado de la cuestión.....</i>	21
<i>Aspectos epistemológicos. Lo urbano, la espacialidad y sus procesos subjetivados</i>	32
<i>Fuentes y aspectos metodológicos.....</i>	37
<i>Estructura de la investigación.....</i>	44

CAPÍTULO 1. HACER CIUDAD (Y HACER CAMPO) A TRAVÉS DE LA PLAZA DEL MERCADO: ALTERNATIVAS Y MOVILIZACIONES (1875-1882)

<i>1.1 Micropolíticas de orden público y sus límites. Las ocupaciones y el espacio vivido del Trench y sus alrededores (1875-1882).....</i>	47
<i>1.2 ¿Quiénes frecuentaban y qué significaba vivir en el distrito del Mercado?.....</i>	65
<i>1.3 Huelgas agrícolas de 1878 y 1882: un problema urbano.....</i>	74
<i>Conclusiones.....</i>	89

CAPÍTULO 2. LOS CONTORNOS PÚBLICOS EN LIZA DE LAS CLASES SOCIALES: EL MERCADO Y SUS SUJETOS EN LOS ALBORES DEL REFORMISMO SOCIAL EN VALÈNCIA (1882-1887)

<i>2.1. Los primeros proyectos de Mercado cubierto. Iniciativas municipales en torno a un espacio literaturizado.....</i>	91
<i>2.2. Los inicios de la “cuestión social” en València. Debates, instituciones y limitaciones.....</i>	102
<i>2.3. La armonía social en entredicho. El conflicto público en torno al impuesto de consumos en 1887.....</i>	116

<i>Conclusiones</i>	135
---------------------------	-----

CAPÍTULO 3. LOS CLAROSCUROS DE LA REFORMA INTERIOR. EL BARRIO DE PESCADORES, LOS SOLARES DE SAN FRANCISCO Y EL MERCADO AL TÉRMINO DEL SIGLO XIX (1887-1898)

<i>3.1. Proyectos e ideales urbanos en la València finisecular. Pasados y futuros entre líneas en el presente</i>	136
<i>3.2. Los usos y las representaciones del espacio en los solares de San Francisco y el barrio de Pescadores. Los conflictos sociales bajo el mantra de la higiene...</i>	149
<i>3.3. Los “Mercados dentro del Mercado”. Facetas políticas y lúdicas de la conflictividad interna</i>	164
<i>Conclusiones</i>	177

CAPÍTULO 4. LA HUERTA EN LA CIUDAD: LA CONFLICTIVIDAD AGRARIA Y EL ASCENSO DEL BLASQUISMO (1898-1903)

<i>4.1. La “popularidad” de la conflictividad social tras 1898: el caso de València.</i>	180
<i>4.2. La revolución urbana de València y los fantasmas agrarios del «estercolero»</i>	192
<i>4.3. La movilización agrícola organizada en la ciudad. La Sociedad de Agricultores de la Vega y sus disputas en el espacio público y los medios (1901-1903)....</i>	203
<i>Conclusiones</i>	221

CAPÍTULO 5. ILUSIONES Y SILENCIOS EN LOS TRÁNSITOS A UNA “GRAN CIUDAD” (1903-1910)

<i>5.1. Entre piquetas, tiros y ceremonias: la València “revolucionada” en la prensa y la literatura republicana</i>	223
<i>5.2. El derribo del barrio de Pescadores: violencia, alteridad y propiedad</i>	230
<i>5.3. Un Mercado cubierto para una nueva reforma interior de València: expectativas de futuro para superar un “presente”</i>	245
<i>Conclusiones</i>	258

CONCLUSIONES FINALES	259
FINAL CONCLUSIONS	269
ARCHIVOS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS CONSULTADAS	279
ANEXOS	281
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	292

AGRADECIMIENTOS:

El confinamiento, estado en el que he tenido que escribir la última parte de mi tesis, así como el futuro incierto que sobrevuela sobre nuestras cabezas, me ha hecho pensar en aquellas personas que han hecho posible y agradable, de un modo u otro, esta tesis. Cuatro años de investigación y debate en buena compañía que, pese a lo que los tópicos sobre el trabajo predoctoral sugieren, han sido, hasta cierto punto, llevaderos gracias a ellas.

Por un lado, quiero agradecer a mi co-directora Aurora Bosch y mi co-director Ferran Archilés sus aportaciones, sugerencias, críticas, la confianza que depositaron en mí y sobre todo, su trato humano y cercano en todo momento. Además, Aurora me invitó a formar parte de su proyecto y, así, me posibilitó optar a la concesión del contrato FPU con el que he podido financiar esta investigación. Y Ferran, en un momento delicado de mi tesis, se prestó a asesorarme y orientarme sobre aquello que más tarde sería un cambio de tema de trabajo de cuyos resultados estoy muy satisfecho.

Por otro lado, tengo presente a la actual (Javi, Inma, Blanca) y la anterior generación de doctorandos del Aula 2 (Ester, Natxo, Itziar, Laura, Vicent, Pau y Àlex). De ella, más que un buen recuerdo, me llevo una grata relación personal. Comentarios especiales merecen Vicent, compañero de despacho y de fiesta con el que he tenido debates muy enriquecedores en contextos inverosímiles, y Natxo, con el que compartí innumerables almuerzos en la cafetería de la Facultad en los que tendíamos a arreglar el mundo mediante una simple charla. Espero seguir compartiendo momentos y espacios con gente a la altura de vuestra calidad humana. También en torno al microcosmos del Aula 2, quisiera reconocer la labor de M^a Carmen Balaguer, mujer entrañable que todos los días nos abría la puerta del despacho con una sonrisa y sin ningún reproche. Asimismo, agradezco las reflexiones y críticas que recibí de las investigadoras e investigadores del seminario Lecturas del Mundo Urbano de la Universidad Complutense de Madrid, que he intentado poner en práctica a lo largo de la elaboración de la tesis. Y la paciencia del personal de la Biblioteca Histórica de la Nau, que a menudo se preguntaba por qué diantres, en plena era digital, consultaba tan a menudo el

microfilm. En esta investigación reside la respuesta a ese comportamiento aparentemente anacrónico.

Encontrar los momentos propicios para escribir esta tesis ha requerido también de ratos de desconexión mental y ocio ajenos al mundillo académico. Por ello, me gustaría recordar a todos los compañeros de la Marca (Andoni, Salva, Chuso, Jordan, Xavi) con los que la música y en general, la cultura, ha sido el hilo conductor de numerosas quedadas, conciertos y anécdotas con alguna cerveza o instrumento de por medio.

Asimismo, tengo presente a mis abuelas y abuelos. Su pasado y presente como familias dedicadas a la agricultura en la ciudad ha servido de inspiración a mi trabajo, a modo de bagaje laboral y emocional complementario. En especial, he de mencionar a mi abuela Consuelo. Las narraciones sobre su experiencia de la Guerra Civil y la postguerra en l' Horta Nord de València fueron una de mis primeras fuentes de interés por las historias, la relación entre el campo y la ciudad y, sobre todo, por los sujetos que las tejen, están y estuvieron implicados en ellas.

Y por último, pero no menos importante, la alusión a mi padre, mi madre y mi hermana es esencial. A los primeros, por proporcionarme, con su esfuerzo y sacrificio económico y personal, una educación académica y extraacadémica de calidad. A mi hermana, por su dicharachera compañía y las traducciones al inglés que ha realizado en esta investigación. Y a ambos, por aguantarme y apoyarme durante estos cuatro años de vaivenes.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo nació esta investigación? motivaciones, mutaciones y puntos de partida

Como la mayoría de estudios, la presente investigación no ha sido un camino unidireccional cuyos enfoques y sujetos/objetos de estudio se hayan mantenido invariables durante su período de gestación y maduración. Antes de detallar la metodología, el tipo de bibliografía y las distintas teorías que he manejado, creo que es necesario y honesto aproximarme brevemente al recorrido de esta investigación y al contexto social e individual de la persona que la elabora. Para alumbrar estas cuestiones, me parecen apropiadas unas palabras de Antoine Prost. A mediados de los años 90, este historiador francés argumentaba que «aquellos que se pretenden puramente científicos son quizá quienes corren más peligro, puesto que puede faltarles lucidez sobre su propia posición (...) no sienten la misma necesidad de preguntarse sobre la motivación que les mueve»¹. Interiorizada esta reflexión historiográfica, me surge la siguiente preocupación personal: ¿hasta qué punto dar por sentado una afirmación implica aceptar acríticamente, no ya su contenido, sino la “autoridad” de la persona que las realiza? Visto así, descuidar el análisis de tus puntos de partida posibilitaría desdeñar el “making of” de otras maneras y presupuestos de percibir el mundo y convertirlo en personal, ya sea en la vida cotidiana o en tu obra.

En este caso, he de reconocer que el espacio pasado y presente que tenía en mente explorar ha variado bastante. Y la naturaleza de este cambio es uno de los factores que influyeron en el resultado actual de esta tesis, con independencia del tiempo que requirió esa transición. Cuando en octubre de 2016 inicié mi contrato predoctoral en el Departament d’Història Moderna i Contemporània de la UV, tenía meridianamente claro el tipo de investigación que iba a realizar. O eso creía. En principio, seguiría profundizando en la problemática había captado mi atención en el trabajo final de Máster. En concreto, trataba la configuración del poder local y estatal en Dublín durante la segunda mitad del siglo XIX, en relación con las reformas de las infraestructuras y los espacios y comportamientos públicos/privados de sus habitantes. Era un campo vasto, en el que pensaba que podría complejizar las explicaciones que la historiografía irlandesa había ofrecido sobre el contexto social de la ciudad tras la unificación con el

¹ Antoine PROST; *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 108.

Reino Unido y la gran hambruna que asoló la isla entre 1845 y 1852. Ésta destacaba la degradación del centro urbano en paralelo a la construcción de suburbios acomodados, la escasez de espacios abiertos de relación social y, por último, la insuficiente preocupación municipal por este entorno depauperado, agravada por una fuga de residentes “respetables” que no querían convivir con la población de los *slums* ni contribuir económicamente al mismo. Interesado por estas tensiones, realicé una estancia de tres meses en el Trinity College de Dublín. Entre septiembre y diciembre de 2017 exploré archivos municipales, estatales y privados en búsqueda de legislación, prensa, correspondencia privada, literatura y otras fuentes que me permitiesen alumbrar problemas cotidianos relacionados con la pobreza o los conflictos sociales con las autoridades y las élites de la urbe. Además, visité y tomé notas sobre los espacios y obras públicas de la época que se habían conservado.

A medida que proseguía con la lectura y la reflexión sobre estos asuntos, empecé a preocuparme por dos asuntos. El más inmediato, una asimetría entre la documentación encontrada creada en privado o destinada a ser publicada. Sin embargo, el segundo fue quizás el más importante: ¿con qué perspectiva analizaba todo este trabajo? Mis primeras hipótesis apuntaban a una reforma de comportamientos públicos dirigida por entidades municipales o estatales, pero negociada con diversos colectivos de autodenominados “ciudadanos respetables”, erigidos como representantes implícitos de los grupos sociales excluidos. Pero el problema no era tanto una supuesta falta de fuentes, sino las dudas que me generaba cerrar el círculo en torno a los “reformistas” e insertar mi aparato teórico y metodológico a modo de reafirmación, creando argumentos circulares. De esa manera, tras mi jornada en los archivos, leía sobre “el espíritu reformista” de las élites que destacaba la bibliografía acerca de metrópolis del Imperio Británico como Manchester o Birmingham. Pero no me quedaba claro quiénes podían ser los “reformados”, qué usos del espacio de la ciudad realizaban para ser denostados y cómo era elaborada esa imagen de alteridad en las fuentes.

Visto desde la actualidad, los meses en Dublín me fueron muy provechosos. No sólo por los debates teóricos con los que me familiaricé, sino porque me incitaron a reflexionar sobre los pasos que daba y la perspectiva desde la que orientaba mi trabajo y perfilaba mis sujetos de estudio. De hecho, a la vuelta de la estancia, decidí emprender un nuevo rumbo a mi investigación en búsqueda de casos de estudio más cercanos a los problemas históricos y sujetos que el paso por Dublín me había suscitado aproximarme.

Las peripecias con investigaciones anteriores no son el único aspecto reseñable en este “making of”. Aquí he de agradecer a Vicent que me sugiriera la lectura de un capítulo de libro de Mónica Burguera sobre las representaciones de género en un conflicto urbano entre el gobierno municipal de València y los colectivos agrarios que trabajaban en ella a principios de la Restauración. Hasta entonces, mi conocimiento de la ciudad en ese período se reducía a una vaga imagen de planes urbanísticos inconclusos y a la aparición, casi vista de manera espontánea, de un exitoso movimiento republicano a finales del siglo XIX. Pero a este acto cotidiano en nuestro despacho, que me permitió contactar por primera vez con las investigaciones realizadas sobre mi ciudad, se sumaba un factor de atracción relacionado con mi trayectoria familiar.

La labor de los *fematers* y las labradoras de los puestos del Mercado presentes en el capítulo de Burguera me evocaba, salvando las distancias, el trabajo de mis padres, abuelas y abuelos en los mercados urbanos décadas atrás, vendiendo las frutas y verduras que habían cultivado previamente. Además, por las historias que me había contado, sabía que mi abuelo materno había trabajado como *femater* durante unos años. No hacía falta ejercitar mi imaginación para entender que el desarrollo de la ciudad de València había tenido, hasta fechas recientes, una fuerte impronta agraria a través de labores similares a las de mis familiares. Pese a que aún no tenía claro el marco de la investigación, estas primeras lecturas a principios de 2018 empezaron a plantearme si la relación entre el campo y la ciudad tenía interés no sólo para la exploración de los conflictos sociales en València, sino para entender los distintos significados de “lo urbano” en juego. Para ello, las historias que me relataban de pequeño sobre hipotéticos prejuicios y desavenencias de urbanitas civilizados frente a agricultores honrados y humildes requerirían ahora de mayor complejidad e historicidad. Meses más tarde, reconectar los espacios agrarios periurbanos en crisis con las necesidades de la población del área metropolitana me llevaría, entre otras cavilaciones, a adentrarme en el activismo con Per L’Horta². Pero en 2018, todavía no tenía claro cómo trasladar estas inquietudes a mi análisis documental.

En los primeros meses de trabajo en archivos y hemerotecas con mi nueva investigación, empecé a entender el entorno del Mercado y, de manera más general, el

² «Per L’Horta no pretén ser un grup més en defensa del territori, sinó que vol ser catalitzador de totes aquelles accions o polítiques (...) per la protecció de l’Horta de València, de posar en valor aquest paisatge, el seu patrimoni agrícola, hidric i cultural i històric.» Enlace: <https://perlhorta.info/index.php/qui-som/> (consultado el 28 de octubre de 2020)

centro histórico de la ciudad durante la Restauración como un espacio más interclasista y con mayor variedad de usos de la calle de lo que hubiese esperado. Puede que mi percepción en esos momentos empezase a ser influida por las lecturas de Henri Lefebvre y Michel de Certeau sobre “la producción del espacio” o las “prácticas espaciales”, de las que hablaré más tarde. Pero de una manera más inmediata, en mi proyecto de tesis a mediados de 2018 me preocupaban una serie de hipótesis procedentes de la historia social de la Restauración, que ligaban el autoritarismo de los gobiernos liberales de este período con la percepción de sus “sujetos gobernados”. Frente a explicaciones más fundamentadas en su reactividad frente a hipotéticos horizontes de signo revolucionario³, cobraban relevancia variables como el temor hacia las nuevas formas de vida de los trabajadores. Mientras que Manuel Pérez Ledesma apuntaba a «sus formas de agrupación en el trabajo y fuera de él» como amenaza para las normas morales y sociales en vigor⁴, Francisco Erice insinuaba que también debía comprenderse cómo se proyectaba esta alteridad a través de un distanciamiento cultural con connotaciones paternalistas o represivas. No obstante, para llegar a esta conclusión, había introducido cuestiones como el contacto no deseado, la incomodidad ante la convivencia social en un mismo espacio, la representación del “peligro” que suponía el otro⁵... Todo ello me interpelaba a repensar aquello que había aprendido sobre la “cuestión social”⁶ y la definición de las desigualdades sociales en la asignatura *Culturas del trabajo y política social en los siglos XIX y XX* del Máster Universitario de Historia Contemporánea. Y por otro lado, pese a que estos argumentos eran sugerentes de por sí, me preguntaba si este «miedo de los acomodados» y diferenciación sólo respondía a la supuesta amoralidad potencial de la clase obrera o “lo popular”, alentada según estas

³ Una interpretación clásica sobre “el bloque de poder” de la Restauración la ofreció Manuel Tuñón de Lara. Manuel TUÑÓN DE LARA; «Las élites del poder en la España de la Restauración» José A. FERRER BENIMELI; *Masonería, política y sociedad*, Zaragoza, Centro de E. Históricas de la Masonería Española, 1989, vol. 2., pp. 825-844.

⁴ Manuel PÉREZ LEDESMA; «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros» en Pilar FOLGUERA; *Otras Visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993, p. 28.

⁵ Francisco ERICE SEBARES; «Entre la represión y el paternalismo. Actitudes burguesas ante lo popular en la España de la Restauración» en Jorge URÍA (Coord.) *La cultura popular en la España contemporánea: doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 131-151.

⁶ De acuerdo con Robert Castel, la “cuestión social” puede entenderse como una paradoja vital articulada a partir de la evolución del capitalismo en la primera mitad del siglo XIX. Aunque los Estados liberales o postrevolucionarios europeos reconocían un incipiente marco político de libertad e igualdad de derechos para aquellos seres que consideraban como “ciudadanos”, existía un divorcio casi total entre este proyecto y «un orden económico que suponía miseria [desigualdad] y desmoralización masivas». Robert CASTEL; *La metamorfosis de la cuestión social*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 17.

investigaciones a reclamar su respetabilidad⁷. ¿Quiénes alimentaban este distanciamiento sensorial y cómo concebían estos espacios de contacto en el día a día?

Mientras tanto, a medida que estudiaba la prensa y la literatura citada por Mónica Burguera, Ramiro Reig y otros investigadores valencianos, percibía el Mercado callejero y sus alrededores como parte de un centro urbano crecientemente asociado a la marginalidad, la pobreza y la conflictividad. Estos planteamientos sobre la “degradación” eran desarrollados en paralelo al estudio de las “insuficiencias” de los procesos de reforma urbana que, si bien contaban con antecedentes en los primeros gobiernos del turno dinástico, el nuevo republicanismo intentaría emprender tras su éxito en las urnas municipales. Sin embargo, también era tratado en sus perspectivas como el principal foco de intercambio comercial y encuentro social de la urbe, si bien con un énfasis en su carácter tradicional y su conexión con el pasado.

¿Cómo explicar esta paradoja? Esta tensión interpretativa en València me hizo pensar que el temor defendido por Ledesma y la desigualdad social en la ciudad podía estar también relacionado con un «choque sensorial» en los espacios públicos. De ese modo, en conflictos sociales como las huelgas agrícolas o los levantamientos fiscales, la articulación de reivindicaciones concretas requería de «tomas de lugar» en el centro histórico. Mientras que la transformación de València ha sido interpretada a través de las redes de circulación continua de personas y mercancías que prefiguran sus planos y proyectos de reforma, la objetivización de estas fuentes no facilita preguntarse sobre quiénes y cómo vivían y frecuentaban el espacio urbano, sus ritmos cotidianos o las dificultades o complicidades en su coexistencia. Naturalizar explícita o implícitamente la necesidad de reforma deja de lado estimar qué relación guardaban las formas de vida y el aprovechamiento del espacio público presente con el futuro de la ciudad previsto por los impulsores de iniciativas como el Mercado Central o las grandes vías. No obstante, para evitar singularizar en exceso, opté por compararlo con otro espacio del centro de la ciudad que estuvo sometido a procesos de estigmatización y proyectos de reforma durante las primeras décadas de la Restauración. Es el caso del barrio de Pescadores, de cuyas dinámicas y percepciones trataré en el tercer y el quinto capítulo.

Hasta ahora, las investigaciones que han trabajado las reformas interiores de València habían incidido en la necesidad de «créixer cap a fora i sanejar l’interior»⁸

⁷ Manuel PÉREZ LEDESMA; *op. cit.*, p. 62 y Francisco ERICE SEBARES; *op. cit.* pp. 146-150.

desde planteamientos marcados por el vínculo entre “modernización” de la ciudad, crecimiento urbano y mejora de las condiciones de vida de sus habitantes. Sin embargo, creía que el análisis de los grupos sociales y fuentes que trataban la toma de decisiones arquitectónicas o políticas sobre la transformación de la capital del Turia no había advertido cuatro cuestiones. En primer lugar, ¿qué visiones del pasado y presente de la vida y conflicto social en el centro de la ciudad podían estar relacionadas con estas iniciativas? En segundo lugar, ¿cómo eran elaboradas las justificaciones previas o los marcos de “sentido común” que dotaban de legitimidad los proyectos de reforma interior? En tercer lugar, ¿qué lugar ocupaban o no en ellos los habitantes cuya vida y trabajo estaba fundamentada en un uso cotidiano de la calle? Y por último, ¿de qué manera fueron percibidas y tratadas en este proceso las improntas agrarias en la ciudad? A su vez, estos cuatro interrogantes podrían englobarse bajo una pregunta general: *¿cómo influyeron las producciones sociales de “lo urbano” en las transformaciones del centro histórico de València durante la Restauración?*

Sujetos y espacios de estudio

Hablar de «habitantes cuya vida y trabajo estaba fundamentada en un uso cotidiano de la calle» sin mayores dilaciones puede ser muy pretencioso y abierto a vaguedades y confusiones. Una de las incertidumbres recurrentes que suscitaba esta investigación a las personas con las que entablaba conversación o debates era cómo delimitar quiénes participaban o motivaban los procesos de reforma urbana en València. ¿Con qué criterios los he definido y organizado?

Un primer grupo consistiría en aquellas élites políticas y culturales del municipio o de la provincia que, consciente o inconscientemente, proyectaran una ciudad futura que superara los problemas de ordenamiento social y espacial que atribuían a la València de la Restauración. Concejales con ínfulas urbanísticas o miembros de la comisión de Policía Urbana del consistorio, cuerpos de arquitectos municipales o asociaciones de notables como la RSEAP jugarían un papel como órganos consultivos legitimados por su condición (o percepción de sí mismos) como representantes de los habitantes de la ciudad. Y, en el mejor de los casos, como redactores y planificadores de qué debía ser entendido en última instancia como una “reforma interior” de la ciudad.

⁸ La expresión proviene de Ramiro REIG; «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES; (coord.) *València (1808-1991): En Trànsit a Gran Ciutat*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2007, pp. 62-63.

Otro sector comprendería los equipos de redacción de los principales periódicos de València (*El Mercantil Valenciano*, *Las Provincias*, *El Pueblo* a partir de 1894, etc.) y los escritores o dramaturgos que, sin necesidad de ser oriundos de la capital, su obra comprenda algún aspecto o valoración de la vida en las calles de València. Salvo excepciones en las que pretenden mostrarse como partícipes de ese mundo cotidiano, suelen erigirse como observadores e intérpretes de los usos socioeconómicos del espacio de la ciudad, llamando a la intervención de otros agentes políticos o grupos sociales lectores o receptores de sus mensajes.

Y por último, los sujetos cuya actividad y trabajo diario comprendía la publicidad continua de su praxis y su cuerpo en las calles del centro urbano o que, en paralelo, eran asociados por la política institucional, los órganos periodísticos o los literatos a una estancia prolongada y activa en ellas. Por ambas razones, en el distrito del Mercado me he centrado en las personas dedicadas a la venta ambulante y de productos agrarios de la ciudad, mientras que en el barrio de Pescadores y sus zonas colindantes he tratado la presencia de la prostitución femenina. Como explicaré en el apartado metodológico, la aproximación a sus voces y subjetividades también nos resulta problemática por el lugar desde el que se perfilan y por las fuentes de las que disponemos, incluso en aquellos casos en los que contamos con sus memorias.

Al tratarse de conjuntos definidos para clarificar mi propuesta sobre la producción espacial y las reformas urbanas, estos tres conjuntos no tienen porqué contar con una coherencia o cohesión interna. Al mismo tiempo, su definición frente al “otro” es porosa: entre otros aspectos, porque sus ámbitos de actuación también lo fueron. Por ejemplo, un concejal o un miembro de la RSEAP pueden escribir una columna de prensa para legitimar su proyecto, un periódico tiene la posibilidad de introducir una narración literaria en sus páginas a modo de folletín, etc. En este sentido, no hay una identidad de clase clara que atraviese toda esta investigación, si bien sí que predomina un importante sesgo de género y sexo, dado que apenas había voluntad de inclusión de las mujeres en la política institucional o en los pronunciamientos públicos en la prensa.

Además, la producción de un espacio urbano, aunque pueda cristalizarse en un conflicto social, dista de ser siempre una empresa con una lógica racional. A este respecto, una reflexión de Jane Jacobs quizás ayude a entender esta dimensión. Las calles posibilitan encuentros también improvisados, dado que «reúnen a gente que no se

relaciona de una forma íntima y privada y que, en la mayoría de los casos, no pretende llegar a hacerlo»⁹. Por este motivo, resulta problemático desde el presente atribuir grados de consciencia e intencionalidad rotundos a las acciones de los sujetos del pasado. De todos modos, mi división de los sujetos estudiados no sólo se basa en reconocer la diversidad de voces y concepciones sociales de la ciudad. Asimismo, buscaba recalcar que no todas las producciones sociales del espacio están realizadas con los mismos medios (que se convierten en fuentes para nosotros por nuestra utilización y no por su “naturaleza”) ni con la misma percepción sensorial respecto al aprovechamiento de las calles. La actividad continuada en la calle de vendedoras, músicos, fematers o periodistas en un mismo entorno no implica que el grado de identificación con éste y con la ciudad sea el mismo. Y además, en estos diálogos desiguales, las acciones de unos pueden ser invocadas para legitimar los proyectos de reforma urbana “en su nombre”. En esta línea, en el caso de Pescadores el papel del “vecindario” respecto al disfrute de las calles jugará un rol ambivalente según quiénes consideren que deben poblarlas. ¿De quién era la calle?

Otra de las preguntas recurrentes en torno a esta investigación suele ser el porqué de mi elección de València como observatorio principal de análisis frente a otras ciudades. Más allá de influencias evidentes (mi posición como investigador y habitante valenciano) explorar y reelaborar los relatos del pasado de la ciudad del Turia me han proporcionado una perspectiva sugerente de la producción del espacio urbano en España y la zona mediterránea. Es así como las tentativas de un «conocimiento situado»¹⁰ de València y sus sujetos sociales pueden aportar su grano de arena desde la diferencia o la similitud en la diversidad. En primer lugar, porque a diferencia de Madrid, Barcelona o Bilbao, sus ritmos no están tan marcados por una centralidad política y simbólica estatal (en el caso de la primera) o por un proceso intensivo de industrialización que atraiga a una gran cantidad y variedad de sujetos en búsqueda de una vida mejor. Si bien, al igual que las ciudades mencionadas, el crecimiento demográfico y el dinamismo socioeconómico de València es motivado en parte por la inmigración regional, aquí también cabe contemplar otros factores. Por ejemplo, la interacción de personas, animales y mercancías con una red de pueblos próximos que, en algunos casos, serán integrados por el municipio a lo largo del período explorado.

⁹ Jane JACOBS, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011, p. 83.

¹⁰ Tomo el concepto de Donna HARAWAY; *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 327.

En relación con este último aspecto, una segunda razón radica en las claves que aporta la situación de València en un entorno agrario muy productivo y densamente poblado (la Huerta) para interpretar los ciclos de conflictividad social, los cambios políticos o las distintas representaciones de “lo urbano” que elaboran sus habitantes. A esta inclusión en la vida cotidiana de la ciudad (y en esta historia) contribuye que no se trate de una gran metrópoli como Londres o París, con entramados edificados cuyas distancias son difícilmente abarcables a pie, y que requieren de otros sistemas de movilidad. Respecto a esto, las primeras redes de tranvías y ferrocarriles en la València de la Restauración atravesarían sus calles y la Huerta para conectarla con el entorno portuario, vinculado mayoritariamente a la exportación agrícola al igual que otras ciudades mediterráneas cercanas como Alicante. La dimensión agraria también dejó huellas en la creación de su primer tejido industrial (ligado al consumo de fertilizantes orgánicos e inorgánicos, maquinaria o utensilios metalúrgicos de cultivo). Pero sobre todo, incidiría en las motivaciones de las élites económicas y políticas del municipio para crear nuevas infraestructuras o proyectos de ciudad.

Y en tercer lugar, otro potencial que ofrece la interpretación de la evolución de la ciudad del Turia en la Restauración es su aportación particular a los estudios sobre los cambios en las formas de hacer política y los sujetos de las mismas a finales del siglo XIX y principios del XX. En este contexto europeo y estatal de democratización limitada y selectiva, València fue una de las primeras grandes ciudades en las que una parte de sus habitantes fraguó un movimiento fuerte de oposición al turno dinástico. Al mismo tiempo, con el fenómeno de la *Renaixença* habían empezado a surgir debates sobre la construcción de una identidad regional y su encaje con marcos territoriales más amplios. Estas reflexiones comprendían los imaginarios proyectados por élites culturales y círculos de notables de la ciudad, pero también se alimentaban de otras maneras de entender la política. En este sentido, el republicanismo blasquista obtendría el gobierno municipal mediante a sus apelaciones continuas en los círculos mediáticos y en las calles en pro de un «pueblo» valenciano. Y a la reivindicación de este sujeto, que pretendía incluir un mayor número de grupos sociales, cuerpos y sensibilidades que la política de notables, se ligaría el desarrollo económico, urbanístico y cultural de la ciudad.

Los estudios urbanos en España en la Restauración: un estado de la cuestión

Desde principios de los años 90 del siglo XX, un lugar común en las argumentaciones de distintos investigadores identificados como partícipes en la historia urbana en España ha sido, irónicamente, lamentar una ausencia de referentes históricos que propiciaran una corriente con sello propio. Según el contexto en el que se formulase esta visión, la investigación histórica sobre la vida, trabajo y conflicto en las ciudades españolas contaba con dos lastres básicos. En primer lugar, había carecido de estructuras formales (revistas, congresos, equipos de trabajo consolidados) que cristalizaran labores pioneras, semejantes a las de James Dyos en el Reino Unido¹¹. Y como consecuencia de esta ausencia, la disciplina histórica no había sabido integrar en un campo de investigación los estudios de la ciudad en el pasado¹².

A la hora de elaborar un estado de cuestión en el que situar esta tesis, estas reflexiones de conjunto me suscitan algunos interrogantes. ¿Hasta qué punto resulta sugerente tratar en España la historia urbana como una corriente independiente, compacta y con sentido en sí misma? A fecha de 2020, el panorama investigador ha cambiado notablemente desde que José Luis Oyón y Francisco Javier Monclús señalaran que la exploración del espacio y la sociedad como matrices explicativas y organizativas que se entrecruzaban en la ciudad discurría por sendas paralelas¹³. No obstante, ello no implica concluir que los primeros trabajos en España acerca de la transformación contemporánea del entorno de las ciudades y su relación con los individuos o las clases sociales no albergaran una cierta sensibilidad interdisciplinar. Así pues, a principios de los años 70, y en paralelo a las movilizaciones urbanas desatadas en el contexto del tardofranquismo y la crisis económica de 1973 (sin obviar las resonancias de “mayo del 68”) la ciudad y sus habitantes empezaron a ser considerados como objetos de estudio y transformación social desde interpretaciones que bebían de lecturas marxistas. Frente a algunas propuestas procedentes de los estudios arquitectónicos, que explicaban el diseño y la plasmación de la ciudad como un proceso técnico y profesionalizado¹⁴, este nuevo enfoque aportaba un tratamiento de la

¹¹ John K. WALTON; «Current trends in nineteenth and twentieth-century Spanish urban history» *Urban History*, 30, 2 (2003) p. 251.

¹² Rubén PALLOL; «Deudas pendientes de la historia urbana en España» *Ayer*, 107, 3 (2017) p. 289.

¹³ Jose Luis OYÓN y Francisco J. MONCLÚS; «Espacio urbano y sociedad: algunas cuestiones de método en la actual Historia Urbana» *Arquitectura*, vol. LXIII, 236 (1982) pp. 73-74.

¹⁴ Un exponente de esta manera de historizar lo ofrece Fernando DE TERÁN; *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)* Madrid, Alianza, 1982.

vida en las ciudades a través de la óptica del conflicto de intereses y la problematización de lo construido. Por un lado, el sociólogo Manuel Castells apostaba por definir “la cuestión urbana” a modo de encrucijada ideológica en la que el espacio de la ciudad era configurado por el conflicto entre la planificación estatal y los «movimientos sociales urbanos» en torno a las esferas de producción, consumo o gestión de servicios. Así pues, la transformación de la ciudad era ligada a la lucha de clases, pero también a la participación política en las estructuras existentes, siendo las «relaciones» entre los actores de ambas esferas el punto candente del conflicto¹⁵. Una visión más territorializada aportaría la geografía urbana inspirada por Horacio Capel, que ayudaría a impulsar durante los años 80 una serie de líneas de investigación que ligaban el crecimiento de la ciudad a los intereses económicos de las élites propietarias. Partiendo a menudo de experiencias del desarrollismo franquista, estos estudios proyectaban hacia atrás una concepción de urbe “en vías de desarrollo”. Ésta era retratada como un solar cuya expansión inmobiliaria era una oportunidad especulativa para las clases burguesas, que se aprovechaba de los ciclos de crecimiento demográfico. En los márgenes de la misma, sólo quedaban difuminados los arrabales y, posteriormente, la infravivienda, ambos asociados a los sectores desposeídos y proletarizados¹⁶. Esta visión se apoyaba, sobre todo, en cuantificaciones a través de la documentación fiscal, padrones y registros de la propiedad procedentes de las entidades institucionales. En este sentido, si bien permiten intuir que el volumen de capital y territorio privatizado en manos de minorías debía producir brechas sociales en las ciudades, no permiten apreciar las otras voces y vivencias en esta relación desigual de poder. De hecho, los conflictos y negociaciones quedan en un segundo plano, en un relato que además, suele dar prioridad a las grandes ciudades, salvo algunas excepciones¹⁷. Si bien estas obras entienden el crecimiento urbano como un problema y una interacción desigual, lo entienden desde un relato despersonalizado y centrado en las grandes ciudades.

¹⁵ Manuel CASTELLS; *La Cuestión Urbana*; México, Siglo XXI, 2014 (ed. original 1974) pp. 472-476.

¹⁶ Horacio CAPEL; *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1983 (ed. original 1975). Mercè TATJER; *Burgueses, inquilinos y rentistas: mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórica de Barcelona: La Barceloneta, 1753-1982*, Madrid, CSIC, 1988. Rafael MAS; «Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración» en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO CARVAJAL; *La sociedad madrileña durante la Restauración, vol. I: población y territorio. Madrid, centro económico. Burguesía y nobleza en la Restauración*, Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, pp. 103-135.

¹⁷ Manuel MARTÍN RODRÍGUEZ; *La Gran Vía de Granada: cambio económico y reforma interior urbana en la España de la Restauración*, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1986.

Fue en contacto con este caldo de cultivo cuando fructificaron los primeros trabajos historiográficos a principios de los años 90, época en la que fueron organizados grandes eventos urbanos como la Exposición de Sevilla y los JJ.OO en Barcelona en 1992 a modo de muestras mediáticas de “progreso” de una ciudad. Los procesos de especulación inmobiliaria a lo largo de la Restauración eran retomados, pero con matices diferentes. Así pues, eran contextualizados en base a una creciente segregación socioespacial, pero también como síntomas de la continua “modernización” de las grandes ciudades, mientras que eran caracterizadas como “avanzadillas” de la mejora de la vida en este período. Para los equipos de Manuel Portilla en Bilbao¹⁸, Luis Enrique Otero Carvajal y Ángel Bahamonde en Madrid¹⁹, la creación de los ensanches y otras reformas urbanas (falta de empleo, carestía) era indisociable de los intentos municipales de aliviar las condiciones de vida y trabajo en las ciudades, marcadas por el hacinamiento y la proletarización. La división social del trabajo que propiciaba la industrialización (Bilbao, Barcelona²⁰) o un nuevo sector servicios (Madrid) el trazado de nuevas redes de transportes, la llegada de inmigración procedente del éxodo rural... todos ellos eran factores de desestabilización de las estructuras familiares y laborales derivadas del Antiguo Régimen y, como consecuencia, precipitantes de nuevas formas de movilización sociopolítica a principios del siglo XX. En el contexto catalán, un tipo similar de historiografía sería desarrollado por José Luis Oyón, Francisco Javier Monclús o Pere Gabriel, aunque menos interesado por los proyectos de reforma urbana y de modernización “desde arriba”. En su lugar, ofrecía mayor protagonismo a las dinámicas de exclusión social, movilización, sindicación en los barrios y, en general, al arraigo en el espacio urbano de los sujetos identificados con las clases trabajadoras²¹.

¹⁸ Manuel PORTILLA (Dir.); *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)* Bilbao, Fundación BBV, 1995; Jose María BEASCOECHEA; *Desarrollo económico y urbanización en la ría de Bilbao. La conformación urbana de Getxo (1860-1930)* Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 1995.

¹⁹ Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO CARVAJAL, *op. cit.*, Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO CARVAJAL; *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, Consejería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1986.

²⁰ Alejandro SÁNCHEZ (Dir.) *Barcelona 1888-1929: modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza, 1994.

²¹ Pere GABRIEL; «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920» en Jose Luis GARCÍA DELGADO (Ed.) *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 61-94; Jose Luis OYÓN; «Historia urbana e historia obrera: reflexiones sobre la vida obrera y su inscripción en el entorno urbano, 1900-1950» *Historia Contemporánea*, nº 24 (2002) pp. 11-58. Este enfoque también se reflejó en los trabajos presentes en Jose Luis OYÓN (coord.); *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras: 1918-1936*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània, 1998.

En su conjunto, estas percepciones holísticas llevarían a reforzar los puentes existentes con la arquitectura y geografía de las ciudades y a crear nuevos con la demografía histórica²² interesada en la interpretación de los cambios en modelos familiares, las “cuencas” migratorias y cuestiones de mortalidad y natalidad a través del análisis de padrones y censos. No obstante, también propiciaron la elaboración de las primeras obras colectivas sobre las transformaciones urbanas en la Restauración, en torno a una cierta actividad de congresos y encuentros historiográficos²³. En ellas, la “modernización” de las ciudades y los rasgos que se le atribuía a este concepto permitían reflexiones ágiles con un lenguaje compartido, pero al mismo tiempo, encorsetaba y homogeneizaba la mirada historiográfica. En este sentido, la expansión demográfica y morfológica de Madrid, Barcelona y Bilbao y sus redes de influencia cultural sobre sus entornos regionales jugaban un rol de espejo o vara de medir subliminal obligada para otras urbes, cuyo grado de “progreso” dependía de estos indicadores²⁴. La ciudad y “lo urbano”, de manera indistinguible, son constituidos como escenarios privilegiados de la mejora general de las condiciones de vida en base a las estadísticas recogidas, pero ¿qué grupos sociales y partes de la urbe participan y son afectados por estos cambios? ¿Y en qué medida?

La eclosión paulatina de las primeras obras sobre la València de la Restauración a lo largo de los años 80 coincide parcialmente con esta trayectoria explicada. No obstante, el tono de estos trabajos estaba también influido por otras dinámicas, procedentes de reflexiones fusterianas acerca de la transformación (o la falta de ella) de los barrios de la ciudad del Turia a finales del siglo XIX, en un contexto de “urbanización” causada por la industrialización y el desarrollismo franquista. En este sentido, la síntesis divulgativa de Sanchis Guarner había arrojado una perspectiva sombría y proyectada desde “arriba” sobre la evolución de la ciudad. Por ejemplo, según su interpretación, la “industrialización incompleta” era provocada por una burguesía que no apostaba plenamente por este proceso o los negocios inmobiliarios

²² David SVEN-REHER; «Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930» *Revista Historia Económica*, 1 (1986) pp. 39-66.

²³ Jose Luis GARCÍA DELGADO (Ed.) *Las ciudades en la modernización de España...*; Francesc BONAMUSA y Joan SERRALLONGA (eds.) *La sociedad urbana en la España contemporánea*, Barcelona, Asociación de Historia Contemporánea, 1994.

²⁴ L. Santiago DÍEZ CANO; «¿Ciudad “levítica” o ciudad diferente? En torno a la historia urbana de la España interior» *Historia Social*, 26 (1996) pp. 63-77, o Mariano ESTEBAN, Manuel REDERO y Santiago GONZÁLEZ; *Salamanca, 1900-1936: la transformación limitada de una ciudad*, Salamanca, Diputación de Salamanca, 1992.

como una fuente de enriquecimiento y desarrollo de la ciudad²⁵. Mientras tanto, con una óptica imbuida del enfrentamiento entre clases, Enric Sebastià dibujaba frente a estas élites un proletariado que subsumía implícitamente a agricultores, el pequeño comercio, los talleres de artesanía, tomando como referencia las novelas de Blasco Ibañez sobre la vida en torno a la antigua ciudad intramuros²⁶.

Estas dos concepciones no fueron cuestionadas en los trabajos de Josep Sorribes y, más tarde, de Joaquín Azagra, si bien se centraban en las élites que planteaban las lógicas de especulación urbanística y manejaban los recursos económicos del municipio²⁷. Sin embargo, Ramiro Reig complejizaría en su obra inicial esta percepción dicotómica al introducir en sus hipótesis la gestación del republicanismo blasquista y su exitosa (y conflictiva) construcción y movilización del “pueblo” en las calles de la ciudad²⁸. Y desde otro ángulo, Ricard Blasco proponía el análisis dels «Valencians de la Restauració» a través de la representación artístico-literaria de los oficios establecidos en la ciudad, y contemplados en las obras que caracterizaba como “populares”²⁹. La celebración del I Congreso de Historia de la Ciutat de València en 1988, con algunos de estos autores y un gran repertorio de trabajos de historia local centrados en la Restauración, parecía abrir nuevos debates sobre las relaciones entre los proyectos de transformación de la ciudad y la gestación de movilizaciones sociales. De hecho, cabe preguntarse hasta qué punto la magnitud de las políticas urbanísticas de València a finales de los años 80 repercutía en esta actividad divulgativa e investigadora sobre la evolución de la ciudad como espacio vivido y proyectado en el pasado³⁰.

²⁵ Manuel SANCHIS GUARNER; *La ciutat de València: síntesis d'història i de geografia urbana*, València, Cercle de Belles Arts, 1972.

²⁶ Enric SEBASTIÀ; *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibañez*, València, Fundación Instituto Historia Social, 2000 (ed. original 1966).

²⁷ Josep SORRIBES; *Crecimiento económico, burguesía y crecimiento urbano en la Valencia de la Restauración (1894-1931)* Madrid, Fundación Juan March, 1983; Joaquín AZAGRA; *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*, Madrid, Síntesis, 1993.

²⁸ Ramiro REIG; *Obrers i ciutadans: blasquisme i moviment obrer: València 1898-1906*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1982; Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad de Valencia de 1900*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1986; Ramiro REIG, «La modernització de la ciutat» *Batlia*, nº 4 (1986) pp. 61-74.

²⁹ Ricard BLASCO; *Els Valencians de la Restauració: Estudi sobre la composició de la societat valenciana del 1874 al 1902*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1986.

³⁰ En el mismo año en el que se celebró dicho congreso fue presentado y revisado un ambicioso plan general de ordenación urbanística de València. Esta iniciativa, que preveía el crecimiento futuro de la ciudad hasta el millón de habitantes, generó un conflicto por su extensión entre el gobierno autonómico y municipal que provocó la dimisión de Ricardo Pérez Casado, entonces alcalde socialista.

No obstante, y a diferencia de lo que acontecería en las urbes antes mencionadas, la renovación historiográfica fue menor en la década siguiente, salvo tres excepciones reseñables por distintos motivos. La primera consiste en la reinterpretación de Anacleto Pons y Justo Serna de la figura de las élites burguesas de la ciudad a través de una perspectiva microhistórica e influida por el “giro cultural”. En ellas, trataban en paralelo al estudio de las fuentes de su poder económico la constitución del burgués valenciano como ser cuya autoridad también provenía de un estatus social que pretendía reafirmar a través de la publicidad y privacidad de determinados comportamientos y rituales³¹. En segundo lugar, las investigaciones predoctorales de Mónica Burguera apuntaban a la producción y negociación del espacio urbano de València en interacción con dos cuestiones novedosas respecto a los trabajos anteriores³². Por un lado, introducía un análisis de las representaciones de género atribuidas a sus sujetos de estudio, las labradoras y los fematers. Y por otro lado, problematizaba su presencia en la ciudad en una atractiva encrucijada entre los usos de sus espacios públicos y un entorno agrario que, hasta entonces, había quedado relegado a estudios sobre propiedad y conflictividad rural. A ello habría que sumar algunas revisiones históricas de la evolución de la ciudad que diferían del pesimismo fusteriano³³ o reinterpretaciones de investigaciones previas, que ahora apuntaban también la dimensión simbólica de lo que se definía como “València”³⁴. Si bien con matices, obras como la de Burguera o Pons y Serna ya no contemplaban la ciudad sólo como un escenario de procesos y acontecimientos sociales. Ahora, la manera de vivir y situarse en ella contribuía también a concepciones culturales de lo que era o no “urbano” que, a su vez, dejaban huella en los sujetos que la habitaban o frecuentaban.

En paralelo, una segunda generación investigadora había empezado a surgir a partir de los años 2000 en torno a los equipos de trabajo de Madrid y Bilbao con unas

³¹ Anacleto PONS y Justo SERNA; *La ciudad extensa: la burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX*, València, Centre d'Estudis d'Història Local, 1992. Una revisión posterior aparece en Anacleto PONS y Justo SERNA; «La ciudad de papel: vecinos y propietarios en la Valencia del ochocientos» *Saitabi*, nº 56 (2006) pp. 149-166.

³² Mónica BURGUERA; «Negociando intereses rurales en el espacio urbano, economía familiar en l'Horta de Valencia en la segunda mitad del siglo XIX» Tesis DEA, Universitat de València, 2000. Años más tarde, sería revisada en Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (ed.); *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, PUV, 2008, pp. 81-114.

³³ Paul PRESTON e Ismael SAZ (eds.) *De la Revolución Liberal a la democracia parlamentaria: Valencia (1808-1975)* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

³⁴ Ramiro REIG; «La invención de Valencia» *Afers*, vol. 13, 31 (1998) pp. 569-585.

fuentes y metodología características. Los detalles demográficos y económicos de los padrones municipales eran ahora objeto de labores de rastreo, clasificación de ítems, trabajos con bases de datos y representación cartográfica de los mismos para aproximarse a la evolución del impacto del éxodo rural en los viejos y nuevos barrios, los cambios en el mundo del trabajo o en los modelos familiares³⁵. Este acercamiento, que mezclaba el estudio exhaustivo del “tiempo medio y largo” con una perspectiva microhistórica en torno a los barrios o zonas de ensanche o extrarradio, permitía generar hipótesis sobre las raíces, ritmos y desigualdades de las transformaciones del entorno urbano y las condiciones de vida. Según estas concepciones, el crecimiento de las grandes ciudades respondía a una concepción del territorio como suelo potencialmente urbanizable. Empero, ahora tenían mayor presencia en los estudios la demanda de mano de obra y la atracción que generaba la construcción de vivienda e infraestructuras, así como la evolución de sus tipologías arquitectónicas y funciones sociales³⁶. Servicios que, a menudo, eran entendidos como necesidades o reivindicaciones sociales que las instituciones debían satisfacer.

No obstante, las imágenes fijas y categorizaciones sociales tejidas con las estadísticas constituidas a través del padrón dejan fuera a sujetos sin hogar o las interacciones temporales de personas procedentes de poblaciones aledañas. Y sobre todo, con la igualación y comparación de las personas censadas en estos registros objetivados, ¿cuál era el lugar de la creatividad, la subjetividad y el disenso? Los padrones no facilitan preguntarse acerca de qué diversas maneras las personas incluidas se percibían y concebían, sin imperativos legales y con improntas emotivas, a sí mismas, a sus allegados y sus modos de vida y trabajo. Y cuando salían a colación, las vertientes subjetivas de los comportamientos y conflictos sociales en estas investigaciones eran en ocasiones significadas como “resistencias”, a remolque de la marcha de los grandes procesos. Ahora bien, en esta nueva historiografía también existían trabajos que combinaban el tratamiento estadístico y de las subjetividades. El análisis de Fernando Vicente sobre las connotaciones culturales que las élites y las

³⁵ Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS; «El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931» *Historia Contemporánea*, 39 (2010) pp. 541-588; Rocío GARCÍA ABAD; *Historias de emigración: factores de expulsión y selección de capital humano en la emigración a la Ría de Bilbao (1877-1935)* Bilbao, UPV, 2004; Jose María BEASCOECHEA y Luis Enrique OTERO CARVAJAL (eds.) *Las nuevas clases medias urbanas: transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata, 2015.

³⁶ Charlotte VORMS; «La ville sans plan? Le faubourg de la Prosperidad à Madrid (1860-1940)» *Histoire Urbaine*, n°8, 2 (2003) pp. 103-128.

“clases medias” atribuían a la segregación socioespacial³⁷ o la tesis de Nuria Rodríguez sobre la publicidad y los nuevos comportamientos de consumo a principios del siglo XX son dos ejemplos de ello en Madrid³⁸.

En este estado de la cuestión, no he pretendido ceñirme a los estudios que se identifican explícitamente con los debates sobre historias urbanas para evitar caer en un nominalismo reduccionista. Por ello, es necesario señalar que a finales de los años 90 una historiografía de corte sociocultural empezaba a interpretar los contornos del mundo urbano y rural a partir de la construcción de los lenguajes, representaciones y experiencias de clase o género, en consonancia con los "giros" que tomaron las ciencias sociales y la forma de hacer historia en la década previa³⁹. Uno de los ejemplos de este nuevo enfoque se gestó en el País Vasco⁴⁰, donde introdujeron como variables controvertidas de la intensa industrialización del territorio no sólo las duras condiciones de vida y trabajo sino, crecientemente, cómo eran concebidas éstas en las producciones de “pánicos sociales” y alteridades en las ciudades. A modo de brechas de la «cuestión social», investigadoras como Mercedes Arbaiza o Miren Llona han analizado la estigmatización de la prostitución femenina o los trabajadores de la industria en base a prejuicios de género, lenguajes degeneracionistas o sensaciones de sordidez o extrañeza en una urbe no siempre familiar⁴¹. A su vez, algunas de estas cuestiones también han sido tratadas en nuevas perspectivas de los vínculos entre la movilización política y la composición social de los barrios apuntadas en los planteamientos de Oyón⁴². Si bien la urbanización y la evolución de los espacios urbanos suele situarse en ellos como un telón de fondo y no un objeto de análisis en sí, las redes que se tejen sobre la desposesión material y la definición o regulación de comportamientos "respetables" en el día a día en la ciudad impregnan también las representaciones de "lo urbano". De ese

³⁷ Fernando VICENTE; *Los barrios negros: el Ensanche Sur en la formación del moderno Madrid (1860-1931)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011.

³⁸ Nuria RODRÍGUEZ MARTÍN; *La capital de un sueño. Madrid 1900-1936: la formación de una metrópoli europea*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2013.

³⁹ Una evaluación lúcida de las continuidades y los cambios en las ciencias sociales y la historia en la década de los 80 a través de la experiencia personal de su autor aparece en Geoff ELEY; *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, University of Michigan, 2005, pp. 115-181.

⁴⁰ Uno de los trabajos en los confluye esta nueva historia sociocultural con los estudios demográficos de los años 90 es la obra colectiva de Luis CASTELLS (ed.) *El Rumor de lo cotidiano: Estudios sobre el País Vasco contemporáneo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1999.

⁴¹ Mercedes ARBAIZA, «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)» *Ayer*, 98 (2015 pp. 45-70; Miren LLONA, «La prostitución y la identidad de la clase obrera en el tránsito del siglo XIX al XX. Un análisis de género a la obra literaria de Julián Zugazagoitia» *Historia Contemporánea*, 33 (2006) pp. 719-740.

⁴² Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto (1898-1937)* Madrid, Alianza, 2005.

modo, cabría reflexionar en qué medida estas propuestas han matizado las «deudas pendientes» de la historia urbana, en referencia a las declaraciones sobre la falta de estudios que vincularan la construcción de la ciudad a través de las identidades sociales en conflicto y la multiplicidad de experiencias de sus habitantes⁴³.

En la última década, las investigaciones sobre “lo urbano”, sus espacios y sus sujetos han recibido un notable impulso desde distintas miradas epistemológicas que, por desgracia, no siempre han permeado los marcos historiográficos en España. La antropología y la sociología atraída por los "marxismos espacializados" se han hecho eco de una nueva ola de desasosiego sobre el gobierno, la acción humana y el desarrollo desigual de las ciudades⁴⁴. Reflexiones que, en último lugar, responden a contextos sociales que atraviesan los contornos del parcelado mundo de la investigación. El futuro de la ciudad como entorno de vida cada vez más omnipresente y entramado de convivencia y/o coexistencia social y material ha sido problematizado con los golpes de las crisis del siglo XXI y las distintas respuestas a ellos. Estas engloban las significaciones "públicas" que adquirieron las plazas y las calles como centros de creación política inclusiva entre 2008 y 2012 (Primavera árabe, 15M, Occupy Wall Street)⁴⁵. Pero también las derivas gubernamentales de "securitización" de los entornos urbanos, en pro de una idea selectiva de "lo público" y su ciudadanía garante⁴⁶. En conjunto, estas disyuntivas han invitado a nuevas preguntas acerca de las vidas pretéritas en las ciudades y su construcción cultural y material. Por distintos caminos y no siempre de manera racional, la cotidianeidad de ambas realidades probablemente haya contribuido a un creciente interés historiográfico en España por "la producción del espacio" y los "derechos a la ciudad" que ante otro ciclo de conflictividad (el fenómeno de mayo del 68) había propuesto Henri Lefebvre. Un ejemplo sugerente de esta relación entre las inquietudes presentes y la explicación/narración acerca del pasado urbano reside en las motivaciones que Alejandro Pérez-Olivares expresaba en su investigación sobre la represión política en un barrio madrileño en la postguerra:

«La historia que aparece en este libro no comienza en 1939. Ni siquiera setenta y cinco años después (...) Comienza con las preguntas que me surgieron durante las horas de archivo, lectura y reflexión como investigador y como habitante de un mundo marcado por la extensión de la inseguridad

⁴³ Rubén PALLOL; «Deudas pendientes de la historia urbana... pp. 300-302.

⁴⁴ Edward SOJA; *Postmetrópolis: estudios críticos sobre las ciudades y regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008.

⁴⁵ Andy MERRIFIELD; *La nueva cuestión urbana*, Pamplona, Catakak, 2019.

⁴⁶ Manuel DELGADO; *El espacio público como ideología*, Madrid, Catarata, 2015.

tras los atentados del 11-S, por la pujanza del miedo como operador político y el control social como herramienta del gobierno neoliberal en los albores del siglo XXI. Comienza con una pregunta concreta. ¿Qué ocurrió en Madrid después de 1939 para que varias personas pasaran cerca de siete años en una cárcel franquista? ¿Qué estaba sucediendo en las calles de su ciudad mientras ellas estaban en prisión?»⁴⁷

Así pues, una tercera ola de estudios historiográficos sobre “lo urbano” están transitando hacia la perspectiva de la “producción social del espacio”, sin descartar el trabajo estadístico y demográfico ya realizado. Esta noción posibilita entender, como una cara más de ella, los procesos de transformación urbana como un ejercicio de planificación arquitectónica o voluntad institucional de materializar un proyecto de ciudad futura. Sin embargo, también intenta comprender las huellas y vivencias de los sujetos que habitan, caminan y trabajan y hacen suyo el barrio u entorno cotidiano de relación social, así como las representaciones culturales que éstas pueden sugerir, evocar y vehicularse a través de la prensa y literatura. Trabajos en marcha como los de Carlos Hernández Quero y Luis de la Cruz apuntan a una diversidad de sujetos con maneras autónomas de hacer política en los barrios, que van más allá de las demandas a instituciones municipales⁴⁸. Otras posibilidades ofrecen la investigación de Cristina De Pedro, que defiende un vínculo entre la reforma de las infraestructuras culturales de Madrid y una multiplicidad creciente de roles sexuales y de género entre las clases que participaban en ellas⁴⁹. O la de Rafael Buhigas, centrada en las representaciones socioculturales del extrarradio vertidas por la prensa y la burocracia de esta misma ciudad que estigmatizaban a las poblaciones gitanas⁵⁰.

Ahora bien, señalar su potencial creativo no impide sopesar los interrogantes o los problemas históricos que no han sido considerados en esta nueva historiografía. El primero de ellos es que, al igual que muchos relatos previos, suele desarrollarse desde el trabajo documental y la vida en las grandes metrópolis como microcosmos en sí⁵¹. A

⁴⁷ Alejandro PÉREZ-OLIVARES; *Victoria y control en el Madrid ocupado: los del Europa (1939-1946)* Madrid, Traficantes de Sueños, 2017, p. 33.

⁴⁸ Carlos HERNÁNDEZ QUERO; «Cuerpos bajo el metal, piedras contra el tranvía. Tráfico rodado, cultura de barrio y conflicto en los suburbios del Madrid de entreguerras» *Crisol*, 5 (2019) pp. 85-112; Luis DE LA CRUZ; «Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño» en Mónica MORENO (Coord.); *Del Siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

⁴⁹ Cristina DE PEDRO ÁLVAREZ, «El impacto de la modernización urbana en los espacios de intercambio sexual de Madrid. La calle Santa Brígida, un estudio de caso (1870-1936)» *Crisol*, 5, (2019) pp. 126-161.

⁵⁰ Rafael BUHIGAS; «Un espacio de producción y de sociabilidad laboral en las sombras de la capital. El barrio de las Cambronerías en Madrid (1868-1930)» en *IX Congreso de Historia Social* (Oviedo, 7-9 de noviembre de 2019).

⁵¹ Una excepción consiste la investigación de Javier San Andrés, que problematiza las transformaciones espaciales de Guadalajara de acuerdo a las formas de hacer “comunidad” en el mundo laboral y con los

menudo, la comparación y contrastación de contextos recurre en su mayoría a la búsqueda de similitudes con otras capitales europeas como Londres, París o Berlín. Esto se traduce, a menudo, en una dotación de centralidad y ejemplaridad a los sucesos y fuerzas que enlazan con algunos tópicos sobre estas grandes ciudades no siempre extrapolables a realidades más pequeñas: mayor "autonomía" de comportamientos individuales y promoción social, creación de un sector económico terciario en torno a una nueva oferta de ocio popular, etc. Este enfoque quizás también tenga sus raíces en un segundo límite: el mantenimiento de la modernidad como horizonte último de progreso social cuyo significado, sin embargo, es sumamente ambiguo. Según los objetivos de cada investigación, ésta aparece como estándar de condiciones de vida a lograr, desborde, atomización social, o la descomposición de formas consuetudinarias de utilización del espacio público⁵². Por último, un tercer problema que he percibido es que centran la producción de espacio urbano en las calles y plazas de los barrios⁵³ sin dar pie a comprensiones de este proceso como un juego relacional con la producción de un espacio "natural" no mediatizado, si bien esta es una crítica ya formulada en los años 80 y 90 a las tesis lefebvrianas⁵⁴. Las interacciones comerciales, los movimientos de los sujetos y las formas de entender su espacio cotidiano pueden trascender las barreras arquitectónicas o los límites administrativos atribuidos a la ciudad como superficie edificada o censada. En este sentido, investigadores como Pedro A. Novo ya se aproximaron a principios de los 2000 a esta dimensión relacional y metabólica, en su perspectiva sobre los problemas de abastecimiento de agua potable y eliminación de los residuos en las ciudades⁵⁵. Así pues, el "giro ambiental", con su potencial y sus límites

usos consuetudinarios de las calles. Javier SAN ANDRÉS; «Sentido comunitario y articulación social en una ciudad provincial (Guadalajara, 1850-1936)» en Sandra BLASCO; Carlos ADÁN y Alfonso BERMÚDEZ (eds.); *Identidades en transición*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 573-602. Para el caso de Segovia (aunque subraya las dependencias respecto a ciudades más grandes) existe la tesis de Rubén DE LA FUENTE NÚÑEZ; *La ciudad dependiente: el lento caminar de una ciudad interior. Segovia 1860-1930*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2016.

⁵² Debo el sentido de esta reflexión a las observaciones de Xavier Andreu en los Seminarios de Historia Cultural del Dept. d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat de València.

⁵³ Un análisis de estas "culturas de barrio", a caballo entre el ensayo y el relato histórico, lo ofrece Luis de la Cruz en Luis DE LA CRUZ; *Barrionalismo*, Madrid, Decordel, 2018.

⁵⁴ Neil SMITH; «Antinomies of Space and Nature» en Andrew LIGHT y Jonathan M. SMITH (ed.); *Philosophy and Geography II: The Production of Public Space*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 1998, pp. 49-69.

⁵⁵ Pedro A. NOVO; «El agua potable a domicilio y los residuos urbanos bailan un complejo pas a deux (1850-1930): una aproximación metodológica e historiográfica» *Historia Contemporánea*, 24 (2002) pp. 282-319.

epistemológicos, puede ser una vía de renovación interdisciplinar de los estudios urbanos en España en las próximas décadas⁵⁶.

Aspectos epistemológicos: lo urbano, la espacialidad y sus procesos subjetivados

Hasta aquí una panorámica personal y limitada al Estado español de los estudios que, de alguna manera, han intentado aproximarse a la comprensión de “lo urbano” en las últimas décadas. Ahora bien, ¿de qué cosmovisiones y debates generales me he servido en esta investigación para dotarles de significados alternativos a ellos y a mis fuentes? De manera recurrente, y semejante a la última ola historiográfica, esta tesis gira en torno a dicha noción como “entorno y proceso relacional en construcción”. Pese a ello, incluir esta problematización en genealogías de una concienciación histórica progresivamente perfeccionada soslayaría el contenido de estos debates. ¿Qué supone identificarme con estas perspectivas?

Desde los cambios epistemológicos moldeados por distintas experiencias de movilización social entre los años 60 y 70, la preocupación por dar sentido a “lo urbano” en las ciencias sociales ha ido a menudo asociada a una problematización creciente del espacio como dimensión de nuestra praxis y manera de habitar el mundo. De acuerdo a Simon Gunn, el análisis de la relación entre la historia como forma de conocimiento y las ideas de espacio, lugar e identidad constituía una de las bases de la práctica de la historia urbana actual⁵⁷. No obstante, estos debates se engloban en marcos que traspasan los límites de la disciplina, y que remiten a la propia definición del espacio. Frente a las concepciones matemáticas de un “espacio universal”, vector intangible y neutro cuya definición era cuasi ajena a la comprensión humana, Henri Lefebvre propuso entenderlo como una elaboración social producida a través de la negociación, conflicto o superposición de tres tipos de praxis. Intentando resumir las concepciones del filósofo francés, éste era fruto de *prácticas espaciales*, que implicaban el ejercicio activo de la movilidad de sus habitantes a lo largo de su vida, las

⁵⁶ Una de las principales reflexiones teóricas en España sobre estos enfoques consiste en la obra de Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA y Víctor M. TOLEDO, *Metabolismos, naturaleza e historia: hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*, Barcelona, Icaria, 2011.

⁵⁷ Simon GUNN; «The spatial turn: changing histories of space and place» en Simon GUNN y Robert J. MORRIS; *Identities in Space: Contested Terrains in the Western City since 1850*, Ashgate, Aldershot, 2001, p. 1.

representaciones del espacio, con un cariz geométrico y cuantitativista, y las maneras de experimentar y describir su interacción con él mediante los sentidos⁵⁸. En esta investigación, he intentado plasmar que estas tres vertientes no están asociadas a sujetos determinados *per se*, sino que se entienden como distintas facetas vitales. El arquitecto que diseña *sus* planos pisa las calles en las que quiere plasmar su proyecto, la vendedora del mercado puede contar con *sus* mapas mentales de la ciudad para orientarse en sus labores rutinarias, así como un escritor puede recurrir a sus vivencias pedestres a la hora de imaginar su espacio literario. Esta tríada me ha permitido entender el espacio como una construcción sociomaterial relacional y conflictiva y con ello, ha posibilitado entenderlo como algo más que un escenario para la actividad humana. Pese a ello, su uso también ha generado críticas por no adentrarse en las jerarquías de poder desarrolladas en la producción espacial o explicar qué papel juega la “producción de la naturaleza” en estos procesos⁵⁹. De todos modos, y teniendo en cuenta estas consideraciones, los planteamientos de Lefebvre me interesan por el potencial que dotan en última instancia al cuerpo situado de los sujetos y la «toma de lugar» de sus acciones. Esta concepción espacial permite entender de otra manera las nociones de “centro” y “periferia” y las viejas polémicas entre la agencia del sujeto y el peso de las estructuras, en ocasiones soslayadas con una percepción demasiado homogénea de la influencia de “lo urbano”⁶⁰. Y además, permite complejizar la discontinuidad que activistas como Jane Jacobs habían establecido en grandes ciudades como Nueva York entre la ordenación socioespacial prevista por los arquitectos dedicados a la planificación urbana y los usos cotidianos de las calles de sus habitantes. De acuerdo a Jacobs, «la gente [sin especificar *qué gente*] es marcada con los signos hexagonales de los urbanistas, zarandeada, expropiada y desarraigada como si sobre ella se hubiera abatido una potencia conquistadora»⁶¹.

⁵⁸ Henri LEFEBVRE; *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, (ed. original 1974) pp. 92-100.

⁵⁹ Desde la geografía marxista, el principal exponente de estas críticas fue Neil Smith, que veía en los análisis de Lefebvre un revulsivo incompleto por su indeterminación conceptual. Ambas aparecen desarrolladas en Neil SMITH; *Desarrollo desigual: naturaleza, capital y la producción del espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, pp. 131-132 y 227-230, y sobre todo en Neil SMITH; «Antinomies of Space and Nature...».

⁶⁰ Según Dorothee Brantz, éste es un riesgo inherente a un uso acrítico del concepto de “agencia urbana”. «Would a ‘city’ be responsible for poor housing conditions and public health problems? (...) If we individualize and perhaps anthropomorphize cities as objects of study, what happens to structures, how can we illuminate them and their impact on urban processes? Dorothee BRANTZ; «Assembling the multitude: questions about agency in the urban environment» *Urban History*, 44, 1 (2017) pp. 131-132.

⁶¹ Jane JACOBS; *op. cit.*, pp. 34-35.

Por un camino distinto y con otros interrogantes, el problema de la espacialidad de la vida urbana también emergió en las reflexiones post-estructuralistas derivadas en los años 80 y 90 del debate de la obra de Michel Foucault. A lo largo de su vida, el filósofo francés desarrollaría una preocupación creciente por la biopolítica como una territorialización del “gobierno” fundamentada *a través* del disciplinamiento de las conductas de los seres humanos⁶². Un ejemplo de sus planteamientos lo proporcionaba en la siguiente metáfora:

«What does it mean to govern a ship? It means clearly to take charge of the sailors, but also the boat and its cargo; to take care of a ship means also to reckon with winds, rocks and storms; and it consists in that activity of establishing a relation between the sailors who are to be taken care of and the ship which is to be taken of...»⁶³

Esta analogía funciona para entender, en líneas generales, las dimensiones globales y a la vez íntimas del ejercicio de gobierno para Foucault: una *governmentality*. Ya en el siglo XXI, esta concepción biopolítica ha sido reapropiada por un parte de los estudios urbanos para desarrollar sus teorías sobre la reforma y gobierno municipal tras la Revolución Industrial, ligándolas a la propia construcción del liberalismo decimonónico⁶⁴. No obstante, la interpretación que estas obras realizan del espacio urbano como un entorno tejido a través de la vigilancia, supervisión mutua y dominación en diversos niveles deja una serie de problemas sin atender. En este sentido, Michel de Certeau había revisado las perspectivas panópticas de Foucault, dotándoles de un sentido menos totalizador y que puede compaginarse con la noción de la producción espacial de las propuestas de Lefebvre.

Para De Certeau, las ciudades podían ser entendidas, a vista de pájaro, como una gigantesca masa con cierta homogeneidad. Pero al descender su escala de análisis al pie de la calle, Certeau desplazaba su atención del “concepto de ciudad” a las “prácticas urbanas” como prácticas espaciales. De ese modo, la quietud y el movimiento humano, ejemplificado en actos tan cotidianos como pensar a dónde ir mientras caminas, tomar un recorrido u otro, ocupar un espacio en una plaza, tomaban significación como formas de habitar y construir lo urbano no siempre condicionadas de manera disciplinaria⁶⁵.

⁶² La obra básica para entender cómo Foucault teje este vínculo es Michel FOUCAULT; *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016 (ed. original 1976).

⁶³ Michel FOUCAULT; «Governmentality» en Graham BURCHELL, Colin GORDON y Peter MILLER; *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 93-94.

⁶⁴ Patrick JOYCE; *The Rule of Freedom*, Londres, Verso, 2003; Chris OTTER; *The Victorian Eye: A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

⁶⁵ Michel DE CERTEAU; *op. cit.*, pp. 91-99.

Con su distinción entre *espacio* y *lugar*, una calle, un mercado o una plaza podía constituirse en un *lugar* estable, generador y punto de anclaje de relaciones comerciales y personales. Pero al mismo tiempo, eran *espacios* que cobraban un determinado sentido en relación con la identidad y los movimientos de los objetos y sujetos que dejaban su huella en ella⁶⁶. La «toma de lugar» de una marcha improvisada, una ocupación temporal o un abandono colectivo de una plaza es significativa más allá de las proclamas o comunicados públicos emitidos por sus participantes para justificar dichas acciones⁶⁷. Asimismo, esta comprensión del espacio a través de la acción y la movilidad puede enlazar en las fuentes documentales con los desplazamientos (las representaciones) que, según Roger Chartier, efectúan entre líneas los sujetos lectores de los enunciados o proclamas que sus creadores proponían⁶⁸.

Estas subjetivaciones del espacio pueden resultar especialmente útiles para realizar análisis de la construcción de identidades urbanas, atravesadas por la clase, el género y la raza. Así pues, si bien estos procesos no tienen por qué contar con una intencionalidad política, en ocasiones pueden formar parte de «discursos ocultos» de dominación y resistencia en torno a estas vertientes⁶⁹. Aun así, esto no supone rechazar por completo la noción de *governmentality*, sobre todo, en lo referente a la naturalización de los comportamientos de los sujetos y la producción discursiva de espacios en peligro y de peligro⁷⁰. Tanto las observaciones de los “marxismos espacializados” como de los trabajos inspirados por Foucault han enriquecido geografías como la de Richard Dennis, sobre las tensiones de integración y segregación social a través de la producción y representación de “lo urbano”⁷¹. O las historias de Anneleen Arnout, que combinan el análisis de nuevas culturas de consumo y

⁶⁶ MICHEL DE CERTEAU; *op. cit.*, pp. 117-119.

⁶⁷ Aquí sigo las concepciones de Judith Butler, filósofa feminista post-estructuralista, sobre la publicidad de los sujetos manifestantes en un contexto de protestas urbanas. Judith BUTLER; *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Paidós, 2017, pp. 15-17 y 25-27.

⁶⁸ Roger CHARTIER; *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. XI.

⁶⁹ James C. SCOTT; *Los dominados y el arte de la resistencia: discursos ocultos*, México, Era, 2000, pp. 23-40.

⁷⁰ No sólo las observaciones de Foucault me han hecho reflexionar sobre estos problemas históricos. Por ejemplo, la obra de Alain Corbin sobre el papel de los sentidos (en concreto, el olfato) en la apreciación de las clases sociales ofrece maneras de entender cómo las élites gubernamentales y médicas reafirman y generan prejuicios o estereotipos culturales de descontrol o autocontrol sobre ellas. Alain CORBIN; *El perfume y el miasma: el olfato y lo imaginario social: siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

⁷¹ Richard DENNIS; *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

espectáculo en la Bruselas decimonónica con la transformación de los roles de sus autoridades municipales⁷².

Un problema recurrente en este tipo de estudios, y que en esta investigación he tratado de tener presente, reside en hablar y analizar la ciudad y los procesos de urbanización como sinónimos que se refieren a una misma realidad. A este respecto, David Harvey invitaba a entender la urbanización contemporánea en el mundo occidental no sólo como causa inmanente al crecimiento demográfico, sino como una trama heterogénea de procesos que producen y reproducen nuevos contextos de organización y acción social. La complejidad de esta comprensión reside en que, al mismo tiempo, la urbanización está marcada (consciente o inconscientemente) por grupos sociales y motivaciones personales muy dispares: «from that of financial markets to those of immigrant populations whose lives internalize heterogenous spatio-temporalities depending upon how they orientate themselves between place of origin and place of settlement»⁷³. O, en el caso de esta investigación, grupos sociales que, sin residir o estar censados necesariamente en la ciudad, son fiscalizados por ella, participan en su abastecimiento agroalimentario o se benefician de sus desechos.

Frente a un pasado predecimonónico de crecimiento de “lo urbano” sometido a los límites materiales que le ofrecía el territorio en el que se asentaba, Harvey argumentaba que los contextos dispares de producción de estos procesos sociales no permitían previsiones sobre cómo serían los futuros desarrollos urbanos⁷⁴. Ahora bien, esta ruptura profunda entre las dependencias del pasado y las posibilidades de futuro que apunta bebe bastante del propio espacio vivido del geógrafo británico, caracterizado por el modelo anglosajón de ciudad suburbanizada y (post)industrializada tempranamente. En ese sentido, la producción del espacio de València en el tránsito del siglo XIX al XX no puede entenderse como una disociación radical y racionalizada de su entorno agrario, sino como una superposición compleja, conflictiva e intermitente. Estas reflexiones son alumbradas por dos perspectivas distintas. Por un lado, los “estudios culturales” de Raymond Williams, sobre la imaginación literaria de los límites entre lo rural y lo urbano, y por otro lado, la obra de William Cronin, que introduce también los componentes metabólicos del crecimiento de Chicago a través del “Great West”. En

⁷² Anneleen ARNOUT; *Streets of Splendor. Shopping culture and spaces in a European capital city (Brussels, 1830-1914)* Abingdon, Routledge, 2019.

⁷³ David HARVEY; «Cities or Urbanization?» *City*, vol. 1, 1-2 (1996) p. 52.

⁷⁴ *Ibidem*, p. 53.

ellas, las fronteras entre campos y ciudades se desdibujan para desnudarse de su hipotética esencia:

«Aún podía darse un contraste entre la ciudad y el campo, inspirado en sentidos más antiguos de la armonía y la inocencia rurales. Pero el contraste se marcaría en otros sentidos: entre la conciencia e ignorancia; entre la vitalidad y la rutina; entre el presente y lo real y el pasado o la pérdida.»⁷⁵

«I wondered, had I managed to see the plowed fields and second-growth forests of southern Wisconsin –a landscape of former prairies now long vanished– as somehow more “natural” than the streets, buildings, and parks of Chicago? All represented drastic human alterations of earlier landscapes.»⁷⁶

En resumen, el “pasado” y sus barrios y sujetos asociados a él en València, en las múltiples formas con las que periodistas, arquitectos, políticos lo moldearon, pueden ser vistos como objeto de reformas presentes. Pero la vitalidad que había detrás de esta *presencia* y los defensores de las transformaciones urbanas no es baladí a la hora de entenderlas. Y por lo tanto, las fuentes y los marcos teóricos con los que las he analizado no están exentos de problemas de aproximación y tratamiento metodológico.

Fuentes y aspectos metodológicos:

A lo largo de esta investigación, he manejado e interpretado como fuentes primarias tres grandes conjuntos de documentación. En primer lugar, aquella que deriva de las instrucciones o evaluaciones de los cuerpos de orden público, instituciones con autoridad en el municipio o próximas a su órbita, como la RSEAP o el cuerpo de gremios. En segundo lugar, las crónicas locales y artículos de opinión emitidos por la prensa con mayor tirada de la ciudad, contrastados en ocasiones con aquellas elaboradas por periódicos estatales a través de las primeras corresponsalías y agencias de noticias. Y por último, una diversidad de manifestaciones literarias, entre las que destacan las novelas que representan los barrios y conflictos en Valencia a finales del siglo XIX.

Mi tratamiento de estos bloques de fuentes ha consistido en un análisis del discurso que trascendiese lo lingüístico y que lo entendiese como una creación por y para sujetos no sólo lingüísticos, todo un reto al no poder contactar con aquellos que las enunciaban o que les prestaban atención. Entender el significado de las palabras implica

⁷⁵ Raymond WILLIAMS; *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 293.

⁷⁶ William CRONON; *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York, W. Norton & Company, 1991, p. 7.

también, a la manera de Judith Butler, entender desde dónde, en compañía de quién y con qué medios se enuncian o reciben: «La reunión es significativa más allá de lo que en ella se diga, y este modo de significación es una actuación conjunta de los cuerpos»⁷⁷. Por ello, he procurado explorarlos como actos performativos, en la medida en que las palabras están atravesadas por códigos, gestos, maneras de entender su *lugar* y su *espacio* y comportamientos que propiciaban o posibilitaban la decisión (o el impulso) de comunicarse del autor, sujeto con una carga emotiva determinada. Al tratar la performatividad, Simon Gunn advierte que cuando se propone significados históricos (bien sea en la producción o la recepción cultural) cabe diferenciar, reutilizando la comparación de Clifford Geertz, entre un guiño y un parpadeo: «they represent the same bodily movement but one is involuntary and meaningless, the other purposive and meaningful»⁷⁸. ¿Cómo aplicarlo a mi análisis del discurso? Propongo un ejemplo a través de la prensa. Si Blasco Ibañez y los redactores en *El Pueblo* afirmaban que su artículo "La Revolución de Valencia" era un punto y aparte en la política urbanística de la capital, no puede obviarse que este "guiño" iba ligado a una serie de mítines y actos de una campaña electoral en la que el simbolismo, el efectismo y el contacto humano con el público era un valor en juego. Pero, por otro lado, aunque los creadores del artículo entendiesen la venta labriega en una plaza como indecente y ajena a la ciudad, en parte se trataba de un "parpadeo", una rutina cotidiana de vida y trabajo inscrita en la fisonomía del mercado urbano por muchos discursos de alteridad que se vertiesen sobre ella.

Dada la dificultad de tratar con rigor la recepción cultural en ese período, mi estructuración de las fuentes responde sobre todo al contexto material de su planteamiento y elaboración, los sectores sociales o entidades gubernamentales que fomentaban su producción y las finalidades con las que eran emitidas. Pese a ello, quiero destacar que la pluralidad de formatos y tipos de narración inmersos en estas categorizaciones no aconseja entenderlas como bloques uniformes y coherentes, sino recursos explicativos en mi reflexión. Para no extenderme en exceso, propongo dos ejemplos de esta problemática. Mientras que la deformación deliberada e inherente a las noticias de la prensa satírica contrasta con el objetivismo más asentado en las crónicas de la prensa general, la subjetivación literaria del espacio a reformar también integra la

⁷⁷ Judith BUTLER, *op. cit.*, p. 16.

⁷⁸ Simon GUNN, «Analysing behaviour as performance» en Simon GUNN y Lucy FAIRE (eds.) *Research Methods for History*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2012, pp. 192-194.

“formalidad” de los expedientes urbanísticos del consistorio valenciano. Así pues, a la hora de determinar cuáles eran las fuentes adecuadas para este trabajo, era necesario que atendiese a la relativa diversidad de voces y enfoques discursivos en un mismo documento.

En cuanto a la documentación procedente de entidades municipales y estatales la mayoría proviene de la burocracia del gobierno consistorial, presente en el Archivo Histórico Municipal de Valencia, y los fondos de Gobernación Civil entre 1875 y 1896 conservados en el Arxiu General i Fotogràfic. También he consultado en el Archivo General Militar y el Archivo Histórico Nacional de Madrid algunos expedientes militares y de orden público dirigidos por la Capitanía General de València al Ministerio de la Guerra. Desafortunadamente, no he podido contrastarlos con documentación interna de esta institución a causa de la destrucción de sus archivos por las inundaciones de 1957.

En el caso de las actas de las reuniones y comisiones consistoriales, que he utilizado con mayor profusión dada su mejor conservación, el trabajo del escribano, a caballo entre las voces y sus receptores futuros (previstos e imprevistos) permite apreciar el diálogo entre su elaboración pasada y las interpretaciones presentes. El carácter sintético de estos documentos no sólo deriva de la necesidad de claridad y economía lingüística sobre aquello que las autoridades han decidido, sino del acto, no necesariamente racional, de seleccionar ideas y registrarlas por escrito. Con sólo vacilar y levantar la pluma, el escribano podía modificar las impresiones “oficiales” del municipio en los conflictos que aquí he explorado y, en consecuencia, condicionar mi interpretación. Asimismo, los debates, los disensos y los roces también podían ser limados y cincelados por la administración municipal para evitar cuestionamientos sobre la autoridad que pretendía emanarse del documento. Y una vez desempolvado gracias a las labores de los «ejército de amanuenses»⁷⁹ que han organizado y catalogado los archivos, otra dificultad me inquietaba, al intentar dilucidar cómo fue definido en la transcripción original el contenido que *merecía ser recordado* en un debate a viva voz:

«many modern historians use archived committee minutes without acknowledging that minutes do not record verbal exchanges verbatim but make value judgements as to what is worth recording and,

⁷⁹ Tomo la expresión de Raphael SAMUEL; *Teatros de la Memoria. Vol I: pasado y presente de la cultura contemporánea*, València, PUV, 2008, p. 21.

secondly, that the recorded language of minutes intimates a series of power relations, administrative routines, formalised language and obligations.»⁸⁰

Por ello, cuando exploro las intervenciones de los concejales en estas actas, sólo puedo conjeturar acerca de los gestos de aprobación o rechazo de sus compañeros o del público en la sala, así como las pausas forzadas, vacilaciones o silencios que pueden estar detrás de un punto o una coma gramatical.

Mientras tanto, los fondos de Gobernación Civil y Capitanía General, circunscritos, por un lado, a las denuncias vecinales y los informes policiales, y por otro lado, a la correspondencia enviada al gobierno estatal, cuentan con otras peculiaridades que he procurado tener en cuenta a la hora de descomponerlos. Desafortunadamente, sólo he podido encontrar documentación de este tipo hasta 1896, por lo que los últimos capítulos dedicados a los conflictos agrourbanos no han contado con estas perspectivas. Al igual que las fuentes municipales, parece obvio destacar que su elaboración no estuvo pensada para los públicos académicos de un siglo posterior. Como sugería Arlette Farge sobre los informes policiales, los relatos en estos tipos de documentación van íntimamente ligados a la definición de qué era considerado transgresor de la ley y responsable de ello, con el fin de tomar acciones punitivas⁸¹. La dimensión de estas medidas (el control de los comportamientos y movimientos de determinados sujetos en el espacio público) y su frecuente codificación implicaba que en principio sólo pudiese ser leída por un destinatario concreto: la oficina gubernativa correspondiente. Ello no implica obviar que algunos medios de comunicación pudiesen contar con confidentes o una posición privilegiada a la hora de ser informados, pero su capacidad de acción dependía de la cantidad de oficiales que accediesen a estas noticias cifradas. En este sentido, la concisión de las narraciones militares de València encontradas posibilitaba mantener al tanto a sus superiores con la mayor rapidez posible, aprovechando la velocidad del canal telegráfico, pero también para justificar las medidas que habían adoptado.

A la pérdida de la oralidad y la conflictividad política en las actas, también aplicable a algunas declaraciones escritas de testimonios judiciales trabajadas en esta tesis, cabe sumar un factor adicional de complejidad para la persona investigadora. Si

⁸⁰ Julie-Marie STRANGE; «Language as a Historical Source» en Simon GUNN y Lucy FAIRE (eds.)... p. 172.

⁸¹ Arlette FARGE; *La atracción del archivo*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1991, p. 10.

no hay posibilidades de digitalizar su formato, una segunda transcripción suele ser la opción básica, aunque costosa, para interrogarlo y dotarlo de un sentido. Pero en estas operaciones, mi reconversión material no puede soslayar los posibles condicionantes epistemológicos derivados de su constitución en un documento apto para que pueda trabajarlo en detalle y sin las constricciones del archivo. A esta labor, cabe añadir el factor de que el archivo no sólo cuenta una función de conservación sometida a las inclemencias del tiempo, sino que los legajos que consultado en él fueron seleccionados consciente o inconscientemente como merecedores de hallarse allí. Si vana resulta la ilusión de la transparencia documental, más inverosímil resulta entender una acta de una reunión o un padrón con capacidad de capturar todos los detalles y silencios en pro de una "recuperación" de las vidas del pasado... en la soledad del archivo⁸². Ésta es una de las múltiples caras de la "fiebre del archivo" que de manera burlesca describía Carolyn Steedman⁸³.

Asimismo, he podido examinar los principales diarios de la prensa valenciana de la Restauración a través de ediciones digitalizadas en la Hemeroteca Municipal de Valencia o microfilmadas en la Biblioteca Histórica de la Universitat de València. El primer aspecto a tener en cuenta es, pese a la fuerte censura de los primeros años del régimen, su grado de politización explícita más allá de titulares provocadores. En conjunto, cubren un amplio espectro: el conservadurismo silvelista en *Las Provincias*, las corrientes liberal-demócratas y el republicanismo posibilista en *El Mercantil Valenciano* o *El Correo*, el republicanismo blasquista de *El Pueblo* o la cercanía al carlismo y neocatolicismo de *La Voz de Valencia*. Si bien las denuncias gubernamentales hacia los diarios opositores al turno dinástico se centraban en mayor número en los artículos críticos con las instituciones eclesiásticas, la monarquía o la corrupción política, resulta plausible preguntarse cómo las redacciones afrontaban la censura y la autocensura en sus crónicas locales. En otras latitudes como el Reino Unido o Estados Unidos, sociólogos como Michael Schudson apuntaban al auge del reportero a finales del siglo XIX entendido como experto en la observación de una supuesta realidad externa: «they believed that facts are not human statements about the world but aspects of the world itself»⁸⁴. No obstante, centrarse sólo en los procesos de

⁸² Carolyn STEEDMAN; *Dust*, Manchester, Manchester University Press, 2001, pp. 71-74.

⁸³ *Ibidem*, p. 18.

⁸⁴ Michael SCHUDSON; *Discovering the News: a Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1981, p. 6.

objetivación de una prensa leída, pero también escuchada en este período, deja de lado otras maneras de noticiar cada vez más exitosas, caracterizadas por el sensacionalismo, y que me interesan especialmente a la hora de realizar un análisis del significado de las columnas periodísticas.

Aquí, un concepto clave es el de “pánico moral”, asociado al crimen, a la nocturnidad y, en general, a cómo estos fenómenos podían evocar sensación de peligro en unas ciudades en transformación. Pero, ¿todos los lectores lo experimentaban y del mismo modo? Esta noción ha sido criticada porque no siempre es utilizada teniendo en cuenta la heterogeneidad de respuestas humanas, observación que he intentado permear en mi trabajo. El “pánico moral” presupone una reacción colectiva descontrolada y desmesurada de acuerdo a una serie de valores culturales comunes⁸⁵. La distancia cultural y temporal no me posibilita sentirme amenazado por estas narraciones al leerlas. No obstante, aunque un portero del fielato y una vendedora de fruta ojeasen una misma crónica de una algarada en el mercado en un mismo día, la implicación y el grado de conocimiento de lo sucedido no podría ser el mismo. En perspectiva, la mayoría de crónicas locales del período estudiado no eran enunciadas de manera impersonal ni tenían un autor individual claro, sino que se construían en la redacción como capturas de la vida de la ciudad a través de distintas fuentes. Frente al tono más distante de *Las Provincias*, noticias de los conflictos callejeros en diarios como *El Pueblo* o *El Mercantil Valenciano* amalgaman los rumores, las experiencias personales o las declaraciones de las autoridades en un relato que produce una sensación de intensidad pese a su brevedad. En un par de párrafos, la redacción o, en ocasiones, el testigo periodístico, intenta condensar las causas de la reyerta, los rasgos físicos y culturales de los personajes y la calle, las reacciones del vecindario o la “moraleja” de la historia narrada. Por ello, cuando me enfrento a ellos, he de considerar que, de alguna manera, está intentando convencerme como lector de que ha habido una transgresión de comportamientos que debe acompañarse de una respuesta, en ocasiones explícita, pero que a menudo queda en el aire. Respuesta que, en cualquier caso, no tiene el componente de búsqueda de sanción jurídica inmediata de una denuncia ante Gobernación o los tribunales. Esta percepción como intérprete del discurso e investigador puede también verse influida por el propio formato de trabajo de la fuente

⁸⁵ Una revisión crítica del concepto de “pánico moral” es desplegada en David GARLAND; «On the Concept of Moral Panic» *Crime Media Culture*, vol. 4, nº1, (2008) pp. 21-25.

(microfilm y digitalización) que permite focalizarte en aspectos concretos, aunque en el transcurso no siempre se experimente la lectura del ejemplar como un todo.

Las novelas o cuentos me han suscitado otras interpretaciones de las voces o los “ecos de la fantasía”⁸⁶ sobre la ciudad. Narradores como Félix Pizcueta o Vicente Blasco eran, a su vez, vecinos y políticos del municipio con un interés especial en el espacio reformado y reformable de València. Ahora bien, por mucho que el autor sea partícipe o no de la realidad que escribe, o desdoble su voz en los distintos registros de cada personaje, no podemos inferir que sus textos funcionen a modo de espejo de la diversidad social o, por el contrario, como discursos meramente autorreferenciales. Por ello, entiendo estas topografías literarias de València como una parte más del «territorio imaginado» de la ciudad, a manos de los autores y cómo estos hacen hablar a sus personajes en los relatos. Sujetos que, al mismo tiempo, están imbuidos de otras voces que trascienden la del narrador, si bien conforman un microcosmos tamizado por nociones burguesas⁸⁷ y, en este caso, masculinizadas del “sentido común”.

En paralelo a la nueva historia cultural de los años 90, algunos estudios geográficos tamizados por el post-estructuralismo, como los de Richard Dennis o Marc Brosseau⁸⁸, han reconsiderado la literatura como fuente no por nociones de “fiabilidad” sino por cómo es evocado el entorno urbano a través de los ritmos y recursos de las narraciones: «its structure, composition, narrative modes, varieties of language and style. (...) we have become too accustomed to thinking of landscape or city as text; instead we should think of the text itself as kind of city»⁸⁹. Por ejemplo, muchos de los imaginarios que Blasco Ibañez elaborará en sus novelas y cuentos sobre València serán luego retomados por él y sus compañeros de partido o prensa para crear metáforas críticas de la ciudad presente que pudiesen evocar familiaridad a la persona receptora en mítines y columnas.

⁸⁶ Tomo prestado el concepto de Joan Scott propuesto para construcciones retrospectivas de identidad: «el término significa la repetición de algo imaginado o una repetición imaginada. En cualquier caso, la repetición no es exacta, pues un eco es el retorno imperfecto de sonido. Fantasía, como nombre o como adjetivo, hace referencia a juegos mentales que son creativos y no siempre racionales». Joan SCOTT «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad» *Ayer*, nº 62, 2, (2006) p. 115.

⁸⁷ Isabel BURDIEL; «Lo imaginado como materia interpretativa para la historia: a propósito del monstruo de Frankenstein» en Isabel BURDIEL y Justo SERNA, *Literatura e historia cultural, o por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Episteme, 1996, pp. 3-6.

⁸⁸ Marc BROUSSEAU; «The City in textual form: Manhattan Transfer's New York» *Ecumene*, 2, 1 (1995) pp. 91-92.

⁸⁹ Richard DENNIS; *op. cit.*, p. 88.

Y por último, en una de las intersecciones entre prensa y literatura se hallan las publicaciones satíricas. En este caso, he optado por explorar la primera etapa de *La Traca*, semanario republicano federal cuyas columnas contaban entre 1884 y 1892 con tiradas superiores a la prensa general pese (o gracias) a la represión política y judicial. Éste es más conocido por su actividad durante la II República, pero en etapas previas repartió abundantes críticas sarcásticas a las actuaciones urbanísticas de los gobiernos municipales o la actividad del gremialismo harmonicista de asociaciones como la RSEAPV. Asimismo, he escogido trabajar sus columnas porque acentúan dos rasgos respecto a los periódicos. Primero, la puesta a prueba de la supervisión estatal de la libertad de expresión mediante artimañas retóricas e ilustraciones al acceso de la población letrada e iletrada, misión no exenta de multas, secuestros de números y encarcelamientos. Y segundo, por el delgado límite que, más allá de la burla a las personas con autoridad, trazaba entre la ridiculización (mediante cambios de género o rol social de la persona burlada) y la exigencia de la intervención política tanto en contextos de incertidumbre o crisis, como en el levantamiento contra la recaudación de consumos en 1887. De acuerdo a Antoni Marimon, el contexto de libertades vigiladas que ofrecía el entramado jurídico durante las primeras décadas de la Restauración daba alas a la utilización del ingenio y el disimulo para ejercer la crítica política⁹⁰. Para entender esta "ironía militante", se ha intentado estudiar la sátira cómo un diálogo, en ocasiones ficticio, entre la redacción y una audiencia que entendiéndose y modulase con ella qué debía ser burlado⁹¹. De ello deriva una variedad de voces similar a la literatura pero que, a diferencia de ella, sí que da un espacio en sus planas a los lectores ficticios y de carne y hueso, con conversaciones fingidas y correspondencias publicadas.

Estructura de la investigación

Esta tesis doctoral consta de cinco capítulos, cuyas conclusiones particulares confluyen en una reflexión global. Todos ellos están marcados por una estructura elaborada en torno a un eje cronológico, si bien con dos precisiones. Por un lado, la

⁹⁰ Antonio MARIMON RIUTORT; «Entre el humor y la política. La prensa satírica durante la Restauración: el caso de Mallorca» *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 16 (2017) p. 150.

⁹¹ Peter L. BERGER; *Redeeming Laughter: the comic dimension of human experience*, Berlin, De Gruyter, 2014, pp. 146-147.

investigación se centra especialmente en dos espacios (el distrito del Mercado y el barrio de Pescadores) que aparecen y desaparecen intermitentemente en las explicaciones a medida la transformación de su entorno de vida y trabajo goza de relevancia mediática y política en su contexto. Y por otro lado, aparecen algunos *flashbacks* y *flashforwards* que sugieren que las decisiones adoptadas y los conflictos vividos en estos barrios podían haberse llevado a cabo de otras maneras.

El primer capítulo se inicia en 1875 con la «toma de lugar» del nuevo gobierno y régimen político en la antigua ciudad intramuros de València, en paralelo a las representaciones socioculturales de un espacio “desgobernado” y degradado a través de determinados usos comerciales y ocupaciones de las calles, contrastando estas manifestaciones con la panorámica social y laboral que ofrecían de este barrio los directorios comerciales. Asimismo, me centraré en su impronta agraria y en la relevancia mediática y política que, entre las imágenes de violencia, adquirió el abastecimiento alimentario, la circulación de mercancías y el consumo en este barrio durante las huelgas que labradoras y labradores protagonizaron en 1878 y 1882.

El segundo capítulo (1882-1887) se inicia con los debates sobre la construcción de un mercado central cubierto en el espacio explorado en el capítulo anterior, contrastados con las denuncias públicas y los relatos de alteridad de la plaza presente que circulaban en la prensa y literatura “popular”. Esta tentativa se engloba en un contexto de preocupación del asociacionismo comercial por reorganizarse y armonizar los conflictos sociales en la ciudad. Una de sus figuras serán los gremios, cercanos al consistorio y con atribuciones en la recaudación del impuesto de consumos en los accesos a la capital. Paradójicamente, la apuesta municipal por un recaudador privado y la tibia respuesta de los gremios provocará en 1887 una de las principales movilizaciones interclasistas en Valencia durante las primeras décadas de la Restauración. El casco histórico de la ciudad y el Mercado se convertirán en epicentro de narraciones de “invasión”, parálisis comercial y, en esta ocasión, de desestabilización política.

En el tercer capítulo (1887-1898) mi atención se desplaza al esbozo de la Gran Vía como uno de los primeros intentos de reforma interior en Valencia. Ésta será contextualizada con iniciativas semejantes en otras ciudades y, sobre todo, con una proliferación de proyectos de “saneamiento” asociados a operaciones inmobiliarias que conjugasen el beneficio privado y la necesidad de paliar la crisis económica latente. Uno

de los que mayor relevancia mediática cobró fue el derribo del barrio de Pescadores y la reforma de los solares de San Francisco. A la interpretación de las motivaciones antes citadas y sus defensores, aportaré factores más vinculados a qué grupos y comportamientos sociales eran considerados *reformables*, además de cuestiones como las memorias de las epidemias o las denuncias en la prensa y ante Gobernación Civil sobre la seguridad personal en las calles. En paralelo, el nuevo mercado había desaparecido de la agenda institucional, si bien las críticas literarias y periodísticas sobre el estado del actual tomaban cuerpo en distintas representaciones de la vitalidad de los grupos sociales que lo fundamentaban.

El cuarto episodio (1898-1903) explora las repercusiones y características de las movilizaciones de 1898 en relación con la definición del “pueblo” del republicanismo blasquista. En 1901, el éxito social y el ascenso al gobierno municipal de este movimiento se produjo en paralelo a un nuevo ciclo de protestas agrourbanas encabezado por labradoras y labradores que abastecían de alimentos a la ciudad y recogían sus desechos. Su relación institucional y política con las autoridades blasquistas será compleja, entre otros factores, por los efectos que la presencia o ausencia de sus labores podía producir en el estado de los espacios públicos de València y la extensión de la gobernabilidad municipal.

Y finalmente, el último capítulo (1903-1910) aborda la consolidación del blasquismo, sus conflictos internos y sus intentos por interpretar a través del territorio urbano sus ideales de ciudad y quiénes tenían cabida en ella. Todo ello, en un contexto de crisis económica y de múltiples violencias callejeras en las que el republicanismo jugará un papel ambivalente a la hora de afrontarlas. En él, los nuevos proyectos de reforma interior de Aymaní, el derribo de Pescadores y el despliegue de un nuevo Mercado en la estela de la Exposición Regional de 1909 parecían dar síntomas, a golpes de piqueta, de una etapa de tránsito hacia una “gran ciudad” realizada por y para el “pueblo valenciano”.

CAPÍTULO 1: HACER CIUDAD (Y HACER CAMPO) A TRAVÉS DE LA PLAZA DEL MERCADO: ALTERNATIVAS Y MOVILIZACIONES ENTRE 1875 Y 1882

1.1 Micropolíticas de orden público y sus límites. Las ocupaciones y el espacio vivido del Trench y sus alrededores (1875-1882)

En su obra sobre el gobierno urbano a través de las infraestructuras, Patrick Joyce apuntaba que, en el caso del Imperio Británico a mediados del siglo XIX, los centros de las grandes ciudades como Manchester o Birmingham eran concebidos por los planificadores como lugares de encuentro ordenado, pero también de disrupción y transgresión potencial de comportamientos públicos:

«The ordering of these spaces, in terms of new codings of the public and the private, was carried forward by the attempted constitution of city centre space as now a ‘neutral’ medium; a place of and for ordered passage and free movement, but a place in which this freedom was to be morally shaped»⁹²

A su juicio, el movimiento regulado de personas, mercancías y desechos jugaba un papel clave en la gobernabilidad de los espacios, permitiendo fenómenos como la inspección visual⁹³, la ostentación a través del paseo ritual⁹⁴ y, en última instancia, la intervención de las autoridades municipales ante cualquier “amenaza a la movilidad”. Sin embargo, esta representación despersonalizada de la ciudad como red de flujos continuos, homogéneos y cognoscibles sobre el papel⁹⁵ no contemplaba las formas de vida y negocio que habían surgido del encuentro callejero cotidiano y de su percepción a través de otros sentidos más allá de la vista⁹⁶.

⁹² Patrick JOYCE; *The Rule of Freedom*, Londres, Verso, 2003, p. 151.

⁹³ Según Chris Otter, la distancia desde la que se podía ver a los individuos en la calle jugaba en las ciudades victorianas un papel fundamental para determinar su supuesta respetabilidad pública a finales del siglo XIX. «Respectability involved a certain distancing, and sight, as the primary sense of distance, played a critical role in its performance» Chris OTTER; «Making Liberalism Durable: Vision and Civility in the Late Victorian City» *Social History*, vol. 27, n° 2 (2002) p. 2.

⁹⁴ Simon GUNN; *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester, Manchester University Press, 2007, pp. 76-77.

⁹⁵ Una crítica a esta visión haussmaniana en David HARVEY; *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

⁹⁶ Por ejemplo, Alain Corbin propone entender la vigilancia olfativa como «la atención permanente a la desintegración de los seres y de sí mismos». Alain CORBIN; *El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social: siglos XVIII y XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 29.

En el caso de València, la Plaza del Mercado no seguía la tendencia de las ciudades industrializadas de Europa Occidental de construir mercados cerrados de hierro y cristal a finales del siglo XIX⁹⁷. Frente a la compartimentación de funciones, el control de accesos y el aislamiento sensorial entre la calle y la zona de compra-venta, el mercado estaba compuesto por un cúmulo de lonas y puestos móviles dispuestos en las calles próximas, y de grupos sociales en contacto. Y, en consecuencia, de perspectivas heterogéneas sobre la naturaleza de ese espacio público. Vendedoras de fruta y hortalizas producidas en sus parcelas arrendadas en la Huerta, quincalleros, hojalateros, carniceros, cesteros y otros oficios con una diversidad y multitud de mercancías que, aparentemente, debían sortear los transeúntes. Bajo este pretexto, la Comisión municipal de Repeso había pedido durante los primeros años de la Restauración la retirada de los puestos en las calles más estrechas⁹⁸, encontrándose con la resistencia de los tenderos que habían ocupado con sus enseres una parte de la vía.

En este período de cambio político, València era la tercera ciudad más poblada de España. En 1873, en vísperas de la proclamación de la I República, los censos oficiales contabilizaban un total de 143.861 personas residentes. Según estas fuentes, más de tres cuartas partes (75,64%) vivían en el casco urbano, que presumiblemente consistiría en los barrios de la recién deslindada ciudad intramuros⁹⁹. El derribo de las murallas, impulsado por Cirilo Amorós, gobernador civil y miembro destacado de las élites moderadas valencianas, se había efectuado entre 1865 y 1868, en sintonía con otros procesos de demolición de estas estructuras en las principales ciudades estatales¹⁰⁰. Quizás con excesiva interiorización de los discursos higienistas de sus impulsores, el desborde de la ciudad y la “opresión” de la muralla es un tópico común en las investigaciones demográficas e históricas del período, que la tratan como antecedente “necesario” de reformas urbanas posteriores. De todos modos, de esta apreciación me interesa subrayar que suele apoyarse en su alusión a la densidad de población. De acuerdo a los padrones vecinales de 1866, en el casco urbano valenciano vivían aproximadamente 600 habitantes por hectárea, una distribución muy similar a Madrid,

⁹⁷ José Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (ed.) *Fer ciutat a través dels mercats: Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2010.

⁹⁸ *Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV)* actas del pleno consistorial del 25 de abril de 1876.

⁹⁹ Gráficas presentes en Josep SORRIBES; (coord.) *València (1808-1991): En Trànsit a Gran Ciutat*, València, Generalitat Valenciana, 2007, p. 411.

¹⁰⁰ En 1868 fueron derribadas las tapias fiscales en Madrid construidas en 1625, que separaban su casco histórico del plan de Ensanche aprobado ese mismo año. Ocho años antes, habían sido derruidas las murallas de Alicante.

ciudad mucho más extensa¹⁰¹. La red de acequias de origen islámico que recorrían el subsuelo del casco histórico funcionaba a modo de alcantarillado *sui generis*, mientras que la potabilización de las aguas dependía de un depósito¹⁰² impulsado en 1850 por el magnate y ex-alcalde moderado de la ciudad, José Campo.

No sólo cabe tener presente a los habitantes contabilizados, sino a la población de los pueblos aledaños cuyos modos de vida y subsistencia económica requerían de sus labores en las calles, tiendas, talleres o domicilios de ella. A los sistemas de transporte existentes hasta entonces se sumaría en 1876 la opción del tranvía con tracción animal, que conectaba la villa costera del Grao con la ciudad, o de los ferrocarriles de vía estrecha. En los veinte años siguientes, ocho nuevas líneas de ambos medios serían inauguradas entre la urbe y las localidades de la Huerta sur (Catarroja, Torrent) norte (hasta Rafelbunyol) y del Camp de Turia (Bètera, Llíria) siguiendo a menudo el trazado de las carreteras ya existentes. Si bien la duración de los trayectos no variaba ostensiblemente, la red de tranvías posibilitaba viajes más cómodos que una caminata, sobre todo si llevaban enseres, y más baratos que los carros o las tartanas¹⁰³. La electrificación de las líneas exteriores a partir de 1900 mejoraría estas características, hasta el punto de ser explicada en una de las primeras perspectivas geográficas sobre la evolución de la ciudad a largo plazo como un factor de atracción de nueva clientela a los comercios del centro urbano.

«Y es tan curioso como revelador el que la electrificación de los tranvías a los pueblos citados precediera a la de los del interior, que sólo se hizo a partir de 1910. Al comercio le interesaba mucho más atraer la clientela del área exterior y a partir de ese momento ya no se puede concebir el comercio al por menor sin la abundante clientela cotidiana que aporta la Huerta, ni el tráfico peatonal diurno sin la copiosa población transeúnte que vuelcan los tranvías del exterior y las estaciones de ferrocarril de vía estrecha.»¹⁰⁴

No obstante, como explicaré más adelante, lo novedoso de esta “revelación” requiere de matizaciones, dado que la circulación e interacción previa entre el entorno agrario y estos establecimientos precedía a la consolidación de los nuevos sistemas de transportes. De hecho, los estudios sobre la industrialización del territorio valenciano a

¹⁰¹ Joaquín AZAGRA; *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia, 1800-1931*, Madrid, Síntesis, 1993, pp. 91-92.

¹⁰² En 1888, éste fue sustituido por uno mayor y situado en Manises, más lejos del casco urbano. En la actualidad, sus instalaciones han sido reformadas para albergar el Museo de Historia de Valencia.

¹⁰³ La distancia entre la València antigua y el Grao era de 4 kilómetros, aproximadamente una hora a pie. José Vicente COLOMER y José Luis MIRALLES; «El tranvía en la configuración de la ciudad de Valencia» *I Congrés d'Història de la Ciutat de València, En Trànsit a gran ciutat (s. XIX-XX)* (1988) tomo I, ponencia 3.4, p. 2.

¹⁰⁴ Pedro PÉREZ PUCHAL; «La dinámica histórica del área metropolitana de Valencia (a manera de conclusiones)» *Cuadernos de Geografía*, 28 (1981) p. 99.

finales del siglo XIX han girado en torno a perspectivas que la relacionaban en menor o mayor medida a los ritmos de la agroexportación (vid, naranja, hortalizas) y la competencia con otras regiones. Mediante el análisis de las contribuciones industriales, Jordi Palafox y Teresa Carnero estipulaban que, si bien el crecimiento de las industrias químicas, metalúrgicas y de la madera había supuesto cierta diversificación y extensión de un tejido industrial, no era apropiado hablar de un proceso generalizado de industrialización¹⁰⁵. Sin embargo, Francesc Martínez Gallego ha desplegado una interpretación distinta, situando a las capitales de provincia entre los detonantes de un sector fundamentado en industrias de consumo alejadas de los tópicos manchesterianos. A partir de mediados del siglo XIX, la búsqueda de la energía hidráulica y la beligerancia del asociacionismo artesanal en el entramado urbano son apuntadas como factores en la formación de un cinturón agroindustrial en torno a València, en permanente juego de atracción y repulsión respecto a ella. La estacionalidad de los jornales agrícolas posibilitaría a los industriales cierto poder de atracción pese a ofrecer trabajos mal pagados, a la vez que trasladar los talleres a la huerta les permitía jugar con las gradaciones del impuesto de consumos según su proximidad o lejanía respecto al casco antiguo.

Pero además, el entorno agrario de la capital del Turia jugaba un papel activo en este conjunto, no sólo por atraer a inversores fabriles de la ciudad, sino por su contribución particular a la industrialización de la misma. Por ejemplo, este autor señala que, hacia 1900, València era la ciudad española con mayor parque de máquinas de vapor, señalando como una de las causas la extracción de agua de los pozos para alimentar molinos, aserraderos y sobre todo, regadíos hortofrutícolas. Asimismo, la construcción de micropresas y canalizaciones con fines agrícolas, a menudo, sería aprovechada por los productores de energía eléctrica para usos industriales y domésticos¹⁰⁶. Papeleras, alfarerías, almacenes y fábricas de hilados de yute, de transformación de la madera proveniente del interior provincial y Teruel en cajas, toneles o muebles, poblaban amplias zonas de la huerta desde mediados del siglo XIX, y no siempre con fines exportadores.

¹⁰⁵ Teresa CARNERO y Jordi PALAFOX; *Creixement, politització i canvi social, 1790-1980*, València, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 47-56. Jordi PALAFOX; «Expansión de las exportaciones, crecimiento, diversificación industrial e industrialización» en Joaquín AZAGRA, Enric MATEU y Javier VIDAL (eds.) *De la sociedad tradicional a la economía moderna: estudios de historia valenciana contemporánea*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1996, pp. 334-337.

¹⁰⁶ Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; *Desarrollo y crecimiento: la industrialización valenciana 1834-1914*, València, Generalitat Valenciana, 1995, pp. 30 y 34-37.

En este contexto particular y general, *El Mercantil Valenciano*, periódico liberal-republicano fundado durante el Sexenio Revolucionario, criticaba con dureza al gobierno conservador de la ciudad y sus políticas de orden público. A su juicio, éstas eran ineficaces para defender la seguridad personal y la propiedad privada:

«Nuestra pobre Valencia [tras el Sexenio] vuelve, pena nos causa el decirlo! á recordar aquellos tiempos benditos en que, con un orden conservador, admirable, salíamos a asesinato por domingo (...) vengan robos, defraudaciones, asesinatos, inmoralidad arriba, inmoralidad abajo, duda en todas partes, no le preocupen estos síntomas de una profunda perturbación social y de una crisis espantosa: ¿no se halla asegurado el orden...político? ¿No se hallan afianzadas esas veneradas instituciones? Pues siga el baile»¹⁰⁷.

¿A qué se debía esta proyección mediática de ansiedad? Esta cuestión puede dar pie a más de una respuesta. Por una parte, al tratar el contexto político a corto plazo de los incidentes con las verduleras y los fematers en 1878, Mónica Burguera advierte que los liberales valencianos empezaban a ponerse nerviosos ante la falta de alternancia política en el gobierno de la ciudad y en el gobierno estatal¹⁰⁸. En sintonía con los equilibrios de poder estatales, el turno dinástico en la ciudad no se activaría hasta mayo de 1881, con la entrega de la alcaldía a José Busutil, comerciante y antiguo progresista, si bien con la aquiescencia del republicanismo posibilista cercano a Castelar¹⁰⁹.

Aunque a corto plazo esta situación es factible, quizás haya otras razones que expliquen esta proyección mediática de desasosiego sobre el estado de la ciudad. Así pues, las diatribas de *El Mercantil* contra el supuesto inmovilismo conservador¹¹⁰ ante el “baile” de comportamientos inmorales en València también tenían sus ecos en las suspicacias que les generaban las ocupaciones de las calles en torno al Mercado. Acciones no sólo realizadas por vendedores ambulantes, sino por propietarios que tomaban como suyo el espacio abierto colindante con la fachada de su negocio. En concreto, el testimonio de Juan José Amores¹¹¹, personaje autodenominado como “choricero de la calle del Trench”¹¹² que envió una carta al diario republicano-liberal

¹⁰⁷ *El Mercantil Valenciano*, 17 de octubre de 1876, p. 2.

¹⁰⁸ Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (ed.); *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, PUV, 2008, p. 82.

¹⁰⁹ José Antonio PIQUERAS; «Republicanism, política y clases en la Restauración» en Manuel CHUST (ed.) *De la cuestión señorial a la cuestión social*, València, PUV, 2002, p. 274.

¹¹⁰ No queda claro si, a partir de 1881, una vez que el turno dinástico permitiera por primera vez el gobierno de los liberales del Estado y las grandes ciudades, las críticas del Mercantil al inmovilismo conservador mitigaron su intensidad o cambiaron de signo político.

¹¹¹ Años después, este comerciante también jugará un papel importante en la respuesta de los gremios al conflicto urbano sobre el cambio de titularidad y la subida de los consumos en 1887.

¹¹² *El Mercantil Valenciano*, 12 de julio de 1882, p.3.

para exponer y reivindicar su uso de la vía, podría iluminar este fenómeno. En 1882, en medio de la huelga de fematers y verduleras, este comerciante sería el blanco de algunas acciones de las labradoras movilizadas. No obstante, previo a la aproximación a este conflicto es necesario contextualizar este enclave y su importancia comercial en el marco del Mercado.

Este enclave (mapa en anexo 1.1) es definido por las tres principales guías urbanas de València de finales del siglo XIX¹¹³ como el resultado de una brecha (*trench* en valenciano antiguo) abierta en 1408 en el cercado musulmán para mejorar la comunicación del casco urbano con la explanada del Mercado, ya que ésta se situaba entonces fuera de su perímetro amurallado. Pero este no es el único rasgo significativo que caracterizaba al Trench según estas crónicas de la ciudad. Tanto el escritor Constantí Llombart como el marqués de Cruïlles incidían en el carácter inmemorial de la venta de carne y salazones en sus márgenes, como si esta calle tuviera una identidad incorruptible ante cualquier cambio. De manera atemporal, el Trench aparecía en sus narraciones como una extensión de la plaza y, a la vez, un nexo con los puestos situados en la plaza del Cid (actual Plaza Redonda). Pero tras casi cuatro siglos ¿quiénes eran los vendedores y cómo publicitaban su mercancía, al aire libre o en negocios particulares? La narración de Llombart no ahonda en los protagonistas y el medio de estas interacciones, a excepción de remarcar que «bien ahora hay también en ella carnicerías, ultramarinos y puestos fijos donde se expenden a cuartos las gallinas»¹¹⁴.

Pero bajo esta fachada de armonía cotidiana “a vista de pájaro” que las guías urbanas daban por común y extensiva al Trench, el debate sobre las funciones y contornos de esta calle a finales del siglo XIX estaba abierto. En primer lugar, si bien Llorente, Llombart y el marqués de Cruïlles exponían ésta como un *lugar* estable generador de relaciones comerciales y personales, también puede entenderse la calle como un *espacio* que cobra un determinado sentido en relación con los movimientos de los objetos y sujetos que dejan su huella en ella¹¹⁵. Y además, un espacio producido por distintos sujetos ligados por una relación asimétrica de poder. En su defensa de la

¹¹³ Teodoro LLORENTE; *Valencia*, Barcelona, Daniel Cortezo & C^a, vol II, 1889, p. 126 y Constantí LLOMBART; *Valencia antigua y moderna: Guía de forasteros*, Valencia, Pascual Aguilar, 1887, p. 479.

¹¹⁴ Constantí LLOMBART; *op. cit.*, p. 480.

¹¹⁵ Aquí me he apropiado de la distinción de Michel de Certeau entre lugar (*lieu*) como una especie de punto de anclaje que implica «an instantaneous configuration of positions» y *espace* (espacio) como composición de «intersections of mobile elements. It is in a sense actuated by the ensemble of movements deployed within it» MICHEL DE CERTEAU, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. 117.

actividad comercial del Trench, crítica con el Ayuntamiento liberal, Amores argumenta lo siguiente:

«Le ha dicho usted al público que yo obtengo un alquiler de 32 reales diarios por las mesas que se colocan en las puertas de mi casa. Si esto fuera exacto, nunca sería una razón para hacer retirar las mesas de donde han estado siempre, a no ser que la democracia de usted, así como intenta rebajar en la opinión al choricero, trate también de establecer la tasa en los alquileres»¹¹⁶.

En su misiva pública, el comerciante alude brevemente a una relación de aprovechamiento colectivo de los márgenes de la calle. La historiografía reciente sobre prácticas comerciales en los centros de las grandes ciudades europeas sugiere no vincular únicamente el auge de las tiendas con escaparates a la desaparición de la venta ambulante en una misma zona, aunque considere que «the resilience of sales under open sky did not prevent glazed shops from eventually dominating the retail landscape»¹¹⁷. Pero en el caso de esta calle valenciana, esta hipótesis cobra una dimensión curiosa que trasciende la oposición entre estos dos tipos ideales. Al ironizar sobre "la democracia" del consistorio, el autor de la columna parecía reivindicar un orden estable en la calle, erigiéndose en líder y garante de una relación de poder naturalizada entre los vendedores ambulantes¹¹⁸, arrendatarios de la superficie frente a su negocio, y los propietarios inmobiliarios como él¹¹⁹. En este sentido, el empresario sostenía en su escrito que los nuevos impuestos sobre la superficie ocupada por las mesas de carniceros y gallineras no sólo destruían «la parroquia y mataban la clientela» sino que suponían el inicio de una hipotética devaluación y expropiación de la zona¹²⁰. No queda claro en las actas municipales si esta declaración tiene que ver con el único proyecto urbanístico en el distrito anterior a la propuesta de un Mercado (analizada más adelante) que fue la creación de una plaza tras el derribo de la Lonja del Aceite (a una manzana del Trench). Sin embargo, sí que hay que tener en cuenta que la recaudación

¹¹⁶ *El Mercantil Valenciano*, 12 de julio de 1882, p.3.

¹¹⁷ Clé LESGER y Jan Hain FURNÉE; «Shopping Streets and Cultures from a Long-term and Transnational Perspective: an introduction» en Clé LESGER y Jan Hain FURNÉE, *The Landscape of Consumption: Shopping Streets and Cultures in Western Europe 1600-1900*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, p. 8.

¹¹⁸ Dada la falta de voz de la venta ambulante en la prensa general, queda en suspenso interpretar si se trataba de un consentimiento explícito, tácito o simplemente un encubrimiento de sus «discursos ocultos». James C. SCOTT; *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003, pp. 79-86.

¹¹⁹ Esta práctica aparece también mencionada en la topografía médica de València del doctor Peset y Vidal. Juan Bautista PESET Y VIDAL; *Topografía Médica de Valencia y su zona*, València, Imprenta de Ferrer de Orga, 1879, p. 146.

¹²⁰ *El Mercantil Valenciano*, 12 de julio de 1882, p. 3.

proveniente de los puestos públicos era muy importante para el consistorio en esos momentos, siendo contemplada como la segunda fuente de ingresos en 1876¹²¹.

De ese modo, la fiscalización del espacio representado (el área de los puestos) parecía despertar en Amores el temor a un quebramiento de las relaciones socioeconómicas de interdependencia y afectivas que se habían establecido alrededor del Trench, calificado por él como «un pasaje» y no una calle cualquiera. Pese a que él no explicaba cuál era la diferencia entre un pasaje y una calle, puede que el matiz distintivo entre ambas esté relacionado con las formas de aprovechamiento público de la misma y la tensión entre las personas y los enseres callejeros en movimiento y en reposo. A este respecto, Walter Benjamin disociaría décadas más tarde *pasaje* y *calle* en sus aforismos sobre el París decimonónico de este modo:

«Comercio y tráfico son los dos componentes de la calle. Pero resulta que el segundo ha desaparecido en los pasajes; su tráfico es rudimentario. Es sólo calle ávida de comercio, que únicamente se presta a despertar los apetitos. Porque en esta calle los jugos dejan de fluir, la mercancía prolifera en sus márgenes descomponiéndose en fantásticas combinaciones, como los tejidos en las úlceras.»¹²²

Es necesario apuntar que los pasajes decimonónicos eran comprendidos por Benjamin como galerías comerciales cerradas propias de las grandes metrópolis, repletas de escaparates con productos que los viandantes (entendidos como espectadores) podían ver, pero no tocar ni olfatear¹²³. Así pues, esta percepción estaba alejada de cualquier perspectiva de calles repletas de puestos ambulantes de alimentos. Hay que comprender que Benjamin describía los pasajes en un período, los años 20 del siglo XX, en el que los grandes almacenes estaban cobrando un auge importante en las ciudades en las que el autor vivía.

Ahora bien, la interpretación benjaminiana del antiguo pasaje como entorno que invitaba no tanto al tránsito lineal y mecánico, sino al regocijo de los sentidos y la

¹²¹ Según el presupuesto de gastos e ingresos para el ejercicio 1876-77, los impuestos sobre los puestos públicos podían generar 167.295 pesetas, sólo por detrás (aunque a mucha distancia) de la contribución por consumos (1.523.000 pesetas) La recaudación total presupuestada era de 2.466.522 pesetas. AHMV, *Actas del Ayuntamiento de Valencia*, 10 de julio de 1876.

¹²² Walter BENJAMIN; *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005, A 3, a 7, p. 77.

¹²³ Una experta en la obra de Benjamin como la filósofa Susan Buck-Morss ha llegado a sostener que, para Benjamin, evocar las galerías cerradas de Berlín, Nápoles, Moscú y París (ciudades en las que vivió entre 1924 y 1933, año en el que empezó su obra) era recrear el inconsciente colectivo de su generación. «Todos los errores de la conciencia burguesa podían hallarse allí (el fetichismo de la mercancía, la cosificación, el mundo como "interioridad") y también (en la moda, la prostitución, las apuestas) todos sus sueños utópicos». Susan BUCK-MORSS; *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor, 1995, p. 58.

interacción del viandante con los sujetos y objetos que ocupan sus márgenes¹²⁴, resulta sugerente si es comparada con la representación que ofrecía Blasco Ibañez del Mercado y sus calles adyacentes en *Arroz y Tartana*. Y en concreto, de la citada del Trench:

«Allí estaban las gallineras en sus mesas empavesadas de aves muertas colgando del pico, con la cresta desmayada, y cayéndoles como faldones de dorada casaca las rubias mantecas. Las salchicheras exhalaban por sus puertas acre olor de especias, con cortinajes de seca longaniza en los escaparates y filas de jamones tapizando las paredes...»¹²⁵

La narración de Blasco sobre el Mercado y las calles aledañas como un conjunto difuso, inaccesible pero paradójicamente abarrotado, pueden suscitar un debate sobre las relaciones entre las representaciones del espacio, sus apropiaciones y la fijación de estereotipos sociales en torno a una tensión “palpable”. ¿Es el marco arquitectónico aquello que favorece en última instancia delinear lo que es *público* o *privado*? ¿O son las gallineras, los sujetos, quienes dotaban de significado con su praxis esas categorías? Además, interpretar las apreciaciones de Blasco Ibañez permite enriquecer otros debates que rebasan el ámbito historiográfico. Por ejemplo, ¿tendrían también agencia los toldos de los tenderetes y los «cortinajes de seca longaniza» en este proceso de delimitación y significación? En resumen, ¿qué elementos delimitarían la silueta de las calles o los pasajes y quién dictaría la validez de estos, los ocupantes o las autoridades municipales? La naturaleza de estas cuestiones remite a los debates filosóficos y geográficos¹²⁶ sobre la definición (y construcción) del espacio en torno a ese binomio que se han producido desde los años 60 del siglo XX...y en las últimas dos décadas, también fuera de él. A finales de los 90, Ted Kilian criticó estos debates por considerar que fomentaban la reificación de los espacios como públicos o privados:

«Public and private space are meaningless terms in the absence of social interaction. To be considered “public”, streets, squares, and parks must operate under certain rules and exclusions that

¹²⁴ Los ensayos de Benjamin han influido profundamente en las investigaciones sobre las relaciones sociales generadas en torno al comercio en las ciudades. Una de las últimas obras al respecto (y que citaré a menudo) es el estudio sobre el «shopping landscape» de la Bruselas decimonónica realizado por Anneleen Arnout. Anneleen ARNOUT; *Streets of Splendor. Shopping culture and spaces in a European capital city (Brussels, 1830-1914)* Abingdon, Routledge, 2019.

¹²⁵ Vicente BLASCO IBAÑEZ, *Arroz y Tartana*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, p. 32.

¹²⁶ En torno a los debates filosóficos de Habermas, Arendt y otros autores sobre la “esfera pública” como lugar de representación, un estado de la cuestión se halla en la obra colectiva editada por Craig Calhoun. Craig CALHOUN (ed.); *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, MIT Press, 1992. Respecto a los estudios que suman a este debate la noción de “espacio público” como lugar de encuentro social (Jane Jacobs, Henri Lefebvre) o pérdida de identidad personal (Richard Sennett) ver Andrew LIGHT y Jonathan M. SMITH (ed.); *Philosophy and Geography II: The Production of Public Space*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 1998.

paradoxically limit their publicity. People have the right to certain expectations of privacy in public. How can a space be considered public without such restrictions?»¹²⁷

En otras palabras y en el contexto de la investigación y de sus sujetos de estudio: en el caso de que en el Trench existieran tenderetes en plena calle, regentados por sus respectivos responsables ¿podríamos atribuirles netamente un carácter público o privado? De acuerdo a este investigador, esta pregunta no podría responderse sin analizar qué tipo de relaciones sociales mantienen propietarios, vendedores y viandantes entre sí: tarea que no sólo requiere de fuentes hemerográficas.

Unas semanas después de ser publicada la columna sobre las mesas del Trench en *El Mercantil*, las actas de la Comisión de Policía Urbana mencionaban una petición al Gobernador Civil de la provincia de València de Juan José Amores, remitida a Repeso, junto a otras dos personas en calidad de representantes de los propietarios de las casas de esa calle. Según Policía Urbana, ellos reivindicaban que para que éste «dejara sin efecto el acuerdo en que el Ayuntamiento de València creó el arbitrio de puestos sobre dicha calle y que se reduzca el arbitrio a un real de vellón que se venía pagando durante el ejercicio anterior»¹²⁸. No hay posibilidades de contrastar esta exposición con la instancia original al no haberse conservado la documentación de la Comisión de Repeso, por lo que es arriesgado aventurar cómo evolucionaría y/o finalizaría este conflicto por la producción del espacio público-privado¹²⁹.

Pese a que *Arroz y Tartana* fue publicada en 1894, muchas de las observaciones podrían estar ligadas a las experiencias familiares y personales de Blasco. Su padre, Gaspar, regentaba una abacería en el nº8 de Jabonería Nueva, calle que desembocaba en los alrededores de la plaza del Mercado¹³⁰. Si bien el novelista no dejó memorias privadas de su niñez en València o sobre los fundamentos de sus fantasías literarias, otras personas que en su edad adulta se dedicarían a la literatura sí que rememoraron sus años

¹²⁷ Ted KILIAN; «Public and private, Power and Space» en Andrew LIGHT y Jonathan M. SMITH (ed.); *op. cit.*, pp. 124-125.

¹²⁸ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 26 de julio de 1882.

¹²⁹ Dos años después, los concejales de Policía Urbana seguían discutiendo sobre el Trench: pero en esta ocasión, defendían abiertamente la retirada de los puestos de venta y la apertura al tránsito de carruajes «a fin de evitar los perjuicios que con su dilación sufren los fondos municipales» AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 17 de mayo de 1884.

¹³⁰ En la planta superior se encontraba la vivienda natal de Blasco Ibañez, derribada en los años 60 del siglo XX. La abacería aparece mencionada en el Indicador General de Valencia de 1888 a cargo de Gaspar Blasco Teruel, su padre. *Indicador General de Valencia 1888*, València, Imprenta Domenech, 1888, p. 117.

de juventud en forma de historias de vida con las que intentaban dar sentido a sus trayectorias en perspectiva sincrónica.

Encontrado hace una década por el guitarrista y profesor de música Jorge Orozco en una serie de cuadernos privados escritos entre 1943 y 1954, *Estampas de la vida: mis memorias* es un relato autobiográfico inédito elaborado por Estanislao Marco, músico callejero en su niñez y profesional en su etapa adulta. De estos, no sólo resultan interesantes sus vivencias callejeras, sino cómo el autor las presentaba:

«uno de los numerosos casos que se registraron en la vida, en que, de las capas más humildes de la sociedad, se revelan que por su propio esfuerzo y luchando con la adversidad se han abierto camino, llegando a ser notabilidades en su género y en muchos casos, verdaderas celebridades»¹³¹.

Pese a las penurias que probablemente padecería como docente y compositor en un pueblo en la postguerra española cuando escribía esas líneas, Marco reconstruía su vida como una carrera de obstáculos (algunos de ellos, a la intemperie de las calles) que no le habían impedido alcanzar el éxito profesional. Y así, con una fuerte carga nostálgica y dramática evocaba el desenlace de su primera actuación callejera junto a su hermano ciego: el calabozo. Dejando de lado su apresamiento, del que reitera la benignidad de los carceleros y su fácil salida a través de intermediaciones políticas, Marco evoca la geografía urbana del Mercado de un modo muy distinto a la angostura que exponían Amores y Blasco. En su narración, el otrora músico ambulante recreaba un espacio público jerarquizado, colosal e inabarcable para sus sentidos:

«Salíamos por la mañana temprano y nuestro campo de operaciones solía ser por las calles céntricas donde teníamos una buena clientela entre los comerciantes de tejidos, pero los que más rendimiento daban eran los del gremio de carnes. Estos ocupaban la calle del Trench, y los dos pórticos cubiertos del Mercado Nuevo. Entre los dos pórticos quedaba un ancho espacio donde se situaban los vendedores de frutas, dátiles, queso, miel, jamón y embutidos curados, pan, etc.»¹³²

Ante la inmensidad, él se representa a sí mismo como un ser expuesto a ras de suelo, recogiendo aquello que le ofrecieran los carniceros desde “arriba”:

«En un callejón inmediato había una casa de comidas (...) en la que se reunían los carniceros de alrededor a las once para almorzar. Le entran ganas locas de comer al más impenitente al reseñarle los manjares allí expuestos inaccesibles para mí, y que me comía...con los ojos. Los grandes platos rebosantes de trozos de bacalao recién fritos, la pirámide de ajoaceite, la enorme cazuela llena de callos y manetes de carnero (...) Allí nos dejábamos caer nosotros, para ver si caía algo.»¹³³

Esta perspectiva podría estar influida no sólo por su desposesión económica, sino por una percepción infantil del mundo que le rodeaba en un sentido doble:

¹³¹ Estanislao MARCO; *Estampas de vida: mis memorias*, c. 1943-1954 (obra inédita), cuaderno 1.

¹³² *Ídem.*

¹³³ *Ídem.*

antropométrico y generacional, ya que en otros fragmentos Marco recalca su escasa agencia frente a las decisiones de los adultos¹³⁴.

Al mismo tiempo que magnifica su antiguo entorno cotidiano de vida y trabajo¹³⁵, Marco recuerda en sus memorias a un buen número de personas que vivían y trabajaban en la calle, aglutinándolos bajo el paraguas de una misma categoría gramatical: los «tipos callejeros»¹³⁶. Durante la niñez de Marco, literatos como Constantí Llobart habían tomado esta figura para realizar exposiciones satíricas sobre los personajes que consideraban característicos de la vida callejera en València¹³⁷. Pero en el caso del antiguo músico, la voluntad de hacer reír a un público no estaba presente. Mostrándose en este punto como un observador externo (sin explicar su relación con ellos y desde la distancia de aquel que rememora) Marco describe cómo deambulaban por el centro de la ciudad grupos de intérpretes de instrumentos de púa, “cacañeros” con trompeta o un cantante improvisado de zarzuelas. Ahora bien, de su narración no me interesa tanto quién evoca, sino qué criterios sigue para dar cabida a estos personajes en su relato vital.

Por un lado, Marco percibía en los sujetos ambulantes una serie de rasgos físicos y sensoriales como peculiares y los reafirmaba socialmente al ligarlos a sus apodos. Morret, bandurrista invidente, debía su mote a un labio partido y operado; Ull de Bou, ciego que vendía cacahuetes en los solares de San Francisco (espacio explorado en el capítulo 3) era representado como un ser perseguido a causa de su ceguera y simultáneamente indefenso, incapaz de reprender a unos agresores invisibles¹³⁸. En este

¹³⁴ Marco llega a afirmar que sus padres habían recibido ofertas de ahijamiento por parte de un comandante de infantería que veía en él la figura de su difunto hijo.

¹³⁵ Para entender ese tránsito de su memoria corporal a los espacios vividos, quizás resulta sugerente reflexionar sobre lo que Paul Ricoeur considera como «nivel primordial» de “los lugares de memoria”: «La transición de la memoria corporal a la memoria de los lugares está garantizada por actos tan importantes como orientarse, desplazarse, y más que ningún otro, vivir en... Es en la superficie de la tierra habitable donde precisamente nos acordamos de haber viajado y visitado parajes memorables. (...) Y no es por descuido por lo que decimos de lo que aconteció que tuvo lugar». Paul RICOEUR; *La Memoria, la Historia, el Olvido*, Madrid, Trotta, 2003, p. 62.

¹³⁶ Marco no es el primero ni el único en manejar este concepto. El historiador del arte Vicente Pla Vivas ha asociado la consolidación del «tipo» en la literatura y los grabados costumbristas a principios del siglo XIX con una traslación ilustrada y luego romántica de comportamientos y anatomías visualmente percibidas en estructuras epistemológicas. Vicente PLA VIVAS; *La ilustración gráfica del siglo XIX: Funciones y disfunciones*, València, PUV, 2010, pp. 245-248.

¹³⁷ Constantí LLOMBART; *Tipos d’Auca. Retratos, carases y carasetes, pintats a la valensiana per varios populars artistes de la terra del ché*, València, Manuel Vilar, 1878.

¹³⁸ En un espacio público delimitado por los sentidos y, entre ellos, el de la vista, Chris Otter subrayaba la importancia que poseía en la Inglaterra tardovictoriana mantener la capacidad individual de visión para leer los signos de otros seres humanos y, a la vez, controlar los tuyos, permitiendo en teoría ajustarse a las

caso, Ull de Bou es ilustrado por Marco con condescendencia: un «pobre hombre» tendente a una violencia descontrolada, perdido en la calle: «Y entonces no sabiendo a quien perseguir, comenzaba a darse puñetazos en el rostro y a injuriar a las madres de los chiquillos»¹³⁹. Pero, ¿hasta qué punto estaban familiarizados los habitantes de la ciudad con estas descripciones amenazadoras sobre aquellos que deambulaban en los espacios públicos de València?

«Cansado ya el pobre viejo, empezó a correr tras ellos garrote en mano, con lo que, a los que en espaldas quedaron, se abalanzaron a él arrancándole el capazo donde lleva su mercancía, produciéndose entonces un espectáculo que creemos están en el deber los municipales de evitar a toda costa.

Por supuesto, ninguno de aquellos agentes de autoridad apareció por allí.»¹⁴⁰

Con estas declaraciones, el periódico católico *La Lealtad* abría su crónica local sobre una persecución a este individuo con términos semejantes a los de Marco, pero con un matiz destacable. Al tratarlo como un «espectáculo», la columna puede transmitir la sensación de que los redactores han asistido a una disrupción de la normalidad que ha contado con demasiados espectadores, sin definir su reacción ni el hipotético problema que pudieran suponer estos comportamientos en la calle. ¿Pueden en este fenómeno advertirse características asociadas a la voluntad de generar un pánico moral sobre determinados usos de la calle? ¿Hasta qué punto puede generalizarse esta sensación y hacia quién va dirigida? Resulta complicado aventurar esta hipótesis sin más testimonios como los de Marco o crónicas periodísticas con ese talante, por lo que volveré a retomar esta cuestión en apartados posteriores.

Y por otro lado, hay un segundo vector que atraviesa los sujetos en la narración de Marco: su protagonismo sonoro en la calle¹⁴¹. Es probable que, dado su antiguo oficio y su posterior formación musical, el autor aprecie con mayor intensidad estos incidentes. No obstante, también hay que tener en cuenta las connotaciones burlescas de los términos que emplea, por ejemplo, para definir las actuaciones de Vaoro, el cantante de zarzuelas: «con su voz cascarrada», «por sus extravagancias en lo que cantaba», «comenzaba a dar vueltas furiosamente», etc. Pese a haber sido también músico

convenciones sociales y de género asociadas a su persona. Chris OTTER; *The Victorian Eye: A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008, p. 51.

¹³⁹ Estanislao MARCO; *op. cit.*, cuaderno 2.

¹⁴⁰ *La Lealtad: periódico monárquico, órgano oficial del partido católico-tradicionalista de Valencia*, 1 de mayo de 1881, p. 2.

¹⁴¹ Apenas existen estudios sobre la percepción social y las emociones que despertaban determinados sonidos en las ciudades. Una de las excepciones es la obra de Aimée BOUTIN; *City of Noise: Sound and Nineteenth Century Paris*, Chicago, University of Illinois Press, 2015.

callejero, Marco no parece mostrar empatía ni identificación directa con ellos. Puede que su posición estable como profesor de guitarra influyera en esa valoración. Es posible que él también hubiese participado del escarnio hacia ellos. O quizás en esta impresión hubiera influido alguna lectura de las novelas de Blasco Ibañez¹⁴². De cualquier modo, Estanislao se presenta frente a ellos como un ser resistente, como un punto de anclaje entre una ciudad viva en sus recuerdos y un presente estable y “exitoso”.

Al enfocarlo como una historia de auto-superación personal, no hay muchos momentos en los que el guitarrista evoque un pasado brillante, pero sí intenso¹⁴³. Por ejemplo, al igual que en la escena de la casa de comidas, la coexistencia y el diálogo periódico (oral y, en su caso, también musical) de Marco y sus familiares con los *parroquianos*¹⁴⁴ del Mercado no habría impedido la articulación de desigualdades sociales no sólo basadas en deferencias en las compras y ventas, sino en los tiempos y la legitimidad de sus apropiaciones espaciales:

«Como la necesidad agudiza el ingenio, mi madre solía ir al mercado a última hora cuando ya las labradoras levantaban sus puestos y se disponían a retirarse, y montoncito de tomates por aquí, una col averiada por allá, por fin llenaba la cesta de verdura y hortalizas por unos pocos chavos. Luego, llegaba a la Pescadería y como a los mondongueros les ocurría lo propio, por unos céntimos le daban alguna piltrafa sobrante¹⁴⁵».

Esta reconstrucción del día a día como una sucesión de tácticas apresuradas de supervivencia es reforzada por la representación de las calles del Mercado como un entorno hostil para un niño que ejercía su profesión y que además, entendía éstas como un espacio de juego y aprendizaje. Cabe destacar que este último uso estaba penado por

¹⁴² En su análisis del juego identitario regional/nacional en las descripciones blasquistas de la vida en el Mercado, Ferran Archilés sostiene que *Arroz y Tartana* podía fomentar que el lector distinguiera entre la calle «que es un espacio abierto y promiscuo: un lugar clave para las clases populares y los pobres» y el hogar, un «interior burgués». Faltaría averiguar si Marco tuvo acceso a esta literatura y sobre todo, si influyó en la reflexión sobre su pasado personal. Ferran ARCHILÉS; «La nación narrada, la nación vivida: Nación y región como horizonte textual en *Arroz y Tartana* (1894) de Vicente Blasco Ibañez» en Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.) *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España*, Granada, Comares, 2018, p. 87.

¹⁴³ Al analizar el fenómeno de la nostalgia en la Gran Bretaña post-imperial, David Lowenthal señalaba que «La vida de entonces parece más brillante no porque las cosas fueran mejor sino porque nosotros [él se incluye] vivíamos más intensamente cuando éramos jóvenes». Ahora bien, el “entonces” que narraba el guitarrista de Burriana, atravesado por el trabajo infantil en condiciones precarias, distaba de la situación laboral y educativa a la que podían optar los jóvenes británicos como Lowenthal tras la II Guerra Mundial. El pasado es un país extraño, pero no todos los pasados lo son del mismo modo. David LOWENTHAL; *El Pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998, p. 33.

¹⁴⁴ Término utilizado por Marco en uno de sus diálogos.

¹⁴⁵ Estanislao MARCO; *op. cit.*, cuaderno 1.

las ordenanzas municipales¹⁴⁶. Si bien resulta improbable que los agentes de orden público se tomaran en serio esta disposición, la reapropiación de la calle con fines lúdicos quedaba en manos de su poder discrecional, al considerar qué era un juego y qué merecía ser castigado. Además, todo esto ocurría en un contexto en el que un buen número de menores de edad no podían optar en València una educación reglada en una institución escolar¹⁴⁷.

Respecto a sus momentos de esparcimiento, las interacciones con los hijos de artesanos y tenderos del barrio que Marco recordaba carecían de calidez e incluso desembocaban en agresiones físicas y verbales, según él, por su «inferior condición» y por el hecho de ser hermano de un invidente:

«No tenía amiguitos con quienes compartir los juegos infantiles porque los hijos del tendero, del hornero, del carnicero y del rentista, por mi pobre indumentaria, me consideraban de inferior condición y si alguna vez me admitían era para zaherirme y maltratarme (...) Al ver las gente aquel espantapájaros deambulando sin decir una palabra [él disfrazado en Carnavales] comienzan a dirigirme chirigotas desagradables hasta que la chiquillería me reconoce. ¡Es el *sego*! ¡Es el *sego*! Aludiendo a la desgracia de mi hermano y como si se tratase de una alimaña peligrosa, comienzan a cubrirme de barro hasta que me refugié en casa.»¹⁴⁸

En este fragmento, su pasado en la calle cobraba un cariz oscuro. Si bien él contempla la posibilidad de disfrutar de una fiesta pública como es el Carnaval, nuevamente el músico se proyecta a sí mismo como un ser frágil y expuesto al escarnio de «la chiquillería» que, aparentemente, sí que podía disfrutar de la calle en plenitud. Pero a diferencia de su encuentro con los carniceros, esta jerarquía que Marco establece parece no sólo estar basada en una desigualdad social, sino en la percepción de una *comunidad emocional*¹⁴⁹ unificada por el rechazo a compartir espacio y tiempo de juego con él.

¹⁴⁶ A este respecto, dedicaban un título específico a la «vagancia de niños»: «los niños de cualquier clase y edad que fueren divagando por las calles y plazas de la capital serán conducidos al depósito municipal». Además, el consistorio señalaba que «serán severamente castigados los niños (...) entretenidos con cualquier juego que pueda molestar a los vecinos y transeúntes» S. a. *Ordenanzas municipales de la ciudad de Valencia, aprobadas por el Sr. Gobernador Civil de la provincia en 2 de enero de 1880*, València, Viuda e Hijos de Emilio Pascual, 1900, pp. 22-23.

¹⁴⁷ Entre 1876 y 1880, el Ayuntamiento inauguró 8 “Escuelas de Adultos” (en su mayoría, con alumnos entre los 10 y 17 años) y subvencionó a las Escuelas de Artesanos existentes. A falta de contabilizar las instituciones privadas, la instrucción municipal cubría en 1880 a 582 personas. José Antonio PIQUERAS; *El taller y la escuela en la Valencia del siglo XIX*, València, Ayuntamiento de Valencia, 1983, p. 154.

¹⁴⁸ Estanislao MARCO; *op. cit.*, cuaderno 2.

¹⁴⁹ Este concepto ha sido propuesto por Barbara Rosenwein para definir grupos «in which people adhere to the same norms of emotional expression and value—or devalue—the same or related emotions» Barbara ROSENWEIN; *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Nueva York, Cornell University Press, 2006, p. 2.

En perspectiva, resulta excesivo interpretar la polémica en torno al gobierno del Trench como un conflicto secular entre distintas producciones sociales del espacio (espacio de venta y recaudación para el Ayuntamiento y para Amores, espacio de vida para sus inquilinos) que se mantienen intactas e innegociables *per se*¹⁵⁰. Pero la controversia por la titularidad y la idoneidad de las mesas de esta calle sí que permite ver dificultades para establecer límites consensuados entre lo que era el espacio público y el espacio privado del distrito del Mercado y por lo tanto, entre la introspección y la regulación de las conductas de los viandantes y comerciantes en la calle. Asimismo, las memorias de Estanislao Marco también posibilitan imaginar el distrito del Mercado, en el centro de la ciudad antigua, como un espacio conflictivo y abigarrado, con obstáculos animados e inanimados y sujetos cuyas praxis eran tratadas por las instituciones como extrañas o ajenas a la legalidad.

Volviendo a la cuestión del “espacio de gobierno”, queda abierta la posibilidad de que esta tendencia al *horror vacui* en las caracterizaciones literarias del Mercado sirviera de ideal para ayudar a los redactores de medios como *El Mercantil* a proyectar su malestar ante su estado. Véase el tono de su cita sobre los toldos de los puestos:

«Los toldos del Mercado, verdaderas tiendas de un aduar bohemio, continúan tan bajos que destrozan no sólo el sombrero, sino también la cabeza del transeúnte»¹⁵¹.

«al pasar por debajo de un toldo del Mercado un pobre ciudadano recibió un fuerte golpe, y no tuvo más remedio que quejarse amargamente con la dulce satisfacción de que le acompañaran sólo en el sentimiento un alguacil y un agente de orden público, que lo presenciaron impávidos como de costumbre»¹⁵²

En sus menciones a "las agresiones" de los toldos, el periodista parecía reflejar su repulsa al Mercado actual mediante narraciones sobre la “imposibilidad” de circular por él y, en consecuencia, de fomentar el ejercicio de gobierno y la delimitación de espacios de venta, de una manera semejante a los debates en torno al Trench. Todo ello en un contexto en el que el lenguaje higienista del peligro a un “bloqueo arterial”, muy presente en las narraciones de periodistas y novelistas sobre el crecimiento demográfico y la industrialización de las metrópolis británicas y norteamericanas¹⁵³, también

¹⁵⁰ De hecho, en el segundo capítulo Amores volverá a aparecer en acción, pero esta vez enfrentado a sus inquilinas, en el contexto de la revuelta por la recaudación de consumos en julio de 1887.

¹⁵¹ *El Mercantil Valenciano*, 13 de mayo de 1876, p. 2.

¹⁵² *El Mercantil Valenciano*, 20 de septiembre de 1877, p. 2.

¹⁵³ En su estudio sobre la producción y representación del espacio urbano entre 1840 y 1930 en ciudades como Londres o Nueva York, Dennis explora las implicaciones políticas de concebir las calles como un torrente sanguíneo propio de un cuerpo humano, de cuyo flujo dependería la riqueza y “el progreso” de la ciudad y la nación. «Ideas of circulation applied not only to the city but to the nation, and not only to

resonaba en las propuestas de reforma urbana del ayuntamiento de València en 1877. El concejal Falcó justificaba las iniciativas de derribos y aperturas de calles del casco histórico refiriéndose a la ciudad como un cuerpo enfermo que requería de una operación:

«si en el interior de un recinto cerrado hubiera un ser asfixiándose por falta de oxígeno ¿cuál sería el remedio más oportuno y eficaz que podría aplicársele? Abrir instantáneamente una abertura al exterior, para que introduciendo el aire puso en sus pulmones volviera a la vida que por momentos se le escapaba. Valencia, pues, se ahoga, se muere, en el fondo de su intrincado laberinto de sus moriscos pasadizos.»¹⁵⁴

En su sección inferior, dedicada a las novelas de folletín, *El Mercantil* también promocionaba narraciones que situaban el marco de acción de los personajes en los alrededores del Mercado en situaciones violentas. Es el caso de *La Maroma: historia de una volantinera*, escrita por Félix Pizcueta. Médico de formación y ex-secretario de instituciones educativas como la Escuela de Artesanos, en 1879 se convertiría en el primer presidente de la sociedad literaria Lo Rat Penat, acompañado por literatos ya citados como Llombart y Llorente. En *La Maroma*, Pizcueta representaba en el centro comercial de la ciudad a una multitud desorientada que era acosada por una jauría de perros:

«los gritos se multiplicaban, y los perros que mordían las piernas de los curiosos, estaban por todas partes. Un pánico horrible se apoderó instantáneamente de aquella masa, que se deshizo y se dispersó, ahullando [sic.] en distintas direcciones, tropezando unos con otros, estrellándose con las esquinas»¹⁵⁵

De repente, la manada se transfiguraba en niños rateros organizados, aclarándolo el propio Pizcueta al lector tras explicar el hurto. Y el lugar al que retirarse tras el reparto de ganancias, descrito a modo de refugio, no era otro que los alrededores del Mercado:

«Ahora, granujas míos, aire; cada cual a su gazapera del Trench o la Pescadería y hasta mañana, si quieren Dios y la justicia.

Dicho esto, se separaron en distintas direcciones aquellos individuos que, como usted habrá comprendido, no eran sino los pilluelos del Mercado, los cuales habían imaginado convertirse en perros...»¹⁵⁶

physical motion (...) Wealth circulated through the Bank of England» Richard DENNIS; *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 39.

¹⁵⁴ AHMV, caja 124, exp. 602, 1877. En una comisión formada por él, otros dos concejales y el arquitecto municipal, abogarían por vías ya proyectadas como la calle de la Paz, infraestructura que sería inaugurada (no sin contratiempos y cambios de planes) hacia 1909. M^a Jesús TEIXIDOR, «La calle de la Paz (Valencia)» *Cuadernos de Geografía*, nº 8 (1971) pp. 83-103.

¹⁵⁵ Félix PIZCUETA, *La Maroma: la historia de una volantinera*, 1876, p. 49. Un año antes, este fragmento había sido desvelado en *El Mercantil Valenciano*, 15 de mayo de 1875, p. 1.

¹⁵⁶ Félix PIZCUETA; *op.cit.*, p. 50.

Aquí, a diferencia del testimonio escrito de Estanislao Marco, el autor no se refiere a una relación de poder asimétrica, sino a un hurto violento de unos niños que campaban a sus anchas a «la multitud», en reposo y expectante ante la llegada del carruaje de una baronesa al barrio¹⁵⁷. ¿Quién formaba parte de ella? En su relato, el novelista utiliza como sinónimos «multitud» «pueblo» y «canalla», dando a entender la heterogeneidad social (y moral) de este sujeto:

«Quedaba allí pues el pueblo en la más desarrapada expresión de la palabra, *canalla* (...) bajo su nombre genérico, se comprendían el vicio y la virtud, la holganza y el trabajo, la ignorancia y la sabiduría. *Canalla* eran el estudiante, el jornalero, la honrada hija del pueblo, la ramera más disoluta, el laborioso labrador y el vago de profesión; canalla eran todos los pobres y todos los criminales, sin que se hiciese distinción alguna entre estas dos clases de individuos.»¹⁵⁸

De ese modo, el sujeto «pueblo», definido con un aparente grado de inclusividad, está enmarcado en un terreno moral entre los abismos de la pobreza y la criminalidad de los niños rateros, en el que el autor maneja de manera indistinta las categorías de pobre y trabajador (o potencial trabajador). Ahora bien, ¿con qué intención? Desconozco sobre qué experiencias basa Pizcueta su creencia en esta amalgama, pero la falta de discernimiento entre decencia moral, delincuencia, clases sociales y pobreza le aleja de los incipientes debates que se estaban produciendo sobre el problema de la «pobreza obrera» de las élites políticas y culturales de la Restauración en esos momentos¹⁵⁹. Por ello, para preguntarse quién, según Pizcueta, formaba parte de ese pueblo, cabría analizar frente a quiénes opuso en la obra este sujeto diverso¹⁶⁰.

¹⁵⁷ ¿Pizcueta creaba metáforas para referirse a personajes o situaciones que le resultaban ajenas? Es una posibilidad que emerge si reflexionamos sobre la hipótesis de Franco Moretti sobre la escritura de las novelas en el siglo XIX: «since metaphors use a ‘familiar field of reference’, they also give form to the unknown: they contain it, and keep it somehow under control. (...) Beyond the border, they are no longer indispensable: they can be replaced by analytical, ‘appropriate’ predicates» Franco MORETTI; *Atlas of the European Novel 1800-1900*, Londres, Verso, 1998, p. 47.

¹⁵⁸ Félix PIZCUETA; *op. cit.*, p. 51.

¹⁵⁹ La mayoría de los historiadores que han investigado la “cuestión social” en España insisten en que la preocupación de los reformistas sociales a finales del siglo XIX no residía en “qué hacer con la pobreza”, sino en qué podía acarrear la precariedad vital y laboral de los trabajadores asalariados. M. Ángel CABRERA; *El reformismo social en España (1870-1900) en torno a los orígenes del Estado del Bienestar*, València, PUV, 2014, pp. 96-98, Juan Ignacio PALACIO MORENA; *La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, p. 19 o Jorge URÍA «Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social» en Jorge URÍA (coord.) *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000, pp. 134-135.

¹⁶⁰ Teóricos británicos de los Estudios Culturales como Tony Bennett y Stuart Hall solían criticar el uso del concepto de “pueblo” como una categoría ahistórica, universal y llena de significado propio: «the attempt to fill these terms (...) In one sense, ‘the people’ consists of everyone. After all, we’re all people, aren’t we?» Tony BENNETT; «The politics of ‘the popular and popular culture» en T. BENNETT, C. MERCER y J. WOOLLACOTT, (ed.) *Popular culture and social relations*, Filadelfia, Open University Press, 1986. ¿Qué alternativa quedaba? Utilizarlo, según Stuart Hall, como un concepto relacional: «unless we know what it is that it’s being contrasted with, we do not get a picture of the whole field» Stuart HALL; «Popular culture, Politics and History» *Popular Culture Bulletin*, nº 3 (1978) p. 2.

En las líneas previas, el novelista valenciano, que había sido diputado progresista por València en el Sexenio entre 1868 y 1871, deja al otro lado de la «canalla» a la «gente de orden, la más conservadora de la reunión: eran el rentista de diez a doce reales diarios, el empleado subalterno de Intendencia, el maestro de algún oficio que había empezado a fincar»¹⁶¹. Y, volviendo al acto del hurto, referirse a las «mordeduras» de los perros o/niños implica un grado de agresividad y animalización de los niños rateros no sólo hacia la gente de orden, sino hacia el propio “pueblo”, quedando fuera de éste. En el relato de Pizcueta, no hay sueños de ascenso social que rescaten a los niños del Mercado.

1.2 ¿Quiénes frecuentaban y qué significaba vivir en el distrito del Mercado?

Pero el pasado reciente (y no tan reciente) del Mercado no sólo estaba ligado al intercambio comercial o al predominio de “lo popular”. La plaza, antaño sede de la picota de la Inquisición, había sido uno de los puntos calientes de las insurrecciones políticas del Sexenio Democrático. En octubre de 1869, muchos de los habitantes de este barrio constituyeron un movimiento de resistencia contra la ocupación de la plaza del Mercado y las calles adyacentes por parte del ejército que, por orden del gobierno central, pretendía disolver la Milicia Nacional. Y desde otra plaza céntrica, en este caso la de la Seu, sería proclamado el cantón de València por los republicanos federales en julio de 1873. En ambas ocasiones, los entornos y sujetos insurgentes serían bombardeados por las tropas hasta ser sometidos¹⁶²: pero no sólo la represión violenta intentó jugar un papel en la regulación de las conductas públicas de los revolucionarios. Constantí Llobart, uno de los abanderados del movimiento cultural de la Renaixença Valenciana, aludía en su testimonio sobre los sucesos de 1873 a una serie de medidas previas a la creación de la Junta Revolucionaria que han pasado desapercibidas para la historiografía y que resultan especialmente curiosas para entender la prevención del disenso por parte de las autoridades municipales:

«El escelentísimo patricio señor marqués de Cáceres, recorrió todos los puntos donde mayor era la excitación de los ánimos, aconsejando la calma y el orden (...) El alcalde Sr. Gras, también ordenó por su parte que se iluminasen todos los balcones de la ciudad, a fin de evitar que los elementos

¹⁶¹ Félix PIZCUETA; *op. cit.*, p. 51.

¹⁶² Enric SEBASTIÀ; *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibañez*, València, Fundación Instituto Historia Social, 2000, pp. 72-73.

internacionalistas se prevalecieran de las circunstancias y de la oscuridad de la noche para conseguir sus miras particulares»¹⁶³.

Las alarmas de la prensa conservadora durante la I República frente al sufragio universal masculino, la fiscalidad creciente sobre los propietarios y finalmente, el levantamiento cantonal, habían alimentado el fantasma de una revolución expropiadora¹⁶⁴. Y una vez impulsada la Restauración por los liberales y los conservadores, uno de los pilares inamovibles del nuevo sistema político consistió en una férrea concepción del orden público como la «conservación del orden material y moral y su pronto restablecimiento allí donde llegara a ser perturbado»¹⁶⁵, en pleno contexto bélico en Cuba, frente a los carlistas y contra cualquier eco de ese pasado convulso. Autores como Eduardo González Calleja y Manuel Ballbé han insistido en la facilidad con la que los gobiernos del turno dinástico de la Restauración recurrían al ejército para intentar cortar de raíz cualquier conflicto social y político, descartando ambos cualquier visión del sistema canovista como un régimen “civilista”:

«En ningún momento rechaza la idea de utilizar al Ejército —mejor dicho, de instrumentalizarlo— como garante del nuevo orden establecido, y ello, a la vista de los datos electorales, no es más que un fin claramente partidista. En las elecciones convocadas en 1875 (...) lo más grave es que los tenían derecho a votar constituían poco más del 5 por 100 de la población española»¹⁶⁶.

Con este argumento, Ballbé sitúa en el mismo plano de su estudio la fuerte restricción de la participación política a través de las urnas en los primeros años de la Restauración con la tendencia gubernamental a promulgar los decretos-ley, la suspensión de las garantías constitucionales e incluso el estado de guerra para aplicar políticas de Estado hasta las últimas consecuencias. Y la plaza del Mercado no era, en este sentido, un espacio que escapara a la supervisión militar. En esta línea, una serie de cartas confidenciales de Rafael Negrón, capitán general de València entre 1881 y 1882, al Ministro de la Guerra permite analizar la preocupación castrense con motivo de la huelga de panaderos que afectaría a la ciudad en diciembre de 1881 y sobre todo, a su mercado principal. En ellas, Negrón veía detrás del desabastecimiento de pan del Mercado connotaciones políticas que iban más allá de reivindicaciones laborales concretas de los panaderos. Así pues, alegaba la existencia de una conspiración contra

¹⁶³ Constantí LLOMBART; *Trece días de sitio o los Sucesos de Valencia*, València, Imprenta de Ramón Ortega, 1873, p. 22.

¹⁶⁴ La actividad mediática y asociativa de la burguesía conservadora valenciana durante la I República ha sido estudiada por Rosa Monlleó en Rosa MONLLEÓ; *La burguesía valenciana en el Sexenio democrático. Librecambismo y cuestión social*, Castellón, Universitat Jaume I, 1996, pp. 257-286.

¹⁶⁵ Manuel BALLBÉ; *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza, 1985, pp. 229-230.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 226.

las autoridades municipales formada por «agentes del partido republicano intransigentes que aspiran a crear dificultades y a alterar el orden con cualquier pretexto que sea», aunque reconocía no poder probar esta teoría al basarse en rumores de confidentes¹⁶⁷. En un momento en el que la libertad de reunión había sido seriamente cercenada en el Estado español¹⁶⁸, la protesta colectiva en una zona de intercambio comercial y, por ende, de encuentro social, podía resultar molesta para la autoridad militar. Y no sólo por la escasez de un alimento básico como el pan, sino porque comportaba visibilizar y dar cuerpo y voz en un espacio público a las demandas de la población huelguista.

No obstante, considero que investigar los cambios y las permanencias en la legislación sobre orden público no agota el análisis de los problemas históricos en torno al orden público en España: sobre todo, si se desciende al nivel del cuerpo castigado y vigilado¹⁶⁹. ¿Dónde queda la reflexión sobre los espacios, los sujetos y los comportamientos denunciados por las autoridades en sus operaciones de saber-poder? La mirada macrohistórica de Ballbé y Calleja aporta pinceladas sobre las líneas maestras de las políticas de orden público en la primera Restauración, centrándose sobre todo en la evolución legislativa y en el desarrollo de los aparatos de vigilancia y represión a escala estatal. Pero existen otros trabajos posteriores que con enfoques microhistóricos han descendido hasta el punto de arranque de la acción punitiva: la configuración y persecución del delito y el delincuente callejero.

Por ejemplo, Nuño Negro dedica dos capítulos en su obra al funcionamiento interno y las lógicas que impulsaban a la Guardia Civil a instaurar determinados órdenes en el mundo rural y el mundo urbano, citando para ello varios procesos judiciales en los primeros años de la Restauración en València. Ahora bien, su teorización sobre las catalogaciones de la delincuencia y los sujetos afectados por ella queda sumida en un vacío sólo poblado por las instituciones correctivas-represoras locales (juzgados y cárceles) y sus representantes (policías y funcionarios)¹⁷⁰. De ese modo, la delincuencia

¹⁶⁷ *Archivo General Militar de Madrid*, Fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5851.5.

¹⁶⁸ Con la ley de Reuniones públicas de 1880, cualquier autoridad municipal o estatal tenía potestad para asistir y promover la disolución *ipso facto* de las manifestaciones callejeras. Rafael FLAQUER MONTEQUI; «El derecho de asociación, reunión y manifestación» *Ayer*, nº 34 (1999) p. 168.

¹⁶⁹ En un contexto que permite la utilización de otro tipo de fuentes, esta perspectiva ha sido aplicada para el estudio de la represión franquista de un barrio madrileño, a través de los interrogatorios y las denuncias vecinales. Alejandro PÉREZ-OLIVARES; *Violencia y control en el Madrid ocupado: los del Europa (1939-1946)* Madrid, Traficantes de Sueños, 2018.

¹⁷⁰ Nuño NEGRO; *Un Monstruo Indestructible: Policía y Orden Público en el Estado español (siglos XIX-XX)*, Madrid, Cuadernos de Contrahistoria, 2018, pp. 103- 132.

queda descontextualizada de los espacios en los que sus acciones han sido tipificadas como alteraciones del orden público a los ojos de los representantes institucionales. En resumen, ninguno de estos investigadores contempla explícitamente el ejercicio de poder como un campo de fuerzas atravesado por múltiples actores, más allá de una dicotomía absoluta entre dominadores/represores y resistentes/dominados¹⁷¹.

Ahora bien, ello no impide que las propias fuentes que utilizan estos autores dieran pie a establecer un diálogo entre concepciones microhistóricas y macrohistóricas del orden público. Por ejemplo, el diario de Sesiones de Cortes incluye una pregunta de un diputado liberal al ministro de Justicia sobre las consecuencias últimas de la militarización de la justicia sobre una persona que hubiera cometido delitos leves como un grito o un insulto:

«Sabe el Sr. Ministro de Gracia y Justicia lo que ha hecho llevando todos los casos de resistencia, de insulto, de agresión a la Guardia Civil a ser sometido a la jurisdicción militar?...¿Sabe S.S. lo que es en un momento de trastorno, en una diversión pública, en una feria, el llevar a un consejo de guerra a cualquier individuo que haya hecho la menor cosa contra la Guardia Civil?»¹⁷².

De vuelta a València con esta observación ¿cómo podían ejecutar e interpretar los soldados del ejército y los guardias municipales lo que debía ser el orden público (y sus «momentos de trastorno») a pie de calle en el mercado principal de la tercera ciudad más poblada del Estado? La intensidad variable de la subversión en un entorno como este, que podía ir desde una proclama improvisada o vituperio a la autoridad hasta el contacto directo, hacía especialmente difícil interpretar la ley con celeridad. Además, cabe advertir que no todas las actuaciones de los guardas en nombre del orden estarían amparadas en leyes y decretos¹⁷³. Así pues, puede limitarse la participación política y el derecho de asociación y reunión, pero en la calle juega también un papel la capacidad de improvisación de los sujetos en todas las posiciones del conflicto social. Es aquí donde

¹⁷¹ Para entender este fenómeno parto, por un lado, de la comprensión de Simon Gunn de los sujetos como seres cuyas iniciativas individuales y colectivas de gobierno y resistencia cuentan con *performances*¹⁷¹, justificaciones e intensidades variables según el contexto en el que se incluyen, de una manera que recuerda a las propuestas de James C. Scott sobre los “discursos ocultos” o a las “tácticas” de Michel de Certeau en situaciones adversas. Simon GUNN; «Analysing Behaviour as Performance» en Simon GUNN y Lucy FAIRE (ed.) *Research Methods for History*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2012, pp. 184-200; James C. SCOTT; *op. cit.*, cap. 1; Michel DE CERTEAU, *op. cit.*

¹⁷² *Diario de Sesiones de Cortes*, 30 de noviembre de 1878, pp. 3810-3819 (en Manuel BALLBÉ, *op. cit.*, p. 235)

¹⁷³ Años después, los gritos proferidos a favor de la anarquía o la República serían considerados como materia punible por la Fiscalía y la Subsecretaría de Orden Público en circulares confidenciales. Ahora bien, provocar una algarada callejera, pese a su potencial sonoro, distaba mucho de clamar por una forma de gobierno alternativa a la existente. *Archivo Histórico Nacional*, Gobernación, sección A, leg. 44, exp. 19 y 20.

cabe considerar cómo influye la praxis de carácter informal e improvisado alejada de los textos de las grandes leyes, pero más cercana y quizás con mayor impacto en la vida cotidiana, y por ende, en la regulación de los espacios públicos.

«A pesar de la vigilancia y celo desplegado por los agentes de la autoridad en la detención de vagabundos, no se estingue la plaga (...) Anteayer a las cinco horas de la mañana fueron detenidos tres muchachos de poca edad que vagaban por la plaza del Mercado (...) el arresto viene a ser para ellos un descanso en la incierta y azarosa vida que han adoptado y que ha de conducirles seguramente al crimen.»¹⁷⁴

«EL FIN DEL MUNDO. Notable rebaja en todos los géneros de la tienda del Llauraoret, plaza del Mercado, núm 9 (...) Como parezca que venga el fin del mundo, a juzgar por el poco dinero que todos tienen, el Llauraoret se ha propuesto que toda clase de personas pueda comprar, y en especial, las clases artesana y labradora, y al efecto ha rebajado sus géneros... [mallorquinas, muselinas, pañuelos de seda, mantas, etc.]»¹⁷⁵

«Con frecuencia tenemos que tronar contra la costumbre de los comerciantes de la calle de las Mantas de tener a las puertas de sus establecimientos algunos niños que llaman a gritos a la gente y le tiran de la ropa para que entre a surtirse de lo que necesite. Esto no es decoroso, ni para la ciudad ni para los comerciantes, pues de ellos debe formar muy pobre idea el público al ver los medios de que han de valer para expender su mercancía.»¹⁷⁶

«Después de la negativa explícita y terminante de aquel rumor (...) ayer se decía entre la gente ignorante que acude al Mercado, que á otro soldado se le había dado tan fuerte golpe en el pecho con el pomo de una espada que había arrojado sangre.»¹⁷⁷

«Yo soc la criá, y...

Ramón: Res mes.

Carmen: Y'astic farta de indiréctes,
y com aplegue a saber ma tia les que tú soltes

... ¡Bóna es ma tia!

Ramón: Ya hu sé:

¡la bruixa mes volaora!...

Tot el Mercat la coneix:

¡en dir la só Marselina,

la que cambia en lo Trench!....

A mi em fá pór.»¹⁷⁸

Tras esta puntualización, cabe preguntarse por qué este barrio era continuamente representado desde diferentes manifestaciones periodísticas y literarias en los albores de la Restauración como un espacio incivilizado, de peligro y/o un entorno de pobreza y pillaje. Mónica Burguera apuntaba en su artículo sobre la huelga de fematers y verduleras de 1878 que «la Plaza del Mercado se percibía cada vez más como el espacio urbano donde las familias pobres pueden atender sus cotidianas necesidades», un «lugar de *terror*» que debía ser limitado, ordenado y vigilado en nombre de la limpieza y del

¹⁷⁴ *El Mercantil Valenciano*, 29 de noviembre de 1877, p. 2.

¹⁷⁵ Anuncio inserto en *El Mercantil Valenciano*, 3 de febrero de 1878, p. 4.

¹⁷⁶ *Las Provincias*, 13 de mayo de 1876, p. 2.

¹⁷⁷ *Las Provincias*, 25 de mayo de 1875, p. 2.

¹⁷⁸ Diálogo extraído del sainete de Eduardo ESCALANTE; *La Senserrà del Mercat: juguete bilingüe en un acto y en verso*, València, Juan de Mariana y Sanz, 1871.

decoro social¹⁷⁹. En España, hipótesis similares han sido propuestas para analizar la estigmatización y exotización de barrios en las periferias de Madrid¹⁸⁰ y Barcelona¹⁸¹ por parte de sus élites políticas y culturales. Pero, ¿qué consideración recibían las antiguas zonas intramuros de València? Alegando criterios de distinción social, Ramiro Reig sugería en su capítulo sobre la Restauración valenciana que en esa época estaba cambiando el estatus de prestigio de aquellos que frecuentaban el centro de la ciudad y, a su vez, la propia consideración de los espacios identificados con el Mercado. De ese modo, «la senyora del ric burgés havia aprés, en algun viatge fugaç a París, que allí les dames distingides no anaven al mercat sinó a les botigues»¹⁸². No obstante, ambos investigadores no han desarrollado este posible desplazamiento del centro vital y comercial de la ciudad desde el distrito del Mercado hacia otros barrios o calles más señoriales, por lo que queda preguntarse acerca de la solidez de esta hipótesis en este y otros capítulos posteriores.

A finales de los años 80 del pasado siglo, los estudios de Anacleto Pons y Justo Serna sobre la burguesía valenciana aportaban estadísticas sobre la composición socio-profesional y la distribución de los comercios en 1841-42 de los cuatro distritos de la ciudad en aquel momento: San Vicente, Serranos, Mar y Mercado. Y en el caso de este último (anexo 1.2) una de las conclusiones a las que llegaban, basándose en vecindarios y matrículas comerciales, era que «el cuartel del Mercado es el preferido por los tres grupos (profesionales liberales, oficios gremiales y establecimientos-tiendas, etc.)»¹⁸³. Sin embargo, en estudios más recientes basados en fuentes similares elaboradas tras el derribo de las murallas, ambos autores sostenían que la burguesía comercial e industrial había desplazado sus lugares de residencia hacia el distrito del Mar, al noreste de la ciudad. Entre 1840 y 1869, el 54 por ciento de los burgueses del Mercado habían optado

¹⁷⁹ Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: Mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.) *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, PUV, 2008, pp. 104-105.

¹⁸⁰ Fernando VICENTE; «Barrios Negros, Barrios Pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930)» *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 12 (2014) o Luis DE LA CRUZ; «Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño» en Mónica MORENO (Coord.); *Del Siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

¹⁸¹ Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto (1898-1937)* Madrid, Alianza, 2005, pp. 31-61.

¹⁸² Ramiro REIG; «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES; (coord.) *València (1808-1991): En Trànsit a Gran Ciutat*, València, Generalitat Valenciana, 2007, p. 63.

¹⁸³ Anacleto PONS y Justo SERNA; «Los nuevos vecinos. La burguesía financiera, el control social y la propiedad inmobiliaria en Valencia a mediados del siglo XIX» *I Congrés d'Història de la Ciutat de València, En Trànsit a gran ciutat (s. XIX-XX)* (1988) tomo III, ponencia 1.1, p. 13.

por situar su nueva vivienda en la zona en la que tradicionalmente había habitado y habitaba la nobleza, en paralelo a la constitución del cuartel del Mar como el área financiera de València¹⁸⁴.

Empero, a tenor de lo que Burguera y Reig han apuntado, el contexto y el valor simbólico del barrio habría cambiado en los primeros años de la Restauración o, según Pons y Serna, incluso antes del Sexenio. ¿Había dejado de ser el barrio de Mercado el centro económico y vital de referencia para la ciudad? Es cierto que en los primeros años de la Restauración habían circulado historias en la prensa general, obras sainetescas y las guías de viajeros del distrito del Mercado como un lugar proclive al tumulto del orden público, en un ambiente de pobreza y marginalidad. Ahora bien, respecto a este último factor, ¿cuál es la solidez de esa hipótesis si la contrastamos con otro tipo de fuentes acerca de ese barrio?

Con este objetivo, he elaborado una serie de tablas comparativas con una selección de datos extraídos del *Indicador General de Valencia para el año 1888* y la *Guía Biográfica, Comercial e Industrial para el año 1893*. Entre otros aspectos, estos directorios recogen y clasifican el número de personas encargadas de sus respectivos negocios en la ciudad de València así como sus direcciones postales, ampliando la segunda su área de estudio a todos los distritos electorales de la provincia homónima. Eso sí, ambas no cuentan con apartados específicos destinados al área de Mercado. Por ello, he filtrado aquellas personas que trabajaban en este distrito basándome en un mapa presente en el Indicador de 1888 (fragmento en anexo 1.1.) teniendo en consideración los posibles cambios de nombre o desapariciones de calle llevados a cabo entre la publicación de ambas fuentes.

Tablas elaboradas a partir de los datos procedentes del *Indicador General de Valencia (1888)* y la *Guía Biográfica, Comercial e Industrial (1893)*

<u>Personas encargadas de negocios de alimentación</u>	1888	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Carniceros/cortantes	119	52,19%	128	53,55%
Abaceros	23	22,11%	22	22,6 %
Hornos	31	21,37%	24	15,9%

¹⁸⁴ Anacleto PONS y Justo SERNA; «La ciudad de papel: vecinos y propietarios en la Valencia del ochocientos» *Saitabi*, nº 56 (2006) p. 158.

Aceites/vinagres	22	9,52%	17	7%
Vendedores pescado/salazón	10	35,71%	10	50%
Ultramarinos	35	43,75%	-	-

<u>Personas encargadas de negocios de artesanía</u>	1888	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cestería/espartería	12	63,15%	9	52,9%
Carpinteros	30	16,5%	19	16,9%
Muebles	16	66,6%	13	92,8%
Paqueterías	41	82%	49	80,3%
Herreros/cerrajeros	17	21,25%	12	22,6%

<u>Personas encargadas de negocios de manufacturas textiles</u>	1888	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Sastres	25	32,9%	38	50,7%
Camiserías	9	47,36%	8	44,4%
Modistas	7	29,16%	4	19%
Ropas hechas	16	59,2%	17	60,7 %
Tejidos	81	95,29%	81	78,6%
Camisolines	12	70,58%	-	-
Zapateros	57	49,1%	-	-

<u>Utensilios metálicos y derivados</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cacharrerías	8	44,4%	10	55,5%
Calderería	10	47,61%	8	33%
Hojalateros	28	57,14%	26	54,2%
Quincalla	10	71,42%	13	81,2%

<u>Hostelería</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Chocolatería	6	40%	8	100%
Horchatería	20	26,3%	27	32,53%
Café	2	13,3%	3	13,04%
Restaurants	2	40%	3	37,5%

<u>Profesiones liberales</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Médicos	63	25,6%	-	-
Farmacéuticos	19	40,4%	18	41,9%
Abogados	74 ¹⁸⁵	17,12%	31	17,6%
Notarios	5	25%	7	35%

Antes de proceder a la interpretación de estos datos, cabe precisar una serie de limitaciones derivadas de la naturaleza y los silencios de estas fuentes. En primer lugar, una misma persona puede aparecer simultáneamente en las categorías de «cortante» y «vendedor de pescado» si su negocio vende ambos productos, por lo que no se descartan duplicidades. En segundo lugar, no hay observaciones sobre el volumen de ventas y éxito comercial de cada negocio, aunque sí que podrían realizarse algunas inferencias atendiendo al número de individuos asociados a una misma dirección postal. En tercer lugar, al contemplar sólo a los comerciantes, no podemos deducir al interpretar estas fuentes el estatus social de las personas que les compraban. Quizás las familias acomodadas mandaran a su servicio doméstico, como Blasco relataba años más tarde en *Arroz y Tartana*¹⁸⁶, a efectuar las compras en nombre de ellas, sin necesidad de adentrarse en el barrio. En cuarto lugar, el lugar de residencia de los comerciantes no tiene por qué ser el de su establecimiento. Y por último, y no menos importante, estos indicadores no contemplan en su totalidad la venta ambulante y los sujetos dedicados a ella¹⁸⁷ (por ejemplo, las revendedoras) y en ningún caso a los agricultores y agricultoras que ocupaban la plaza del Mercado para expender sus frutas y verduras.

Pese a estas carencias, esta comparación sí que permite matizar la realidad del Mercado que dibujaban Burguera y Reig. Por ejemplo, la actividad comercial de la plaza y sus alrededores no sólo estaba circunscrita a los puestos callejeros, sino a una tupida red de tiendas que no sólo ofertaban alimentación de subsistencia (pan, arroz,

¹⁸⁵ La diferencia tan notable entre el n° de abogados de 1888 y el de 1893 puede deberse a que en 1888 el Indicador comprendía tanto a los colegiados activos como a los inactivos.

¹⁸⁶ Vicente BLASCO IBÁÑEZ; *op. cit.*, pp. 14-16.

¹⁸⁷ En la *Guía Biográfica* de 1893, muchos de los negocios de quincallería, hojalatería o de venta de pescado en el área del Mercado cuentan con una dirección sin número, lo que daría pie a pensar que se trata de puestos ambulantes que sí que han sido contabilizados.

etc.) sino servicios y productos más elaborados y más caros¹⁸⁸. Calles adyacentes como la de San Fernando, Derechos o Bolsería aparecen dedicadas a la industria y comercio textil de «ropa hecha» y «tejidos»; la zona sur (Molino de la Robella, Cedaceros, Calabazas, etc.) concentra el 92,8% de la venta de muebles de la ciudad; la zona este (Santa Catalina, Platerías) engloba ese mismo porcentaje respecto a las joyerías, etc. También hay un ascenso de la actividad hostelera entre 1888 y 1893, puesto que las ocho chocolaterías recogidas en la guía de 1893 están asentadas en la zona y el número de nuevas horchaterías en la calle San Vicente (límite este del barrio) crece considerablemente. Y sobre todo, no se aprecia un descenso generalizado de la actividad mercantil del barrio ni una especialización extrema en un sector económico concreto, aunque los porcentajes de profesionales liberales (abogados, farmacéuticos) sean menores si los comparamos con las personas dedicadas a la artesanía o a la manufactura textil. En definitiva, estas estadísticas apuntarían a que el Mercado era un espacio más interclasista y con una composición social y laboral más diversa de lo que parece desprenderse de las fuentes literarias y las crónicas periodísticas.

Si según los directorios este distrito no parecía sufrir en estos momentos una fuerte segregación socio-espacial, ¿por qué tendía a ser representado de ese modo? ¿qué podía levantar y generar suspicacias entre las élites políticas y culturales de la ciudad hacia la zona del Mercado? He advertido que en ambos directorios subyace un completo silencio respecto a la venta ambulante en el barrio y que además, no contemplan a los labradores y labradoras de València y los pueblos cercanos que producían y vendían frutas y hortalizas en los mercados de la capital. ¿Cómo era percibida por las autoridades y los órganos periodísticos su interacción con la ciudad en contextos de paz y de conflicto social?

1.3 Huelgas agrícolas de 1878 y 1882: un problema urbano

En este subcapítulo me centraré en cómo las dos huelgas de *fematers* y vendedoras de frutas y hortalizas en 1878¹⁸⁹ y 1882 pusieron en jaque diversos

¹⁸⁸ Según el presupuesto de gastos de un obrero contemplado por la Comisión de Reformas Sociales de València en 1884, 800 gramos de pan moreno costaban 0,30 ptas, al igual que un plato de arroz con carne, mientras que dos camisas costaban 6 pesetas y dos blusas, 5 pesetas. AA. VV.; *Información oral y escrita practicada por la Comisión de Reformas Sociales en la provincia de Valencia*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, pp. 463-464 (facsimilar de edición de 1891).

¹⁸⁹ La huelga de 1878 ha sido analizada e interpretada por Mónica Burguera desde un prisma de género en su tesis DEA y en Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» en Mónica BURGUERA y

fenómenos. Por una parte, la circulación del tráfico de mercancías de la ciudad, así como las connotaciones de orden público y gobernanza que le proporcionaban las élites políticas y los medios de comunicación de València. Y por otra parte, exploro cómo esta actividad incidió en las imágenes y sensibilidades que estos grupos asociarían al mundo agrícola que rodeaba, alimentaba e impregnaba la urbe.

Las primeras menciones que he encontrado sobre las tareas de los labradores de la Huerta en el espacio urbano (sin utilizar el vocablo *femater*) se retrotraen a finales del siglo XVIII. Un discurso de 1788 del marqués de la Torre del Carrús, premiado por la Sociedad Económica de Amigos del País, concluía ligando intrínsecamente la prosperidad agrícola con la recogida de los desechos que producía la ciudad. Vínculo que, a la vez, repercutiría en la producción de frutas y verduras de calidad que luego serían expandidas a sus residentes:

«...una materia, al parecer tan despreciable, y sórdida, como es el polvo, y estiércol de estas calles; pero tan útil, y necesario a nuestros campos, que de él y en su elogio podemos en conclusión, y en pocas palabras: *El nos sustenta.*»¹⁹⁰

A mediados del siglo XIX, los fematers y las labradoras que vendían sus productos son descritos como oficio y grupo social cuya razón de ser era intrínsecamente ligada a la ciudad. En la introducción de la obra colectiva *Los Valencianos pintados por sí mismos*¹⁹¹, el editor no duda en citar ambos sujetos como ejemplos de «la irascibilidad que algunos observan en el *valenciano*» provocada, según él, por las vejaciones que sufrían mientras realizaban su trabajo en las calles y plazas de València:

«El *valenciano*, como vendedor de sus verduras en el Mercado, ha de sostener luchas enojosas con los compradores amigos de regatear, después de haber sufrido a las puertas de la ciudad el pellizco de los consumos, arbitrios municipales (...) como femater, ha de sufrir las sangrientas pullas de algunos transeúntes que suelen hacer un paralelo entre el *rosí* [caballo] y el propietario»¹⁹²

Así pues, su día a día en la ciudad es representado como un camino plagado de dificultades, hasta el punto de esbozarlo como una víctima resignada a una supuesta

Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.); *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, PUV, 2008, pp. 81-114.

¹⁹⁰ Marqués de la Torre de Carrús; *Discurso sobre lo útil y aun necesario que se cree ser a los campos de la huerta de esta Ciudad el estiércol y el polvo que se saca de sus calles, y perjudicial a la salud pública que permanezca en ellas*. València, Oficina de D. Benito Monfort, 1788, p. 53

¹⁹¹ AA. VV.; *Los valencianos, pintados por sí mismos*, València, Imprenta de la Regeneración Tipográfica, 1859. Esta obra iba en la línea de *Españoles pintados por sí mismos*, uno de los referentes de la literatura de “tipismos”.

¹⁹² José ZAPATER Y UGEDA en AA.VV; *Los valencianos, pintados por sí mismos...* p. 14.

falta de conocimiento de compradores y transeúntes de la interdependencia entre las demandas alimenticias de la ciudad y la oferta agrícola:

«siempre se ve deprimido en su amor propio por entes que solo miran al labriego desprovisto de oropeles y de instrucción, y no divisan en él al que les proporciona las ricas verduras, las nutritivas legumbres, las sabrosas frutas y otros innumerables artículos que son el alma de la gastronomía...»¹⁹³

Sin embargo, esta valoración condescendiente del labrador como un ser indefenso y sin capacidad de respuesta contrastan bastante con el pasado reciente de movilizaciones agrícolas en València, soslayado inconsciente o conscientemente por aquellos que redactaban la obra¹⁹⁴. Sin reacción patente en estas fuentes, la brecha aparente entre los mecanismos de reivindicación social entre campo y ciudad parecía aumentar. Esta interpretación podría dar alas a una de las cuestiones recurrentes en la investigación sobre la relación entre Huerta y urbe en los siglos XIX y XX: la disociación cultural y social creciente de un antiguo «agrosistema integrado» interdependiente. No obstante, esta tesis, defendida por el geógrafo Carles Sanchis y el ingeniero agrónomo Ignacio Díez en una de las obras más recientes sobre esta cuestión, requiere de matizaciones para la época de la Restauración¹⁹⁵. Es cierto que, al igual que en Estados Unidos y Europa, los inicios de la Segunda Revolución Industrial en España estaban provocando un éxodo rural hacia las grandes ciudades que alteraba esa red de dependencias¹⁹⁶. Pero pese a ello, no todas las zonas agrícolas expulsaban habitantes ni lo hacían de la misma manera. Generalizar esta ruptura de manera acrítica comporta problemas por su disociación radical entre los sujetos urbanos y rurales en contextos en

¹⁹³ *Ibidem*, pp. 14-15.

¹⁹⁴ En 1857, fematers y verduleras habían encabezado ya una huelga a causa de un aumento en el impuesto de consumos sobre las mercancías que entraban en el Mercado y los rumores sobre la subcontrata de uno de los grandes empresarios de la capital (José Campo) del servicio de recogida de basuras, labor primordial para los fematers. Este conflicto ha sido estudiado en Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGRO; «La Revolución de las Coles: sobre el motín contra el impuesto de consumos en el proceso revolucionario español» en Santiago CASTILLO y José María ORTIZ DE ORRUÑO; *Estado, protesta y movimientos sociales: Actas del III Congreso de Historia Social de España*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1997, pp. 49-64.

¹⁹⁵ «A lo largo de este tiempo, la huerta ha pasado a convertirse en un espacio físicamente próximo – contiguo o incluso entreverado a la ciudad–, pero social y culturalmente ajeno a ésta». Carles SANCHIS y Ignacio DÍEZ; «Huerta y ciudad: contigüidad geográfica y distancia cultural» en Joan ROMERO y Miquel FRANCÉS (ed.), *La Huerta de Valencia: un paisaje cultural con futuro incierto*, València, PUV, 2012, pp. 77-98. Un caso concreto de esta oposición aparece en Carles SANCHIS y Garikoitz GÓMEZ; «La ciudad contra la Huerta: el conflicto del agua potable en Valencia (1926-1928)» *Cuadernos de Geografía*, nº 91/92 (2012) pp. 1-18.

¹⁹⁶ Según el geógrafo marxista Edward Soja, esta migración masiva estaba produciendo a finales del siglo XIX una reestructuración de «las antiguas distinciones entre ciudad y campo, lo urbano y lo rural, *polites* e *idiotes* (...) para inscribir un nuevo orden urbano...». Quizás esta visión, que marca la desconexión entre ambos mundos como punto de llegada, tiene un carácter presentista, mostrando la urbanización como un fenómeno unidireccional y global. Edward SOJA; *Postmetrópolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008, p. 125.

los que la circulación de personas y mercancías en proximidad genera lazos identitarios y prácticas transversales, como es el caso de la agricultura periurbana.

¿En qué consistía el oficio de *femater* (estercolero en castellano) y quién lo desempeñaba? Este trabajo solía ser efectuado por agricultores arrendatarios varones de la huerta de València y sus pueblos limítrofes (Alboraia, Almàssera, Orriols, Meliana, etc.). Además de cultivar sus campos, recogían y se apropiaban de la materia orgánica de las casas y acequias de la capital. En 1877, un año antes de la primera huelga, los corresponsales de la revista madrileña *El Campo*¹⁹⁷ describían de manera tangencial las tareas matutinas de los fematers en un reportaje sobre los caballos, abonos y métodos de cultivo de la huerta de València:

«Los adultos entran en las primeras horas de la mañana en la ciudad, con una caballería aparejada con sera, la espuerta, un pequeño azadón y la escobilla (...) van ahora diariamente a las habitaciones donde están aparroquinados a recoger la basura de la cocina y del barrido del cuarto, que se les reserva en el depósito aparejado al efecto»¹⁹⁸

En este sentido, los recorridos de los fematers por las calles eran claves para evitar que la basura se colmatara y esparciera más allá de las viviendas particulares, manteniendo engrasadas, tal y como Burguera ha apuntado, las relaciones de interdependencia entre el entorno agrícola y la ciudad en los primeros años de la Restauración¹⁹⁹. ¿Pero qué podía ocurrir si la circulación de estas mercancías y residuos era alterada drásticamente por los encargados de gestionarlas? A día de hoy, la principal fuente para investigar las huelgas de 1878 y 1882 son las crónicas periodísticas que se han conservado en la Hemeroteca Municipal y la Biblioteca Histórica de La Nau de *El Constitucional*, *El Mercantil Valenciano* y *Las Provincias*, siendo estos dos últimos los diarios con mayor tirada de la capital²⁰⁰.

Según ambos, el detonante de la huelga entre febrero y marzo de 1878 consistía en la decisión consistorial de acabar con las molestias que ocasionaba el estacionamiento indiscriminado de los carruajes de los fematers en las calles. El 27 de

¹⁹⁷ En funcionamiento desde 1876 hasta 1892, esta revista estaba dedicada a ocio y deportes campestres practicados por las élites de la Restauración. Entre sus colaboradores se encontraban literatos como Benito Pérez Galdós o Juan Valera. Ainhoa GILARRANZ; «El Campo y la prensa especializada: el estudio de su desarrollo y consolidación a través de la contribución industrial» *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, nº 7 (2016) pp. 1-22.

¹⁹⁸ J. A. A.; «Abonos» *El Campo*, nº 18, 16 de agosto de 1877, p. 243.

¹⁹⁹ Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos...», p. 93.

²⁰⁰ En menor medida, dada su escasez de referencias, he manejado las actas de las reuniones del consistorio, una gaceta del Ministerio de Agricultura, algunos bandos municipales, etc.

febrero, amparándose en el cumplimiento del Bando General de Buen Gobierno²⁰¹, *Las Provincias* argumentaba que era «necesario hasta cierto punto, por parte del Ayuntamiento, de que no queden abandonadas en la calle las caballerías que se emplean para dichos objetos, a fin de que no ocurran posibles desgracias ni presente la población un aspecto impropio de una ciudad culta»²⁰². Así pues, la cultura es identificada por el redactor con el control del comportamiento de los animales parados...no vaya a ser que se desboquen y obstruyan el tráfico cotidiano²⁰³.

Al día siguiente, reiteran que todo se ha debido a una malinterpretación de la medida de alcaldía, agravada porque se han incorporado a la huelga «los vendedores de verduras, a los que, según parece, se les ha amenazado para que no acudan al mercado de Valencia»²⁰⁴. Sin embargo, no hay ninguna mención sobre el inicio del conflicto en las actas municipales hasta el día 6 de marzo, aunque este hecho por sí sólo no impediría que la huelga estuviera presente en las discusiones orales de acuerdo a las actas²⁰⁵. De hecho, el alcalde (el marqués de Tremolar) ya había publicado un bando en un tono muy semejante al de *Las Provincias*, insistiendo en la tergiversación del Bando General de Buen Gobierno, cuyas disposiciones «se les ha dado proporciones exageradas con el siniestro propósito de alarmar a los pacíficos habitantes de esta Vega»²⁰⁶.

Asimismo, ¿quién ha amenazado a las y los vendedores de fruta y verdura con el fin de que no ocupen sus espacios en el Mercado? Ésta es una pregunta a la que el diario conservador no ofrecerá respuestas hasta el 2 de marzo. Según ellos, se trata de labradores procedentes de Alboraya y Almacera (pueblos al norte de la ciudad) aunque sin despejar las dudas sobre qué tipo de incidentes se han producido durante esos días:

«Ayer fueron detenidos y arrestados en esta ciudad los alcaldes de los pueblos de Alboraya y Almacera, sin duda porque no han procurado por todos los medios que su delicado cargo les impone

²⁰¹ Promulgada en 1859, esta ordenanza decretaba que «tampoco podrán [los conductores de carruajes] detener el carruaje en sitio público más tiempo que el preciso para carga y descarga». València, Imprenta de la Regeneración Tipográfica, 1859, p. 32.

²⁰² *Las Provincias*, 27 de febrero de 1878, p. 2.

²⁰³ Pese a que Dennis no estudia casos concretos de conflictos espaciales basados en la idea de “bloqueo arterial”, su interpretación de discursos de novelistas y políticos liberales sobre las calles de Nueva York o Londres con esta noción resulta sugerente, salvando las diferencias culturales, políticas y demográficas, para entender las posibles conexiones entre circulación, resistencias materiales y el gobierno de la ciudad. Richard DENNIS, *op. cit.*, pp. 37-40.

²⁰⁴ *Las Provincias*, 28 de febrero de 1878, p. 2.

²⁰⁵ Para entender esta afirmación, es recomendable leer las observaciones metodológicas en la p. 38.

²⁰⁶ *Hemeroteca Municipal de Valencia*, bando 1878, 02, 27, 27 de febrero de 1878.

disuadir a los vecinos de dichos pueblos de su impropio conducta, o evitar que algunos se coaligaran (...) para crear el actual estado de cosas, ejerciendo coacción sobre los más débiles o temerosos.»²⁰⁷

Mientras tanto, las crónicas de *El Mercantil* sí que inciden en la violencia desatada por los actos de los protagonistas de la huelga y, sobre todo, en las consecuencias de este conflicto en las calles y comercios del centro de la ciudad²⁰⁸. Frente a ellos, los redactores del diario republicano-liberal retrataban a las autoridades del municipio como entidades bloqueadas en su ejercicio de gobierno, al igual que la circulación de bienes de la capital:

«Los puntos del Mercado donde habitualmente se espenden las verduras se hallaban desiertos y sólo algunos grupos de curiosos y comentaristas prestaban alguna animación a la estensa plaza. El alcalde, algunos tenientes y concejales contemplaban melancólicamente su obra, rodeados de municipales y agentes de orden público.»²⁰⁹

En primer lugar, *El Mercantil* arremete con contundencia contra los fematers huelguistas, que con su paro parecían haber subvertido por completo el tópico bucólico del “Levante florido” alimentado por la burguesía valenciana en sus círculos literario-políticos²¹⁰. De acuerdo a este periódico, «la ciudad de las flores sigue convertida en depósito de basuras, presentando especialmente por la noche un fantástico aspecto»²¹¹, de manera que la materia orgánica y las calles de la ciudad se convierten en un mismo ente ineludible para sus habitantes²¹². Pese a que se aprecie un tono irónico en estas declaraciones, al peligro de los despojos desparramados²¹³ la redacción añadía el riesgo a la propagación de agresiones por la Huerta. En este sentido, días más tarde, la

²⁰⁷ *Las Provincias*, 2 de marzo de 1878, p. 2.

²⁰⁸ ¿Qué tiene que ver la huelga de las vendedoras con la ya iniciada por los fematers? Ninguno de los dos periódicos da pistas concluyentes al respecto, dando quizás por sentada la vinculación entre ambos grupos. Queda abierta la posibilidad de que existieran lazos de parentesco, amor o amistad.

²⁰⁹ *El Mercantil Valenciano*, 28 de febrero de 1878, p. 2.

²¹⁰ La historiografía social valenciana de los años 70 puso mucho énfasis en esta paradoja entre la idealización literaria del campo y la conflictividad agraria provocada por la carestía y la distribución desigual de la propiedad rural. Alfons CUCÓ; «Las agitaciones campesinas de la Huerta de Valencia (1878-1879): sus orígenes históricos», *Saitabi: Revista de la Facultat de Geografia i Història*, nº 24 (1974) pp. 103-134, o Ricard BLASCO; *Revoltats i Famolencs*, València, Almudín, 1980.

²¹¹ *El Mercantil Valenciano*, 3 de marzo de 1878, p. 2.

²¹² El callejero dimensionado por este diario dista ¿intencionalmente? de cualquier representación de un mundo urbano ordenado por objetos e infraestructuras sanitarias que intermedien entre lo “humano y lo “no-humano”, a la manera en que Patrick Joyce lo definía para explicar el gobierno municipal de ciudades como Manchester a finales del siglo XIX a través de la gestión de recursos como el agua corriente o la evacuación de los desperdicios. Patrick JOYCE; *op. cit.*, p. 70.

²¹³ «forman en torno de la capital una atmósfera tan impregnada de miasmas deletéreos, que no tendría nada de particular el desarrollo aquí de una enfermedad epidémica». *El Mercantil Valenciano*, 8 de marzo de 1878, p. 2. La superposición entre una amenaza visible y una amenaza olfativa para el viandante ¿podría provocarle el miedo a su desintegración, tal y como defendía Alain Corbin? Alain CORBIN; *El perfume y el miasma*, *op. cit.*, p. 29.

redacción citaba casos concretos de violencia agrícola contra las propiedades de labradoras que habían tratado de acudir al mercado:

«En Alboraya, a una pobre mujer que parece se permitió venir a vender algunas verduras a esta ciudad, le han incendiado la barraca y le han talado dos campos.

En el término de Monteolivete [al sureste de la ciudad] han cortado todas las hortalizas de un campo por haber sabido que en el día anterior la dueña había vendido algunas para los mercados de esta plaza.»²¹⁴

Este tipo de noticias llegarían a oídos, directamente o a través del gobernador civil, del Ministerio de Fomento. En su *Gaceta Agrícola*²¹⁵, condenó públicamente la crisis de abastecimiento, al tiempo que llamaba a la conciliación entre las partes ante unas pugnas que, a su juicio «estravían la opinión de las gentes sencillas, induciéndoles a luchar contra sus intereses y a cometer desmanes, como el de Monte Olivete, si es cierto se han cortado todas las hortalizas de un campo...»²¹⁶. Queda por despejar la incógnita de qué tipo de intervención estatal, si es que la hubo, sería escogida para reprimir y “redirigir” las conductas de los fematers y las vendedoras, si bien Mariano Castillo, el nuevo gobernador civil de la región, insistía en su primer bando en que ante el “extravío” pendía la amenaza de la aplicación de la ley del 8 de enero de 1877 «que trata de los vagos y las gentes de mal vivir»²¹⁷.

Y en segundo lugar, el periódico liberal-republicano dibuja un panorama desolador en cuanto a la actividad comercial del barrio del Mercado. Y no tanto por el desabastecimiento de las frutas y verduras que se vendían en las paradas, obstáculo aparentemente sorteado por el consistorio mediante la compra de víveres que llegaban de la Ribera gracias al ferrocarril²¹⁸. Tras una semana y media de bloqueo, *El Mercantil* informaba sobre una reunión entre el consistorio y los comerciantes del distrito, que a su juicio, no podían subsistir durante más tiempo por falta de clientela. No obstante, ¿quiénes eran considerados los clientes?:

²¹⁴ *El Mercantil Valenciano*, 6 de marzo de 1878, p. 1.

²¹⁵ Creada con la Ley de Enseñanza Agrícola de 1876, era de obligada suscripción para todos los ayuntamientos, diputaciones y juntas agrícolas. Narciso DE GABRIEL FERNÁNDEZ; «La agricultura y la escuela en España, 1848-1901» *Historia de la Educación*, vol. 2 (1983) p. 135.

²¹⁶ *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento*, Madrid, Calle del Sordo, 1878, tomo VI, p. 630.

²¹⁷ *El Mercantil Valenciano*, 13 de marzo de 1878, p. 2.

²¹⁸ Dos días antes, el pleno del Ayuntamiento había decidido «la adquisición y venta por cuenta del municipio de las hortalizas y legumbres necesarias para abastecer los mercados, mientras durase el incalificable retraimiento de los labradores de la Vega» AHMV, actas del Ayuntamiento, 6 de marzo de 1878. En el acta no aparece quién se encargará de intermediar entre autoridades y clientes, ni el medio de abastecimiento, pero Las Provincias llevaba varios días hablando de remesas provenientes de Játiva y pueblos de la Ribera. *Las Provincias*, 1 de marzo de 1878, p. 2.

«Nuestros lectores conocen demasiado la importancia que para la vida del comercio tiene la entrada diaria en Valencia de miles de personas, para que nos detengamos a demostrar la justicia que asiste a los comerciantes que reclaman del gobierno lo que éste tiene el deber de darles: (...) la remoción de cuantos obstáculos oponen a la marcha ordenada de los negocios.»²¹⁹

«llevando las consecuencias de la falta de verduras al extremo de suponer se perjudican los intereses del comercio, puesto que las labradoras verduleras no compran en los comercios la rosquilla y el cordón para atarse el cabello, etc. Etc., sin que falte quien con todas fuerzas pide, un día y otro día, la dimisión del sr. Tremolar.»²²⁰

Al relativizar *Las Provincias* la interacción cotidiana con la ciudad de los sujetos en huelga, ligándola a elementos accesorios²²¹, *El Mercantil* había reaccionado definiendo inconscientemente una nueva sinergia que superaba los límites entre sujetos urbanos y sujetos extraurbanos. En concreto, el distrito parecía concebirse como un *espace*²²², ligando su supervivencia a los fematers y labradoras no por sus ventas a los habitantes de la zona, sino por su propia capacidad de arrastre económico, desplegada en sus movimientos y permanencias en el centro de la ciudad. Magnificada o no, efectista o no, instrumentalizada o no, un autodenominado “comerciante” exponía su experiencia de la huelga en una carta pública. Según él, los negocios estaban padeciendo problemas porque...:

«no es solamente (...) lo que compran las labradoras, sino que éstas se surten de muchas cosas en los comercios de especiería, y cuanto necesitan para vestir a todas sus familias, en los comercios de tejidos, dejándose muchas veces en estos últimos algunos miles de reales.

Sufre porque muchas familias de la capital, temerosas de que suceda algún motín, se retraen de salir a compras.

Sufre porque los habitantes de los pueblos de la provincia no vienen, porque ha cundido la voz de que *aquí nos estamos matando*.»²²³

Así pues, mientras que *Las Provincias* relativizaba el impacto socioeconómico de la ausencia de las labradoras (y la presencia de despojos en las calles) en el barrio, su homónimo liberal-republicano pretendía incitar la preocupación de los lectores ante una supuesta parálisis de la actividad cotidiana que pudiera repercutir en la marcha de los negocios. Si, en efecto, los comerciantes con tiendas en el barrio demandaban la vuelta de las labradoras para reactivar su actividad económica, esto supondría, al igual que en

²¹⁹ *El Mercantil Valenciano*, 8 de marzo de 1878, p. 2.

²²⁰ *Las Provincias*, 10 de marzo de 1878, p. 2.

²²¹ El diario conservador acusaba a *El Mercantil* de exagerar la situación de los comercios del barrio: «llevando las consecuencias de la falta de verduras al extremo (sic) de suponer se perjudican los intereses del comercio, puesto que las labradoras verduleras no compran en los comercios la rosquilla y el cordón para atarse el cabello, etc, etc.; sin que falte quien con todas sus fuerzas pida, un día y otro día, la dimisión del sr. Tremolar». *Las Provincias*, 10 de marzo de 1878, p. 1.

²²² Para más información, ver distinción entre «lugar» y «espacio» de Michel De Certeau en el apartado teórico.

²²³ La cursiva es mía. *El Mercantil Valenciano*, 13 de marzo de 1878, p. 3.

la polémica del Trench²²⁴, algunas diferencias en la relación entre el comercio callejero y las tiendas circundantes del Mercado de València respecto a otras ciudades europeas como Bruselas²²⁵ o Copenhague. Por ejemplo, en la capital danesa, los comerciantes del centro estaban divididos entre el apoyo y el rechazo a la venta en la calle, de modo que «shopkeepers with common interest based upon location or line of businesses formed groups to put pressure on the city government to follow their agenda»²²⁶. Un estudio más profundo a través de padrones o registros mercantiles quizás ayudaría a comprender mejor cómo se imbricaban estas dos realidades en València a finales del siglo XIX.

La huelga de verduleras y *fematers* de marzo de 1878 impidió la limpieza de las calles y paralizó el suministro de productos hortofrutícolas, constituyendo un ataque formidable a la movilidad de personas y mercancías de la capital. Pero no sólo el vínculo entre circulación y "buen gobierno" o la actividad comercial estaba en juego. Según Burguera, una de las motivaciones de fondo que movilizaron a las campesinas de la Huerta era la competencia por el espacio central de venta de la plaza del Mercado con las revendedoras. Este colectivo, formado por mujeres del barrio, resultaría poco popular por la condición moral que le atribuían las huertanas, ya que era percibido como una amenaza a su trabajo y su capacidad de negociación²²⁷. Un par de décadas antes, habían sido tipificadas de este modo en *Los Valencianos pintados a sí mismos*:

«todos los días permanece en su sitio desde el amanecer hasta la hora en que realiza todo el género (...) así es, que esta muger, a semejanza de los perros que viven encadenados, tiene un carácter sumamente irascible...»²²⁸

Así, la fijación de estereotipos sobre lo rural y lo urbano en València no era una cuestión exclusiva de la prensa ni de las autoridades municipales o estatales. Muchas de las noticias o alocuciones contenían tópicos que bien podrían aparecer en novelas o incluso en tratados científicos como el del doctor Juan Bautista Peset y Vidal, bien recibidos por los tabloides de la ciudad²²⁹. La obra publicada en 1878 por este psiquiatra constituye uno de los principales ejemplos de un género literario desarrollado en España

²²⁴ Ver subcapítulo 1.1.

²²⁵ Clé LESGER; *op. cit.* y Anneleen ARNOUT, *op. cit.*

²²⁶ Jens TOFTGAARD; «Marketplaces and central spaces: markets and the rise of competing spatial ideal in Danish city centres, c. 1850-1900» *Urban History*, nº 43, vol. 3 (2016) p. 379.

²²⁷ Mónica BURGUERA; «Negociando intereses rurales en el espacio urbano, economía familiar en l'Horta de Valencia en la segunda mitad del siglo XIX» Tesis DEA, Universitat de València, 2000, pp. 101-102.

²²⁸ Pedro YAGO; «La revendedora» en AA.VV; *Los valencianos pintados por sí mismos*, Valencia, Imprenta de la Regeneración Tipográfica, 1859, p. 236.

²²⁹ El Comercio de Valencia mencionaba que el Instituto Médico Valenciano les había regalado un ejemplar de la obra. *El Comercio: diario de Valencia*, 23 de abril de 1879.

desde mediados del siglo XVIII: las topografías médicas. Estos informes médicos combinaban el estudio de la geografía física, las condiciones de vida, hábitos y comportamientos cotidianos de una localidad con críticas morales basadas en criterios ambientales y en su supuesta objetividad como profesionales de la medicina. La *Topografía médica de Valencia y su zona* es una más entre las topografías que, a finales del siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX, serían publicadas sobre pueblos de la Huerta como Meliana, Burjassot o Benetússer. Han sido analizadas por historiadores de la ciencia como Josep Lluís Barona²³⁰, si bien con un cierto empirismo metodológico que no ha atendido a la recepción del público al que iban dirigidas ni tampoco otros contextos urbanos. Por ejemplo, cuando Peset afirma en su topografía que ésta consiste en «el estudio de cuantas circunstancias especiales contribuyen directa o indirectamente al desarrollo de los afectos *propios*²³¹ de un país», de alguna manera él parecía vaticinar lo diferenciales que resultaban las características de su ciudad, a modo de profecía auto-cumplida. Además, cabe advertir que esta tendencia a identificar actitudes con entornos geográficos también podía ir acompañada de caracterizaciones de clase y género desde su posición de autoridad científica de la época como epidemiólogo y psiquiatra²³².

A este respecto, mientras trataba la composición social de la ciudad y su cinturón agrícola, Peset atribuía, con tintes patológicos, un descontrol emocional especial y *propio* a las mujeres de la capital y los labradores de la Huerta:

«Se observan también algunos individuos dotados de temperamento nervioso, que puede servir de tipo, particularmente en las mujeres que habitan en la capital, o del bilioso en algunos de los labradores de su huerta o comarcas inmediatas»²³³.

Resulta curioso comprobar cómo el doctor Peset naturalizaba la irritabilidad o el vigor en dos sujetos colectivos que, en pleno proceso de elaboración de su obra, habían puesto contra las cuerdas al Ayuntamiento de la ciudad y al gobernador civil. Pero al mismo tiempo Peset describe el Mercado como «una cosa notable y de las que más llaman la atención; pues su situación céntrica, extraordinaria extensión, el aseo, el orden y abundancia de sus artículos y demás condiciones, le dan un aspecto magnífico y le

²³⁰ Josep Lluís BARONA, «Condicions de vida a l'horta valenciana: El testimoni dels metges» *Afers*, 47, (2004) pp. 67-91.

²³¹ La cursiva es mía.

²³² Antonio M. REY GONZÁLEZ; «Clásicos de la Psiquiatría Española del siglo XIX (IX) Juan Bautista Peset Vidal (1821-1885)» *Revista Asoc. Esp. de Neuropsiquiatría*, vol. V, nº 12 (1985) p. 90.

²³³ Juan Bautista PESET Y VIDAL, *Topografía Médica de Valencia y su zona*, Valencia, Imprenta de Ferrer y Orga, 1879, p. 192.

hacen de los mejores bajo todos los conceptos»²³⁴. En ese caso, ¿quiénes eran los que garantizarían esas cualidades?

Entre el 15 y el 16 de marzo, ambos periódicos informarían de la revocación del bando municipal y, con ello, la huelga terminó. Pero el vacío visual y sonoro que habían dejado en el espacio público durante los días de disputa y su voluntad de no cumplir el Bando General de Buen Gobierno no eran sólo representado por literatos o periodistas de *El Mercantil* y *Las Provincias* como una muestra de «un mundo rústico distanciado del civismo y del progreso urbano», tal y como apuntaba Burguera²³⁵. Aquí, la huelga de *fematers* y verduleras de 1878 ha sido estudiada no sólo como un conflicto laboral que traspasaba el marco de las crisis agrarias de subsistencia, sino como un pugna agro-urbana entre producciones del espacio público de la ciudad y, en paralelo, de representaciones sociales ambiguas en la prensa y literatura sobre la respetabilidad de los sujetos en liza. Así pues, en la València de los primeros años de la Restauración, la supuesta interdependencia secular entre campo y ciudad iba más allá de la circulación de desperdicios y hortalizas en el distrito del Mercado. Pese a sus representaciones literarias y periodísticas como un lugar de marginalidad, agresiones imprevisibles y desigualdad, la vitalidad comercial del barrio también podría depender en buena medida de las necesidades de las y los labradores. En ese caso, ¿por qué insistían en caracterizarlo de ese modo?

En julio de 1882, ambos colectivos volverían a detener su actividad, pero por motivos distintos. En esta ocasión, el conflicto había sido originado por una subida de arbitrios a los carros que entraban a la ciudad con productos hortofrutícolas. Así pues, cuatro años después, *El Mercantil* y *Las Provincias* volverían a llenar las rotativas de relatos sobre la colmatación de desechos orgánicos en los espacios públicos urbanos que, probablemente, intentaban crear la repulsión de aquellas personas que pretendían atravesarlos. La dilatación en el tiempo y la determinación de las y los huelguistas llegó a exasperar a la redacción de *El Mercantil*, que aludía con tintes segregacionistas a su violencia e irracionalidad:

«No se trata de una diferencia entre ocupantes de los puestos y el dueño de esos puestos [¿el Ayuntamiento?] que se zanja admirablemente por una inteligencia y componenda entre ellos: se trata de una huelga, de las talas de campos, de las amenazas de muerte e incendios, de las palizas propinadas en la

²³⁴ Juan Bautista PESET Y VIDAL, *op. cit.*, p. 145.

²³⁵ Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad... », p. 108.

huerta (...) se trata de que una de las partes contratantes la ha emprendido a palos con la otra para obligarla a aceptar determinadas condiciones del contrato»²³⁶.

En el fragor de la huelga de verduleras y *fematers* de julio de 1882, *El Mercantil Valenciano* valoraba el comportamiento de los sectores agrícolas en los siguientes términos:

«Ya estarán satisfechos los torpes consejeros de los labradores; se quedarán estos sin sus puestos en los mercados, perdiendo las ganancias que legítimamente les producía la venta al detalle de la cosecha, y cuando la miseria y el hambre llamen a las puertas de las humildes barracas: ¿Dónde estarán esos señores que les alientan ahora? ¿Dónde estarán ahora esos caballeros que escriben los pasquines, esos que en fin, directa o indirectamente, mantienen la excitación de la huerta?»²³⁷

De esta columna parece deducirse que las y los huelguistas eran seres inocentes sin capacidad propia de acción política manejados por agentes externos, asociados, en otras crónicas, a los movimientos carlistas que, aparentemente poseían arraigo en la Huerta. No obstante, y a raíz de la derrota militar en 1876, la movilización y capacidad asociativa de esta cultura política en los años 80 era muy precaria, por lo que, más allá de las simpatías que pudiese despertar el carlismo, resulta razonable dudar de sus vínculos oficiales con las labradoras y labradores en conflicto²³⁸.

Pero, a diferencia de 1878, el Ayuntamiento sí que tomaría medidas coercitivas de las que ha quedado constancia escrita. Al parecer, el malestar político alcanzaría tal magnitud que, en una sesión extraordinaria del pleno, los concejales tomarían a puerta cerrada dos decisiones drásticas para socavar el movimiento huelguístico. En primer lugar, pidieron al gobierno central la anexión unilateral del pueblo agrícola de Orriols al término de València, argumentando la gravedad de las trabas que sus labradores habían opuesto a la venta en el Mercado público²³⁹. Sin embargo, la supresión e integración administrativa y política de municipios cercanos a las grandes capitales puede entenderse en un marco más amplio. Los primeros gobiernos de la Restauración se otorgaron a sí mismos y a las grandes ciudades facilidades para anexionar poblaciones cercanas con la ley municipal de 1877, por encima de la voluntad de los pueblos

²³⁶ *El Mercantil Valenciano*, 14 de julio de 1882.

²³⁷ *El Mercantil Valenciano*, 23 de julio de 1882, p. 2.

²³⁸ Javier ESTEVE MARTÍ; «La política anti-liberal bajo el signo del nacionalismo: el padre Corbató y Polo y Peyrolón» Tesis inédita, Universitat de València, 2017, pp. 196-197.

²³⁹ AHMV, actas del pleno consistorial, 17 de julio de 1882.

afectados²⁴⁰. Pero ¿qué alteraciones podían justificar la aplicación de esta medida con semejante celeridad?

Hay que tener en cuenta que sólo dos meses después del pleno del Ayuntamiento, el Gobernador Civil sancionaría legalmente la anexión de Orriols sin justificar su decisión ni hacer referencia a ningún conflicto previo²⁴¹. Sin embargo, *Las Provincias* y *El Mercantil* habían hecho referencia a una dimensión de la huelga atribuida específicamente a esta población agrícola. Los periodistas de ambos medios denunciaban que la creación de mercados improvisados a manos de los huelguistas en Orriols contribuía a la parálisis del Mercado central y suponía un desafío a la autoridad fiscal y política del Ayuntamiento, pero con dos enfoques diferenciados. Mientras que *El Mercantil* caricaturizaba éstos como un «verdadero Gibraltar de Valencia»²⁴² constituido en competencia desleal, *Las Provincias* subrayaba que la clientela estaba abasteciéndose crecientemente en la huerta y estos mercados paralelos, supuestamente autogestionados por las labradoras y labradores. Y además, el diario conservador concluía advirtiendo sobre cualquier «coalicón agraria» dado que, según ellos, «siquiera revista las formas pacíficas de la huelga de labradores, es siempre un mal síntoma y cabe grande responsabilidad a las autoridades que pudiendo, no conjura la tormenta a que pudiera dar luego el ligero nublado de estos días»²⁴³.

En las dos semanas siguientes, la supresión municipal del mercado de Orriols a través de la represión de la guardia civil y la negociación política encabezaría a menudo las noticias locales de ambos diarios. Contextualizada por los medios en un marco de conflictividad en los barrios con extensiones de huerta²⁴⁴, el carácter díscolo de las autoridades municipales de este pueblo era enfatizado frente a las “explicaciones convincentes” del Gobernador Civil:

«El alcalde y el secretario de aquel ayuntamiento [Orriols] parece que no se encontraban muy dispuestos a secundar estas órdenes, por lo que fueron conducidos a presencia del gobernador, y tan

²⁴⁰ La ley de 1877 preveía el ensanche del término mediante Real Decreto de «aquellas poblaciones que cuenten más de 100.000 habitantes hasta una distancia máxima de seis kilómetros» *Gaceta de Madrid*, tomo IV, nº 277, 4 de octubre de 1877, p. 39.

²⁴¹ AHMV, actas del pleno consistorial, 6 de septiembre de 1882.

²⁴² *El Mercantil Valenciano*, 7 de julio de 1882, p. 2.

²⁴³ *Las Provincias*, 7 de julio de 1882, p. 2.

²⁴⁴ «Se observó que los alcaldes de barrio fueron los más partidarios de la resistencia (...) Hoy parece que serán destituidos la mayor parte de los alcaldes de barrio de Ruzafa, partido de Santo Tomás y algunos otros». *El Mercantil Valenciano*, 18 de julio de 1882, p. 2.

convincentes debieron ser las explicaciones de esta autoridad, que prometieron la enmienda, y bajo esta promesa, regresaron al pueblo»²⁴⁵

Dos días después de esta noticia, el acuerdo del pleno secreto del día 17 de julio de supresión del municipio de Orriols no recibiría ningún tipo de cobertura mediática. Pero ello no impide valorar la contundencia de semejantes acciones del consistorio valenciano a la hora de imponer su voluntad, recurriendo si era necesario a las prerrogativas del Gobierno civil. Praxis que puede dar claves para entender, por debajo del tapiz común del caciquismo, la complejidad y la relación desigual y conflictiva que podía crearse entre las autoridades locales vecinas en la Restauración, sin necesariamente considerar sólo cuestiones de clase²⁴⁶.

No obstante, ésta no sería la única medida de presión que tomaría el pleno en sesión secreta. Desde la Comisión de Repeso, como encargada de administrar y recaudar las licencias y los arbitrios de los puestos, se amenazó con declarar vacantes las parcelas sobre las que asentaban las vendedoras sus tenderetes si no volvían al trabajo en tres días²⁴⁷. De esa manera, el Ayuntamiento chantajeaba a las vendedoras alegando su condición de propietario último del suelo del Mercado, frente a cualquier derecho consuetudinario u obstáculo a la administración y gobierno del mismo. Sobre el papel, esta llamada a la vuelta a sus actividades cotidianas sí que fue secundada por las autoridades municipales de otros pueblos limítrofes como el de Alboraya²⁴⁸, donde residían según la prensa una buena parte de los instigadores de la revuelta.

Tras más de tres semanas de confrontación, la huelga de 1882 terminaría oficialmente el 27 de julio con la entrada de vendedoras y *fematers* al Mercado. Ahora bien, ¿quiénes resultaban victoriosos y a cambio de qué? Quedan muchos interrogantes en el aire sobre el alcance y las consecuencias de las respuestas municipales sobre los sujetos que la habían protagonizado. Según la comisión municipal de Policía Urbana, la huelga provocó perjuicios económicos al haber forzado al Ayuntamiento a «asegurar la provisión de verduras y hortalizas del Mercado», por un valor de 4.377 pesetas que

²⁴⁵ *Las Provincias*, 15 de julio de 1882, p. 2.

²⁴⁶ Esta observación bebe de las hipótesis de Jesús Millán sobre la construcción de los poderes locales en la Restauración: «bajo el consenso burgués, que confiaba la integración de las creciente disparidades sociales a la cualificada percepción de las oligarquías próximas, no estaba asegurada la sumisión subalterna de la mayoría. Existían vías, localmente diferenciadas, para las presiones desde abajo e incluso para el auge de la disidencia». Jesús MILLÁN; «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, nº 22 (diciembre 2000) p. 105.

²⁴⁷ AHMV, actas del pleno consistorial del ayuntamiento de Valencia, 17 de julio de 1882.

²⁴⁸ Archivo Municipal de Alboraya, actas del pleno consistorial, 15 de julio de 1882.

serían cargadas en el capítulo presupuestario de “Imprevistos”²⁴⁹. Pese a que no daban más detalles de esta operación, probablemente estos importes provenían de la llegada de productos hortofrutícolas mediante ferrocarril que había sido criticada por *Las Provincias* y *El Mercantil* como insuficiente. Asimismo, el contratista del peso público reclamaría indemnización al consistorio, sin constar el importe y la satisfacción de la misma. Por otra parte, tampoco queda claro qué criterios se siguieron para repartir los puestos a los nuevos adjudicatarios tras la expulsión de las vendedoras que habían proseguido la huelga y cuál sería la relación con ellos.

Sin embargo, cabe analizar otra cuestión relacionada con la imaginación del mundo agrario desde los órganos de toma de decisiones políticas y los que proponían dirigir la opinión “extraviada” de los agricultores. ¿Hasta qué punto tuvo consecuencias culturales que trascendieron el plano económico o el cumplimiento de las reivindicaciones concretas de ambos colectivos agrarios? Por ejemplo, aunque *El Mercantil* denunciaba los intentos de otros medios (carlistas) por «plantear la cuestión entre la población urbana y rural, resucitando los antagonismos de las Germanías»²⁵⁰, también acusaba a los habitantes de la Huerta de generar parte del conflicto a través de la propagación de rumores infundados sobre el aumento de impuestos. Sin embargo, según la redacción, estas falsas noticias no sólo provenían de los medios o de los propios labradores, sino de otros sujetos de origen confuso. Criminales, «caballeros que escriben anónimos o pasquines», «los agentes secretos de la huelga», etc²⁵¹. De ese modo, los periodistas intentaban no asociar directamente a la población rural como conjunto con la responsabilidad última del conflicto («los mal aconsejados labradores de nuestra hermosa huerta»²⁵²) pero sí sembraban la sospecha en ellos al dejar abierta la puerta a su caída en la violencia y el desorden público. Y si su espacio de vida y trabajo era la plaza del Mercado, la prensa estaba indirectamente levantando una supuesta brecha entre las formas de movilidad y apropiación del espacio público de las labradoras, los labradores y otros sujetos desprestigiados frente al resto de habitantes de la capital.

²⁴⁹ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 1 de noviembre de 1882.

²⁵⁰ *El Mercantil Valenciano*, 16 de julio de 1882.

²⁵¹ *El Mercantil Valenciano*, 28 de julio de 1882.

²⁵² *El Mercantil Valenciano*, 23 de julio de 1882.

Conclusiones:

A lo largo de este capítulo, me he aproximado a los conflictos entre las primeras autoridades políticas de la València restaurada y las labradoras y vendedores del Mercado a través del prisma de distintas producciones sociales del espacio público del centro de la ciudad. Esta panorámica me permite plantear que las suspicacias de las autoridades y la prensa general ante las huelgas de 1878 y 1882 en el Mercado no se limitaban a sus efectos puntuales en las dinámicas de abastecimiento y circulación de vendedoras y productos de alimentación o a hipotéticos agentes políticos externos. Con anterioridad a estas fechas, *El Mercantil Valenciano* y *Las Provincias* habían ofrecido una panorámica depauperada y sórdida del Mercado y su entorno. Mientras tanto, algunos relatos literarios coetáneos ligaban un hipotético desgobierno de este espacio con un presente caracterizado por la multitudinaria y un pasado tormentoso.

Las investigaciones históricas sobre la conflictividad social en la ciudad de esta época han asumido estas representaciones como muestras de un barrio que estaba perdiendo valoración social e importancia comercial en los inicios de la Restauración. Sin embargo, esta perspectiva no tiene en cuenta otras percepciones del barrio desarrollada por antiguos moradores, que caracterizan el Mercado de sus recuerdos como un espacio de confluencia y relaciones de poder entre clientela y vendedoras con distinto estatus social y laboral. Tampoco se fundamenta en un análisis de la composición comercial del barrio a través de registros o guías comerciales. Las series estadísticas que he elaborado advierten de la proporción nutrida de profesiones liberales, negocios de lujo, hostelería y comercio textil, si bien no comprenden la presencia e interacción de otras vertientes: la venta ambulante y la efectuada por agricultoras y agricultores. En los conflictos de 1878 y 1882, la negativa de estos últimos a ejercer su trabajo en la ciudad desató una serie de represiones y críticas políticas y mediáticas sobre su comportamiento público, caracterizándoles como seres violentos, irracionales e incívicos. Sin embargo, los debates periodísticos también lamentaban que su ausencia y sus bloqueos intencionales de la circulación ponían de manifiesto relaciones entre la agricultura y el comercio de la ciudad de las que dependía la propia supervivencia del barrio y de la misma.

En resumen, pese a las representaciones mediáticas y literarias que enfatizaban la alteridad del Mercado y su entorno, éste seguía siendo el centro de la vida social y

comercial de la ciudad. Y precisamente, por la variedad de sujetos que lo articulaban y frecuentaban, que con sus producciones sociales del espacio público contribuían a “hacer ciudad” desde el seno de la misma, pero también a partir de las labores de vendedoras y labradores procedentes de la Huerta.

CAPÍTULO 2: LOS CONTORNOS PÚBLICOS EN LIZA DE LAS CLASES SOCIALES: EL MERCADO Y SUS SUJETOS EN LOS ALBORES DEL REFORMISMO SOCIAL EN VALÈNCIA (1882-1887)

2.1. Los primeros proyectos de Mercado cubierto. Iniciativas municipales en torno a un espacio literaturizado

En 2015, la revista *Urban History* dedicó un número al estudio de los mercados urbanos. En la introducción al mismo, Jon Stobart advertía de cómo la fascinación por los escaparates y los nuevos centros comerciales de los siglos XIX y XX había marginado a los mercados al aire libre como objeto de la investigación histórica y de un interés más general:

«So, whilst the role and significance of urban market space and practice is recognized in historical accounts of medieval and early modern periods — to the point of repetition — markets refuse to play a key role in narrative accounts on urban modernization in the industrial age. Why should this be the case?²⁵³»

En el caso de València, tres factores han oscurecido la importancia de la Plaza del Mercado como elemento clave en las pugnas que construían los contornos y los significados de lo “público” a principios del siglo XX. En primer lugar, el levantamiento definitivo del Mercado Central entre 1910 y 1928, que ocuparía una parte de la antigua plaza con su vistosa arquitectura modernista. En segundo lugar, un hipotético desplazamiento de la zona neurálgica de la capital hacia los solares del convento de San Francisco²⁵⁴, donde el consistorio y la prensa discutiría entre 1884 y 1910 asuntos como la urbanización de la zona, el derribo del barrio adyacente de Pescadores y el traslado de la Estación del Norte. Con la excepción de algunas alusiones en la obra de Juan Luis Corbín²⁵⁵ sobre los “mil años de historia” del Mercado de València, apenas han existido estudios sobre la vida cotidiana y los conflictos sociales

²⁵³ Jon STOBART y Ilja VAN DAMME; «Introduction: markets in modernization. Transformations in urban market space and practice, c. 1800 - c. 1970» *Urban History*, vol. 43, 3 (2016) pp. 360-361.

²⁵⁴ Una parte de la actual plaza del Ayuntamiento está construida sobre los solares del convento, derruido entre 1886 y 1887. Josep Vicent BOIRA; *La ciudad de Valencia y su imagen pública*, Valencia, Universitat de València, 1992, pp. 80-82.

²⁵⁵ Este sacerdote, director del Archivo Metropolitano del arzobispado de Valencia, escribió a lo largo de la década de los 80 una serie de obras sobre los distintos barrios de la capital a caballo entre el ensayo, la novela histórica, la investigación archivística y la entrevista periodística. Juan Luis CORBÍN-FERRER; *El Mercado de Valencia: Mil años de historia*, Valencia, Caja de Ahorros, 1983.

relacionados con la plaza. Y mucho menos, acerca de las distintas concepciones del espacio público que habían desarrollado los sujetos impulsores y afectados por los proyectos de reforma interior de este distrito. Esta falta de aproximaciones sobre el significado del espacio contrasta con las investigaciones existentes sobre las reformas urbanas, que resaltan sus aspectos formales²⁵⁶ o su instrumentalización al servicio de las fuerzas políticas²⁵⁷.

En una línea similar se mueve el nuevo libro que, al calor de las conmemoraciones de la construcción del Mercado Central, Gumersindo Fernández y Enrique Ibañez han publicado sobre la historia de este edificio²⁵⁸. Esta obra, al centrarse en las controversias municipales y atrasos en su construcción entre 1910 y 1928, menciona sólo de manera superficial la diversidad social y los conflictos en torno al espacio del Mercado que ya se han apuntado en el anterior capítulo. Tampoco hay referencias (aunque, dado su carácter divulgativo, no sea su objetivo) a investigaciones ya citadas en esta tesis sobre la eclosión de mercados cubiertos en Europa Occidental y España o su funcionamiento y su ecosistema social a finales del siglo XIX²⁵⁹. Y sobre todo, no se adentran en las razones por las que el primer proyecto de Mercado Central, que data de 1883, «jamás llegaría a ejecutarse»²⁶⁰. Por ello, con independencia del resultado final, resulta razonable preguntarse quiénes defendían estas iniciativas y cómo justificaban la creación en València de una estructura cubierta en esos momentos en plena plaza del Mercado.

Si nos atenemos a las autoridades municipales, las motivaciones que impulsaban dicha iniciativa no están especialmente desarrolladas. En sus crónicas locales sobre las reuniones del consistorio, *El Mercantil* aludía el 5 de octubre de 1882 a un punto en el

²⁵⁶ Francisco TABERNER, *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, València, Alfons el Magnànim, 1987.

²⁵⁷ Esta tónica aparece en análisis sobre el movimiento blasquista de entresiglos (Alfons CUCÓ; *Sobre la ideología blasquista*, València, Eliseu Climent, 1979 y Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, València, Alfons el Magnànim, 1986) o en trabajos sobre la compra-venta inmobiliaria (Joan Josep LÓPEZ I HERNANDO «Hisenda municipal i reforma urbana (1885-1920)» *Recerques*, nº 15 (1984) pp. 125-131 y Joaquín AZAGRA ROS; *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*, Madrid, Síntesis, 1993).

²⁵⁸ Gumersindo FERNÁNDEZ y Enrique IBAÑEZ; *El Mercado Central: 100 años de historia*, Valencia, Samaruc, 2017.

²⁵⁹ Las propuestas enviadas al ayuntamiento valenciano se enuncian en la misma época que en toda Europa continental (desde Bucarest hasta Milán, pasando por Barcelona) se estaban construyendo mercados cubiertos metálicos basados en el modelo de Les Halles en París. José Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (ed.) *Fer ciutat a través dels mercats. Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Museu D'Història de Barcelona, 2010, p. 27.

²⁶⁰ Gumersindo FERNÁNDEZ y Enrique IBAÑEZ; *op. cit.*, p. 30.

orden del día del concejal Pascual Alapont²⁶¹. En palabras del diario liberal-republicano, que resumía las intervenciones de los concejales, éste aparece como impulsor de la idea basándose en dos razones:

«Que siendo urgente, así para aumentar los ingresos del presupuesto municipal, como para la comodidad del público, que desaparezca el Mercado con las condiciones que actualmente tiene y se edifique uno que corresponda a las necesidades de esta población»²⁶²

En cuanto a la primera, ya he resaltado en el capítulo anterior la importancia económica que tenía para el consistorio el cobro de arbitrios sobre los puestos callejeros del Mercado²⁶³. Así pues, la creación de un complejo arquitectónico que englobara un mayor número de paradas podría redundar en una mejor fiscalización y fijación de los mismos. Todo ello se producía en un contexto en el que la prensa y el propio Ayuntamiento se hacían eco de las solicitudes al municipio de aquellos concesionarios de puestos que querían ser eximidos del pago de sus impuestos mientras no los ocupasen²⁶⁴. Otros vendedores, según el consistorio, incluso demandaban «la conservación constante y a título perpetuo de los puestos de venta del Mercado que determina»²⁶⁵. Ambas propuestas serían rechazadas, sin que quede constancia escrita de los detalles de esta decisión. El segundo motivo que apunta Alapont («la comodidad del público») será examinado más adelante.

Sin conocer en qué consistía el pronunciamiento inicial del consistorio (y si se habían extrapolado o modificado las razones de Alapont en éste) los expedientes urbanísticos que se han conservado en el Archivo Municipal aluden directamente a dos sujetos interesados en edificar el nuevo edificio. Por un lado, el director de la empresa privada La Constructora. Y por otro lado, Luis Ferreres y Antonio Monforte, arquitectos municipales de la ciudad que a lo largo de la década de los 80 y 90 del siglo XIX también se implicarían en la construcción de otros mercados en el área de la Ribera del Xuquer, al sur de la urbe²⁶⁶. Y no sólo eso: el primero de ellos sería el adalid en 1883 de un proyecto de Ensanche de València. Presentado en septiembre de 1884, éste comprendía

²⁶¹ Teniente alcalde y concejal de la comisión de Repeso, encargada de administrar todo lo referente a mercados y abastecimientos de la capital.

²⁶² *El Mercantil Valenciano*, 5 de octubre de 1882, p. 2.

²⁶³ Ver cap. 3.3.

²⁶⁴ *Las Provincias*, 19 de octubre de 1882, p. 3.

²⁶⁵ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 18 de octubre de 1882.

²⁶⁶ Es el caso de los mercados cubiertos de Sueca, Algemesí y Cullera, siendo el último de estos el único que queda en pie. Adrià BESÓ; «Abastecer la ciudad moderna. Mercados de hierro en la comarca de la Ribera del Júcar» *Artigrama*, nº 32 (2017) p. 339.

un total de 413.803 metros cuadrados, extensión que representaba más de un tercio de la superficie edificada en el casco²⁶⁷.

Respecto al primero de ellos, la «Comisión Especial sobre arreglo del Mercado» recibiría el 18 de octubre de 1882 una solicitud de La Constructora. En ella, su director defendía que València, como tercera ciudad en población de España, requería de «un Mercado Central en donde pueda encontrarse todo lo necesario a la vida, no hacinado o disperso en puestos que aún con el mayor esmero, suelen ofrecer un aspecto siempre desagradable y repugnante a veces». No obstante, su solicitud sería rechazada por la Comisión dos meses después, basándose en que no había sido presentado «ningún estudio técnico o facultativo que dé idea de las condiciones del edificio, de su coste y de los cálculos económicos que demuestran los beneficios expresados en la solicitud»²⁶⁸.

Mientras tanto, mejor suerte parecía correr el ante-proyecto presentado por los arquitectos Ferreres y Monforte. Desgraciadamente, no se ha conservado el original, por lo que sólo es posible analizarlo a través de la valoración que hace de él la Comisión especial. A diferencia de La Constructora, su proposición sí que era vista con buenos ojos, puesto que esbozaba la superficie que iba a ocupar (incluidas tres manzanas expropiadas) los costes de edificación (3.750.000 pesetas) los plazos para su amortización (35 años) e incluso la distribución interior del edificio, en el que serían integrados los grupos sociales preexistentes en la plaza. Revendedoras y labradores, juntos pero no revueltos, eran representados como uno de los extremos de la balanza frente al libre tránsito por el Mercado venidero:

«Por lo que se refiere a la distribución del interior del edificio, se tiene en cuenta a la par que la libre circulación para la cual se dispone una acertada red de calles, el carácter especial de nuestro Mercado en donde a más de las revendedoras de oficio, acuden los labradores de la huerta, para unos y otros se designan puestos adecuados a sus necesidades.»²⁶⁹

Dos semanas después de publicarlo, este ante-proyecto sería aprobado por el Ayuntamiento, aunque no sin desavenencias apuntadas por *El Mercantil*²⁷⁰. Mientras tanto, su homólogo conservador subrayaba el buen trato que estaba recibiendo el teniente alcalde Alapont, Ferreres y Monforte por parte de la alcaldía de Barcelona en un viaje. Según la crónica de *Las Provincias*, el motivo de esta visita a la ciudad condal

²⁶⁷ Ramiro REIG, «La modernització de la ciutat» *Batlia*, nº 4 (1986), p. 68.

²⁶⁸ AHMV, sección de Policía Urbana, 1882, caja 139, exp. 49.

²⁶⁹ *Ídem*.

²⁷⁰ Mientras que la mayoría de los concejales consideraba que la propuesta de Ferreres y Monforte debía ser ya aceptada, había una minoría que creía necesario fijar las bases de un concurso público. *El Mercantil Valenciano*, 7 de diciembre de 1882, p. 2.

era una inspección oficial a sus mercados públicos, iniciada incluso antes de la votación definitiva²⁷¹.

Así pues, quedaba abierta la posibilidad de que València tuviera en los próximos años un mercado de hierro bajo gestión municipal que sustituyera al espacio comercial de la plaza. Ahora bien, ¿qué se pretendía sustituir? Pese a que las crónicas periodísticas y la documentación municipal ofrecen pistas sobre los primeros coletazos legales del proyecto, apenas aluden al contexto social de la plaza o las dificultades que planteaba al Ayuntamiento dicha construcción, más allá de detalles técnicos o arquitectónicos, en un espacio público que distaba de hallarse “vacío”²⁷². Cuando el concejal Alapont hablaba de aumentar «la comodidad del público», ¿a qué podía referirse indirectamente como “incómodo”? Si el director de la Constructora había considerado que los puestos al aire libre existentes ofrecían un aspecto repugnante ¿qué sujetos e infraestructuras del Mercado le producían semejante sensación?

Es en este punto donde cabe dar sentido a las lamentaciones sobre la persistencia de un mercado abierto que aparecían en el almanaque de *Las Provincias* para el año 1883, y que entre sus lectores podrían hallarse los personajes mencionados. Descrito por el profesor Sebastià en *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibañez* como parte de un diario “filogubernamental”, consistía en un compendio de artículos amparados por el citado periódico, que iban desde los primeros trabajos del recién creado Cuerpo Municipal de Higiene y Salubridad hasta poesías con loas bucólicas a las barracas valencianas. Entre ellos, se hallaba un escrito titulado «Valencia sin mercado y sin varadero el puerto» encargado por Teodoro Llorente para la edición anual del almanaque. Su autor, Juan Bautista Robert, abogado y comerciante que estaría vinculado a la Comisión de Reformas Sociales en València, se negaba a definir como mercado los tenderetes al no formar parte de un recinto arquitectónico cerrado. El derribo de todo lo existente (sin especificar si se trataba de las infraestructuras o de los sujetos que frecuentaban la plaza) era para él el punto de partida de la reconversión de la zona. «Y con este dictamen diré a mi adversario in mente: Ve ahí el mercado. ¿Existe

²⁷¹ *Las Provincias*, 3 de diciembre de 1882, p. 2 y *Las Provincias*, 14 de diciembre de 1882, p. 2. La votación del pleno se produjo el 6 de diciembre.

²⁷² A las limitaciones metodológicas que pueden presentar las actas municipales (ver cap. 3, p. 30, nota 114) hay que añadir su tendencia a presentar el espacio del mercado del futuro como un continente que expropiar en el presente a unos sujetos sin voz: «a la sombra del tráfico a que da lugar la animación propia de estos sitios». Según la Comisión, Ferreres y Monforte proponían expropiar tres manzanas, proyectar tiendas y ampliar las calles adyacentes...¿pero a costa y sobre qué o quién?

cosa igual en Valencia? —No. — Luego en Valencia no hay mercado. Sencillamente tenemos en principio el solar...»²⁷³. ¿Qué era aquello que tanto inquietaba a Robert de ese “solar”?

Para responder a esta cuestión, he identificado en su artículo tres tipos de razones. En primer lugar, él sostenía que la exposición al viento, la lluvia y el sol convertían a la plaza en un foco potencial de enfermedades respiratorias²⁷⁴, de acuerdo a las teorías miasmáticas sobre el origen de las enfermedades que entonces defendían los epidemiólogos valencianos de la época. No obstante, los argumentos higienistas generan más incertidumbres que certezas para entender la profundidad de su crítica al mercado. De hecho, pocos años después varios constructores defenderían en las columnas del diario *El Pueblo* la creación de barrios obreros en València para evitar precisamente el aislamiento sensorial²⁷⁵.

Ahora bien, a continuación denunciaba y planteaba dos causas adicionales de malestar que evocaban a las denuncias municipales mencionadas en páginas anteriores sobre los puestos del Trench en 1876. En su narración, él insistía en la tendencia de los vendedores a improvisar con lonas o esteras «algunas tiendas o tabucos, con pretensiones de puestos de venta». Al parecer, estos tenderetes eran el punto de partida de un orden/desorden espacial que transgredía las lógicas del columnista del almanaque. De acuerdo a él, las cestas no sólo servían como sistema de almacenamiento y transporte de alimentos, sino como mesa improvisada; las mercancías podían exhibirse sobre paja en el suelo e incluso los contornos del cuerpo de las tenderas eran reutilizados como soporte²⁷⁶. Aquí, el espacio comercial y social del Mercado es circunscrito a los tenderetes callejeros, marginando cualquier valoración sobre los comercios circundantes que coexistían con ellos y que habían mostrado su preocupación por las implicaciones de la huelga de 1882. De ese modo, la apropiación y significación que otorgaban las vendedoras al espacio y los objetos depositados en la plaza no se integraba fácilmente en el relato de Robert con cualquier proyecto municipal de mercado cerrado que estructurara a golpe de escuadra y cartabón lo que podía

²⁷³ AA. VV.; *Las Provincias. Almanaque para el año 1883: regalo a los suscriptores*, Valencia, Imprenta Domenech, 1884, p. 254.

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 256.

²⁷⁵ *El Pueblo: diario republicano*, 6 de enero de 1902.

²⁷⁶ «No falta quien sostenga en sus rodillas las cestas y los capazos de frutas y legumbres» AA. VV.; *Las Provincias. Almanaque para...* p. 256.

interpretarse visualmente (y constituirse legalmente) como un puesto, un corredor o un toldo.

Y por último, el periodista apuntaba en su almanaque una tercera razón para acabar con el mercado existente: una presunta relación causa-efecto natural entre el abigarramiento de su entramado actual, los robos y los conatos de violencia física y verbal de clientes y tenderos:

«La confusión, los íntimos rozamientos y los codeos que allí ocurren escuden a toda hipóbole. Por eso es aquel sitio el abonado y predilecto de los pickpockets profesionales e intrusos en el arte de tomar lo ajeno, contra la voluntad de sus legítimos poseedores (...) A tanta o mayor suma montan las riñas, choques, insultos, pendencias y cruzamiento de puñetazos, patados, arañazos y decalvaciones, efecto todo natural y lógicamente derivado de la garapiñada muchedumbre que en confuso tropel pretende y disputa el paso por angustiosos callejones...»²⁷⁷

La obra divulgativa de Gumersindo Fernández y Enrique Ibañez dedica unas páginas a la delincuencia y pillería en la plaza como consecuencias de la confluencia entre pobreza y circulación de mercancías y capital, sin explicar cómo y con qué fuentes han llegado a semejante conclusión. A riesgo de hacer suyas las valoraciones de la prensa o las autoridades políticas de la época, argumentan que «el bullicio y aglomeración del mercado representan la mejor forma de dar esquinazo a víctima y autoridad, proporcionando impunidad para perpetrar el delito con la mayor audacia»²⁷⁸. No son los únicos en incidir en estas características. En *Els Valencians de la Restauració*, una investigación clásica de Ricard Blasco con prensa y fuentes literarias, el autor afirma que «la visió del Mercat en aqueixes obres és una mica caòtica, no estructurada, perquè la realitat l'oferia així: bellugadissa»²⁷⁹.

Sin embargo, los últimos estudios culturales sobre los mercados urbanos del siglo XIX sugieren que este tipo de declaraciones podían ser una pieza más en cualquier argumentación que contrapusiera la inseguridad de la “cultura de calle” con la respetabilidad de las infraestructuras proyectadas²⁸⁰. Por ejemplo, en el caso de Barcelona, Manuel Guàrdia, José Luis Oyón y Nadia Fava citan una conferencia de la

²⁷⁷ AA. VV.; *Las Provincias: Almanaque para el año 1883: regalo a los suscritores...*, p. 256.

²⁷⁸ Gumersindo FERNÁNDEZ y Enrique IBAÑEZ; *op. cit.*, pp. 23-24.

²⁷⁹ Ricard BLASCO; *Els Valencians de la Restauració: estudi sobre la composició de la societat valenciana del 1874 al 1902*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1986, p. 45.

²⁸⁰ James SCHMIECHEN; «Londres i el mercat públic britànic. Alimentació urbana, forma arquitectònica i llenguatge cultural» en Jose Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (eds.); *op. cit.*, pp. 86 y 103; Anneleen ARNOUT; *Streets of Splendor: shopping culture and spaces in a European Capital city (Brussels 1830-1914)* Londres, Routledge, 2018, p. 251.

Liga de Defensa Industrial y Comercial en 1895 en la que el ponente criticaba duramente un mercado abierto como el dels Encants del siguiente modo:

«Aquella infernal gritería (...) compuesta en su mayor parte de vulgares y obscenas palabras, insultos soeces, que mutuamente se propinan, acompañadas de gestos y acciones que nada tienen de edificante y otras análogas lindezas, produce un abigarrado conjunto de escenas que pugnan abiertamente con la moral y el pudor propios de ciudades como la nuestra...»²⁸¹

No he encontrado otras declaraciones públicas como las de Robert o diarios privados como el de Estanislao Marco que permitan interpretar con mayor profundidad qué vínculo existía entre las experiencias personales del Mercado y los relatos sobre el mismo. Empero, otra posibilidad de análisis es brindada por la literatura coetánea acerca de la plaza, con potencial para producir y contextualizar estas sensaciones de peligro a través de los «efectos de realidad»²⁸² en ellos y sus lectores. En este sentido, el discurso de Robert contenía figuras literarias (metáforas, hipérboles de la sensación de claustrofobia y desprotección) que recuerdan a otros relatos sobre el contexto social del Mercado que habían sido publicados en València durante la década de los 70 y primeros 80 del siglo XIX. En *Tabal y Donsayna: festes, mals costums i visis* de Constantí Llobart, tanto los ricos como los pobres acechaban al viandante mientras éste se movía entre las paradas:

«Pues deixa, que els pobres,
Plorant per les sobres
Te asedien i cansen com es de costum;
Y algun *caballero*
(De industria deu sero)
Te buida la bolsa prenent la de fum»²⁸³

En el plano teatral, sainetes como *En lo Mercat de Valencia* (que no llegó a ser impreso) y *La Senserrà del Mercat* también habían desarrollado estas ideas detrás de sus historias de amor no correspondido, asociándolas de manera cómica al descontrol de

²⁸¹ Fuente extraída de Jose Luis OYÓN, Manuel GUÀRDIA y Nadia FAVA; «El sistema de mercats de Barcelona» en Jose Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (eds.); *op. cit.*, p. 276.

²⁸² En una alusión a la capacidad de mediación y creación de experiencias de la ficción, Germán Labrador señalaba cómo «las ficciones afectan a los cuerpos que las experimentan (...) Precisamente porque puede inscribirse, porque puede producir efectos de realidad, la ficción narrativa tiene la capacidad de trabajar sobre la experiencia, de entrenar la empatía, de crear memorias». Germán LABRADOR, «Ascensores en caso de incendio. ¿Qué podemos hacer con la literatura del pasado y con el pasado literario?» en AA. VV., *¿Qué hacemos con el pasado? Catorce textos sobre historia y memoria*, Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2015, p. 123.

²⁸³ Víctor IRANZO; «El mercat de les flors» en Constantí LLOMBART (ed.) *Tabal i Donsayna: Festes, mals costums i visis*, Valencia, Llibreria de Manuel Vilar, 1878, p. 106.

las autoridades del orden público en el barrio²⁸⁴. Y en el mismo año en que Robert se quejaba del estado del Mercado, Manuel Millás publicaría *En lo mich del Mercat*, con muy buena acogida según *Las Provincias*²⁸⁵, donde uno de los personajes, al que le habían robado el burro mientras estaba comprando lechugas en las paradas, se enfurecía a causa de las burlas del público y los guardias municipales de sus lamentos:

«cuant en asó sent que tots
Soltaren la carcallá;
Me chire a vore lo qu' era
¿y era quj había volat
El burro, y que yo portaba
Un panerot arrastrant!
(...)

Y a tots els que me parlaben,
Home hasta 'ls monosipals,
No mes els dia yo"burro,
Burro, burro, xó animal"»²⁸⁶

Es razonable pensar que una parte de esa imagen de lugar multitudinario ajeno a la ley que proporcionaba Millás respondería a una finalidad cómica a través de su representación teatral. Pese a ello, otros tipos de fuentes literarias coetáneas se aproximan de manera similar al Mercado, desde la perspectiva de enfrentarse a un espacio extraño y angosto en el que resulta complicado mantener la atención y compostura. La sensación de claustrofobia que había intentado reproducir Robert en el almanaque aparecería también en la guía urbana publicada más tarde por el promotor y editor de ambas publicaciones²⁸⁷, superior de Robert y a la vez líder de los conservadores valencianos. En esta última, Teodor Llorente hacía gala del tópico del “zoco morisco” y alimentaba la alteridad entre las reminiscencias de un Oriente exótico a cartografiar y colonizar²⁸⁸, que representaría el Mercado y los sujetos que lo conformaban, frente a los proyectos de “civilización y modernización” que «guardaba en cartera el Ayuntamiento»²⁸⁹. Podría pensarse que semejante lenguaje guarda algún parecido con la idea de la “jungla” que poblaba los relatos literarios de finales de siglo

²⁸⁴ En esta última obra, el alcalde del barrio queda en ridículo al ser incapaz de parar una cencerrada multitudinaria. Eduardo ESCALANTE; *La Senserrà del Mercat; juguete bilingüe en un acto y un verso*, Valencia, Librería de Juan de Mariana y Sanz, 1871.

²⁸⁵ AA. VV.; *Las Provincias: Almanaque para 1885*, Valencia, Imprenta de Domenech, 1884.

²⁸⁶ Manuel MILLÁS; *En lo mich del mercat*, Valencia, Imprenta Casa de la Beneficencia, 1884, p. 8.

²⁸⁷ «persegüían los ministriles a los traviesos pilluelos, parásitos de la Plaza» Teodoro LLORENTE; *Valencia*, Barcelona, Daniel Cortezo, 1889, pp. 126- 127.

²⁸⁸ Un artículo sugerente para analizar las visiones orientalistas de la ciudad es el de la socióloga Mariana Valverde sobre la literatura de "viajes por los slums". Mariana VALVERDE; «The Dialectic of the Familiar and the Unfamiliar: 'The Jungle' in early slum travel writing» *Sociology*, vol. 30, nº3 (agosto 1996) pp. 493-509.

²⁸⁹ Teodoro LLORENTE; *op. cit.*, p. 128.

sobre el desarrollo urbano desigual en metrópolis como Londres o Chicago²⁹⁰. No obstante, en València, y de acuerdo con Ferran Archilés en sus reflexiones sobre las novelas de Blasco, estos tópicos literarios de alteridad cobran una dimensión nacional y racializada como propia. En este caso, «se trataba de la inversión de los tópicos generados en el siglo XIX por el mito romántico sobre España, que tomó València como una de las regiones modelo a la hora de detectar el Sur africanizado o el Oriente exótico»²⁹¹.

En resumen, teniendo en cuenta estos tres factores, la narración de Juan Bautista Robert y, con un sentido más satírico, los sainetes de Escalante, Palanca y Roca y Millás identificaban el mercado abierto como un espacio liminal de diversidad, desigualdad social y peligro para aquellos que se adentraban en la plaza. La transgresión performativa²⁹² de comportamientos, sonidos y movimientos reconocidos como dignos y normativos de cada clase podría ser concebida por las élites de gobierno y de “creación de opinión pública” como un factor que podía socavar la legitimidad de las autoridades municipales y estatales en la plaza.

Volviendo al texto del profesor Enric Sebastià, éste se preguntaba:

«¿Es una casualidad el que desde el almanaque del diario filogubernamental Las Provincias (...) se denuncie las condiciones del mercado valenciano? (...) ¿Es acaso la conciencia de que el mercado se le ha quedado pequeño a la ciudad o se aprovecha esta circunstancia para despejar la urbe permitiendo de esta manera el eficaz control por los agentes del orden público?»²⁹³.

Al centrarlo en las «condiciones del mercado valenciano», Sebastià parece soslayar la naturaleza de los conflictos sociales previos que habían tenido su epicentro en el mismo. Resulta curioso observar cómo, pocos meses después de calmarse el conflicto de los *fematers*, aparecen registradas en las actas de la Comisión de Policía Urbana las primeras menciones explícitas sobre la necesidad de crear un Mercado

²⁹⁰ Richard DENNIS; *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 42-44.

²⁹¹ Ferran ARCHILÉS; «La nación narrada, la nación vivida. Nación y región como horizonte textual en Arroz y Tartana (1894) de Vicente Blasco Ibañez» en Ferran ARCHILÉS y Alejandro QUIROGA (ed.) *Ondear la nación: nacionalismo banal en España*, Granada, Comares, 2018, p. 83.

²⁹² Para entender el concepto de la performatividad aplicado al cuerpo en un espacio público, resulta útil leer las reflexiones de Judith Butler al respecto. «Así, el movimiento, la quietud o el estacionamiento de mi cuerpo en medio de la acción de otro no es un acto mío ni tampoco tuyo, sino algo que ocurre en virtud de la relación existente entre nosotros, algo que surge de esa relación misma, que equívocamente mezcla el yo y el nosotros, y que al mismo tiempo trata de conservar y ampliar el valor que ha generado esa equivocación». Judith BUTLER; *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Paidós, 2017, pp. 16-17.

²⁹³ Enric SEBASTIÀ; *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibañez*, Valencia, Fundación Instituto Historia Social, 2000 (ed. original 1967) pp. 78-79.

Central cerrado para la ciudad que sustituyera las infraestructuras a cielo abierto existentes²⁹⁴. Si bien las reflexiones de Sebastià son un buen punto de partida para tratar los antecedentes y causas de la "revolución" de este barrio, dejan varios interrogantes sin respuesta. ¿Qué, quién y de qué debe ser despejado el entorno del mercado? ¿Y en nombre de qué principios? Pero para responder a esta pregunta, hay demasiados factores en juego que no permiten atribuir netamente las denuncias de las autoridades o la prensa a una simple iniciativa de "control social" desde arriba o a un espíritu higienista benevolente del consistorio municipal. Pese a que sería necesario realizar un estudio aparte sobre la recepción sociocultural de sus lectores, la interpretación de la prensa y la literatura a finales del siglo XIX ofrece una perspectiva más compleja y coral de los comportamientos y las relaciones sociales que se tejían entre las paradas del Mercado:

«Encara tinc el mercat
Plé de veles i paneres
Y als peus de les verduleres
Tot el chénero tirat.»²⁹⁵

En el contexto de escritura de esta poesía satírica, el proyecto del nuevo Mercado había quedado en un dique seco²⁹⁶. Es posible que, al coincidir con el plan de l'Eixample, éste había quedado en un segundo plano ante la magnitud de la empresa proyectada. Ahora bien, como he intentado presentar en este apartado, ello no había impedido ni impediría las diversas burlas y eventuales denuncias por concejales, literatos y periodistas de la situación del mismo. En éstas, los sujetos descritos (casi siempre, identificados con la Huerta) y su "peculiar" *modus vivendi* en el espacio público de la plaza ocupaban un papel fundamental como... ¿una rémora tradicional? ¿un actor social de difícil encaje y/o negociación? ¿un entorno urbano que implicaba a un mundo agrario distante y a la vez cercano? En el próximo capítulo retomaré estas cuestiones en relación con la creación de nuevos sujetos políticos en la ciudad.

²⁹⁴ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 18 de octubre de 1882.

²⁹⁵ «Carta de València» *La Traca*, 29 de marzo de 1885, nº 18 (1ª época) p. 3.

²⁹⁶ En septiembre de 1883, Alapont, impulsor de la iniciativa, informaba de la falta de proyectos fructíferos y de la supresión de la Comisión Especial encargada de su gestión. Meses después, volvía a salir a subasta la construcción del Mercado, sin encontrar resonancia posterior en fuentes hemerográficas o municipales. AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 12 de septiembre de 1883 y 21 de mayo de 1884.

2.2 Los inicios de la “cuestión social” en València. Debates, instituciones y limitaciones

Las denuncias en torno al estado y los comportamientos de los sujetos del Mercado surgen en un contexto de incertidumbre política en Europa Occidental y España por la conflictiva contradicción entre la persistencia de la pobreza y la desigualdad social y un orden legal liberal que declaraba la libertad y las garantías de intereses individuales y colectivos sobre el papel²⁹⁷. Según González Calleja, en los primeros años de la Restauración española el canovismo había optado ante las experiencias revolucionarias del pasado reciente republicano por reforzar un aparato estatal de «subordinación, o incluso la desarticulación, de las formas de vida en común de las clases trabajadoras, percibidas como el principal factor de subversión potencial»²⁹⁸. Pese a ello, estas estrategias represoras, con una efectividad limitada, no paliaban las causas heterogéneas de la conflictividad que el gobierno acotaba con el concepto de “subversión”.

Mientras que el estudio pionero de Antonio Elorza y M^a del Carmen Iglesias presentaba el reformismo social como un proyecto estéril encaminado mayoritariamente al mantenimiento del orden público ante amenazas revolucionarias²⁹⁹, M^a Dolores De La Calle profundizó en los años 80 del siglo XX en otras vertientes de la nebulosa reformista³⁰⁰ en torno a la “cuestión social” en España. Esta segunda historiografía ha insistido en que la creación de la Comisión de Reformas Sociales en 1883 estaba enraizada en la preocupación de una parte de las camarillas políticas y culturales ante la creciente movilización obrera y campesina. En cambio, también incidía en la voluntad de recoger información oral y escrita sobre “la clase obrera” para sugerir *desde arriba* y

²⁹⁷ Los debates historiográficos y sociológicos sobre la definición de la cuestión social y el papel del Estado en ella han sido especialmente importantes en Francia desde finales de los años 70. Un resumen de ellos en Pedro RUIZ TORRES «Política social y nacionalización a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX» en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (coord.); *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, Valencia, PUV, 2012, pp. 19-24.

²⁹⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA; *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, p. 30.

²⁹⁹ Antonio ELORZA y M^a del Carmen IGLESIAS; *Burgueses y proletarios: Clase obrera y reforma social en la Restauración*, Barcelona, Laia, 1973, pp. 13-44.

³⁰⁰ El concepto de nebulosa para referirse al “reformismo social” como grupo sin contornos claros en el que confluían múltiples sensibilidades ha sido propuesto por Christian Topalov. «La métaphore de la “nébuleuse” indique la tâche à accomplir: explorer un univers fini mais aux contours indéfinis, une matière discontinue faite de noyaux denses et de zones relativement vides, des corps en voie de formation ou de désintégration, un ensemble d’objets organisés en systèmes partiels mais entraînés dans un mouvement d’ensemble». Christian TOPALOV, «Les réformateurs et leurs réseaux: enjeux d’un objet de recherche» en Christian TOPALOV (dir.), *Laboratoires du nouveau siècle: la nébuleuse réformatrice et ses réseaux en France, 1880-1914*, p. 13.

a medio plazo soluciones a lo que consideraban como problemas de los trabajadores³⁰¹. La lucha contra la inseguridad económica y física mediante las cajas de socorro o los bancos agrícolas, la mitigación de las condiciones del trabajo infantil y femenino y, a lo sumo, la regulación de las relaciones laborales entre capital y trabajo a través de jurados mixtos debían ser las prioridades de un organismo que permitiera «construir algo más duradero, más permanente que el Gobierno»³⁰²: la armonía social.

Pese a que València no era el principal foco de inestabilidad política en los años 80, tampoco quedaba al margen de esta incipiente preocupación institucional, dado que habían aflorado una serie de protestas ante unas condiciones laborales extremas, la presión fiscal desigual o un reparto de la tierra más equitativo³⁰³. En la ciudad del Turia, los primeros estudios al respecto habían sido desarrollados en 1872 por Eduardo Pérez Pujol, rector de la Universidad de Valencia que poco después (y de manera efímera) sería uno de los líderes moderados del cantón de València durante la I República. En *La Cuestión Social en Valencia*, Pujol había plasmado un programa de acción política centrado en paliar lo que para él eran los “excesos del industrialismo”:

«el trabajo de las mujeres y niños en las fábricas; la concentración de la industria en grandes talleres y en los focos apiñados de población; el contraste, más perceptible en las ciudades manufactureras que en los pueblos agrícolas, entre la miseria de unos y el fausto de otros...»³⁰⁴

Con independencia de que estas situaciones se produjeran o no en la València de 1872, lo que resulta interesante del estudio del catedrático de Derecho es cómo sortea las alusiones a cualquier intervención estatal recurriendo a una mezcla de soluciones caritativas y llamadas a la auto-organización. Así pues, apostar por la beneficencia privada de raigambre católica, la creación de patronatos de aprendices y el fomento de cooperativas de producción, consumo y crédito era entendido como la clave para desarticular el recurso a la huelga y cualquier atisbo de colectivismo internacionalista en València. Frente al conflicto de clases, y como principio que iluminaba toda su obra, el gremio medieval era reinterpretado como «agrupación espontánea de elementos afines,

³⁰¹ M^a Dolores DE LA CALLE VELASCO; «La Comisión de Reformas Sociales: de la represión al análisis de la conflictividad social» *Studia Historica. Historia Contemporánea*, nº 2 (1984) pp. 28-29.

³⁰² «Real decreto creando una comisión para el estudio de las cuestiones que directamente interesen al bienestar de las clases obreras y que afecten á las relaciones entre el capital y el trabajo» *Gaceta de Madrid*, nº 344, 10 de diciembre de 1883, p. 762.

³⁰³ Tras unos años de aparente calma, la conflictividad agrícola se había reavivado (1878-79) en Valencia con una huelga de arrendatarios agrícolas, una huelga de horneros de 1881 en la que había intervenido el ejército para abastecer de pan, las movilizaciones de vendedoras y fempaters previamente analizadas, etc.

³⁰⁴ Eduardo PÉREZ PUJOL; *La cuestión social en Valencia*, Valencia, Imprenta de José Domenech, 1872, p.6.

concertados en un objetivo común, como unión libre de los capitalistas, empresarios, oficiales y obreros que se dedican al mismo género de trabajo»³⁰⁵. De ese modo, mediante el encuentro semiprivado de las personas vinculadas a un mismo oficio, Pérez Pujol proponía los gremios como una vía de futuro para limar de manera más silenciosa y duradera las asperezas generadas por relaciones de poder inalteradas, pero espacialmente fragmentadas.

Ya con el turno de los partidos dinásticos instaurado en València, diversas instituciones empresariales y "obreras" serían patrocinadas por Pujol y sus seguidores con este mensaje de armonía extensible en las relaciones sociales en la ciudad, si bien cabe advertir que no lo hacían sobre territorio virgen. Una de las principales, por la significación interclasista que le dieron sus impulsores, fue el Ateneo-Casino Obrero, situado en el antiguo Palacio de Mosen Sorell. El 19 de diciembre de 1876, *El Mercantil* celebraba su inauguración contraponiendo dos hipotéticos modelos, uno en pasado y otro en presente, de la «clase trabajadora» de la capital. Así valoraba el porte de los asistentes al acto:

«con un risueño semblante, su modesta elegancia y sus finas maneras, daban indicios del bienestar relativo y de la educación que ha alcanzado al impulso de la libertad la clase trabajadora. Al ver los que la representaban allí, jóvenes inteligentes y honrados con ese aire de distinción que solo proporciona la cultura del espíritu y la posesión plena de sí mismos, recordábamos involuntariamente a los obreros de otros tiempos, a aquellos siervos del trabajo y parias de la sociedad, que construían por ejemplo la antigua casa en que se reunían los obreros modernos regenerados moral y materialmente...»³⁰⁶

En su crónica, el diario recalca la buena sintonía de los discursos de Francisco Vives, primer presidente de la asociación, «obrero ilustrado y digno, que ama a su clase, que ansía su regeneración no por imposiciones ni violencias, sino por el estudio y el trabajo» con los del gobernador civil de la provincia. Y de fondo musical, era interpretado un "Himno del Trabajo" compuesto por Félix Pizcueta. El contenido de su canción no se ha conservado, pero el mero hecho de la implicación de Pizcueta en el Ateneo resulta provocador si se contrasta el espíritu interclasista y armónico que la sociedad declaraba defender con sus narraciones que materializaban el pueblo como un sujeto problemático y conglomerado de depravación, trabajo, pobreza y honestidad³⁰⁷. Merece un estudio más detallado estimar a qué respondían estas discordancias entre las imágenes del "pueblo" como multitud y del "obrero ilustrado" y, sobre todo, qué grado de inclusividad social era manejado por los impulsores del Ateneo.

³⁰⁵ Eduardo PÉREZ PUJOL; *La cuestión social...* p. 111.

³⁰⁶ *El Mercantil Valenciano*, 19 de diciembre de 1876, p. 3.

³⁰⁷ Ver capítulo 3, pp. 16-17.

Según Luis Lázaro, este organismo no sólo contaría con el apoyo de padrinos acaudalados o de las cuotas de sus socios, sino también con financiación municipal del entonces Ayuntamiento conservador³⁰⁸. Sin embargo, este tipo de iniciativas no sólo eran apoyadas *a priori* por las élites valencianas del turno político. La prensa republicana de *El Mercantil*, pródiga en denuncias contra la tutela y censura férrea de las autoridades de su medio, aclamaba precisamente el Ateneo destacando el espíritu pacífico de su empresa instructora «sin divorciarse de ninguna clase social»³⁰⁹. No obstante, su recepción en talleres y fábricas parecía contar con dificultades que pretendían ser empañadas por la asociación apelando a su modestia. De hecho, en un comunicado público en el diario mencionado, la junta directiva atribuía la propagación limitada de su sociedad al temor a que «no fuese bien apreciada, y en tal caso muriese en la cuna un proyecto tan civilizador, y ha preferido permanecer en silencio hasta poder presentar la sociedad en estado floreciente»³¹⁰.

¿Qué actividades llevaba a cabo el Ateneo? Pocos meses después de su fundación, la redacción de la revista madrileña *La Academia* hacía referencia a su biblioteca, formada por donaciones particulares, y a una serie de «conferencias populares» que dilucidaban «aquellas cuestiones que realmente entrañan interés y utilidad para los asociados»³¹¹. No obstante, resulta dudosa su “popularidad”, dado que el programa de su sección de Ciencias Sociales seguía en su mayoría la línea de las preocupaciones de Pérez Pujol: el debate sobre la existencia, extensión y respuesta a la cuestión social, el fomento del cooperativismo, las sociedades de socorro mutuo y «las casas o barrios para los obreros»³¹². Precisamente, Vives y Mora reconocía en privado ese mismo año a la RSEAPV que sus esfuerzos moralizadores no habían fructificado por falta de personas predispuestas a ejercer de ponentes, implorando promoción una vez más³¹³.

³⁰⁸ Luis LÁZARO; «La liga contra la Ignorancia: burguesía y educación en la Valencia de 1880» *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, nº 2 (1983) p. 343.

³⁰⁹ *El Mercantil Valenciano*, 24 de noviembre de 1876, p. 2.

³¹⁰ *El Mercantil Valenciano*, 24 de noviembre de 1876, p. 2.

³¹¹ AA. VV.; «Renacimiento artístico, científico y literario en las provincias de España y Portugal: Valencia» *La Academia: revista de la cultura hispano-portuguesa y latino-americana*, 1877, tomo I, nº 14, p. 222.

³¹² *Ibidem*, pp. 222-223.

³¹³ «es lo cierto y lo lamentable que aquellas invitaciones, aquellos ruegos no han sido escuchados y que son muy contadas las personas que forman la honrosa excepción de haber respondido satisfactoriamente a nuestros deseos.» *Petición remitida por Don Francisco Vives Mora, Presidente del Ateneo-Casino Obrero de Valencia, a la Sociedad Económica, con el fin de invitar a las personas ilustradas de esta capital para que transmitan sus conocimientos a los obreros de este Ateneo por la Real Sociedad*

Otra asociación inaugurada bajo unos preceptos similares fue el Ateneo Mercantil, fundado en 1879. Este nuevo organismo perseguía, en palabras de Virgilio Beltrán, su primer presidente:

«ligar de manera indisoluble los intereses de dependiente y principal, porque siendo ambos elementos indispensables a la vida del Comercio, claro se está que esta languidecería desde el momento en que los que de él dependen fueran guiados por opuestos intereses.»³¹⁴

Según su revista oficial, tenían representación en el Ateneo los gremios de tejidos, ultramarinos, «gremios de escritorio y Banca» y los «gremios de paquetería, bisutería, quincalla y sus anexos», organizados en cuatro secciones³¹⁵. De ese modo, quedaban fuera la mayoría de oficios que no contaran con un establecimiento fijo, destacando sobre todo aquellos relacionados con la venta ambulante o el mundo agrícola³¹⁶. Entre sus promotores se hallaba Estanislao García Monfort, abogado republicano posibilista que ocho años después gestionaría con Segismundo Moret, ministro de Estado, la apertura de la Cámara de Comercio de Valencia, y Virgilio Beltrán, comerciante aragonés de vinos. Aunque Beltrán se erigía en la revista como parte de un colectivo humilde («nosotros, pobres e ignorantes dependientes») esta institución era apoyada por grandes empresarios de la ciudad como Mercedes Sánchez de León, José Conejos y Lluch o su hermano Adolfo Beltrán, que sería en la primera década del siglo XX líder del republicanismo blasquista a escala municipal³¹⁷. En este sentido, Virgilio cerraba su declaración de intenciones con la aspiración de obtener «la ilustración del dependiente y la confianza hacia éste por parte de sus gefes»³¹⁸.

Las iniciativas de estos Ateneos se producen en paralelo a las peticiones de la RSEAPV al Ministerio de Gobernación de «reconstitución» de los gremios como entidades de socorro mutuo e instrucción interna en cada oficio. En abril de 1880, estas propuestas cristalizarían en un proyecto presentado a las Cortes que institucionalizaba sus atribuciones fiscales (recaudación de impuestos). En él, al igual que en los Ateneos,

Económica de Amigos del País de Valencia, 16 de abril de 1877. Fondo patrimonial de la RSEAPV, caja 205, legajo 21, signatura 5.

³¹⁴ Virgilio BELTRÁN; «Nuestra profesión de fe» en *El Ateneo Mercantil de Valencia. Revista comercial e industrial, consagrada al progreso y desarrollo de la instrucción de los dependientes de comercio y a la defensa de los intereses de estos, y del comercio e industria en general*, 1 de marzo de 1880, nº 1, p. 2.

³¹⁵ *El Ateneo Mercantil de Valencia...*, 1 de marzo de 1880, nº 1, p. 7.

³¹⁶ Pese a que aparecen algunos oficios ambulantes o con puestos callejeros (cortantes, hojalateros sin número, etc.) en el capítulo anterior ya he constatado la invisibilidad de la venta de productos agrícolas en los anuarios comerciales de la ciudad.

³¹⁷ Ramiro REIG; «El fracàs de la burguesia a València: Notes sobre la política municipal del blasquisme, 1901-1911» *Recerques: Història, Economia i Cultura*, nº 15 (1984) p. 154.

³¹⁸ Virgilio BELTRÁN; *op. cit.*, p. 3.

las personas agremiadas o socios eran quienes tenían la responsabilidad de «auxiliarse recíprocamente en sus necesidades»³¹⁹. Así pues, este “nuevo gremialismo” no propiciaba el reconocimiento de la respetabilidad del trabajador/dependiente en condiciones de igualdad, sino que la dignidad de su figura pasaba por aceptar sin oposición que su “ilustración” estaba en manos de la autoridad paternalista del propietario. Y además, esta posibilidad ni siquiera era contemplada por los impulsores de los Ateneos para aquellos que no tuvieran un negocio estable, como era el caso de un buen número de establecimientos móviles en la zona del Mercado.

En definitiva, este puede ser un ejemplo de las limitaciones que comportaba que, de acuerdo a la última historiografía sobre los inicios del reformismo social en España, éste sólo considerara la cuestión social como un problema para el trabajador del taller o la fábrica o, a lo sumo, del jornalero o arrendatario agrícola³²⁰. Ahora bien, estas investigaciones no han dado el siguiente paso: interpretar quiénes quedan al margen de esta preocupación, en qué contexto y por qué. Los estudios de Cabrera concluyen taxativamente en que «ya no se trata de una preocupación genérica por la situación de las clases bajas, como era el caso de los liberales críticos y de los humanitaristas de las décadas anteriores» y que, además, «el reformismo social entrañó y trajo consigo una auténtica segregación de la clase obrera con respecto al resto de las clases bajas»³²¹. Si bien puedo coincidir en ese diagnóstico, sería necesario analizar los límites del reformismo social de los años 80 del siglo XIX y problematizar esta diferenciación para entender la evolución del movimiento, con independencia de un cambio finisecular del paradigma de la pobreza en España³²².

Pese a las diferentes trayectorias y sensibilidades políticas de individuos como Pérez Pujol, Beltrán, Vives y Mora o García Monfort, la connivencia interna y externa en el objetivo de "dignificar" a una parte de la clase trabajadora o del pueblo frente a

³¹⁹ AA. VV., «Proyecto de bases para la reconstitución de los Gremios, presentado a las Cortes por la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia», 30 de abril de 1880 (Recopilado en AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita practicada en virtud de la Real Orden de De 5 de Diciembre de 1883: Valencia*, Madrid, Manuel Minuesa de los Ríos, 1891, p. 417)

³²⁰ Para el primer reformismo social, esta interpretación la defiende Miguel Ángel CABRERA, *El reformismo social en España (1870-1900)*, Valencia, PUV, 2014, pp. 96-97. Ya sobre los años 10 y 20 del siglo XX (momento de despliegue de los movimientos obreros en el país) Ángeles BARRIO, «Culturas obreras. 1880-1920» en Jorge URÍA (ed.) *La cultura popular en la España contemporánea: doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 121-129.

³²¹ Miguel Ángel CABRERA, *op. cit.*, p. 97.

³²² Josué J. GONZÁLEZ; «Del individuo pobre a la pobreza como problema social» en Miguel Ángel CABRERA, *La ciudadanía social en España. Los orígenes históricos*, Santander, Universidad de Cantabria, 2013, pp. 152-153.

otra confluía en iniciativas como la Liga contra la Ignorancia. Constituida en abril de 1880 por estos dos últimos y otros personajes como Emilio Ribera, secretario de la Sociedad Valenciana de Agricultura³²³, en sus bases declaraba «fomentar la ilustración pública, propagando la educación e instrucción de las clases populares, especialmente en los ramos de la primera enseñanza, por cuantos medios autorizan las leyes y el bien público aconseje»³²⁴. Según sus fundadores, la Liga tendría como uno de sus principales objetivos elevar peticiones «al poder Legislativo y al Gobierno» para generalizar la enseñanza primaria, expandiéndose por la provincia de València a través de juntas locales. Ahora bien, ¿a qué respondía este interés y cómo se debía actuar con los sujetos calificados por este organismo como "ignorantes"?

Luis Lázaro ha desgranado el programa de acciones que consta en sus primeros boletines: la creación de escuelas masculinas y femeninas (por separado) ateneos industriales y, lo que resulta más sugerente para el estudio de la cuestión social en València, «fomentar igualmente la publicación de obras y trabajos especiales de artes e industria *al alcance de la inteligencia del fabricante y del obrero*»³²⁵. De ese modo, los moralizadores de la Liga descendían desde una especie de atalaya de sabiduría que debía iluminar e incitar a que aquellos sujetos que consideraran "productores" se adhirieran a los establecimientos de enseñanza en su jornada no laboral³²⁶. Con un enfoque educativo conductista y disciplinario, la Liga propugnaba un sistema de premios, abanderado por las cartillas de ahorro³²⁷, que subrayaba la dignidad del individuo educado frente al que había quedado al margen. Sobre éstos últimos se cernían las amenazas, recogidas en sus bases, de un castigo ambicioso: «tratar de que se prive o cercene el uso y ejercicio de derechos civiles o políticos a los que por culpable descuido o negligencia carecieran de primera enseñanza»³²⁸. Por muy potentes que resonasen esas declaraciones, resultaban vacuas, dada la nula capacidad legal de la Liga por sí misma, la escasa cobertura del sistema educativo español y valenciano en ese

³²³ Víctor NAVARRO BROTONS y Jesús CATALÀ GORGUES; «Les ciències» en *Història de la Universitat de València, vol. III: la universitat lliberal (segles XIX-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2000, p. 160.

³²⁴ «Bases aprobadas para la organización de la "Liga contra la Ignorancia", 22 de febrero de 1880» en Fondo patrimonial de la RSEAPV, caja 212, legajo V, signatura 10.

³²⁵ La cursiva es mía. «Liga contra la Ignorancia. Estatutos» *Boletín de la Liga contra la Ignorancia*, n.º 2, 15-VI-1880, p. 13 (Cit. en Luis LÁZARO; *op. cit.*, p. 339)

³²⁶ De esa manera, instituciones mencionadas como el Ateneo-Casino Obrero o la Escuela de Artesanos recibirían alumnado promocionado por la Liga. *Ibidem*, p. 340.

³²⁷ *Ídem*.

³²⁸ «Bases aprobadas para la organización de la "Liga contra la Ignorancia"», 22 de febrero de 1880...

momento y además, que carecía de sentido negar derechos a quien, seguramente, no los tenía reconocidos en esos momentos³²⁹. No obstante, es interesante advertir cómo los mismos profesionales e intelectuales interesados en "la cuestión social" en València no diferenciaban entre la reforma del trabajo, la mano de obra y la coacción hacia aquellos que no simpatizaran con la empresa de la "armonía social".

En el verano de 1883, en plena represión militar de las sociedades andaluzas de resistencias agrarias asociadas por las autoridades a la "Mano Negra", además de diversas partidas federalistas en la propia provincia de València³³⁰, el Ateneo-Casino Obrero propuso convocar un Congreso Nacional Sociológico en la ciudad del Turia, ¿pero con qué fin?. Según el discurso-resumen de Pérez Pujol, publicado con posterioridad, este encuentro había reunido a representantes de instituciones científicas y empresariales, propietarios fabriles y unos 30 miembros de sindicatos obreros de Cataluña y el territorio valenciano, con el fin de ocuparse de «la cuestión social en cuanto se relaciona con la condición de los trabajadores»³³¹. Pero mientras que Pérez insistía en este aspecto, *Las Provincias* dirigía su atención mediática a que «este Congreso no tendría carácter político determinado y revestiría el de protesta contra el empleo del crimen y de cualquier medio violento para la resolución del problema social»³³², muy probablemente en referencia al contexto previo mencionado. Por una parte, en el discurso del catedrático valenciano volvían a aparecer once años después de *La Cuestión Social en Valencia* referencias a los jurados mixtos, los gremios o la participación de los operarios en los beneficios de los talleres o las empresas³³³. En sus palabras, estos medios conseguirían que desaparecieran las huelgas, dado que así «sus intereses son los intereses de la empresa»³³⁴. Pero por otra parte, en otros aspectos como la protección del trabajo femenino e infantil en general aludía a los avances y flaquezas de la ley Benot de la I República. Basándose en las críticas de un reformista social como

³²⁹ Según los estudios de José Antonio Piqueras, la expansión de la Liga por Xàtiva, Gandía, Castellón y otros pueblos decayó en cuestión de semanas por falta de respaldo, donativos, asistencia a las reuniones, etc. J. Antonio PIQUERAS; *El taller y la escuela en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia, 1983, p. 101.

³³⁰ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA; *op. cit.*, p. 111-112 y 233-236.

³³¹ Eduardo PÉREZ PUJOL; «Discurso resumiendo los debates del Congreso Nacional Sociológico, convocado por el Ateneo Casino-Obrero de Valencia», 1883 (Recopilado en Sylvia ALFARO; *Eduardo Pérez Pujol: vida y obra*, Valencia, Universidad de Valencia, 1979, p. 245)

³³² Autor desconocido «El Congreso Sociológico» en *Las Provincias. Almanaque para el año 1883: regalo a los suscriptores*, Valencia, Imprenta Domenech, 1884, p. 149.

³³³ Este punto fue defendido por Juan Bautista Robert, el mismo abogado que había criticado duramente el estado y los sujetos que asociaba con la vida cotidiana del Mercado en la plaza.

³³⁴ Eduardo PÉREZ PUJOL; «Discurso...»...p. 254.

Adolfo Buylla, la historiografía sobre la cuestión ha apuntado que esta ley era “papel mojado” en beneficio de las normas que fueron aprobadas en los primeros años del reinado de Alfonso XII para oficios o situaciones sociales concretas, dado que las autoridades no velaron su cumplimiento por parte de los fabricantes³³⁵.

Ante esta uniformidad, queda preguntarse si el estudio de las respuestas a la “cuestión social” en València sólo puede estar ligado a las instituciones armonicistas, por mucho que éstas influyeran en la creación de la Comisión de Reformas Sociales³³⁶. ¿Qué papel podían jugar aquellos sujetos que apostaban por un horizonte revolucionario e igualitario que contribuyera a transformar las relaciones sociales? Mi propuesta para adentrarse en estos márgenes consiste en la aproximación al legado de *El Chornaler*, periódico surgido en València en diciembre de 1883 al calor de una cierta libertad de expresión propiciada por un nuevo marco legal del gobierno liberal menos estricto³³⁷. En los seis meses que duró su existencia³³⁸, este semanario empleó la ironía, el humor y la crítica burlesca hacia la intervención estatal o las opciones conciliadoras que no amenazaban unas relaciones desiguales de poder que traspasaban el marco laboral.

Fruto de esta combinación destacan sus vehementes soflamas públicas (escritas en un valenciano coloquial, a diferencia del castellano de la prensa liberal y conservadora) contra cualquier atisbo de conciliación con los sectores acomodados y las instituciones mercantiles de la ciudad. De hecho, la propia cabecera aludía a una alteridad excluyente entre *El Chornaler* y los sujetos activos a los que pretendía defender («els que treballen y no menchen») frente al parasitismo de «els que menchen y no treballen». Los primeros eran recreados como lectores masculinos representados por sus prójimos (los miembros del semanario anarquista) con una educación y modo de vida ligado a la fuerza física y al contacto directo con sus herramientas de trabajo, a diferencia de los segundos, vinculados a una educación literaria, costosa y elitista:

³³⁵ Así, Pérez Ledesma alude escuetamente a la emancipación de los esclavos cubanos en 1880, a la legislación laboral aprobada entre 1875 y 1883 para proteger a la infancia empleada en «ejercicios peligrosos de equilibrio, fuerza o dislocación» o a la promoción de cajas de Ahorros en las capitales de provincia donde aún no existiesen. Manuel PÉREZ LEDESMA; «La Comisión de Reformas Sociales y la Cuestión Social durante la Restauración» en AA.VV; *De la Beneficencia al Bienestar Social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 155.

³³⁶ A partir de ahora, me referiré a ella mediante las siglas CRS.

³³⁷ Con la Ley de Policía e Imprenta aprobada en julio de 1883, desaparecía la jurisdicción especial para delitos de imprenta, que había estado en manos de los gobernadores civiles. Eso no quiere decir que la censura dejara de existir, sino que era posterior a la publicación, a modo de denuncias de los artículos o carteles. Antonio LAGUNA PLATERO; *Història de la Comunicació: València. 1790-1898*, Castellón de la Plana, Bellaterra, 2001, pp. 259-261.

³³⁸ Denunciado por el gobernador civil José Botella, sus publicaciones cesaron en junio de 1884.

«Compañeros: mosatros com vosatros, haben naixent en la miseria no ham resibit més instrucció, que la que proporsiona el manec d'una lligona u atra ferramenta pesà, ni més llisons de moral que les dures exsitacions del burgués.(...) Per lo tant, companers, no espereu qu'els nostres escrits vachen adornats en eixes figures retóriques y paraules pomposes que sols poden emplearles els que han tingut dinés pera cursar en instituts y universitats.»³³⁹

Semejantes asociaciones entre la masculinidad, la fuerza física y una subjetividad alternativa que configuraran una identidad obrera recuerdan a las interpretaciones de las reacciones de los socialistas bilbaínos a los informes de la CRS en esa ciudad realizadas por Mercedes Arbaiza³⁴⁰. Mientras tanto, ante cualquier síntoma de “debilidad”, *El Chornaler* advertía en València a sus lectores de que «cuants mos parlen d'armonia entre el capital, traten de confundirnos (...) nosaltres no debem ser cómplises de la nostra explotació»³⁴¹. No obstante, según Santiago Castillo, sí que hay constancia de que un anarquista participara en el Congreso. Su participación, mediatizada por el relato de *El Imparcial*, diario madrileño, contaría precisamente con ese tono virilizador³⁴². En València, los trabajos sobre la desigualdad de género presente en la cuestión social a finales del siglo XIX se han centrado en mayor medida en el asociacionismo católico³⁴³, por lo que la subjetividad obrera construida en el anarquismo y socialismo valenciano requeriría de nuevas investigaciones.

Asimismo, este primer número del semanario anarquista se hacía eco (y mofa) de la creación de la Comisión por el Ministerio de Gobernación:

«El Ministre de la governasió mos ha fet felisos per mig d'un real decret. (...) Sense parchui d'ocuparse mes detengudament aso, per hara no mes direm que donat els personaches que componen dita

³³⁹ «Compañeros, nosotros como vosotros, habiendo nacido en la miseria no hemos recibido más instrucción que la que proporciona el mango de una u otra herramienta pesada, ni más lecciones de moral que las duras excitaciones del burgués (...) Por lo tanto, compañeros, no esperéis que nuestros escritos vayan adornados de esas figuras retóricas y palabras pomposas que sólo pueden emplearse aquellos que han tenido dinero para cursar en institutos y universidades» *El Chornaler: periodic defensor dels que treballen y no menchen: enemig asérrim dels que menchen y no treballen*, nº 1, 22 de diciembre de 1883, p. 1.

³⁴⁰ Según Arbaiza, «los obreros experimentaron el antagonismo social bajo la forma de dos estilos emocionales, el burgués y el obrero. Denostaban el contenido moral que subyacía en el código de normas burguesas bajo aquella racionalidad arrogante, garantía aparente de neutralidad y de universalidad». Mercedes ARBAIZA, «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)» *Ayer*, nº 98, 2, (2015) p. 58.

³⁴¹ *El Chornaler*, nº 1, 22 de diciembre de 1883, p. 2.

³⁴² En su estudio introductorio a los informes de la Comisión de Reformas Sociales, Castillo analiza como “precedente” el Congreso Sociológico de Valencia y su composición, destacando que no hubo delegados identificados con el socialismo revolucionario a excepción de un anarquista. A este respecto, *El Imparcial* declaraba que «respecto a los obreros que en delegación de 50.000 acudieron a aquellos debates dicen que sólo representaban 30.000 *dedos de mujeres* y 20.000 uñas de hombres». Santiago CASTILLO; «Estudio Introductorio» en AA.VV.; *Reformas sociales...*, tomo I, p. XXXVI.

³⁴³ Irene PALACIO LIS; *Mujer, trabajo y educación (Valencia: 1874-1931)*, Valencia, Universitat de València, 1992, pp. 137-180.

comisio, una semana después de *el dia del Chui* ya haurem obtingut les millors. A lo menos ya esperansa.»³⁴⁴

Ante cualquier solución o estudio que planteara el Gobierno el redactor se mostraba escéptico, tirando de ironía al magnificar la influencia que un sujeto «que te molta influensia en los treballaors de Valensia, en el Ministre, en els Gremis»³⁴⁵ y el Congreso Sociológico de Valencia hubiera podido tener en esa decisión. Para los anarquistas de *El Chornaler*, el único congreso que había puesto sobre la mesa soluciones efectivas a la desigualdad social era el de la FTRE³⁴⁶, conformado por delegados cuya integridad quedaba contrastada «pel seu pelache, que en sa vida han menchat prou sardines»³⁴⁷. Desafortunadamente para esta investigación, el semanario anarquista sería clausurado en junio de 1884, no sin ironizar en su último número sobre la *selecta* composición social de los comités de la CRS³⁴⁸. Por todo ello, y al no haberse conservado la documentación interna de la Comisión de València generada en este proceso, es complicado aventurar si el anarquismo valenciano no participó o, más bien, sus impresiones estaban lejos de ser contempladas en los informes que serían publicados en 1891³⁴⁹.

En este sentido, al igual que otras comisiones creadas en Madrid, Sevilla u otras ciudades, el decreto de Moret sería aplicado en València mediante la creación de una junta provincial constituida en gran mayoría por las élites políticas y culturales de la urbe. Es el caso de Pérez Pujol, nombrado vicepresidente, o Juan Bautista Robert, pero también de los directores de *Las Provincias* y *El Mercantil* y el literato Teodoro Llorente. Así pues, éstos supervisarían el proceso de entrevistas, la recolección y selección de información sobre las condiciones de vida y trabajo de aquellos sujetos que

³⁴⁴ «El Ministro de Gobernación nos ha hecho felices por medio de un real decreto (...) Sin perjuicio de ocuparse más detenidamente de esto, por ahora sólo diremos que, dados los personajes que componen dicha Comisión, una semana después del *Día del Juicio* ya habremos obtenido las mejoras. Al menos hay esperansa». *El Chornaler*, nº 1, 22 de diciembre de 1883, p. 4.

³⁴⁵ *Ídem*. Probablemente (por menciones análogas en la misma publicación) el redactor habla de Francisco Vives Mora, el tipógrafo que Pérez Pujol había retratado como un «obrero modélico».

³⁴⁶ Fruto de la descomposición de la FRE-AIT y favorecida por su legalización en 1881, la Federación de Trabajadores de la Región Española era un organismo anarcocolectivista que, poco antes de los sucesos de la Mano Negra, había llegado a contar con 58.000 federados (2300 de ellos valencianos) Josep TERMES; *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, RBA, 2011, p. 82.

³⁴⁷ *Ibidem*, p. 2.

³⁴⁸ «Les Comissions provinsials les compondran cincuenta burgesos y *deu obrers*, y hara falta qu'estos obrers no siguen falsificats. En fi. Andaremos y veremos». *El Chornaler*... nº 25, 7 de junio de 1884, p. 4.

³⁴⁹ Cinco años tuvo que esperar la CRS para sacar a la luz sus trabajos sobre Madrid, siete en el caso de la provincia de Valencia, por falta de presupuesto y de voluntad del Gobierno. Juan Ignacio PALACIO MORENA; *La institucionalización de la reforma social en España (1883-1924) la Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, pp. 42-44.

entendieran como intérpretes válidos de la “cuestión social” a través de los cuestionarios confeccionados por la Comisión estatal.

Pese a que estos filtros de poder serían comunes al resto de Comisiones provinciales instituidas, existen matices diferenciadores en las intervenciones recogidas en València. En la ciudad del Turia no hay constancia de informes cuya crítica sea equiparable a la realizada por la Agrupación Socialista Madrileña³⁵⁰ o las respuestas a la CRS de algunos trabajadores bilbaínos estudiadas por la profesora Arbaiza³⁵¹. De ese modo, las entrevistas sólo son protagonizadas por los defensores de la armonía social a través de los gremios (Ateneo Casino-Obrero, Escuela de Artesanos y dependientes del comercio afines al Ateneo Mercantil) incluyendo a lo sumo algunas sociedades de socorro mutuo. Y, una vez más, aparecen como representantes García Monfort y el tipógrafo Vives Mora. En su intervención ante la Comisión, Vives reconocía la intensidad de las huelgas y el fracaso de los jurados mixtos instituidos en oficios como el de los horneros y las personas que manipulaban la seda³⁵². Además, la aplicación del principio de asociación tan defendido por su mentor Pérez Pujol había tomado un rumbo que él no deseaba:

«Hoy es cosa corriente considerar la Asociación como la panacea universal, o poco menos, para remediar los males de la clase obrera. Así lo proclaman todos, pero en la práctica suelen inclinarse por aquellas que desgraciadamente producen resultados más funestos y menos positivos y prósperos para la clase obrera»³⁵³.

Es probable que tuviera en mente su experiencia personal, dado que él había abandonado la Sociedad Tipográfica Valenciana al oponerse a la huelga general de su oficio extendida por todo el país en 1882³⁵⁴. Sin embargo, pese a realizar este diagnóstico pesimista, Vives Mora seguía insistiendo a continuación en demostrar al gobernador civil, presidente de la mesa, que con la coexistencia cotidiana entre propietarios y obreros del taller era más que suficiente para conseguir la resolución de los conflictos:

³⁵⁰ Según Palacio Morena, los socialistas madrileños aprovecharon la Comisión como «plataforma de propaganda y de discusión doctrinal», pese a que éste los retrata de una manera cuestionable y paternalista como seres inmaduros: «La aparente radicalidad de alguna de sus formulaciones y la agresividad frente a la “otra” clase traslucen, en muchos casos, un talante que se podría calificar como más “adolescente” que maduro». *Ibidem*, p. 34.

³⁵¹ Mercedes ARBAIZA; «Cuerpo, emoción y política...», pp. 53-59.

³⁵² Tal y como expliqué en el capítulo anterior, la huelga general en los hornos de Valencia en 1881 había llevado a emplear forzosamente a soldados que tuvieran experiencia en la producción y abastecimiento de pan.

³⁵³ AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita...*, tomo III, p. 169.

³⁵⁴ Santiago CASTILLO; «Estudio introductorio» en AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita*, tomo I, p. XXXIV.

«Las relaciones son buenas, quizá como no lo son en ninguna otra parte: aquí el obrero y capitalista se tratan como de igual a igual; el espíritu democrático que existe en esta población facilita mucho las relaciones entre ellos; además aquí no hay aquello de pasar meses y años sin que los obreros de un taller vean al propietario de él; generalmente todos los días tienen ocasión de verse y hablar con él, y en no pocas realizan jiras campestres y otras fiestas parecidas.»³⁵⁵

En cuanto a los dependientes del comercio de València entrevistados por la CRS³⁵⁶, son quizás el colectivo cuyo informe es más cercano al terreno de las reivindicaciones concretas. Basándose en la búsqueda de mayor “libertad” y posibilidades de “instrucción”, defendían un cierre más temprano de las tiendas que les permitiera conciliar mejor los tiempos de ocio, los horarios de comida, la instrucción y el trabajo; la creación de listas de precios fijos de los artículos; el impulso estatal de escuelas de estudios especiales o la garantía del descanso dominical³⁵⁷. En resumen, exigían la regulación de las condiciones de trabajo, aunque de manera tibia:

«Resulta de los datos que hemos podido adquirir que, como en las demás clases, no hay en ella reglamentación ninguna para el trabajo, por más que la índole de éste lo permite muy holgadamente, ni hay otro término para él que la voluntad del jefe, considerado unas veces, y las más no, y por consiguiente, arbitrarios como los demás...»³⁵⁸

A falta de más documentación o testimonios sobre la evolución posterior de la CRS en València, es difícil sopesar el impacto que pudo tener (si es que las tuvo) sobre la organización y la vida cotidiana de la “clase trabajadora” que pretendían definir y analizar, y menos aún, en las capas de población cuyos modos de vida y sensibilidades fueron marginados por este órgano. Ahora bien, hay indicios en otras fuentes que permiten dilucidar la existencia previa de desavenencias de algunos gremios con los ideales armonicistas y el intervencionismo conciliador del patrón que los pujolistas alababan en el taller y fuera de él. En concreto, los expedientes abiertos por Gobernación Civil y la Comisión Provincial de Industria, Agricultura y Comercio, que dependía de la Diputación de Valencia, sobre los reglamentos y estatutos de los gremios que solicitaban su legalización dejan entrever otras facetas más duras de estas doctrinas en su aplicación institucional con fines legitimadores. Por ejemplo, esta Comisión censuraba a finales de 1877 en el nombre del «derecho al trabajo» la fijación de jornadas laborales y salarios establecida por la Sociedad de Obreros Carpinteros de

³⁵⁵ AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita...* tomo III, p. 173.

³⁵⁶ Ante la Comisión, este grupo se erige en pro de los aprendices de negocios como la abacería, «la venta de coloniales», la paquetería, mercería o la expendedoría de tejidos, oficios que coinciden con las secciones constituidas en el Ateneo Mercantil.

³⁵⁷ «Informe de los dependientes de comercio» en AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita...* tomo III, pp. 570 y 578-581.

³⁵⁸ *Ibidem*, p. 581.

València en sus estatutos³⁵⁹ y, sobre todo, la capacidad de autogestión que la Sociedad se había dado a sí misma frente a cualquier autoridad empresarial:

«La junta directiva estará autorizada para hacer y deshacer en todo lo concerniente a la Sociedad considerándose todos los acuerdos artículo de reglamento». Basta la simple lectura de este artículo para comprender la omnímoda libertad en que queda la Junta directiva de anular el Reglamento en su primera sesión si así lo acordara.

Además de lo expuesto, el Reglamento que nos ocupa carece de toda fuerza puesto que en él ninguna intervención se ha dado a los Patrones, siendo por lo tanto eco de la voluntad de una clase, lo cual no sólo es perjudicial a los más de los obreros sino muy dado a abusos y violencia que a todo trance deben evitarse.»³⁶⁰

En ese mismo expediente aparece también su respuesta a la petición de legalización de la Unión Manufacturera del Arte de la Seda creada en la ciudad. Al parecer, esta asociación defendía en sus bases el derecho a establecer jurados mixtos para resolver litigios laborales, pero para la Comisión no era suficiente. En todo caso, los estatutos debían ser aprobados por los fabricantes:

«según aparece en dichos Estatutos, los fabricantes de seda se han mostrado indiferentes hasta la fecha al establecimiento del Jurado mixto y convendría se procurase fueran discutidos dichos Estatutos por obreros y fabricantes, a fin de poder la citada Sección de Industria (...) emitir el dictamen que se le tiene pedidos...»³⁶¹

En definitiva, resulta plausible considerar que en València, frente a la cuestión social, tanto la CRS y la red de instituciones que proponían el armonicismo y la autoinstrucción supervisada del operario/dependiente/trabajador como las propuestas más contundentes de “redención jornalera” frente a la explotación capitalista no englobaban ni reconocían la diversidad de los sujetos azotados por la desigualdad social a caballo entre el campo y la ciudad. Y en el caso del gremialismo, la reivindicación del principio de asociación obrera en València en los años 80 podía conllevar, como decía Vives Mora, «resultados más funestos» que los deseados³⁶². Por mucho que ellos se erigieran como un dique de contención de la conflictividad social en València, su propia defensa a ultranza de la armonía podía ser una fuente de inquietud y ansiedad para

³⁵⁹ Por desgracia, el expediente no adjunta una copia de los estatutos y el reglamento que había sembrado la polémica en este órgano de la Diputación de Valencia.

³⁶⁰ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo Diputación, sección Fomento, subsección Industria y Comercio, leg. 84, exp. 2272.

³⁶¹ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo Diputación, sección Fomento, subsección Industria y Comercio, leg. 84, exp. 2272.

³⁶² ¿Acaso es pertinente siempre delinear una frontera nítida entre el lenguaje y las aspiraciones de las asociaciones de corte gremial y los supuestos movimientos de trabajadores “concienciados de su clase” de finales del siglo XIX? En el caso de Francia entre 1789 y 1848, William H. Sewell cuestiona esta división al señalar «the striking similarities in purpose, form, and function between mutual-aid societies formed by trades in the nineteenth century and the religious confraternities they had formed under the old regime» William H. SEWELL; *Work and Revolution in France: the language of labor from the old regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007 (ed. original 1980) p. 1-2.

aquellos sujetos que, según el testimonio de Estanislao Marco, sólo podían comer «unas patatas con raspas de bacalao y muchos recuerdos del aceite»³⁶³.

2.3. La armonía social en entredicho. El conflicto público en torno al impuesto de consumos en 1887

Una de las atribuciones que los representantes de los gremios de València habían obtenido con la Restauración de las autoridades monárquicas en València era la administración del cobro del impuesto de consumos a través de encabezamientos, restituido en 1874 tras su abolición durante el breve período republicano. Este gravamen fiscalizaba según su peso y volumen alimentos básicos como el trigo, el aceite, la carne o el vino, sin reparar en la calidad o la tipología de cada ítem, profundizando la desigualdad social de los sujetos que vendían y compraban estos productos. Juan Pan-Montojo explica cómo el trato recibido en las aduanas de las ciudades difería según la condición sexual, la apariencia o el pellizco económico que aportaran los transeúntes³⁶⁴. En consecuencia, éste se convertiría en una de las fuentes de controversia vecinal más notables en el Estado español en la segunda mitad del siglo XIX y, en concreto, de la Restauración³⁶⁵.

Probablemente, de este trasfondo belicoso era consciente García Monfort cuando, como presidente del Ateneo Mercantil, justificaba la legitimidad de los gremios de consumos ante el gobernador civil de València y el delegado de Hacienda. Previa a la exposición de sus estatutos, Pérez Pujol, García Monfort y otros firmantes defendían el principio de asociación imaginando un organigrama vertical, liderado por una Junta que hermanara los «intereses comunes» de un colectivo vasto y difuso: ¿' la sociedad valenciana' ?:

«Estamos organizando los de agricultores bajo idénticas bases: esto es, como asociaciones libres y voluntarias, que comenzando por constituir el Gremio con la agrupación de los individuos que ejercen una misma industria, arte, profesión u oficio, con la elección del Sindicato que ha de dirigirle y

³⁶³ Estanislao MARCO; *Estampas de la vida: mis memorias*, c. 1943-1954 (obra inédita), cuaderno 1.

³⁶⁴ «Cada ciudad estaba rodeada por auténticas aduanas, provistas de vigilantes que debían inspeccionar todos los bagajes que entraran y registrar a los transportistas y viajeros, con matronas para cachear a las mujeres...todo ello con unos tratos profundamente discriminatorios según la posición social de los transeúntes». Juan PAN-MONTOJO; «Lógica legal y lógica social de la contribución de consumos y los derechos de puertas» en AA. VV.; *Hacienda pública española: el fraude fiscal en la historia de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1994, p. 225.

³⁶⁵ Demetrio CASTRO; «Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del ciclo revolucionario?» *Historia Social*, nº 5 (1989) p. 42.

gobernarle, termine con la constitución de la Junta Directiva, que teniendo representación de todos los Gremios, administre y dirija los intereses comunes...»³⁶⁶

Estos planteamientos contaban con aliados dentro del Parlamento. Es el caso de Juan Navarro Reverter³⁶⁷, socio de la RSEAPV y futuro ministro de Hacienda en el último gobierno de Cánovas. Este diputado, entonces liberal, no dudaría en describir la labor gremial como una «obra de salvación» que debía «borrar el espíritu constante de hostilidad de la Administración frente al contribuyente, y sustituirlo por la cooperación entre el Estado y el ciudadano»³⁶⁸. Pese a que él mezclaba sin distinciones el concepto de “ciudadano”, “agremiado” y “contribuyente”, es necesario señalar, tal y como Pan-Montojo ha defendido en sus trabajos sobre derechos políticos y fiscalidad, que el «civismo tributario» no tuvo mucho arraigo en España durante el siglo XIX, hasta el punto de afirmar que «el empleo de recursos coactivos extraordinarios [por parte de los supuestos ciudadanos] para la exacción fiscal» era parte de una cultura del fraude³⁶⁹. Además, abarcar en el análisis sólo a aquellos sujetos políticos que se definen como ciudadano/contribuyente en la Restauración deja completamente al margen a muchos de los grupos sociales que atraviesan esta investigación, y que, como he explicado anteriormente, incluso no eran contemplados por *los* intérpretes de la cuestión social³⁷⁰.

Pero al mismo tiempo, el gremialismo armonicista no sólo tenía un pie en las altas esferas del Parlamento o en los círculos de notables krausistas que declaraban su preocupación por la paz social. Por ejemplo, entre los firmantes de las misivas al Gobernador Civil figuran comerciantes y tenderos como Gaspar Blasco, padre del famoso político y novelista republicano, o el mismísimo Juan José Amores. Cabe recordar que en 1882, este empresario/carnicero en cuyo radio de acción cotidiana (el

³⁶⁶ AA. VV.; *Estatutos y reglamentos de los Gremios de Consumos de Valencia, precedidos del preámbulo que explica las bases de los primeros y articulado de los segundos, escrito en forma de exposiciones dirigidas al Ilmo. Sr Delegado de Hacienda y Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, Valencia, Imprenta de Manuel Alufre, 1886, p. XVII.*

³⁶⁷ Hermano de uno de los fundadores de la Escuela de Artesanos de Valencia, Juan Navarro Reverter había promovido la creación de una Caja de Ahorros y Montes de Piedad en 1877, de la que sería vicepresidente. Manuel PORTOLÉS SANZ; «De los comienzos de la Caja de Ahorros de Valencia a Bancaja» en Nicolás BAS MARTÍN, y Manuel PORTOLÉS SANZ (coords.); *Ilustración y progreso: la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia*, Valencia, RSEAPV, 2010, pp. 303-305.

³⁶⁸ CÁMARA DE COMERCIO, ATENEO MERCANTIL y LOS GREMIOS DEL CONSUMO DE VALENCIA; *Discursos pronunciados por el Excmo Sr. D. Juan Navarro Reverter sobre la totalidad del presupuesto de ingresos de 1887 a 1888 en el Congreso de los Diputados, los días 18 y 20 de junio de 1887*. Valencia, Imprenta de El Correo de Valencia, 1887, p. 47.

³⁶⁹ Juan PAN-MONTOJO; «Ciudadanos y contribuyentes» en Manuel PÉREZ LEDESMA (dir.) *De súbditos a ciudadanos: una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 519.

³⁷⁰ Viajeros, vendedoras y vendedores ambulantes, jornaleros agrícolas, sujetos sin empadronar, mujeres cuyos maridos o padres tributaban “en nombre de ellas”, etc.

Trench) había defendido un marco de relaciones de interdependencia entre vendedores ambulantes y establecimientos fijos que se asemejaba a este ideal de convivencia³⁷¹.

No obstante, con independencia de lo que los parlamentarios trataran en el Congreso de puertas adentro o los gremialistas en su carta pública al gobernador, parece que 1886 y 1887 fueron años especialmente críticos para otros comerciantes o el campesinado que pretendía introducir mercancías en los municipios a través del fielato. Y no sólo por la crisis económica que afectaba a la producción agrícola o en general, a las exportaciones. Por ejemplo, la epidemia de cólera que había azotado entre 1884 y 1885 el Estado español se había cobrado en la provincia de València 21.613 víctimas mortales, y cerca de 5000 de ellas sólo en la capital³⁷². Y, sobre todo, la precariedad era mayor para toda aquella persona o familia que no cubría con sus ingresos los gastos provenientes de necesidades tan básicas como la ropa, el alojamiento o la comida³⁷³.

Según los análisis de Rafael Vallejo sobre las estadísticas tributarias expuestas en el Congreso en esos años, la recaudación de este impuesto alcanzó su pico histórico en 1887. De acuerdo a este catedrático en Historia Económica, el aumento había sido causado por las reformas tributarias en 1885 de Cos-Gayón, ministro conservador de Hacienda, que pretendían extraer mayor número de recursos de aquellas poblaciones con más de 20.000 habitantes³⁷⁴. Y en semejante cresta de la ola fiscal, quedaba pendiente la renovación del cobrador de los consumos en València y del sistema de aplicación, con un consistorio que ya se había enzarzado en diversos préstamos para financiar las reformas de las infraestructuras urbanas y la construcción del ensanche. La viabilidad de estas obras que, según el alcalde, estaban en ciernes de ser aprobadas por el Ministerio de Fomento, en manos de los liberales³⁷⁵, dependía en gran medida de los

³⁷¹ Ver el cap 1.1.

³⁷² Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ; «Evolución de la población valenciana durante la época emigratoria: 1857-1960» en Vicent M. ROSELLÓ; *Historia, clima y paisaje; estudios geográficos en memoria del profesor Antonio López Gómez*, Valencia, PUV, 2004, p. 144.

³⁷³ A falta de datos de 1886 y 1887, la CRS elaboró un presupuesto estimado de un obrero varón y un matrimonio con dos hijos, que declaraba estar autorizado por representantes de carpinteros, tejedores, zapateros, etc. En el caso del matrimonio, la diferencia entre gastos (1131 ptas.) e ingresos (585 ptas.) arrojaba un déficit de 546 pesetas. Ahora bien, esta propuesta obviaba cualquier posibilidad de trabajo femenino e infantil. AA. VV.; *Reformas Sociales: Información Oral y escrita...* «Apéndice nº20» en tomo III, pp. 466-467.

³⁷⁴ Rafael VALLEJO POUSADA; «El impuesto de consumos y la resistencia antifiscal en la España de la segunda mitad del siglo XIX: un impuesto no exclusivamente urbano» *Revista de Historia Económica*, primavera-verano 1996, nº 2, p. 347.

³⁷⁵ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 9 de junio de 1887.

ingresos fiscales que proporcionaban los consumos³⁷⁶. De facto, en el mismo pleno del 9 de junio que era descrita la marcha del proyecto urbanizador el consistorio declaraba conocer el primer arrendamiento desde 1874 de los consumos en manos de un empresario particular: Rafael Benvenuty³⁷⁷.

¿Cómo se explica este cambio y qué autoridades tomaron semejante decisión? En esta reunión del consistorio, el escribano aludía al fracaso de una serie de negociaciones de una Comisión que «había ido a Madrid», y declaraba que el Ayuntamiento «quedaba enterado» del contrato de cesión efectuado por la Delegación de Hacienda provincial, ratificado el día 27 de junio³⁷⁸. Es decir, en principio el Ayuntamiento, que no había hecho campaña pública a favor de la privatización del cobro de los consumos, no había dudado en subastar el cobro del impuesto. En este sentido, y por las razones mencionadas previamente, sus arcas podían beneficiarse con dicha operación. En este último factor (la especulación municipal) se sustentaba la hipótesis barajada por Ramiro Reig para explicar el estallido del conflicto que surgiría con posterioridad. A su juicio, el Ayuntamiento había optado por convertir los consumos en un negocio, política que era también adoptada por otros ayuntamientos³⁷⁹ no sin generar tensiones:

«Vista la seua impotència, l’Ajuntament ajustava un tant a pagar pels gremis de comerciants que s’encarregaven del control de l’entrada de les mercaderies i de cobrar el sobrecàrrec. Com el preu ajustat amb l’Ajuntament era molt baix, els gremis feien la vista grossa als matuters de forma que fins 1887 (...) no hi va haver especials problemes. (...) Un tal Benvenutti va licitar molt alt per tal d’emportar-se’l, la qual cosa l’obligava a extremar el rigor en el control del que entrava.»³⁸⁰

En su edición del 16 de junio de 1887, *Las Provincias* llamaba a la calma y defendía que el nuevo arrendatario no tenía por objeto subir los impuestos de manera exponencial:

«No es cierto que se aumenten notablemente las tarifas, como se dice. No se creará impuesto alguno sobre los artículos que hasta hoy han estado exentos de pago, ni tampoco sufrirán aumento más que el aguardiente, el vino, el aceite y la carne de vacuno, y aún este aumento será módico.

³⁷⁶ Joan Josep LÓPEZ I HERNANDO; «Hisenda municipal i reforma urbana (1885-1920)», *Recerques*, nº 15 (1984) p. 131.

³⁷⁷ A excepción de los sucesos de 1887, las únicas referencias que he encontrado sobre este personaje proceden de su condición de arrendatario del impuesto de consumos en Sevilla entre 1889 y 1892, a raíz de una reclamación de él al Ministerio de Hacienda. *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, nº 87, 27 de marzo de 1892, p. 1.

³⁷⁸ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 9 y 27 de junio de 1887.

³⁷⁹ Este fenómeno ha sido analizado en la provincia de Zaragoza por Víctor LUCEA AYALA; «Entre el motín y “el delito” la protesta no institucionalizada en la provincia de Zaragoza, 1890-1905» *Historia Contemporánea*, nº 23 (2001), pp. 739-740.

³⁸⁰ Ramiro REIG, «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES; (coord.) *València (1808-1991): En Trànsit a Gran Ciutat*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2007, p. 81.

Si el ayuntamiento se contentara en cobrar el 70 por 100 como ahora, las tarifas actuales no sufrirían ni aún las alteraciones que hemos indicado.»³⁸¹

Empero, los posibles aumentos de la recaudación no sólo dependían de los tipos impositivos, sino de la extensión territorial que el nuevo cobrador quería fiscalizar. En este mismo artículo, el diario conservador exponía minuciosamente el recorrido que debía seguir la nueva línea de fielatos, que rebasaba la antigua ciudad intramuros e incluía el ensanche en construcción, el ex pueblo de Ruzafa y, al norte del río Turia, las huertas y los arrabales de la Zaidía, hasta ahora excluidos.

Mientras tomaba cuerpo el cambio de sistema, los representantes de los gremios elaboraron (con la colaboración de la imprenta de Francisco Vives y Mora, el tipógrafo pujolista) un diagnóstico público de los problemas sociales que, desde su punto de vista, podía reportar este cambio fiscal. Firmado a día 19 de junio³⁸², partían de un balance muy positivo de su labor durante los años anteriores, dado que «a pesar de las deficiencias de su policía de abastos, *efecto de la estrechez material del mercado*, la vida de las clases trabajadoras, es algo más barata que en Castellón, capital de tercera clase, y que en Alcira»³⁸³. Además, ellos se presentaban como los supervisores de la fluidez del tráfico de personas y mercancías mediante «la tolerancia con el público», reivindicación que, analizada de otro modo, podría ser considerada un eufemismo de hacer la vista gorda ante la entrada de productos sin control. De acuerdo a esta visión, el encargado del fielato habría hecho las funciones, pues, de policía moral de aquellos sujetos que merecían entrar a la ciudad según su apariencia³⁸⁴:

«Se ha reducido en lo posible la odiosa molestia del registro de equipajes, limitándose al caso en que consten sospechas fundadas de fraude. Se concede licencia gratuita a los carros de muebles para que no se detengan en las puertas y sean registrados al descargar en la casa a que se dirigen (...) No se cobra la introducción de pequeñas cantidades a los consumidores de buena fe.»³⁸⁵

³⁸¹ «Los consumos en Valencia» *Las Provincias*, 16 de junio de 1887, p. 3.

³⁸² Como presidentes honorarios, aparecían Eduardo Pérez Pujol y Estanislao García Monfort...y como «presidente efectivo», Juan José Amores. Cinco años después de la polémica sobre los usos del Trench, el comerciante en carnes había conseguido cierto poder político, pero ¿también contaba con ascendencia social?

³⁸³ La cursiva es mía. Aquí se deja entrever una crítica al estado del Mercado y a las consecuencias que reporta para su gobierno, en consonancia con las que han sido analizadas al principio del capítulo. AA. VV.; *Los Gremios del Consumo en Valencia*, Valencia, Imprenta de Francisco Vives y C^a, 1887, p. 8.

³⁸⁴ Esta apreciación puede evocar a las características del concepto de “espacio supervisado” que Chris Otter sostenía para estudiar la relación entre el gobierno y la arquitectura de edificios como fábricas, bibliotecas o escuelas en Gran Bretaña, que siempre contaban con un conserje a la entrada. No obstante, por mucho que se controlen las carreteras de acceso, es imposible manejar la entrada a una ciudad del mismo modo que se accede a una fábrica o una biblioteca y, en consecuencia, el análisis hermenéutico varía ostensiblemente. Chris OTTER; *The Victorian Eye: A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008, pp. 75-77.

³⁸⁵ AA. VV.; *Los Gremios del Consumo*...p. 10.

Sin embargo, tampoco rehuían de justificar públicamente su decisión de no acudir a la subasta del impuesto, quizás para no perder la medalla que se habían colgado como adalides de la armonía social y la «relativa tolerancia» mostrada en cuanto a la exacción de los consumos. Así pues, frente a las 2.700.000 pesetas anuales que ofreció Benvenuty, los gremios sólo podían pujar por un importe de 2.378.339 pesetas. Según ellos, cualquier incremento habría conllevado un indeseado aumento de tarifas. Ahora, se abría un horizonte incierto en el que «la armonía entre Hacienda y el Municipio, los consumidores y los Gremios se rompe, y va a ser reemplazada por el antagonismo entre los intereses de los consumidores de Valencia y los intereses del empresario»³⁸⁶. Quedaba descartada toda alternativa que estuviera fuera de la ley. ¿Cambiarían las tornas dos semanas después?

«los Gremios no pueden menos de sostener su ideal frente al negocio; no se saldrán de la ley; los hechos de fuerza, las alteraciones del orden público a que tan ocasionada ha sido la contribución de consumos, ni están en los hábitos de los gremios, ni aprovecharían a nadie más que al arrendatario, a cuyo lado se pondrían los medios de represión de la autoridad»³⁸⁷

Este llamamiento a la calma, cuya representatividad, circulación y recepción social es imposible calibrar por falta de fuentes, quedaría rápidamente superado por la gestación de diversos focos de protesta en las viejas y en las nuevas zonas fiscalizadas de la ciudad, que acapararían las primeras planas de la prensa local durante varias semanas, contando incluso con cobertura de corresponsales de medios madrileños y estatales desplazados a València.

El 1 de julio, la nueva empresa arrendataria empezó a desplegar sus operarios por el casco de la ciudad; según la prensa, no sin provocar el resquemor de los comerciantes. En este sentido, hay que tener en cuenta que además del aumento de gravámenes, la compañía de Benvenuty debía realizar “los aforos”, labor de reconocimiento del terreno antes de ocupar la nueva línea de fielatos. *El Mercantil*, apelando a un supuesto reglamento general sobre fielatos, explicaba que este proceso consistiría en la búsqueda e inventario «los establecimientos públicos de venta»³⁸⁸ de productos que pudieran estar sujetos al pago del impuesto. Ahora bien, dicho procedimiento comportaba una segunda inspección sobre aquellos alimentos que, una

³⁸⁶ AA. VV; *Los Gremios del Consumo...*, pp. 15-16.

³⁸⁷ *Ibidem*, pp. 23-24.

³⁸⁸ *El Mercantil Valenciano*, 29 de junio de 1887, p. 2.

vez en el casco urbano, ya habían sido analizados en los fielatos: y ello podía originar malestar en los comerciantes y vendedores de comida y bebida de la capital.

Al día siguiente, las rotativas de *Las Provincias* abrían con la noticia del cierre total de tabernas, hornos y tiendas durante el día 1 en Ruzafa, barrio que hasta ahora había permanecido fuera del radio delimitado por los puestos de vigilancia. Y mientras tanto, las comisiones encargadas del aforo desempeñaban su labor sin sobresaltos... hasta que, de acuerdo al diario de Llorente, intentaron comprobar las mercancías de las paradas en el llamado Mercado Nuevo³⁸⁹. Una vez más, los espacios de la plaza eran representados por la prensa como lugares de “obstrucción” a la autoridad y de animosidad: pero en este caso, el relato cuenta con una dimensión sonora, amplificadas por el recinto cerrado:

«Únicamente en el Mercado hubo un signo de protesta. Acudió la comisión a practicar el aforo de las carnicerías, y al entrar en las galerías del mercado nuevo, fue recibida con gran estruendo, producido por el chocar de los pesos y balanzas que utilizan los vendedores. Oyéronse algunos gritos aislados, cruzó el aire alguno que otro tomate, pero no pasó nada más.»³⁹⁰

A modo de cacerolada, la subversión era asociada a los enseres de manejo cotidiano de las vendedoras y vendedores que, en *El Mercantil*, cobraban la forma de proyectiles improvisados: «La comisión aforadora que discurría por el Mercado central sufrió con resignación una lluvia de pepinos y tomates, sin consecuencias desagradables»³⁹¹.

Poco a poco, y en paralelo al recorrido fiscalizador de la empresa, el conflicto empezó a emerger en diversos núcleos de la ciudad, alimentado por la rumorología que los dos principales diarios empleaban como base de sus relatos cuando le daban pábulo o la desmentían. A la huelga de establecimientos en Ruzafa se sumaría entre el día 2 y 3 la del Matadero, donde los cortantes se habían negado a matar reses hasta que resolvieran sus diferencias con los cobradores, de manera que el abastecimiento de carne de la ciudad también estaba comprometido. Ante esta situación, el Ayuntamiento

³⁸⁹ Pese a que las narraciones literarias y las crónicas periodísticas solían centrarse sólo en aquello que acontecía en los espacios abiertos del Mercado, éste no se limitaba a los tenderetes al aire libre. Desde 1837 (con el asentamiento de la revolución liberal en Valencia) los habitantes del barrio contaban con un pequeño edificio rectangular en uno de los laterales de la plaza en el que se expendía pescado y algunas carnes.

³⁹⁰ *Las Provincias*, 2 de julio de 1887, p. 3.

³⁹¹ *El Mercantil Valenciano*, 2 de julio de 1887, p. 2. Puede ser tentador utilizar el concepto de “armas del débil” de James C. Scott para definir este modo de resistencia, pero resultaría problemático porque conllevaría naturalizar la debilidad de unos sujetos que, en su rememoración de la vida en el Mercado, Estanislao Marco había recordado de manera completamente distinta. Ver cap 1.1.

decidió expenderla en cuatro puestos provisionales repartidos por la antigua ciudad intramuros (delante del Matadero, en las calles de Xàtiva y Colón y en la puerta de Serranos) pero con la ayuda de un nuevo actor en liza: el ejército³⁹².

Sin embargo, la escalada del conflicto estaba por llegar. En el anexo 2.1, he elaborado un plano que sitúa los focos de conflictividad durante los dos días de máxima tensión. Entre ellos, una irrupción de personas amotinadas en las mesas de venta de carne al amanecer del día 3 era narrada en las primeras planas del día siguiente: «un grupo de gente, que al parecer se formó junto al Matadero, arrebatava de manos de algunos compradores la carne y la pisoteaba. El mismo grupo prendió fuego a la mesa». Este hecho sería representado por la prensa como el detonante de una «obra de destrucción de todas las casetas de los fielatos y garitas de los agentes de resguardo» en el casco urbano, como si la ciudad hubiese sido invadida por un ejército improvisado “desde dentro”.

Ahora bien, ¿quiénes formaban parte de este movimiento? *El Mercantil* insistía en que se trataba de una masa despersonalizada, pero organizada. En la descripción que los redactores ofrecieron no parecían incluirles como posibles lectores:

«Los grupos estaban compuestos de gente del pueblo, sin que se viera entre ellos persona alguna caracterizada, ni siquiera de mediana posición; abundaban los chiquillos y no faltaban las mujeres, cuya misión era alentar a aquellas gentes y auxiliarla. Nadie parecía dirigir los movimientos de los grupos, pero éstos obraban como bajo el impulso de una consigna.»³⁹³

Mención especial merece el protagonismo que en la crónica de *El Mercantil* dan los periodistas a la insurrección de las gallineras del Trench: quizás con el fin de sexualizar determinadas actuaciones violentas, o simplemente porque se trataba de un trabajo mayoritariamente femenino. Ellas, que bien podían haber sido las inquilinas que cinco años antes defendía Juan José Amores, ahora vicepresidente de los gremios, aparecían como seres independientes de cualquier autoridad laboral y sexual. El límite entre el gobierno de la calle y de las tiendas parecía haberse desvanecido a golpe de apropiación del espacio público:

«Entretanto, unas gallineras del Mercado se insurreccionaron también en el Trench, rechazando el auxilio del sexo masculino, y principiaron a exigir el cierre de todos los comercios, apedreando de paso la

³⁹² «Los Consumos» *El Mercantil Valenciano*, 3 de julio de 1887, p. 2 y *Las Provincias*, 3 de julio de 1887, p. 3.

³⁹³ «Los sucesos de ayer» *El Mercantil Valenciano*, 4 de julio de 1887, p. 1.

tienda del Sr. Amores (...) y rompiendo los cristales de su establecimiento. El cierre fue general e instantáneo.»³⁹⁴

Las acciones contra la vivienda del vicepresidente de los gremios pueden entenderse dentro de un contexto en el que era cuestionada cualquier intermediación lucrativa en la recaudación de consumos. En la sesión del 4 de julio, el pleno consistorial recibiría una instancia firmada por vecinos en la que solicitaban la administración municipal directa del impuesto de consumos, «sin cederlo, ni traspasarlo a particular, corporación ni empresa alguna»³⁹⁵. Así pues, el rechazo por vía legal a las injerencias de los gremios parecía bastante claro, aunque no era la única manera de socavar la legitimidad gremial. De hecho, otros grupos de manifestantes habían preferido acabar con las infraestructuras (y el medio) de gobierno que, según unas semanas atrás, habían sido aclamadas por los gremios como símbolo de la «tolerancia con el público»: los viejos fielatos. En este sentido, García Monfort, en un telegrama publicado en *El Mercantil* que en teoría iba dirigido al alcalde, al presidente del Congreso y al Ministro de Estado, no sólo se había quejado de la agresión al negocio de Amores causada por la apertura de su tienda. La antigua línea de puestos que ellos habían regentado era ahora pasto de las llamas provocadas por lo que a su juicio eran «turbas de mujeres y muchachos»³⁹⁶. Este atentado contra su autoridad moral y su antigua fuente de poder explicaría por qué, ese mismo día, *Las Provincias* publicaba un comunicado de los gremios firmado, entre otros, por García Monfort y el propio Amores, en el que mostraban su apoyo al Ayuntamiento y condenaban los hechos violentos, pese a «se explican y comprenden como otras alteraciones más graves»³⁹⁷.

En su perspectiva del contexto social de la València finisecular, el profesor Reig describía a grandes rasgos el conflicto de 1887 como «una fita en la vida ciutadana (...) perquè significa una mobilització col·lectiva i interclassista, fet insòlit a la València de la Restauració que després, en l'època blasquista, va ser habitual»³⁹⁸. Con independencia de si supone un punto de inflexión en las movilizaciones callejeras de la ciudad del Turia, sí que estimo interesante subrayar el abanico de sensibilidades que podían identificarse con la supresión del impuesto o, en todo caso, con la administración directa de éste por parte de la corporación municipal: desde el vecindario que dirigía

³⁹⁴ «Los sucesos de ayer» *El Mercantil Valenciano*, 4 de julio de 1887, p. 1

³⁹⁵ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 4 de julio de 1887.

³⁹⁶ *El Mercantil Valenciano*, 4 de julio de 1887, p. 1.

³⁹⁷ «Manifiesto de los gremios», *Las Provincias*, 4 de julio de 1887, p. 1.

³⁹⁸ Ramiro REIG, «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES; (coord.) *op. cit.*, p. 81.

instancias al consistorio, que podía estar compuesto por vendedoras y tenderos en huelga hasta, más tarde, las flemas sarcásticas de los redactores republicanos de *La Traca*.

Al término del conflicto y tras el parón provocado por la censura impuesta por el estado de guerra, el semanario «pa la chent de tro», con una tirada aproximada de 12.000 ejemplares en esta época, volvía a circular con un periodismo mordaz frente a la monarquía, la religión, el juego y la corrupción política³⁹⁹. Por un lado, aprovecharon para cargar las tintas contra la mediación de los gremios, burlándose de ¿su pretendida diversidad social? ¿su respetabilidad herida? ¿sus loas a la armonía de clases?. En todo caso, *La Traca* caracterizaba a estas asociaciones como una torre de marfil parasitaria que formaba parte del problema y no de la solución:

«(Añ 1887) En aquell temps había uns cuants señors en Valensia que mangonechaben el negoci del consumos. Eren una colla d'abogats, oliers, cafeteros, tenderes, choriseros, carnisers (...) que li llevaben al Achuntament els productes qu'este podia alcansar y s'els repartien com a pa beneit.

(...) Nostres homens, pera dorar la píldora, posaren per dabant una figura decorativa que se intitulaba D. Duardo Peres Pujol, y un atra molt chiqueta, pero més vividora, que li dien D. Trenislao Garsía Monforte. El primer posaba la filosofía pera que no s'ascamara el cotarro; el segon la posició política per a donarli un bañ, y els cafeteros, choriseros, carnisers y oliers posaben la bona voluntat y les cames. Tots ells, no estant, feen son negoci, qu'era lo únic qu'els unia, y aixina anaben tirant a costa del pobre consumidor.»⁴⁰⁰

Ahora bien, esto no impedía a la redacción, por otro lado, retratar las protestas urbanas como propias de unos exaltados inconscientes con los que no cabía empatía alguna: «una bandá de pillastres se tirá a la ronda y escomensá a cremar casetes y trencar faróls, al crit de ¡Viva España! y ¡Viva la República!, com si la noble España y la inmaculá República tingueren algo que vore en eixos granujes»⁴⁰¹.

Desde luego, la quema sistemática de fielatos tras los incidentes en el Matadero había causado impresión a los órganos periodísticos, a las autoridades de la ciudad. Por ejemplo, *Las Provincias* aludía a un acontecimiento simbólico que puede interpretarse como un cuestionamiento explícito de la forma de ejercer el poder estatal en la ciudad. En concreto, una de las garitas había sido arrancada por la población indignada y dejada a las puertas del palacio del Temple, sede de Gobierno Civil. Ahora bien, las crónicas

³⁹⁹Jaume GUILLAMET; *Història del periodisme, Notícies, periodistes i mitjans de comunicació*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2003, p. 273.

⁴⁰⁰«Cuet borracho – Capítul d'una Crónica que debia escriurer Piscueta» *La Traca: semanari pa la chent de tro*, 7 de agosto de 1887, p. 2.

⁴⁰¹Ídem.

los representaban con una bandera española enarbolada y luego arrebatada por el capitán Azcárraga:

«A las diez y media de la mañana, un grupo de corto número de alborotadores, si bien seguido por algunos centenares de chiquillos, y guiado por un hombre que tremolaba una bandera española, llegó al Temple, en cuya esquina había una garita de consumos, la arrastró al centro de la plaza y frente a los balcones del gobernador de la provincia, le prendió fuego. ¡Pobre principio de autoridad!»⁴⁰²

De acuerdo a las crónicas, incluso la propia integridad física del cobrador Benvenuty había corrido peligro a manos de los manifestantes. Al parecer, éste se alojaba en una fonda mientras todo esto sucedía, seguramente esperando a instalarse definitivamente en València. Y de ello eran conocedores los manifestantes, representados como algo más que “vigilantes del poder”:

«Otro grupo con cuerdas y maromas se dedicó a buscar al arrendatario Sr. Benvenuty, principiando su tarea por el Hotel de París, que registraron pieza por pieza (...) Los hombres de las cuerdas, cuyo propósito según decían a voces, no era otro que arrastrar al arrendatario, se dirigieron entonces a la fonda de España, donde penetraron a pesar de la resistencia de los dependientes, registrándola toda en medio de las mayores amenazas para encontrar a la víctima. Este no se hallaba allí desde muy temprano y se encontraba en el gobierno civil...»⁴⁰³

«Como la irritación de los amotinados se dirigía principalmente contra la empresa arrendataria de los consumos, buscaron a su representante en esta, Sr. Benvenuty. Un grupo numeroso, provisto de cuerdas —decían que querían arrastrarle— fue a la fonda de París primero, y después mejor enterado, a la de España, invadiendo la Bajada de San Francisco y profiriendo gritos contra *el andalúz*»⁴⁰⁴.

De ese modo, podría entenderse cómo Benvenuty accedió a ceder tan rápidamente la recaudación del impuesto en manos de las autoridades, si bien tras reclamar el cobro de las 40.000 pesetas que había invertido en gestiones administrativas e infraestructuras⁴⁰⁵. Ninguno de estos incidentes fue mencionado en los plenos consistoriales del 4 y 5 de julio.

Ante esta praxis, Aníbal Álvarez Ossorio, gobernador civil, publicó un bando el día 3 en el que resignaba el mando en las autoridades militares, aunque cabe recordar que éstas ya habían intervenido en el conflicto al reforzar con grupos de soldados el abastecimiento de carne. El estado de guerra, recurso que sería utilizado con profusión durante la Restauración para responder a cualquier iniciativa que fuera considerado

⁴⁰² «Los sucesos de ayer. Antecedentes» *Las Provincias*, 4 de julio de 1887, p. 2.

⁴⁰³ «Los sucesos de ayer» *El Mercantil Valenciano*, 4 de julio de 1887, p. 1.

⁴⁰⁴ «Los sucesos de ayer. Antecedentes» *Las Provincias*, 4 de julio de 1887, p. 2.

⁴⁰⁵ AHMV, actas de los plenos consistoriales del Ayuntamiento de Valencia, 4 de julio (ordinario) y 5 de julio de 1887 (extraordinario).

como una amenaza o una deslegitimación de las instituciones estatales⁴⁰⁶, era presentado por Capitanía General como la consecuencia inevitable del tumulto generado. Un tumulto en el que los gritos, los rumores y los disparos podían ser objeto por igual de la jurisdicción militar:

«HAGO SABER: Que en vista de la actitud sediciosa en que se han colocado algunos habitantes de esta ciudad tomando por pretexto cuestiones de consumos, habiendo prorrumpido en gritos subersivos y hecho diferentes disparos de arma de fuego, ha resignado el mano en mi autoridad el Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia (...)

Art. 4º. De igual manera serán reputados como perturbadores del orden público los que promuevan huelgas, atentes a la libertad de contratación y del trabajo y los que alienten la agitación con noticias falsas contrarias a la paz pública.»⁴⁰⁷

La declaración de la ley marcial, impulsada por el capitán general Azcárraga, conservador de larga trayectoria con experiencia en Cuba y en la tercera guerra carlista⁴⁰⁸, conllevaría que la situación en València diera otro vuelco al traspasar el ámbito local, convirtiéndose en un problema perentorio de orden público para el gobierno y, en concreto, para el Ministerio de la Guerra. A este respecto, los telegramas cifrados entre la Capitanía General de Valencia que se han conservado en el Archivo General Militar de Madrid ayudan a dar sentido a las acciones y decisiones inmediatas de los militares ante las protestas en las calles, así como a entender cuáles eran los mecanismos de subversión que mayores temores les generaban⁴⁰⁹.

En la mañana del 4 de julio, el Mercado se convirtió en un protagonista más en una confrontación sangrienta entre el ejército y las personas levantadas. El capitán Azcárraga, en un telegrama urgente a Madrid, señalaba como motivo de discordia la paralización de las ventas en las paradas a las 8 y 20 por la aglomeración de gente en la plaza. Y después de un silencio de cuatro horas, notificaba a las autoridades de las

⁴⁰⁶ Entre 1874 y 1898 fue declarado el estado de guerra hasta en 33 ocasiones, 6 de ellas a causa de las protestas contra los consumos. En 1885 ya había sido aplicado en Lleida por dicho motivo. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA; *La Razón de la Fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998, pp. 65-67.

⁴⁰⁷ *Hemeroteca Municipal de Valencia*, bando 1887, 07, 03, 3 de julio de 1887.

⁴⁰⁸ El conde de Romanones lo elogiaría en sus memorias como «el bondadoso, el ecuánime, el reposado don Marcelo, de historia militar brillante, de prestancia poco guerrera, que recibió y desempeñó el cargo de albacea testamentario de Cánovas...» Álvaro FIGUEROA Y TORRES; *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 97. Empero, la actuación de las tropas bajo su mando distaría de ser la de un hipotético “civilista” canovista. El 6 de julio, dos días después de la represión militar en el Mercado, justificaría en una narración al Ministerio de la Guerra su actuación en pro de un fin: despejar la plaza. «hubo gritos contrarios a las instituciones; viéndose obligada la tropa a usar de las armas (...) de los disparos un muerto y algunos heridos, dos de ellos mortales todos paisanos; consiguiéndose despejar la plaza.» *Archivo General Militar de Madrid*, Fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5913.2.

⁴⁰⁹ Además, en el caso de Valencia cuentan con mayor valor dada la escasez de fuentes judiciales consistentes y seriadas.

cargas que había efectuado su tropa y sus consecuencias: «un muerto y dos heridos de la clase de paisanos». Ante ello, la respuesta del Ministerio no era otra que incidir en la represión hasta que no quedara atisbo de resistencia en el espacio público, justificando dicha acción en el miedo a que utilizaran la oscuridad de la noche a su favor: «El Ministro de la Gobernación me dice que los grupos de revoltosos continúan en las calles, y como creo que sería un peligro que llegara la noche sin disolverlos (...) convendrá que les intime de nuevo»⁴¹⁰.

Si bien en este intercambio de telegramas omiten detalles sobre cuáles eran, por un lado, las fuentes de peligro y, por otro lado, las personas en situación de riesgo, la narración posterior que el capitán escribiría de su puño y letra permite formular hipótesis más sugerentes en base a estos interrogantes a través de su perspectiva del orden público. Dos días después de la carga, Azcárraga detallaba cuáles eran las razones que le habían motivado a ordenar dicha acción:

«En el Mercado y con ocasión de maltrato a compradores, se produjo efervescencia; los grupos se presentaron insolentes, las intimaciones fueron desatendidas, la actitud fue provocadora y agresiva, especialmente al resbalar la caballería en el enlosado, y hubo gritos contrarios a las instituciones; viéndose obligado la tropa a usar de las armas»⁴¹¹

Así pues, el capitán justificaba la represión en dos planos. En primer lugar, como defensor de los clientes de las paradas y tiendas, identificados como víctimas inocentes y neutrales frente a «los insolentes» que no sólo descalificaban a «las instituciones», sino que impedían el fluido abastecimiento de productos básicos y el tráfico de mercancías y personas que los gremios habían glorificado como su seña de identidad. No obstante, esta hipotética alteridad resulta más complicada de conjugar en las fuentes hemerográficas. Por un lado, la violencia no sólo es ejercida por el conjunto de manifestantes; y por otro lado, el uso del concepto de “gente”⁴¹² cuenta con problemas para recoger todas las actitudes de resistencia frente a la represión. De acuerdo a *Las Provincias*, las cargas de caballería proporcionaron que «la gente [¿los clientes del Mercado?] se refugió en todas las calles inmediatas y en los pórticos del Mercado

⁴¹⁰ Telegrama incluido en el expediente depositado en *Archivo General Militar de Madrid*, fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5913.2.

⁴¹¹ Narración escrita por Azcárraga el 6 de julio de 1887 en el expediente inserto en *Archivo General Militar de Madrid*, fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5913.2.

⁴¹² Esta amalgama recuerda a la que construía el novelista Félix Pizcueta en sus relatos sobre el “pueblo” en el distrito del Mercado. Ver cap. 1.1, p. 15.

Nuevo», pero entre ellos la redacción destacaba cómo «de cuando en cuando, los más audaces avanzaban por las boca-calles, dando gritos subversivos»⁴¹³.

Y en segundo lugar, queda abierta la posibilidad de entender su uso de las armas como una reacción ante la afrenta y la humillación de «resbalar la caballería en el enlosado». En esta línea, el adoquinado, que en otro contexto había criticado el conservador Juan Bautista Robert como un tapiz de canastos intransitable, había favorecido una fugaz postración de las fuerzas militares ante los sujetos ocupantes de la plaza, de los que nada menciona más allá de su agresividad. De este incidente, circularía otra versión en *El Mercantil* que atribuía el inicio del tiroteo a la reacción del futuro muerto ante el resbalón de los soldados: «al mismo tiempo que caían caballo y ginete, un joven disparó sobre éste un tiro de pistola que no le dio»⁴¹⁴. Ningún vestigio residía según el diario liberal-republicano en estas «turbas sospechosas» del «gran pueblo de las barricadas y de las revoluciones»⁴¹⁵. De hecho, estos últimos eran, para el diario liberal-republicano, otras víctimas de la ocupación callejera:

«el pueblo de los locos si se quiere, pero de los locos héroes, no ha parecido por ninguna parte. Metido en sus casas, lamentando los obstáculos al trabajo, ha visto con desprecio, pero va siendo ya con ira, cómo turbas sospechosas, cuya finalidad se ignora, mantenían en agitación los ánimos, cometiendo desmanes, dando ocasión a homicidios deplorables, y dando pie y margen a un enorme matute [contrabando] que se está introduciendo en Valencia...»⁴¹⁶

No obstante, ¿qué ocurría cuando *El Mercantil* descendía la escala de su análisis desde las «turbas» y las narraciones de peligro social⁴¹⁷ hasta Antonio Bayes Beneito, el individuo que había yacido muerto en el suelo? Entonces, el redactor lo humanizaba, representándolo como un dependiente comercial del barrio, con una posición social

⁴¹³ *Las Provincias*, 5 de julio de 1887, p. 2.

⁴¹⁴ *El Mercantil Valenciano*, 5 de julio de 1887, p. 2.

⁴¹⁵ Distinguir entre un sujeto colectivo idealizado que combate de manera “consciente” y grandiosa la acción del grupo dominante y un cúmulo de «turbas sospechosas» y alienadas cuyos medios son cuestionables tiene una fuerte carga moral peyorativa que, en el caso de *El Mercantil*, quizás beba de su buena relación con el reformismo social y sus distinciones entre “obrero” y “pobre”. Este halo pesimista de la “perversión” de la identidad de «pueblo» o de clase ha resonado en algunas historias sociales de los años 70 y primeros 80, como Gareth STEDMAN JONES; *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 175-235.

⁴¹⁶ «Consumos y consumidores. Los sucesos de ayer» *El Mercantil Valenciano*, 5 de julio de 1887, p. 1.

⁴¹⁷ En el caso de Liverpool, la investigadora Alice Butler ha interpretado las crónicas periodísticas sobre el barrio de Toxteth a través del prisma de la “estigmatización territorial” de Loïc Wacquant. Alice BUTLER; «Fear in the city: print and social media perspectives on the politics and production of places of fear» en *14th International Conference on Urban History* (Roma, 29 de agosto-1 de septiembre 2018) Estudios semejantes han sido realizados en París por Dominic KHALIFA; «Crime Scenes: Criminal Topography and Social Imaginary in Nineteenth-Century Paris» *French Historical Studies*, vol. 27, nº 1 (invierno 2004) pp. 175-194. No obstante, en una ciudad no tan industrializada como Valencia, en las “narraciones de peligro” cobran relevancia también las oposiciones entre mundo rural/mundo urbano, matuteros/fiscalizados, población ambulante/población con hogar o negocio estable, etc.

aparentemente consolidada, pero armado: «domiciliado en la calle de Salinas (...) Llevaba una cartera con varias cartas, tarjetas y retratos, y una pistola descargada, según afirmaron algunos de los presentes»⁴¹⁸. Mientras tanto, *Las Provincias* subrayaba de Miguel Olmos (herido que moriría en el Hospital más tarde) su desvalimiento y pobreza tras perder a su padre «ingresando el huérfano y dos hermanitos en la casa de Beneficencia, de donde había salido hace poco tiempo. Ahora ganaba cuatro reales de jornal»⁴¹⁹.

El levantamiento de julio de 1887 no sólo había suscitado la atención de las autoridades del gobierno central o de la prensa valenciana. Medios periodísticos reputados de Madrid como *El Globo* o *La Época*⁴²⁰ se habían interesado por los enfrentamientos en la capital del Turia, hasta el punto de que este último diario aseguraba que había enviado un corresponsal que cubría el conflicto a través de cartas. El día 3, el periodista, mientras narraba en primera persona, pretendía ofrecer una perspectiva totalizadora de la amenaza en las calles, como si hubiera visitado simultáneamente todos los focos de violencia en su recorrido. Y además, el peligro parecía afectar a su propio cuerpo y ser:

«al salir yo de casa esta mañana he encontrado un numeroso grupo de alborotadores que, a despecho de la policía, maltrataba a un pobre asistente por haber comprado carne en los puestos que el Ayuntamiento (...) estableció por su cuenta, ayudado de la autoridad militar.

Al llegar en el tranvía frente al fielato de Monte Olivete, he visto un numeroso grupo que pegaba fuego al fielato, que en pocos segundos quedó envuelto entre las llamas.

Los incendiarios, cumplido ya este primer *deber*, como decía uno de sus directores, han tomado el camino del Grao, asaltando nuestro tranvía y pidiéndonos que gritáramos “Mueran los consumos” con lo que nos han dado un rato bastante desagradable, pues todos iban, al parecer, borrachos, armados de garrotas y con latas de petróleo»⁴²¹.

Si bien señalaba los problemas de transporte que había sufrido, el corresponsal declaraba haber visto cómo circulaba por las calles «una masa de 2 o 3000 personas preguntando por el nuevo empresario de consumos, a quien querían ahorcar, trayendo al efecto preparadas las cuerdas». Los mostraba como una multitud enfurecida que no atiende a razones ni distinciones entre el espacio público y el privado: «En la fonda donde me encuentro cuesta mucho trabajo convencer a la plebe de que el tal señor no era un amigo nuestro de mesa ni hospedaje, y sólo hemos podido conseguir que se

⁴¹⁸ *El Mercantil Valenciano*, 5 de julio de 1887, p. 2.

⁴¹⁹ *Las Provincias*, 5 de julio de 1887, p. 2.

⁴²⁰ Fundado en 1849, *La Época* era un diario con orientación conservadora cuyo propietario apoyó (al igual que Teodoro Llorente en *Las Provincias*) el pronunciamiento militar de Arsenio Martínez Campos, que daría pie a la Restauración canovista.

⁴²¹ «El motín» *La Época*, 4 de julio de 1887, p. 1.

marcharan, después de proponerles que una comisión pasara a registrar la casa»⁴²². En resumen, la narración del corresponsal de *La Época* se basaba en dotar al peligro que comportaba el conflicto en las calles un carácter visual, latente y “envolvente” en la producción de noticias⁴²³ a diferencia del tono impersonal y las alusiones a la rumorología, falsa o verdadera, que predominaban en la prensa valenciana.

Mientras tanto, *El Globo*, cercano al republicanismo posibilista de Emilio Castelar, contextualizaba desde Madrid el conflicto valenciano dentro de una ola de protestas contra la creciente fiscalización irregular del impuesto. Según esta publicación, en Málaga, al igual que en València, la empresa que estaba a cargo del impuesto había subido las tarifas aprovechando el fin de una cláusula (aunque parece más bien una costumbre) y estaba intentando aforar las mercancías, de modo que muchos tenderos habían decidido ir a la huelga: «Parece que el conflicto consiste en haber terminado un convenio, por el cual se aplicaban desde tiempo inmemorial precios módicos a los derechos de introducción de artículos de consumo»⁴²⁴. No obstante, realizar una comparativa entre el movimiento malagueño y el conflicto de València requería contrastar fuentes similares y, en cualquier caso, propias de allí (no de Madrid).

Tras la intervención militar en la ciudad, y una vez que el arrendatario cedió el cobro del impuesto a la corporación municipal, tanto los informes del Capitán General como la prensa coincidían en destacar que el nivel de confrontación había aminorado. Ahora bien, ¿hasta qué punto puede atribuirse la pacificación a dicha medida y no a la propia represión y censura? A falta de otras perspectivas sobre los sucesos de julio, convendría señalar que la respuesta de las autoridades militares a las intimidaciones en el Mercado y la delegación de Consumos produjo no sólo dos muertos y varias personas heridas, sino una serie de encarcelamientos bajo la ley marcial.

Aun así, las protestas de 1887 no se circunscribieron a la recaudación del impuesto en la capital de la provincia. Además del eco mediático que pudo propiciar en otros territorios, en los siguientes días el malestar social superó los confines municipales para motivar levantamientos en pueblos al oeste y al sur de la urbe como Manises, Silla,

⁴²² «El motín» *La Época*, 4 de julio de 1887, p. 1.

⁴²³ Michael SCHUDSON, *Discovering the News: a Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1981, p. 6.

⁴²⁴ «Los Consumos en provincias» *El Globo: diario ilustrado*, 4 y 5 de julio de 1887.

Sueca, Torrent⁴²⁵, Cullera o Lliria. En sus primeras impresiones, *El Mercantil* tendía a definir estos focos de subversión como una mancha de aceite proveniente de València. Incapaz de reconocer agencia propia y autonomía a los movimientos de los pueblos, advierte de que «fueron públicas las de que se reclutaban en los talleres aprendices, a quienes se ofrecía un duro para que alborotasen y promoviesen algaradas, que en alguno de los pueblos de la Ribera se habían presentado agentes con el mismo objeto»⁴²⁶. Mientras tanto, *Las Provincias* definía el proceder de los amotinados de Cullera de manera similar a la búsqueda de Benvenuty, como una invasión demoledora del pueblo. Esta expansión de las protestas pudo ser el justificante esgrimido para no levantar el estado de guerra hasta el 4 de agosto, un mes después de su inicio:

«un grupo de cuatro o quinientos hombres comenzó a recorrer la población dando gritos contra el impuesto de los consumos, y destrozando, por bárbara complacencia de hacer mal, los faroles de alumbrado. Parte de los amotinados se dirigió a la casa del secretario del Ayto., disparando algunos tiros, y penetrando en ella sin encontrarle. También buscaron el arrendatario del impuesto en su casa, sin poder dar con él.»⁴²⁷

Ahora bien, llegada la hora de hacer balance, las columnas ofrecerían conclusiones más reposadas en paralelo a las narraciones sensacionalistas de los peligros de las calles. En paralelo a las algaradas, una idea que parecía predominar en el movimiento de 1887 era la eliminación de los intermediarios en la fiscalización del impuesto, así como una contribución directa que gestionara el Ayuntamiento como hipotético representante del vecindario. Y con semejante viento de cola, *El Mercantil* declaraba que, en vistas a la gestión del impuesto y del nuevo proyecto aprobado de Ensanche de la ciudad, el consistorio debía renovarse y reafirmar su autoridad “al servicio del interés público”:

«El ensanche aumenta de un modo considerable los deberes y responsabilidades del Ayuntamiento; el impuesto de consumos los ha aumentado también de una manera enorme; y ante ese cúmulo de deberes y responsabilidades, ¿tiene un Ayuntamiento interino, que vive en precario, no renovado por el cuerpo electoral el suficiente vigor y la necesaria estabilidad? (...) han de dar magníficos resultados para los intereses municipales, si se administran con el propósito de favorecer a éstos; pero serán desastres, si se apodera de ellos el espíritu de cotterie, el mangoneo electoral y la prevaricación.»⁴²⁸

Mientras tanto, otras publicaciones sugerirían tras el levantamiento del estado de guerra y la censura mediática planteamientos más jocosos, ironizando sobre la

⁴²⁵ En el expediente del Archivo General Militar también aparece un telegrama cifrado del 7 de julio de 1887 al Ministerio de Guerra y al de Gobernación informando de la intervención militar ante la quema de felatos en estas localidades. *Archivo General Militar de Madrid*, fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5913.2.

⁴²⁶ *El Mercantil Valenciano*, 7 de julio de 1887, p. 2. «Alborotos fuera de Valencia» *Las Provincias*, 8 de julio de 1887, p.3.

⁴²⁷ AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 5 de agosto de 1887.

⁴²⁸ *El Mercantil Valenciano*, 13 de julio de 1887, p. 2.

relevancia del levantamiento. En esta línea, *La Traca* no ofrecía pistas sobre la finalización y las consecuencias sociales del conflicto, más allá de una burla a aquellos que habían creído que éste podía posibilitar un cambio del orden político en la ciudad⁴²⁹. Para los redactores, la quema de fieltos había constituido simplemente en una fuente de entretenimiento popular sin un contenido político claro:

«Cuatre pánfilos que s'habien cregut qu'aquelles falletes eren les de San Chusep, y s'entretenien mirantles com els chiquets quant els se s'unfla el globo, y creien que tots aquells crits a España y a la República eren de bona veritat y no servien pera ferli el caldo grós a ningú.

El conflicte acabá, gracias a que ya no quedaben casetes que cremar, y tot lo món había fet el seu Agost, encarregant-se l'Achuntament de consechals temporeros, de la recaudasió dels consumos. Pero asó mereix capítul a banda.»⁴³⁰

Otro balance crítico con el desarrollo del conflicto y sus actores lo ofrecería un simpatizante socialista de la capital en una carta fechada el 11 de julio y dirigida a *El Socialista*. Pocos meses antes, un grupo de tipógrafos habían creado en València la primera agrupación socialista, que sería capaz de organizar un mitin de Pablo Iglesias en agosto de 1887 ante unas dos mil personas en la ciudad. No obstante, la popularidad de estos actos públicos no iba de la mano de una capacidad de persuasión duradera, a la que cabría sumar el papel de la represión gubernamental en esos momentos⁴³¹. Hasta bien entrada la I Guerra Mundial, la capacidad logística y el atractivo del socialismo valenciano sería limitada en comparación con el del republicanismo blasquista, flanqueado por su éxito electoral, un tejido societario afín y su hegemonía municipal.

Para el autor de la misiva, el conflicto en torno a los consumos era, básicamente, una lucha entre dos núcleos burgueses: las compañías arrendatarias y «esas *respectables* clases conservadoras, tenderos, taberneros, panaderos y vendedores de artículos al por menor»⁴³². Para él, "la clase obrera", como un ente independiente de estos colectivos, había sido instrumentalizada y arrastrada por ellos y las luchas entre antiguos y nuevos

⁴²⁹ En su informe privado al Ministerio de la Guerra, el capitán Azcárraga se jactaría de que «si no ha sido aprovechada por los elementos revolucionarios, no obstante sus propósitos, es por temor al excelente espíritu de estas tropas, modelos de subordinación y disciplina y deseosas de ocasiones en que poder mostrar sus brillantes condiciones militares». Lejos de las mofas de *La Traca* sobre el significado de los sucesos de julio, Azcárraga describía Valencia como la pugna por crear un laboratorio de pruebas de su brazo armado en el que éste se ejercitara a través de la represión. Sin embargo, mientras escribía estas líneas, el conflicto seguía extendiéndose por los pueblos circundantes. Expediente depositado en el *Archivo General Militar de Madrid*, fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5913.2.

⁴³⁰ «Cuet borracho – Capítul d'una Crónica que debía escriurer Piscueta» *La Traca: semanari pa la chent de tro*, 7 de agosto de 1887, p. 2.

⁴³¹ Enric BORDERÍA y Antonio LAGUNA PLATERO; «Socialismo y propaganda: medios y formas» en Manuel CHUST y Salvador BROSETA (Eds.) *La pluma y el yunque: El socialismo en la historia valenciana*, València, PUV, 2003, pp. 184-185.

⁴³² A. G. Q.; «Carta de Valencia» *El Socialista: órgano del partido obrero*, 22 de julio de 1887.

arrendatarios del impuesto. El cierre de los comercios, una de las primeras movilizaciones, era interpretado como una coacción irresponsable:

«deciden cerrar sus establecimientos, privando a los habitantes de las subsistencias necesarias, para que hagan causa común con ellos y provoquen una cuestión de orden público, sin tener en cuenta que son defensores de los privilegios capitalistas, y de la libertad ordenada; todo con la sana intención de que a río revuelto salgan sus intereses de clase beneficiados»⁴³³

Así pues, quitaba peso a la inclusividad del levantamiento, al considerar que sólo había participado una parte del pueblo «habida cuenta de que en la asonada no dejarían de estar metidos los mil y pico de empleados en la vigilancia de puertas y recaudación (...) que la nueva Empresa dejó cesantes»⁴³⁴. Otro aspecto interesante es que, a diferencia de las demandas de supresión del impuesto que aparecían en *La Traca* o en las proclamas recogidas por *El Mercantil* o *Las Provincias*, este simpatizante proponía otra solución. Su alternativa consistía en un reparto vecinal entre aquellos que pagasen contribuciones directas: es decir, sobre «propietarios, comerciantes, industriales y agricultores». Pero una vez más, "el pueblo" no podía expresar esta voluntad: «por carecer de organización, no cuenta aún con verdadera fuerza, no puede exigirla»⁴³⁵.

Esta relativización de las protestas del socialista de València y su alternativa fiscal coincidiría con el análisis de uno de sus compañeros en Xàtiva días más tarde en la misma publicación. Ante el ciclo de movilizaciones en su pueblo y en la provincia, la agrupación socialista de esta localidad, recién surgida, defendió la opción del reparto vecinal y además, que «no era la clase obrera la que alteraba el orden, sino un gran número de comerciantes que, aprovechando el tumulto, por ellos provocado, llenaban sus casas de matute»⁴³⁶. Según él, sólo la parte más consciente había sido capaz de ver «con claridad que los explotadores no tienen inconveniente en rebelarse contra la ley cuando no beneficia sus intereses»⁴³⁷, desproveyendo así de agencia y motivaciones propias a los "explotados" que participaban en las movilizaciones.

⁴³³ A. G. Q.; «Carta de Valencia» *El Socialista*...

⁴³⁴ *Ídem*.

⁴³⁵ *Ídem*.

⁴³⁶ Francisco MARTÍNEZ-ANDREU; «Carta de Játiva» *El Socialista: órgano del partido obrero*, 29 de julio de 1887.

⁴³⁷ *Ídem*.

Conclusiones

De acuerdo a una de las preocupaciones principales de esta investigación (las relaciones entre la cuestión social en València y las distintas producciones del espacio público de la ciudad) en este capítulo me he planteado el desarrollo del reformismo social en València como un proceso paralelo a los debates sobre los usos y significados sociales de los espacios públicos de la ciudad. En este sentido, cabe preguntarse si las fricciones por la producción de sujetos individuales y colectivos con una identidad, unos comportamientos y unas sensibilidades determinadas previamente exploradas sólo están asociadas, tal y como los reformistas sociales valencianos plantean, a la disuasión o el reconocimiento de conflictos laborales entre una “clase obrera” y “los fabricantes”. Los gremios intentarían promocionar las doctrinas de la armonía social, ¿pero a quién se dirigen, a quién representan? Negar la posibilidad y la validez del conflicto como mecanismo de reivindicación es la base de su causa: y esto impacta con la protesta pública, por mucho que justifiquen que los consumos no han sido más desagradables gracias a su “tolerancia”.

Es aquí donde la percepción de reformistas sociales de València de unas clases sociales que *deben* estar en paz colisiona, al reducir la escala del análisis a pie de calle en los conflictos urbanos. Y al tiempo que los gremios se encuentran desubicados, la prensa conservadora y la republicana mostraban un casco urbano invadido por aquellos que querían acabar con los controles del tráfico de personas y mercancías, si bien el socialismo, minoritario en la ciudad, desproveía de contenido rupturista las protestas. Así pues, los criterios que valoran periodistas y políticos cercanos al reformismo gremialista para justificar los proyectos de reforma del Mercado o las historias sobre los sucesos callejeros de 1887 inciden una vez más en la sensación de alteridad, peligro y ahora sí, de enfrentamiento abierto hacia las autoridades municipales y estatales en los espacios públicos. En ese contexto, ¿cómo explorar las iniciativas finiseculares de reforma urbana de las zonas neurálgicas de la ciudad?

CAPÍTULO 3. LOS CLAROSCUROS DE LA REFORMA INTERIOR. EL BARRIO DE PESCADORES, LOS SOLARES DE SAN FRANCISCO Y EL MERCADO AL TÉRMINO DEL SIGLO XIX (1887-1898)

3.1. Proyectos e ideales urbanos en la València finisecular: pasados y futuros entre líneas en el presente.

En los años de la inmediata postguerra de València, Teodoro Llorente Falcó rememoraba la vida en la capital durante las últimas décadas del siglo XIX de manera amable, a través de una serie de artículos publicados en su diario, *Las Provincias*. Cincuenta años después, los sonidos de aquel mundo le quedaban distantes:

«La Valencia matinal era muy distinta la de ayer a la de hoy. No se oía el trepidar de tranvías y autos, con sus chirridos metálicos, sus pitos, sus sirenas y sus agudos escapes abiertos. Los ruidos de entonces eran más suaves, más armoniosos, más placenteros. (...) las esquilas de las vacas lecheras y las campanillas de las cabras, el traqueteo de alguna diligencia (...) así como el de los carros que iban o tornaban del mercado, y sobre todo era la infinidad de modestos mercaderes que ofrecían a grito pelado sus productos...»⁴³⁸

Aun así, es plausible que esta imagen plácida no se deba sólo al mutismo ante el reciente pasado bélico. Su posición acomodada y sus contactos políticos le permitían desplegar una perspectiva privilegiada de la evolución de la ciudad (en el sentido literal de la palabra). Llorente, que era director y propietario del diario conservador desde 1911, lideraba el único diario de la ciudad que había sido restituido tras la Guerra Civil y la represión franquista. Refugiándose en sus memorias, el hijo del difunto líder de la *Renaixença* valenciana asociaba la circulación sostenida y no mecanizada de mercancías y personas con una armonía sensorial en la ciudad extinta. De esa manera, la venta callejera era representada como una labor pintoresca y ligada al ecosistema urbano, destinada a la satisfacción de las necesidades de «las amas de casa muy útil»⁴³⁹. Ahora, pese a su importancia de antaño, ésta era descrita como un remanente del pasado que parecía haber desaparecido de manera inapelable en los años 40 del siglo XX. De acuerdo a Llorente, la expansión urbana que había presenciado en su periplo vital había contribuido a reformar los comportamientos y usos de los espacios públicos: «A medida

⁴³⁸ Esta serie de artículos, escritos entre 1939 y 1942, serían publicados en 1943 a modo de memorias del director de *Las Provincias*. Teodoro LLORENTE FALCÓ; *Memorias de un setentón*, vol. 1, Valencia, Federico Domenech, 2001, (ed. original 1943) p. 401.

⁴³⁹ Teodoro LLORENTE FALCÓ, *op. cit.*, p. 401.

que se ensanchan las calles de Valencia, se extiende su perímetro urbano, van cambiando los gustos y las costumbres y se transforman los procedimientos comerciales, y modifícase la faz de la ciudad en muchos detalles de su vida»⁴⁴⁰.

En paralelo, Azorín, afamado escritor conservador, también se acogía en su obra de senectud en la postguerra a este tipo de evocaciones nostálgicas de la ciudad, pero con mayores resonancias poéticas. Desde su retiro en Madrid, el escritor de Monòver proponía en sus recuerdos de València viajar mentalmente hacia una ciudad que pervivía en su memoria como estudiante de Derecho, pero que colisionaba con una «Valencia de ahora» desfigurada:

«Vas a poner frente a frente la Valencia de hace cincuenta años con la Valencia de ahora. Y no será lo grave el estrago que la piqueta municipal y loca haya hecho en la ciudad. Lo grave, lo trágico, van a ser los sentimientos, las ideas, los modos en el hablar, los usos, lo íntimo del espíritu. ¿Eres tú o eres el otro? El otro es el que ha venido a Valencia y tú te encuentras muy distante.»⁴⁴¹

¿Cómo recuperar su identidad pasada? ¿Cómo recuperar esa ciudad pretérita? En este pasaje, Azorín intentaba acercarse y dar sentido a ella rememorando un espacio desaparecido, pero emblemático para él: el antiguo Mercado.

«Este olor que tú aspiras ahora con ansia, es el mismo olor que aspirabas, hace medio siglo, al pasar frente a las especierías que existían en los alrededores del Mercado, allá por las calles afluentes al Mercado, detrás de la Lonja. Ese olor es Oriente. Y Oriente late en el fondo de Valencia. (...) Valencia y la integridad de su ser a lo largo del tiempo.»⁴⁴²

No obstante, estas evocaciones nostálgicas y la sensación espacio-sensorial de una ciudad perenne e identificada con el Mercado difieren sobremanera con las percepciones y críticas al entorno y los sujetos del centro comercial de València previamente analizadas⁴⁴³. Interpretar de qué recorridos personales bebe este pasado estático sin sujetos y sin conflicto supera los objetivos y confines de esta investigación. Ahora bien, lo que sí que puede resultar relevante es contrastar esta imagen de quietud atemporal con la importancia de los proyectos de reforma urbana que planteaban periódicamente las autoridades políticas y los urbanistas de la ciudad... ¿sobre el papel o con la piqueta en mano?

⁴⁴⁰ Teodoro LLORENTE FALCÓ, *op. cit.*, p. 401

⁴⁴¹ José MARTÍNEZ RUIZ (Azorín), *Valencia*, Buenos Aires, Losada, 1949, p. 180.

⁴⁴² *Ibidem*, p. 181.

⁴⁴³ El fenómeno de la nostalgia no sólo ha recibido la atención de historiadores como Reinhart Koselleck o David Lowenthal, sino también de expertas en literatura comparada como Svetlana Boym. En su obra *The Future of Nostalgia*, ella proponía definirla no sólo como un sentimiento de pérdida y desplazamiento con respecto a su presente, sino también como una especie de amor reforzado a través de un largo recorrido vital: «a romance with one's own fantasy. Nostalgic love can only survive in a long-distance relationship». Svetlana BOYM; *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001, p. xiii.

De ellos se hacía eco en 1889 *El Mercantil Valenciano* en su edición matinal con un extenso artículo en primera plana de Luis M^a Cabello y Lapiedra, uno de los arquitectos municipales en esos momentos. En él, exponía a la audiencia del diario una panorámica global de los proyectos que su despacho tenía en marcha o preveía acometer en años venideros. La visión de la ciudad orientalizada de la Restauración que evocaría Azorín medio siglo después nada tenía que ver con «el carácter de la época» que el arquitecto consideraba que destilaba València:

«De origen árabe, según se observa en su espíritu, sus tradiciones y sus costumbres, hállese constituida por infinidad de calles que, componiendo múltiples encrucijadas, son reflejo fiel de la época en que se formó la ciudad (...) y hoy que el carácter de la época es bien diverso del que por aquel entonces existía, exige a no dudar el cambio completo de población.»⁴⁴⁴

Obras como la creación del ensanche o del nuevo Mercado, así como de las grandes vías o las alineaciones de las calles existentes, eran de alguna manera contrapuestas al modelo de ciudad presente, desprovisto de guiños románticos. Así pues, ¿qué relación de significado, si es que la había, poseía esta restructuración de València con la pretendida “misión civilizatoria” de su oficio que él defendía?

«El arquitecto, por su misión civilizadora cual la de nadie, y sus múltiples conocimientos, está directamente llamado a hacer que prevalezcan estas ideas en el ánimo de los representantes de un pueblo o de una provincia; pero por muy laudables propósitos que le alienten, la falta de conocimientos e instrucción de aquellos con que ha de estar relacionado al intentar ciertas mejoras, de una parte, y de otra el egoísmo, las intrigas, el afán de ver realizadas aquellas lo antes posible (...) antes que el bienestar de los pueblos, son causa de que la higiene de las poblaciones, siendo elemento capital de la vida y salubridad de sus moradores, esté en el más completo de los abandonos...»⁴⁴⁵

Mediante esta reivindicación de su potencial social, Cabello dejaba entrever que sus motivaciones personales y profesionales para defender estos programas de obra pública estaban ligadas intrínsecamente a su trabajo, situado por encima de cualquier interés particular o cortoplacista. Y en base a sus observaciones, en su labor la erección de edificios no era sino el motor de una reforma social altruista y ejemplarizante, encabezada por los representantes políticos y “patricios” de las urbes. Visión de poder que, salvando las distancias, intensidades y sobre todo, la capacidad de agencia, recuerda a las motivaciones aludidas en otras iniciativas burguesas de reforma interior dentro y fuera del Estado español durante la segunda mitad del siglo XIX⁴⁴⁶.

⁴⁴⁴ Luis M^a CABELLO Y LAPIEDRA, «Mejoras urbanas de Valencia» *El Mercantil Valenciano*, 19 de junio de 1889, p. 1.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, p. 2.

⁴⁴⁶ Como punto de partida de su planteamiento de Barcelona como «ciudad dividida» al término del siglo, Chris Ealham analiza los planes de Ildefons Cerdà como intentos infructuosos de generar «una ciudad nueva (...) donde gentes de todas las profesiones y condiciones sociales se relacionarían entre sí bajo una

Ahora bien, ¿cómo eran recogidas estas llamadas a la urgencia de “misiones civilizatorias” por colectivos que no gozaban de esta capacidad de intervención urbana? A falta de otros testimonios, queda contrastar estas declaraciones grandilocuentes con el enfoque de otros discursos públicos sobre estas iniciativas. Con un registro mucho más distendido (y presumiblemente, dirigido a otro tipo de público) *La Traca* ironizaba y criticaba en 1892 la proliferación de iniciativas arquitectónicas que eran estudiadas sin sobrepasar aún la fase de proyecto. El semanario republicano, que acumulaba un buen número de denuncias del Gobernador Civil (y campañas de recogida de apoyos para sufragarlas) advertía de su relación con posibles corruptelas y malversaciones de los recursos públicos por parte de los concejales:

«Ya tenim en dansa un atre projecte de carrer Sentral. Veritat es qu'els estudis li costarán a València 22 mil y pico de pesetes, pero amigo, el que puede lo gasta.

Eu y no serán els últims dinés que gastará l'Achuntament en fer projectes, perqu' encara hian molts consechals que no han romput a parlar y tots estos voldràn, com es natural, presentar cada ú d'ells el seu projectet.»⁴⁴⁷

Sin embargo, denunciar la forma no implicaba deslegitimar la meta de estas campañas. Más bien, la inoperancia de los políticos suponía un obstáculo a la resolución de cuestiones sentidas como necesarias por los redactores del semanario. Un año antes, *La Traca*, que cada vez publicaba de manera más intermitente, había detallado cuáles eran los proyectos inacabados que consideraban necesarios para el vecindario de la ciudad:

«Casi estem per dir que fent projectes s'ham quedat sinse un diner. Y entonses preguntará algú ¿per que mohuen tant de roido en el del carrer Sentral? (...) ¿Pues no hia projectat un Mercat modelo, y unes cases Consistorials, y un carrer de la Pau, y un carrer de sircunvalasió, y una cuberta de valladar, y un Palasio de Chusticia, y sobre tot, un plano d'eixample interior que si se duguera a efecte al mateix temps que cuansevol d'eixes altres millors, tindrien faena totes les clases obreres y el aspecte de València milloraria moltíssim?»⁴⁴⁸

Por posibles causas explicadas en el capítulo anterior⁴⁴⁹, la iniciativa del Mercado cubierto seguía paralizada desde los últimos intentos fallidos del consistorio por sacarlo a subasta en 1884. Hacia febrero de 1888, las actas de la Comisión de Policía Urbana

nueva igualdad y unidad cívica» Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005, p. 32. Con un enfoque distinto, Tristram Hunt ha propuesto explorar la consolidación de los gobiernos locales en Manchester, Birmingham, Leeds, Liverpool o Glasgow como un proceso exitoso asociado a la promoción municipal de un sentimiento de “orgullo cívico” mediante el fomento de servicios e infraestructuras públicas. Tristram HUNT, *Building Jerusalem: the Rise and Fall of the Victorian City*, Londres, Orion, 2005, pp 7-8.

⁴⁴⁷ «Focs Municipals. ¡Vinguen projectes! *La Traca: semanari per a la chent de tro*, nº 147, 21 de febrero de 1892, p. 3.

⁴⁴⁸ «Petardo. El Carrer Sentral» *La Traca: semanari per a la chent de tro*, nº 135, 29 de noviembre de 1891, pp. 1-2.

⁴⁴⁹ Ver cap. 2.1.

hacen referencia a una solicitud del pleno para averiguar en qué estado se encontraba este asunto. La respuesta oficial: «la sección facultativa se halla ocupada en los trabajos de ensanche, no pudiéndose distraer en otros asuntos»⁴⁵⁰. Empero, no todo el énfasis constructor del consistorio iba destinado a las obras del ensanche. En una carta a la RSEAP de ese mismo año, el alcalde accidental, el republicano Vicente Alcayne,⁴⁵¹ demandaba la colaboración de esta sociedad en una comisión «no sólo de reformas interiores de la Ciudad armonizándolas con el ensanche sino acerca de los medios y forma práctica de realizarlos en el menor espacio de tiempo»⁴⁵². ¿Cuáles serían, en ese caso, las líneas de acción del Ayuntamiento en el centro de la ciudad, así como las zonas más susceptibles de ser intervenidas?

Entre 1891 y 1893, el «carrer Sentral» al que había aludido *La Traca* era una de las principales aspiraciones de los arquitectos municipales sobre la mesa. Aunque no hay referencias a otras ciudades, esta iniciativa se enmarca en un contexto de creciente preocupación de los gobiernos municipales en España por crear grandes avenidas que atravesaran los cascos históricos de un extremo a otro a golpe de piqueta y expropiaciones masivas. En Madrid, los planes de 1882 y 1885 encargados por el propio municipio ponen de manifiesto esta voluntad, aunque fuesen rechazados por cuestiones económicas⁴⁵³. Mientras tanto, el proyecto de una Gran Vía que atravesase el centro histórico de Granada, apadrinado por la Cámara de Comercio e Industria de la ciudad, estaba siendo impulsado por la pujante burguesía agraria, comercial y financiera en torno al cultivo y transformación de la remolacha azucarera. Manuel Martín Rodríguez ha analizado cómo estos organismos y grupos sociales promocionaban la Gran Vía como una oportunidad para mejorar el tráfico comercial con la vega circundante, dar trabajo a las capas jornaleras y acabar con los problemas sanitarios que, a su juicio, había causado el hacinamiento en la epidemia de cólera de 1885⁴⁵⁴.

⁴⁵⁰ AHMV, actas de la comisión de Policía Urbana, 17 de febrero de 1888.

⁴⁵¹ Arquitecto y político del Partido Republicano Posibilista, ya había sido concejal durante el Sexenio.

⁴⁵² Fondo patrimonial de la RSEAPV, caja 248, legajo 21, signatura 9.

⁴⁵³ Santiago de Miguel sostiene que la Ley de Saneamiento, Mejora y Reforma Interior de las Grandes Poblaciones de 1895 propiciaría más tarde un vuelco a esta situación, acortando plazos y costes. Santiago DE MIGUEL; «El agotamiento del modelo de reforma interior en el Madrid de la Restauración» en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN y Alfonso BERMÚDEZ (Eds.) *Identidades en transición*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 603-623.

⁴⁵⁴ Manuel MARTÍN RODRÍGUEZ; *La Gran Vía de Granada: cambio económico y reforma interior urbana en la España de la Restauración*, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1986, pp. 63-71.

En València, las investigaciones existentes sobre estos espacios, realizadas en su mayoría por arquitectos, se basan en una descripción técnica de los proyectos, sin entrar en interpretaciones sobre las consecuencias de su ejecución y las valoraciones de las zonas afectadas. Y además, abordan este proyecto como el preludio de la Avenida del Oeste construida a partir de los años 20 del siglo XX⁴⁵⁵. Ahora bien, el proyecto de 1891 no sólo atravesaba la ciudad de sur a norte, sino que contemplaba una segunda avenida que cruzara de este a oeste, solapándose con otras infraestructuras ya ideadas que debían reformularse. Así, de manera colateral, el proyecto de la gran avenida central promocionado por *Las Provincias*⁴⁵⁶ pareció por momentos reactivar el del mercado. El trazado recto ideado con escuadra y cartabón sobre el mapa, de punta a punta de la ciudad, atravesaba de lleno la ubicación que los concejales y el arquitecto Luis Ferreres habían conjeturado para dicho edificio. De ese modo, éste mismo fue instado a presentar una alternativa en mayo de 1892 que, a diferencia del malogrado proyecto de 1883, sí que se conserva en el Archivo Histórico Municipal. Nueve años después, el arquitecto hacía autocrítica sobre su anterior propuesta al exponer que el mercado esbozado «no venía a emplazarse, ni en la confluencia de grandes vías, ni aún en una calle de primer orden que diera condiciones de visualidad y perspectiva al monumento, y permitiera el gran tráfico y movimiento que necesariamente había de afluir a él». Frente al abarrotamiento con el que era asociada la plaza del Mercado en las crónicas periodísticas y en la literatura urbana, el nuevo edificio necesitaría espacio no sólo para ser contemplado a distancia, sino para reordenar la movilidad de personas y mercancías en esa zona. Pero acto seguido, justificaba las razones que le habían llevado a descartar esta opción en 1883:

«la necesidad de respetar la costumbre moderada y tradicional y la de no afectar a los cuantiosos intereses que se han ido constituyendo con la existencia del Mercado en el punto que de muy antiguo ocupa, fueron causa de que se aceptara el emplazamiento que sirvió de base al concurso, a pesar de los inconvenientes expuestos.»⁴⁵⁷

En esta ocasión, el arquitecto municipal auguraba que la nueva avenida propuesta sería esencial en el «saneamiento» de la ciudad y, «particularmente al abrirse a través de

⁴⁵⁵ Francisco TABERNER, *Valencia: entre el ensanche y la reforma interior*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987 y AA. VV; *Otra lectura de la reforma interior: en torno al proyecto de Luis Ferreres*, València, Ayuntamiento de Valencia, 2009.

⁴⁵⁶ A finales de 1891, el periódico conservador apuntaba que «para que cuanto antes comiencen las obras de apertura de la gran calle Central, se están recogiendo firmas entre los agremiados a los oficios siguientes...» A continuación, enumeraba una lista de hasta 21 profesiones (situando al mismo nivel a propietarios y alpargateros) quizás para dar la sensación de que esta obra contaba con un apoyo interclasista. *Las Provincias*, 15 de noviembre de 1891, p. 3.

⁴⁵⁷ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 190, expediente 46bis, 1892.

la barriada que se extiende (sic) desde la plaza del Mercado a la calle de Guillem de Castro, en donde tan notable es la desproporción entre las superficies viables y edificadas (...) y en donde los edificios carecen por completo de las más indispensables condiciones higiénicas». Acabar con la trama de callejuelas, asociadas al hacinamiento en los domicilios de las clases más pobres,⁴⁵⁸ era una justificación recurrente en casi todos los proyectos de reforma interior de tinte haussmaniano debatidos por las administraciones municipales de Europa Occidental⁴⁵⁹. En el caso de València, la ubicación proyectada era juzgada también como beneficiosa porque, hasta entonces, «existen puestos que venden al exterior, y se comprende fácilmente que el paso ha de resultar sumamente angosto para la concurrencia que a él afluya, y muy dado a estos privamientos, molestias y embarazos de la circulación»⁴⁶⁰. Para las élites de la ciudad, ¿el «saneamiento» de la antigua ciudad intramuros implicaba necesariamente acabar con este tipo de prácticas generando espacios públicos diáfanos de manera drástica? A primera vista parece ser que sí, pero existían diferencias entre los actores cuando el pragmatismo afloraba en sus análisis.

Un ejemplo de estas desavenencias aparecía en la valoración del proyecto de la Gran Vía que el entonces alcalde conservador, Elías Martínez Gil, había encargado a la RSEAP. La respuesta de este organismo de notables provendría de una comisión, formada entre otros por Rafael Rodríguez de Cepeda, catedrático de Derecho que se unirá a la Liga Católica una década después, o Joaquín Reig, concejal liberal que dos años más tarde sería alcalde. Ésta acapararía buena parte de la primera plana de *El Mercantil y Las Provincias* el 25 de marzo de 1892, por lo que es plausible que tuviese una notable recepción social. Si bien este organismo alababa en un inicio la magnificencia de la nueva calle, las objeciones empezaban a aflorar con el análisis del

⁴⁵⁸ Parafraseando al sociólogo Richard Sennett, Simon Gunn afirmaba que, «in modern cities, “the secular space of authority is empty”. Emptiness within the city is identified with authority and with safety: “Safe because empty; safe because clearly marked”. Simon GUNN; *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester, Manchester University Press, 2007, p. 54.

⁴⁵⁹ Cabe señalar que la intensidad, los protagonistas impulsores y sobre todo, su capacidad de llevar a cabo estas intervenciones era radicalmente dispar dependiendo del contexto local y las dimensiones de la ciudad. Por ejemplo, durante las últimas décadas del siglo XIX, el ayuntamiento de Dublín, crónicamente deficitario, fue reticente a cualquier programa público de construcción de viviendas, mientras que las asociaciones filantrópicas tomaban la iniciativa e intentaban generar opinión pública favorable. Mientras tanto, en Roma se suceden tres planes de derribo y construcción de nuevas vías entre 1873 y 1909 en los que se asolaba una zona tres veces más amplia que la calle diseñada, dejando vía libre a la especulación. Mary E. DALY; *Dublin. The Deposed Capital: a social and economic history, 1860-1914*. Cork, Cork University Press, 2011 y Jean-Luc PINOL y François WALTER; *Historia de la Europa Urbana. IV: La ciudad contemporánea hasta la Segunda Guerra Mundial*, Valencia, PUV, 2011, p. 158.

⁴⁶⁰ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 190, expediente 46bis, 1892.

coste de las expropiaciones y de las obras, valorado en más de 44 millones de pesetas. A este importe se le sumaban dos agravios. El primero tenía que ver con la proliferación de obras inacabadas, situación ya denunciada y satirizada por *La Traca*. Así, la comisión encargada acotaba las aspiraciones del ayuntamiento:

« [El ayuntamiento] tiene hace mucho tiempo acordadas, algunas mejoras muy importantes, las cuales no se llevan a cabo porque no lo permite el estado de la Hacienda municipal: cítase entre ellas el mercado central, que es una obra que además de beneficiosa para Valencia, reportaría utilidades positivas al presupuesto municipal»

Y el segundo tenía que ver con el desplazamiento de materiales, el bloqueo de la circulación e incluso una posible llegada de nuevos trabajadores a la ciudad. En su informe, a la RSEAP le preocupaba que la afluencia de personas procedentes del entorno agrícola pudiese precipitar un hipotético conflicto social:

«no siendo suficientes los obreros que hoy se dedican a estos trabajos en nuestra ciudad, vendrían multitud de trabajadores del campo cuya falta perjudicaría a la agricultura por de pronto, y harían después desastrosa concurrencia a los de esta capital cuando las obras se terminaran, puesto que habiendo perdido el trabajo, las colocaciones y los hábitos del campos, se quedarían aquí para engrosar las filas de obreros sin trabajo, aumentando con esto, en vez de mejorar, el malestar de las clases trabajadoras de Valencia»⁴⁶¹

Puede que, simplemente, los firmantes de la carta tuvieran intereses inmobiliarios o comerciales que peligraban con la demolición de la zona. También es probable que, en efecto, les resultase excesiva la magnitud de la obra, por muy apetecible que resultase el objetivo final de una amplia vía jalonada por edificios remodelados y revalorizados. Pero pese a todo ello, es reseñable que la RSEAP saque a colación como argumento justificativo la hipotética incompatibilidad para convivir y trabajar de la población proveniente de entornos agrícolas con los obreros en la ciudad, situación que ya se daba (con conflicto o sin él) en las tiendas y paradas del distrito del Mercado. De acuerdo a este razonamiento, cualquier simbiosis parecía implicar un proceso de "desnaturalización" o alienación en ambas direcciones que podía desembocar en un recrudecimiento de la cuestión social y en el temido conflicto⁴⁶². Así pues, quienes debían ser apoyados eran, según la RSEAP, «los trabajadores que tienen en esta capital su domicilio y su familia»⁴⁶³.

Este énfasis en el favorecimiento a la población de la ciudad no tenía en cuenta que ésta se hallaba en continua evolución y renovación. Como capital de provincia y tercera ciudad del país cabría interrogarse, en un horizonte de supuesta crisis

⁴⁶¹ Fondo patrimonial de la RSEAPV, caja 258, legajo V, signatura 2.

⁴⁶² Ver cap. 2.2.

⁴⁶³ Fondo patrimonial de la RSEAPV, caja 258, legajo V, signatura 2.

socioeconómica que la reforma urbana debía aliviar, sobre el impacto y el radio de atracción de los movimientos migratorios hacia València. Por un lado, es cierto que el número de habitantes estaba incrementándose. Geógrafos como Vicente Gozávez han señalado que el aumento de la población censada en València, Alicante y Castellón era de un 2 por ciento anual frente al 0,15-0,22 por ciento de sus provincias. No obstante, la magnitud de estos aumentos debe ser relativizada. En primer lugar, porque esconde en buena medida la anexión de municipios limítrofes y un estancamiento del crecimiento vegetativo causado por crisis agrícolas y embarques de tropas hacia las colonias⁴⁶⁴. Y en segundo lugar, porque es bastante menor al de otras ciudades portuarias como Bilbao, con una tasa media de crecimiento anual entre 1877 y 1887 del 4,29 por ciento, o Marsella, cuyo crecimiento demográfico estaba basado en una fuerte inmigración italiana (16 por ciento de la población a finales de los años 70). Sólo en esta última ciudad, entre los años 1876 y 1881 llegaron más de 40.000 jornaleras y jornaleros italianos en búsqueda de oportunidades de trabajo y una nueva vida, asentándose sobre todo en el casco antiguo⁴⁶⁵. Ambas ciudades también estaban inmersas en un proceso incipiente de reforma urbana, si bien más vinculado a una aceleración de la industrialización y la actividad portuaria que estaba provocando migraciones sustanciales hacia ellas, pero también un recrudescimiento de su mortalidad y condiciones de vida⁴⁶⁶.

Si bien las fuentes demográficas no sugieren que València poseyera la misma capacidad de atracción internacional, sí que es posible apuntar una cierta ascendencia sobre sus territorios circundantes. La inmigración interprovincial, procedente sobre todo de Castellón (de donde provenía Estanislao Marco), Teruel (Blasco Ibañez o Adolfo Beltrán eran originarios de allí) y en menor medida, Alicante, suponía un activo importante para la vitalidad de los barrios artesanos y jornaleros, si bien faltan estudios para zonas menos comerciales e industriales de la ciudad. Por ejemplo, según los

⁴⁶⁴ Vicente GOZÁVEZ; «Evolución de la población valenciana durante la época emigratoria, 1857-1960» en AA.VV; *Historia, clima y paisaje: estudios geográficos en memoria del profesor Antonio López Gómez*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 144-145.

⁴⁶⁵ Todo ello sobre una población que alcanzaba en 1881 las 361.983 personas. Céline REGNARD-DROUOT; *Marseille la violente: criminalité, industrialisation et société (1851-1914)* Rennes, Presses Universitaires, 2009, pp. 22-26 y 313-314.

⁴⁶⁶ Si bien partía de una población menor a la de Valencia, Susana Serrano Abad ha investigado cómo los planes de obras públicas y la asistencia municipal en Bilbao fueron insuficientes ante la incidencia de las enfermedades contagiosas y, aunque no lo apunte, del previsible grado de contaminación que ya estaba alcanzando la ría en esa época. Susana SERRANO ABAD; «El Bilbao del progreso: gestión municipal y servicios públicos» *Historia Contemporánea*, nº 52 (2016) pp. 146-158.

trabajos de Amparo Álvarez, los distritos de Hospital y Misericordia, menos céntricos, con una superficie mayor y asociados a la actividad de talleres, fábricas pequeñas y jornales agrarios, recogían en el padrón de 1889 en mayor medida a personas de la provincia de Valencia, mientras que Mercado reunía casi a tantos habitantes provenientes de otras provincias como de las comarcas cercanas:

Procedencia de la inmigración según distritos	Misericordia (pob. empadronada 18232 hab.)	Hospital (pob. empadronada 17840 hab.)	Mercado (pob. empadronada 11751 hab.)
Prov. de Valencia	5206 (28,5%)	5083 (28,49%)	2686 (22,85%)
Prov. de Castellón	986	863	754
Prov. de Alicante	675	768	386
Total Alicante, Castellón y otras provincias	3107 (17,04%)	3219 (18,04%)	2304 (19,6%)

Fuente: Amparo ÁLVAREZ; «La inmigración en Valencia (1889)» en Carme PÉREZ APARICIO (ed.) *Estudis sobre la població del País Valencià vol. I*, València, Alfons el Magnànim, 1988, pp. 188-196.

En otro estudio, Miquel Baila Pallarés apunta que el 46 por ciento de la población del municipio en 1887 no había nacido en la capital, si bien este porcentaje metía dentro del mismo grupo a las personas que provenían de otros países y a las procedentes de pueblos aledaños de la Huerta⁴⁶⁷.

Empero, las advertencias sobre el movimiento poblacional y las movilizaciones que parecían conllevar no eran el único puntapié propiciado por las élites de la ciudad al proyecto municipal de la Gran Vía. La respuesta de la Liga de Propietarios a la iniciativa del ayuntamiento, que recibió la misma cobertura mediática que el informe de la RSEAP, también cuestionaba su viabilidad. En esta ocasión, la Liga advertía de que la construcción de estas avenidas golpearía directamente al 7 por ciento de la propiedad urbana de la ciudad, e indirectamente provocaría la depreciación de su valor de venta⁴⁶⁸. Por todo ello, quizás sea conveniente matizar en esta coyuntura la hipótesis de una

⁴⁶⁷ Miquel A. BAILA PALLARÉS; «Canvi demogràfic al País Valencià (1860-1900): la dicotomía rural-urbana» *Cuadernos de Geografía*, 53 (1993) p. 83.

⁴⁶⁸ «Mejoras urbanas de Valencia. Inconvenientes de la “Gran-vía Central” proyectada» *El Mercantil Valenciano y Las Provincias*, 29 de marzo de 1892, p. 1.

coincidencia absoluta entre las operaciones urbanísticas del consistorio municipal y los intereses inmobiliarios de los grandes propietarios de la ciudad en este momento de la Restauración, defendida por Joaquín Azagra o Josep Sorribes⁴⁶⁹. Para explicar las motivaciones de las autoridades para proponer estas reformas en el centro de la ciudad, quizás convenga introducirse en otro tipo de debates que discurran en paralelo a la búsqueda de especulación económica para calmar la deuda municipal.

El Mercado cubierto o la calle Central no eran los únicos proyectos bloqueados en los despachos del Ayuntamiento por criterios económicos, intereses corporativos o distintas visiones del futuro del centro urbano. A escasos 200 metros de éste, el derribo de un antiguo convento (convento de San Francisco) reconvertido en cuartel militar tras las desamortizaciones había dejado una explanada que hacia 1886-87 ya era identificada bajo el nombre de los “solares de San Francisco”. Según las fuentes que sean manejadas, las primeras intenciones municipales explícitas oscilaban entre la creación de una gran avenida que atravesara este espacio o una gran plaza⁴⁷⁰. No obstante, la propiedad de la zona era del Ministerio de la Guerra, por lo que el pleno exigió a éste que iniciara la venta de las parcelas del antiguo cuartel⁴⁷¹. La negativa del Estado paralizaría el proceso e iniciaría una contienda legal intermitente pero prolongada. En este sentido, *El Mercantil* denunciaba en 1891 que, respecto al derribo de la parte edificada que se pretendía convertir en plaza, «esta es la hora bendita en que dicho pliego está durmiendo el sueño de los justos en la dirección general de Propiedades»⁴⁷².

Pero poco tiempo después, y al igual que el Mercado, la intervención sobre los solares parecía reactivarse al calor de los planes de la Gran Vía, aunque en este caso estuviera favorecida por el fracaso de la misma. A diferencia de la malograda avenida, la RSEAP sí que veía con buenos ojos este proyecto, quitando peso a las trabas del Estado y argumentando que hasta el momento «Valencia no tiene una plaza regular; Valencia carece de una casa consistorial y una plaza hermosa»⁴⁷³. El 30 enero de 1893, nueve años después de los contactos iniciales, el Boletín Oficial provincial publicaba la subasta de las parcelas, en manos del Ministerio de Hacienda, aunque con la oposición

⁴⁶⁹ Joaquín AZAGRA; *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*, Madrid, Síntesis, 1993, pp. 126-139 y Josep SORRIBES; *Crecimiento económico, burguesía y crecimiento urbano en la Valencia de la Restauración (1894-1931)*, Madrid, Fundación Juan March, 1983, pp. 17-18.

⁴⁷⁰ AHMV, actas del pleno consistorial y actas de la Comisión de Policía Urbana, 7 de enero de 1884.

⁴⁷¹ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 30 de mayo de 1884.

⁴⁷² *El Mercantil Valenciano*, 15 de marzo de 1891, p. 2.

⁴⁷³ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 192bis, expediente 53. (1893)

de la alcaldía liberal de Manuel Zabala. Al parecer, la disposición de los edificios y espacios abiertos proyectada por el Estado era considerada por el Ayuntamiento como antihigiénica y demasiado enfocada a la ocupación de suelo con fines recaudatorios. Además, les preocupaba que «a cargo de los compradores había de correr el establecimiento del alcantarillado general para el desagüe de los edificios interiores, callizos, pavimento, alumbrado de estos y demás servicios de policía urbana y vigilancia pública»⁴⁷⁴. De hecho, una minoría de concejales había dado un paso más allá al declarar que era necesaria una «gran plaza en los actuales solares de San Francisco por cuantos medios estén a su alcance»⁴⁷⁵. Si bien su petición había sido rechazada, circunstancias desconocidas provocaron que, un año más tarde, ésta fuese la opción preferente en un nuevo proyecto que era justificado como una necesidad colectiva para los habitantes de la ciudad:

«En la parte sudeste de la ciudad y en las inmediaciones de la estación de ferrocarriles del Norte lindando con la Casa Consistorial (...) existe un solar perteneciendo al antiguo Convento de San Francisco que se halla cercado por un muro cuyas condiciones de solidez dejaban bastante que desear (...) denunciada como ruinoso hubo de desaparecer el pasado año para evitar los peligros que al tránsito público pudieran ocasionarse. Tan luego desapareció la vieja tapia que rodeaba estos solares se ofreció a la vista hermosa superficie en terreno y una voz unánime surgió en el pueblo de Valencia: la opinión pública reclamaba una plaza en el solar expresado y a ese fin dirigió todos sus esfuerzos.»⁴⁷⁶

Finalmente, tras diversos litigios jurídicos, la delegación de Hacienda informó al Ayuntamiento en abril de 1897 de que Juan Navarro Reverter, entonces ministro conservador de Hacienda, había aprobado la cesión gratuita del terreno destinado a calles y la construcción de la nueva casa consistorial. ¿A qué pudo deberse este cambio de postura? En sus investigaciones sobre las políticas urbanísticas municipales al término del siglo, Ramiro Reig atribuyó este desbloqueo a un intercambio de favores personales. En concreto, Carmelo Navarro Reverter, hermano del ministro, era concejal del Ayuntamiento en esos momentos. Además, contaba con una trayectoria favorable a la realización de estas obras, ya que había propuesto tres años antes un anteproyecto para contratar un empréstito de 25 millones de pesetas que permitiera financiar reformas de ese calado. Ahora bien, en contraprestación al Estado por el desbloqueo del litigio, el consistorio se vio obligado a subir los encabezamientos de los consumos⁴⁷⁷. Fenómeno

⁴⁷⁴ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 192bis, expediente 53. (1893)

⁴⁷⁵ *Ídem*.

⁴⁷⁶ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 198, expediente 77 (1894).

⁴⁷⁷ Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986, pp. 317-318.

que, a tenor de lo sucedido en las revueltas de 1887, podría haber comprometido gravemente el gobierno de la ciudad.

Entretanto, las motivaciones para levantar una gran plaza en el centro de la ciudad no remitían simplemente al espacio que había dejado el convento. La explanada no sólo se concebía como una iniciativa de fomento de la movilidad del tráfico humano y automovilístico, sino también en pro de la salud del barrio de Pescadores, zona aledaña:

«Este populoso barrio habitado por las clases pobres en cuyas reducidas viviendas se hallan materialmente hacinados los habitantes ha sido en todas las épocas en que la epidemia colérica ha azotado esta capital el verdadero foco de infección que ha irradiado a todos los cuarteles de la ciudad los perniciosos efectos de aquella terrible enfermedad que indudablemente se hubieran aminorado si (...) se procurase su saneamiento dejando una gran plaza como almacén o depósito de aire que viniera a renovar la viciada atmósfera que se respira en aquella populosa barriada»⁴⁷⁸

Es en estas argumentaciones donde, además del debate político y arquitectónico sobre la propiedad y el ornato, pueden apreciarse otro tipo de preocupaciones más profundas que la simple revalorización de la propiedad en el centro urbano. Por un lado, Ramiro Reig ha advertido en sus investigaciones sobre el blasquismo que, antes de la irrupción de este movimiento, las reformas urbanas ya eran contempladas por las autoridades e incluso las sociedades obreras como una fuente de trabajo y seguridad económica en momentos de crisis⁴⁷⁹. Pero por otro lado, si la memoria justificativa defendía que el “llenado” de este espacio podía cambiar las condiciones de vida del vecindario de los solares, cabría preguntarse qué percepciones del entorno social y concepciones del «espacio vivido» eran desarrolladas por la opinión pública y los residentes de esta área en el contexto de discusión municipal de la iniciativa. ¿Qué actividades se desempeñaban en este barrio? ¿De qué modo era examinado por los medios periodísticos y los vecindarios adyacentes durante el período de parálisis institucional?

⁴⁷⁸ *Ayuntamiento de Valencia*, expedientes de Policía Urbana, caja 198, expediente 77 (1894).

⁴⁷⁹ Basándose en las crónicas de Las Provincias, el historiador valenciano expresaba (sin aportar la referencia) que la Sociedad Obrera La Constructora había promovido en 1892 una manifestación de más de 1000 personas para impulsar, precisamente, las obras en los solares de San Francisco y la ampliación del puerto. Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...*, p. 287.

3.2 Los usos y las representaciones del espacio en los solares de San Francisco y el barrio de Pescadores. Los conflictos sociales bajo el mantra de “la higiene”.

En sus memorias a posteriori, Estanislao Marco situaba a los sujetos considerados como «los tipos callejeros más populares de aquella época» en torno a los solares y la plaza de San Francisco, localizada al norte del antiguo convento demolido. De acuerdo a la narración del ex-músico callejero, éste era uno de los espacios elegidos por cantantes, vendedores ambulantes o, por ejemplo, cacahueteros como Ulldebou⁴⁸⁰ para deambular, visibilizar y pregonar sus servicios o mercancías, escenificados como personajes excéntricos. En *Arroz y Tartana*, ambientada entre 1878 y 1891, la plaza había sido tangencialmente representada por Blasco Ibañez como la antesala en la que se agolpaban de manera desordenada asistentes a los espectáculos taurinos, dada la cercanía de la plaza de Toros. En su apunte, el autor republicano advertía la diversidad social y geográfica del público:

«La atmósfera parecía cargada de un ambiente extraño de locura y brutalidad. Por la mañana arremolinábase la gente, con empujones y codazos, en torno de los revendedores que en la plaza de San Francisco voceaban las de “sol” y de “sombra”; y como si la ciudad acabase de sufrir una invasión, tropezábase en todas partes con gentes de la huerta y de los pueblos.»⁴⁸¹

En este último relato, Blasco agitaba el tópico de la “excentricidad en el centro urbano” conjuntamente con la metáfora de la invasión de la ciudad, ya utilizada en las crónicas del *Mercantil* y *Las Provincias* para describir la composición social de la huelga de 1882 o el levantamiento contra el sistema de recaudación de consumos en 1887. De manera similar a sus visiones de la plaza del Mercado, Blasco subrayaba aquí como narrador omnisciente en tercera persona el contacto físico desmesurado e intimidatorio entre viandantes y vendedores, ofreciendo una impresión de claustrofobia excepcional en estos espacios públicos. Las dimensiones de la “gran área vacía” que se citaba en los expedientes urbanísticos para justificar la reforma del barrio no eran contempladas.

En la época en que Blasco estaba escribiendo *Arroz y Tartana*, las tentativas municipales de construir grandes infraestructuras y avenidas en la capital ya no estaban en el orden del día inmediato del pleno municipal. Sin embargo, las alineaciones de calles, proceso urbanístico más modesto y frecuentemente invocado entonces para alterar la morfología del casco antiguo de la capital, también podían suponer cambios

⁴⁸⁰ Ver capítulo 1.2.

⁴⁸¹ Vicente BLASCO IBAÑEZ, *Arroz y Tartana*, Madrid, Alianza, 1998, p. 276.

sustanciales en el régimen de propiedad de esta zona. De hecho, Pescadores no era ajeno a estas actuaciones. Entre enero y febrero de 1895 el Ayuntamiento presidido por el liberal Joaquín Reig, tras conseguir un empréstito de 3 millones de ptas., declaraba la expropiación y derribo de 6 bloques de viviendas en la plaza de San Francisco y en la calle de las Barcas para efectuar este tipo de obras⁴⁸², además de otras viviendas en vías comerciales como la de San Vicente. Expropiaciones y empréstitos que levantarían ampollas en la redacción de un nuevo diario en la ciudad: *El Pueblo*.

«Podríamos hablar hoy mismo; decir que terrenos de una calle de relativa importancia como es la calle de las Barcas (...) en ciertos sitios se ha pagado el palmo de terreno casi como se paga en la calle Alcalá de Madrid o en la plaza de Cataluña de Barcelona (...)

Queremos ver directamente los expedientes de expropiación; y tenemos la certeza de que de ellos ha de salir la verdad que convencerá a Valencia de que el tan cacareado empréstito no se ha hecho para la ciudad, sino para el bolsillo de unos cuantos propietarios *influyentes*»⁴⁸³.

Es preciso señalar que los debates municipales en torno a los usos y aprovechamientos sociales de la zona de San Francisco y el barrio de Pescadores coincidieron con la consolidación de un nuevo movimiento sociopolítico en València liderado por el propio Blasco Ibañez. Y cuyo principal mecanismo de difusión sería el diario susodicho, publicado por primera vez en noviembre de 1894. En este contexto, resulta razonable sopesar qué papel jugaron las representaciones literarias y periodísticas del corazón de la ciudad en sus propuestas políticas, dado que la novela *Arroz y Tartana* fue publicada como folletín de la mano de la primera edición de *El Pueblo*. Por un precio módico para la época (5 céntimos de peseta) cualquiera que quisiera informarse sobre la crónica estatal, regional y local desde una perspectiva blasquista tenía la posibilidad de seguir el desarrollo de la trama argumental en torno al Mercado, y viceversa.

Pero no sólo coincidieron en el tiempo el nacimiento del blasquismo y los proyectos urbanizadores del consistorio. De hecho, el lugar escogido para establecer la sede e imprenta del diario fue el número 14 de la calle Don Juan de Austria⁴⁸⁴ (anexo 3.1). Esta calle comunicaba con el mencionado barrio y en ella se encontraban algunos cafés y teatros como el Apolo, que acogerían numerosos mítines del partido en la siguiente década. En sus primeros años de existencia, *El Pueblo* se presentaba como uno

⁴⁸² AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 14 de enero de 1895 y 18 de febrero de 1895.

⁴⁸³ «Chanchullos en el Ayuntamiento» *El Pueblo: diario republicano*, 6 de marzo de 1895, p. 1.

⁴⁸⁴ Antonio LAGUNA PLATERO; *El Pueblo. Historia de un diario republicano, 1894-1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, pp. 46-47.

de los periódicos referentes para artesanos y operarios de taller, profesionales liberales sin grandes recursos y el pequeño comercio desafecto con el turno dinástico en la ciudad del Turia. Uno de los pocos testimonios de la vivencia del blasquismo por parte de estas capas lo ofreció décadas más tarde Pigmalión, amigo y excolaborador de Blasco en su periplo por Francia durante la Primera Guerra Mundial. Recordando nostálgicamente su etapa como operario en la reparación de tranvías de la ciudad, destacaba la solemnidad que en su primer empleo había cobrado entre los obreros su lectura en voz alta del diario a la hora del almuerzo⁴⁸⁵. Y es que parte del inicial éxito mediático de *El Pueblo* pudo residir en su énfasis en implicarse en las movilizaciones callejeras republicanas o en la contundencia de sus denuncias contra la escasez de medios en las escuelas públicas, la prevaricación en el seno de la alcaldía o las aristas más pronunciadas de la desigualdad social, como el trabajo infantil.

Asimismo, la reforma urbana y el estado de las calles era también un tópico recurrente en la crónica local. Entre los asuntos que *El Pueblo* consideraba merecedores de atención se hallaba el presente y el futuro de los solares de San Francisco y el barrio de Pescadores, que suscitaba la inquietud del republicanismo blasquista más allá de su salubridad y ornato:

«Los solares de San Francisco van convirtiéndose paulatinamente en nuevo imperio de Marruecos. Raro es el día que no suceden salvajadas de las que son víctimas principalmente las señoras, a quienes se ofende descaradamente.

Y esto ocurre especialmente en los días de fiesta, en los que una tribu de zulús se arroja sobre las mujeres, faltando al decoro y a lo que la educación impone. (...) Si los agentes de la autoridad encerrasen en la cárcel sin ningún género de contemplaciones al que ofende con sus bestialidades la moral pública, se evitarían tales abusos.»⁴⁸⁶

En primer lugar, los solares del antiguo convento y el barrio aledaño suelen identificarse en las páginas del periódico blasquista como un espacio de violencia anómala y de acciones ejercidas de manera arbitraria por las autoridades y cuerpos de orden público para reprimirla. En ocasiones, los conflictos en esos lares cobraban un enfoque racial y nacional basado en el tópico de la degeneración, cada vez más repetido

⁴⁸⁵ «En mi taller de tranvías eléctricos éramos unos cuarenta operarios. De éstos sólo dos compraban el periódico de Blasco (...) que valía cinco céntimos; los demás se abstendían de leerlo por analfabetos o por no gastar tal cantidad. A la hora del almuerzo, ocho de la mañana (...) En un grupo de unos veinte les leía yo el periódico en alta voz mientras comían. Cuando leía un artículo de Blasco Ibañez o uno de sus discursos pronunciado en el Congreso de los Diputados aumentaba mi auditorio.» Jose María MELIÁ BERNABEU (Pigmalión); *Blasco Ibañez, novelista*, Valencia, Editorial Iturbi, 1967, p. 44.

⁴⁸⁶ *El Pueblo: diario republicano*, 7 de enero de 1896, p.2.

y con una flexibilidad mayor según los distintos territorios estatales⁴⁸⁷, que implícitamente era contrapuesto a la “moral pública” que declaraba defender el tabloide.

Pero la presencia de los guardias municipales no siempre comportaba una represión justa y proporcionada para *El Pueblo*. Para ejemplificar este problema, no dudaban en explicar cómo un periodista que “casualmente” decidía inmiscuirse para dar noticia, saliendo malparado sin que el conflicto original quedase resuelto:

«Anoche a las once y media, al retirarse uno de nuestros redactores a su domicilio, vio en los solares de San Francisco dos individuos que disputaban y algunos municipales y guardias de orden público que intentaban apaciguarlos.

Cumpliendo sus deberes de periodista, se aproximó preguntando a los guardias para tomar notas del suceso; pero éstos, en vez de contestarle, quisieron conocer el periódico a que pertenecía; y al saber que era de *El Pueblo*, lo condujeron al retén del teatro Principal con acompañamiento de algunos empellones.»⁴⁸⁸

Y en otros casos, la transgresión de los roles de género atribuidos a las mujeres jugaba un papel en una de sus vertientes más rupturistas: la prostitución⁴⁸⁹.

«A pesar de todos los pesares, los solares de San Francisco continúan convertidos en patio de recreo de las *Venuses* del inmediato barrio de Pescadores, y en lonja de contratación de amores a precios económicos.

Los agentes de policía y guardias municipales, *dan vueltas a las manzanas*, y de vez en cuando *alternan* con ellas y se remozan con sabrosos dialoguillos.

Y el que cruza aquel lugar sin gana de... dejarse querer, tiene que entonar aquello de Urbano en *Los Hugonotes*: “No, no-no-no-no-no...”

¡Señor Alcalde! ¡Señor Gobernador!»⁴⁹⁰

«Anteayer recibimos una carta de un vecino de la calle de Don Ventura, rogándonos llamemos la atención de las autoridades respecto a los escándalos de una casa de lenocinio de la indicada calle. (...) hoy debemos dar cuenta de un escándalo más, ocurrido anoche a las once en el piso principal de la casa número 3 de la indicada calle, y del que fueron protagonistas el jefe de Vigilancia señor Otero, el secretario particular del Gobernador y el inspector de Higiene.»⁴⁹¹

⁴⁸⁷ Ésta es la época en la que los discursos regeneracionistas (y degeneracionistas) de Macías Picavea o Lucas Mallada, ambos cercanos al republicanismo posibilista, empezaban a elaborar en la prensa y la literatura sus asociaciones entre la corrupción política, la falta de virilidad y supuestos “problemas nacionales”. Darina MARTYKÁNOVÁ; «Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s) *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017) pp. 24-37.

⁴⁸⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 27 de enero de 1895, p. 2.

⁴⁸⁹ Las teorías de Foucault sobre las relaciones de poder a través del cuerpo han tenido un cierto impacto sobre el estudio del gobierno y los vínculos sociales en la ciudad. Además de la obra de Judith Walkowitz (Judith WALKOWITZ, *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995) sobre los conflictos por la representación urbana del cuerpo y del género, estudios posteriores como el de Phil Hubbard se basan en la hipótesis de que los procesos de urbanización en Europa occidental a finales del siglo XIX pueden consistir también en «acts of planning, environmental modification and health reform which were ultimately about disciplining the city’s diverse sexualities». Phil HUBBARD, *Cities and sexualities*, Routledge, Abingdon, 2012, p. 4.

⁴⁹⁰ *El Pueblo: diario republicano*, 21 de agosto de 1895, p. 2.

⁴⁹¹ *El Pueblo: diario republicano*, 12 de noviembre de 1896, p. 2.

En el primer artículo, la identificación del entorno de Pescadores con la prostitución realizada por *El Pueblo* llega hasta el punto de que la redacción parezca jugar con paralelismos entre las manzanas del barrio y los cuerpos de ellas, tratados como mercancías e imanes de seducción y obnubilación de responsabilidades de la autoridad. Y como resultado de esta supuesta dejación de funciones, y de manera semejante a los corresponsales, los viandantes ocasionales eran representados como víctimas inocentes de los contactos socio-afectivos producidos en la explanada. Así pues, el diario trataba los solares a modo de punto crítico en los itinerarios urbanos a causa de una supuesta apropiación indebida.

Ahora bien, no sólo las personas viandantes son partícipes en estos encuentros. A este respecto, la segunda cita se refiere a un incidente en un burdel situado en la calle de Ventura. En él, los redactores acusan conjuntamente al secretario del Gobernador, al inspector de Higiene y al jefe de Vigilancia de practicar relaciones sexuales con prostitutas, siendo sorprendidos por el mismísimo cuerpo de Higiene. «Dichos señores quisieron cerciorarse *prácticamente* de si en dicha casa se rendía culto a Venus; y cuando ya estaban *convenciéndose*, llamaron a la puerta cuatro cobradores de Higiene, los que una vez dentro promovieron la gran bronca»⁴⁹². En estas peleas, para el diario de Blasco, los efectos provocados por la violencia no están focalizados en los sujetos que la sufren en sus carnes, sino en una intromisión visual y sonora en la vida doméstica del vecindario consentida por las autoridades. La extensión a la calle de un altercado sexual producido en un establecimiento cerrado y con nocturnidad⁴⁹³ pone en peligro, temporalmente, la frontera entre comportamientos públicos y privados:

«Qué jaleo armarían cuando muchos vecinos salieron al balcón, y gran número de transeúntes acudieron a la referida calle, celebrando y riendo grandemente el ver confundidos como mujeres de plazuela a las pupilas y cobradores, y gritando como energúmenos al sabio secretarillo de cámara y demás protagonistas, dos de los cuales esgrimían bastón de mando»⁴⁹⁴.

¿A qué puede obedecer la distinción entre «mujeres de plazuela» y «pupilas»? A finales del siglo XIX, en España, al igual que Gran Bretaña o Francia, los gobiernos municipales solían afrontar la prostitución urbana de dos modos. Por una parte, el establecimiento de reglamentos que la comprendían como una actividad laboral propia

⁴⁹² *El Pueblo: diario republicano*, 12 de noviembre de 1896, p. 2.

⁴⁹³ En su obra sobre las representaciones de género y los espacios públicos en el Londres tardovictoriano, Walkowitz analizaba cómo la prostituta encarnaba según los reformadores sociales toda una serie de olores corporales y deseos que, a la vez, constituían contradictoriamente un “objeto” de piedad y de peligro. Judith WALKOWITZ, *op. cit.*, pp. 55-58.

⁴⁹⁴ *Ídem.*

de un negocio privado, así como unos horarios de apertura fijos. Y, por otra parte, limitaban su visibilidad (asociada a la irrupción de enfermedades venéreas o conflictos considerados como escándalos públicos) recluyéndola bajo el tapiz de la “higiene especial”⁴⁹⁵. En este caso, València no parece ser una excepción. De acuerdo a la normativa de 1879, el objetivo de la misma no era «en manera alguna a autorizar la prostitución, vicio reprobado por la moral y religión» sino «reprimir aquella, corregir en lo posible sus extravíos, el organizar, reglamentar y vigilar médica y legalmente a las mugeres que se dedican a esta vida, y sus fatales consecuencias, es el único y exclusivo objeto»⁴⁹⁶. A continuación, detallaba las cuotas y la documentación exigida a las amas y a las prostitutas, pretendiendo organizar sus servicios hasta el punto de distribuirlas en «clases» según criterios inciertos. Todo ello, a diferencia de las narraciones de *El Pueblo*, estrictamente dentro de los muros del burdel:

«Art. 25. Las que provoquen citas en sitios públicos verbalmente o con señas, serán castigadas con multa.

Art. 26. Se prohíbe a toda muger pública presentarse en puestos o sitios concurridos, si por su manera de vestir, por sus modales o por otro motivo llamase la atención del público.»⁴⁹⁷

Fuera del plano legal, la prostitución quedaba al margen de los directorios de la ciudad de 1888, 1893 y 1904, sin ningún tipo de mención explícita. Por ello, al igual que realicé con el distrito del Mercado, he optado por contabilizar y estudiar la concentración y la tipología de la actividad comercial y los servicios registrados en el barrio de Pescadores y sus calles inmediatas. De todos los negocios, me interesan en especial dos: las casas de huéspedes y los teatros.

	1888	1893	1904
Casas de huéspedes/fondas	10 (40%)	8 (34,7 %)	10 (43,47%)
Teatros	2 (28,6%)	-	3 (42,85%)

En cuanto a las primeras, es plausible, aunque difícilmente contrastable, que semejante concentración de casas de huéspedes en un rango de 500 metros a la redonda

⁴⁹⁵ Según Jean-Louis Guereña, salvo entre 1889 y 1892, la intervención estatal en esta cuestión quedó en manos de los gobernadores civiles, que contaban con un poder discrecional que suplía la escasez de normativas estatales sobre la materia. Jean-Louis GUEREÑA, *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 205-206 y 210.

⁴⁹⁶ *Reglamento especial sobre las mugeres públicas existentes en Valencia*, Valencia, Imprenta de Emilio Pascual, 1879, p. 5.

⁴⁹⁷ *Ibidem*, p. 8.

(40% del total de la ciudad) pudiera estar solapada con los prostíbulos que *El Pueblo* denunciaba en sus ediciones⁴⁹⁸. Además, en el caso de una ciudad mediana como València, faltaría estudiar cómo influía en la vida callejera y en la presencia de este tipo de negocios en Pescadores el hecho de que la entrada de la antigua estación de ferrocarriles del Norte se hallara delante de los solares (anexo 3.1) de manera que el flujo inevitable de pasajeros tuviera que circular por allí⁴⁹⁹. Y respecto a los teatros, existen algunos informes policiales que argumentaban la necesidad de controlar la salida nocturna del público para evitar el despliegue de las prostitutas en las calles principales y en espacios abiertos como los solares, donde las reyertas podían acaparar mayor expectación⁵⁰⁰. Alrededor de Pescadores surgiría una pléyade de cabarets, salas de variedades con espectáculos circenses incluidos y teatros de diversa índole en los que, por ejemplo, haría su aparición en València el cinematógrafo⁵⁰¹. En la calle de las Barcas, esta variada oferta cultural coincidía con una buena concentración de cafés y restaurantes nocturnos y su condición de límite oficioso del barrio por el norte. Esta situación, que predisponía a las aglomeraciones multitudinarias, podía convertirla en un lugar especialmente complicado para aquellos guardias que pretendían amonestar a «las mujeres de vida airada»⁵⁰².

No obstante, por mucho que existiese sobre el papel una política municipal de reclusión y vigilancia, los pocos informes policiales e instancias vecinales que se han conservado sobre conflictos callejeros en estos espacios apuntan que la percepción de algunos residentes de la zona era muy distinta. En concreto, las denuncias conservadas

⁴⁹⁸ Por ejemplo, el *Indicador General* de 1888 advertía en el nº 9 de la calle Lope de Vega de la existencia de dos hospederías. Ocho años después, *El Pueblo* denunciaría disturbios en un prostíbulo situado en el nº 8.

⁴⁹⁹ En el contexto de los estudios sobre la movilización bélica durante la I Guerra Mundial, Adrian Gregory ha explorado cómo las principales estaciones ferroviarias en Londres, París y Berlín no sólo eran nudos de comunicación y transporte entre el frente y estas metrópolis, sino cartas de presentación urbana para soldados, enfermeras y otros viajeros que acudían a la ciudad. Así pues, el gobierno de los usos y actividades del espacio circundante (prostitución, contrabando, etc.) cobraba una relevancia especial para las autoridades en plena guerra. Adrian GREGORY, «Railway stations: gateways and termini» en Jay WINTER y Jean-Louis ROBERT, *Capital cities at war: Paris, London, Berlin 1914-1919*, vol. 2: *A Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 47-52.

⁵⁰⁰ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 26, c. 2. Pese a que la libertad de expresión teatral decretada en 1869 se mantenía vigente, los teatros eran todavía considerados por las élites gobernantes como un entorno desestabilizador y tendente a los desórdenes públicos. Jeanne MOISAND, «Teatro e identidades populares: Madrid y Barcelona, finales del siglo XIX» en Marta GARCÍA CARRIÓN y Sergio VALERO GÓMEZ (Eds.) *Tejer identidades: socialización, cultura y política en época contemporánea*, Valencia, Tirant Humanidades, 2018, p. 287.

⁵⁰¹ Antoni TORDERA «Teatre i espectacle el 1909: a propòsit de València» en Ferran ARCHILÉS (ed.) *La Regió de l'Exposició: la societat valenciana de 1909*, Valencia, PUV, 2011, pp. 109-110.

⁵⁰² *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 26, c. 2.

requerían de las autoridades un endurecimiento represivo de las condiciones en las que las prostitutas ejercían su modo de vida y su trabajo fuera de los prostíbulos, dando por sentado que éstas estaban apropiándose de la calle de manera privativa. Esta situación podía deberse a varios factores. Por ejemplo, en Madrid, al señalar la proliferación de denuncias vecinales por prostitución callejera en el último tramo del siglo XIX, Cristina De Pedro ha sugerido un cambio de modelo, más volcado a la calle, por motivos relacionados con los costes del prostíbulo (pago de alquiler, tasas municipales, etc.) Por desgracia, no existen fuentes en València que permitan contrastar estas teorías⁵⁰³. Uno de los dos únicos documentos internos conservados de la sección de Higiene consiste en una petición en abril de 1893 (firmada por 46 personas, en su mayoría mujeres) de expulsión de «Lola la del sombrero» y sus pupilas de la calle de Las Barcas. Las personas firmantes basaban la autoridad de su reivindicación en una autopercepción como *pater* y *materfamilias* que transgredía los límites de los domicilios en los que vivían⁵⁰⁴:

«esta está acompañada de sus correspondientes pupilas sin escasear los escándalos que son consiguientes a la vida que llevan, y siendo estos tan públicos dan lugar a que sean vistos involuntariamente por muchas familias (...) Sería largo enumerar los actos inmorales que se repiten y que nosotros, como jefes de honestas familias debemos cortar a toda costa y por precisión»⁵⁰⁵.

Aun así, la respuesta oficial de las autoridades municipales, adjunta en los márgenes del escrito, fue evasiva, alegando que cualquier medida a tomar era competencia del Gobernador Civil. Sin embargo, las fuentes halladas apuntan que esta Sección y el Cuerpo de Vigilancia mantenían correspondencia privada con Gobernación para intercambiar información y coordinar acciones en el barrio. Por ejemplo, el 16 de septiembre de 1896, el inspector de Higiene instaba a realizar una redada de casas de prostitución clandestinas en la calle de Don Ventura (en anexo 3.1, al lado del Teatro Apolo) dando por sentado que «las toleradas son vigiladas constantemente por los agentes a mis órdenes»⁵⁰⁶. Aun así, sólo tres semanas antes esta visión sobre la eficacia de las campañas de vigilancia en el barrio sería puesta en entredicho por el Gobernador en el dorso de sus misivas. Del modo en el que respondía al inspector de Vigilancia principal, a la máxima autoridad del Estado en la provincia parecía molestarle la

⁵⁰³ Cristina DE PEDRO ÁLVAREZ, «El impacto de la modernización urbana en los espacios de intercambio sexual de Madrid. La calle Santa Brígida, un estudio de caso (1870-1936)» *Crisol*, nº 5, (2017) p. 132.

⁵⁰⁴ En su carta no aparecen referencias a su estatus socioeconómico en materia de propiedad.

⁵⁰⁵ AHMV, sección 1ª, subsección D, clase II, subclase J, Higiene especial.

⁵⁰⁶ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 21.

precariedad y la lentitud con la que era informado sobre las algaradas en Pescadores, teniendo que recurrir a las crónicas de los periódicos:

«según denuncias de la prensa, ocurren con extraordinaria frecuencia escándalo y alborotos como el que ha dado motivo a este parte y como muchos otros que constantemente se producen, con grave ofensa para la moral sin que los agentes de mi autoridad ni los especiales formulen ni uno sola denuncia para corregir gubernativamente tales faltas»⁵⁰⁷

En efecto, los incidentes que habían motivado dicha reacción habían sido publicados ese mismo día en *El Pueblo*, que los interpretaba como una muestra más de lo que para ellos era Pescadores: «el centro de toda la escoria e inmundicia de la clase femenina»⁵⁰⁸. Y a su vez, todo el peso de este marco peyorativo era dispuesto sobre el principal personaje de esta historia. Dolores Ubiengo, prostituta que ejercía en el nº8 de la calle Lope de Vega, había sido denunciada, de acuerdo al inspector de Vigilancia, «por encontrarse en estado de embriaguez subiéndose a los terrados vecinos» a la una de la madrugada⁵⁰⁹. No obstante, esta exposición escueta contrasta con la monumentalidad y extensión que el tabloide republicano atribuía al escándalo callejero generado por ella. Para los periodistas, ésta «había puesto en movimiento a todas sus *colegas*» mientras seguía sin ser encontrada por las autoridades: «La policía no pudo encontrar a la Dolores, la cual es muy fácil que a estas horas esté recorriendo más tejados»⁵¹⁰.

Es probable que, a la hora de dar estas últimas pinceladas sobre la extensión del conflicto, *El Pueblo* contara con el testimonio directo de residentes del barrio o conociera algunas movilizaciones vecinales al respecto, dada la cercanía de la redacción. Pero también cabe sopesar esta posibilidad a la luz de otra denuncia vecinal conservada que insiste en los problemas que puede conllevar la propagación descontrolada de los disturbios, descritos a modo de enfermedad epidémica. En efecto, una delegación de la comunidad de la calle Ribera había denunciado en febrero de 1896 la prostitución callejera al Gobierno Civil en términos muy similares a los del diario republicano. Ahora bien, aquí las críticas no van sólo dirigidas a la praxis de las prostitutas y de los burdeles, sino al entorno social que el vecindario movilizad cree que este tipo de negocios atraen a Pescadores. Así, el escándalo y la inseguridad que alegaban también podían ser fruto de la pobreza con la que no deseaban convivir en el

⁵⁰⁷ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 26, c. 2.

⁵⁰⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 21 de julio de 1896.

⁵⁰⁹ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 26, c. 2.

⁵¹⁰ *El Pueblo: diario republicano*, 21 de julio de 1896, p. 2.

barrio, hasta el punto de pretender ineludible la reclusión en sus hogares para evitar el contacto con ésta:

«Las escenas escandalosas que a diario se repiten en aquellos lugares, el ser éstos centros a los que acuden los vagos y las gentes de mal vivir, constituyen para el honrado vecindario un espectáculo repugnante que no sólo ofende a la moral y buenas costumbres, si que constituye un riesgo para la seguridad personal y un peligro para las familias que se ven constantemente amenazadas de grotescas burlas e injusticia y privadas de salir de su casa para no presenciar escenas nada calificantes (sic).»⁵¹¹

Para esta representación vecinal, formada únicamente por hombres, la solución inmediata consistía en expulsar a las inquilinas de los burdeles «a otro barrio donde su vecindad no resulte peligrosa para la moral pública y la tranquilidad del vecindario»⁵¹². Y, a falta de que se ejecutara o no, así se lo aseguraba en el dorso de su instancia el inspector de Higiene correspondiente.

Más sospechas metodológicas sobre su representatividad e intencionalidad ofrece una exposición vecinal contra la prostitución callejera que fue publicada en marzo de 1898 por *El Latigazo*, un periódico satírico del que apenas se conserva una edición. Dicho comunicado, que decía aunar a vecinos de hasta catorce calles que circundaban los solares (entre las cuales se encontraban Sagrario de San Francisco, Pascual y Genís y Las Barcas) era dirigido al Gobernador Civil en términos bastante duros. Por ejemplo, señalaban como víctimas a sus esposas e hijas, que tenían que «andar envueltas (...) a todas horas del día con las más asquerosas rameritas, en peligro de que cunda el mal ejemplo (porque la enfermedad es contagiosa) entre nuestras honradas familias»⁵¹³, al tiempo que no dejaban espacio a la voz de ellas. De cualquier manera, y sin soslayar el colorido extra que el diario satírico podía aportar a unos discursos que ya circulaban en las instancias previamente analizadas, resulta interesante su definición de la prostitución como una «llaga incurable que corroe a la sociedad, extiende su gangrenoso cuerpo por toda la capital, con desdoro y detrimento de la moral»⁵¹⁴. En consecuencia, lo social y lo urbano son combinados para corporeizar València, de manera paradójica, como un organismo amenazado desde unas entrañas (dada la centralidad geográfica de Pescadores) que son consideradas como ajenas.

⁵¹¹ *Archivo de la Diputación de Valencia*, fondo de Gobierno Civil, serie de Orden Público, caja 24, c. 2.

⁵¹² *Ídem*.

⁵¹³ «Exposición» *El Latigazo*, 26 de marzo de 1898, pp. 1-2.

⁵¹⁴ *Ibidem*, p. 2.

Desafortunadamente, en la capital del Turia, a diferencia de otras ciudades del Estado como Madrid, Cartagena⁵¹⁵ o Bilbao, no hay referencias a los orígenes sociales y geográficos de las personas dedicadas a la prostitución. Sin embargo, la identificación de las delegaciones vecinales de éstas con «los vagos y las gentes de mal vivir» cobra otros significados si es contrastada con la hipótesis defendida por Miren Llona sobre la prostitución femenina en el Bilbao de finales del siglo XIX. La profesora vasca argumenta que la estigmatización de este oficio respondía a los intentos burgueses (e incluso del socialismo bilbaíno) por marginarlas como “cuerpos enfermos” frente al resto de grupos sociales⁵¹⁶. Cabría preguntarse si, en pleno auge de un reformismo social que pretendía armonizar las relaciones sociales con un nuevo modelo de trabajador⁵¹⁷ y del republicanismo blasquista y sus proyectos en ciernes de “dignificación popular”⁵¹⁸, la presencia e interacción de las prostitutas en el barrio valenciano suponía una amenaza a este tipo de aspiraciones.

¿Cómo, según *El Pueblo*, sería posible moralizar el barrio? Una alternativa quedaba sugerida implícitamente por los periodistas. Por ejemplo, este diario celebraba en noviembre de 1895 la petición de una comisión de empresarios para establecer una feria navideña en los solares de San Francisco basándose, entre otras razones, en una reforma de usos y condiciones ambientales que a su juicio era “a todas luces” necesaria. Además de favorecer la cercanía de la estación de ferrocarril un flujo de visitantes, «habrá la tan deseada ocasión de ver un buen alumbrado, tan necesario en este sitio, para evitar los abusos que diariamente se cometen, y no dar rienda suelta a la gente de mal vivir»⁵¹⁹.

Estas valoraciones en la prensa permiten abrir otros caminos para pensar por qué el consistorio justificaba la “urbanización” de los solares en 1893 y 1894 como pieza importante dentro de una serie de transformaciones del interior de la ciudad expuestas a modo de intervenciones quirúrgicas. En los informes justificativos, las epidemias de fiebre amarilla de 1870 eran recordadas como un episodio del pasado cuyas

⁵¹⁵ Pedro M^a EGEA BRUNO; «Las redes de prostitución en la España del siglo XIX. El enclave de Cartagena en los inicios de la Restauración» *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 2 (2008) pp. 213-242.

⁵¹⁶ Miren LLONA, «La prostitución y la identidad de la clase obrera en el tránsito de siglo. Un análisis de género a la obra literaria de Julián Zugazagoitia» *Historia Contemporánea*, nº 33 (2006) pp. 725-729.

⁵¹⁷ Ver cap. 2.2.

⁵¹⁸ Ramiro REIG, *Obrers i ciutadans: blasquisme i moviment obrer*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1986, pp. 335-336.

⁵¹⁹ *El Pueblo: diario republicano*, 26 de noviembre de 1895, p. 2.

reminiscencias (el presente de Pescadores) era necesario erradicar por completo mediante la piqueta y el ladrillo:

«Hubo de adoptarse [en 1870] como medida radical para evitar el contagio el desalojamiento por completo del mismo, cuyos habitantes fueron acampados en las afueras de la población. Esta circunstancia obligó al Ayuntamiento a pensar en el saneamiento de esta foco de infección y al efecto proyectó en parte del mismo y donde lo creyó más necesario la apertura de dos calles de doce metros de anchos en forma de cruz, y hoy es de ver aquella mitad del barrio de Pescadores, que en 1870 constituyó un peligro para la salud pública, convertida en una hermosa barriada de edificios suntuosos y aristocráticos (...) al efecto se están ultimando los planos de esta reforma interior por virtud de la cual desaparecerán por completo la totalidad de las casas que dejó en pie la reforma realizada.»⁵²⁰

Sin embargo, conviene matizar esta visión miasmática del barrio, ya que ésta había sido relativizada por médicos y personal sanitario municipal con motivo de una epidemia masiva posterior causada por el bacilo del cólera, transmitido a través del agua. Entre abril y septiembre de 1885, la ciudad sufrió sus efectos hasta el punto de, según las estadísticas recogidas por la Junta Municipal de Sanidad, afectar a más de 7000 personas y cobrarse la vida de 4.919 de ellas (3,45% de la población censada en 1877)⁵²¹. Pero cuando estos profesionales explicaban la evolución del contagio en la ciudad y cuantificaban la repercusión social del cólera, el diagnóstico de la Junta respecto a la epidemia en Pescadores distaba de incidir en una condición de perenne insalubridad⁵²². Si bien reconocían que el barrio era «donde siempre se han cebado las epidemias», y pese a que dos brazos de la acequia de Rovella lo atravesaban, en 1885 «la enfermedad ha respetado esta vez la barriada, cebándose en el ensanche y la calle de Pizarro»⁵²³. Estas observaciones pueden contrastarse con un mapa conservado por separado en la Cartoteca de la Universitat de València (aunque el informe lo adjunte) que intentaba visualizar la distribución de la mortalidad colérica en las calles y distritos de la ciudad (Mar, San Vicente, Mercado y Serranos) mediante tramas de puntos que equivalían a los difuntos (mapa anexo 3.2). Si bien Pescadores, que he señalado con un círculo, fue víctima según esta representación cartográfica de una mortandad algo mayor que sus alrededores inmediatos, ésta resultaba bastante inferior si es comparada con el sur y el oeste del distrito de San Vicente (en amarillo en el mapa).

⁵²⁰ AHMV, expedientes de Policía Urbana, caja 192bis, expediente 53. (1893)

⁵²¹ Años más tarde, estas observaciones también serían publicadas como apéndice de la información escrita de la Comisión de Reformas Sociales (analizada en capítulos anteriores).

⁵²² A este respecto, Fernando Díez ha sostenido que el asistencialismo municipal y las reformas del sistema sanitario cobraron en Valencia un cierto empuje entre 1885 y 1886 para hacer frente a los envites del cólera a través de la beneficencia médica domiciliaria. Fernando DÍEZ, *La sociedad desasistida. El sistema benéfico-asistencial en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, Diputació de València, 1993, pp. 79-81.

⁵²³ AA.VV.; *El cólera en Valencia en 1885: memoria de los trabajos realizados durante la epidemia*, Valencia, imprenta de Manuel Alufre, 1886, p 51.

En cualquier caso, estas pinceladas sobre las repercusiones sociales y culturales de las epidemias en Pescadores resultan fragmentarias y asimétricas dada la falta de otras fuentes con las que contrastarlas. Por ejemplo, en Madrid, Luis Díaz Simón ha sostenido que la incidencia del cólera de 1885 en los barrios pobres del casco antiguo y del Ensanche Sur fue uno de los factores que llevaría a las autoridades sanitarias municipales a constituir programas de inspección médica en las viviendas y servicios de fumigación muy cuestionados por comerciantes, vendedoras y vecindarios⁵²⁴. En València, sería necesario explorar qué entidades y motivaciones estaban detrás de la elaboración de los informes médicos y esta cartografía del contagio. En los años previos a la epidemia, la colaboración entre profesionales del Instituto Médico Valenciano y el consistorio municipal había propiciado la creación de un Cuerpo de Higiene y Salubridad Municipal. Entre sus atribuciones, contaba con un laboratorio químico y una sección de médicos e inspectores cuyas observaciones formarían parte del citado informe de la Junta Municipal de Sanidad sobre la evolución de la enfermedad en la ciudad⁵²⁵. Pero de la gravedad de la concentración de muertes por el cólera de 1885, uno puede deducir que la preocupación por la supervivencia en la capital del Turia superaba con creces los marcos institucionales. En concreto, el partido judicial que englobaba la ciudad y su huerta era, según las estadísticas de la Dirección General de Sanidad, el territorio estatal con el segundo mayor nº de personas invadidas (por detrás del de Zaragoza) y el primero por nº de fallecidas⁵²⁶. Por desgracia, no hay muchas posibilidades de interpretar cuáles eran las experiencias de vida y trabajo homogeneizadas y anonimizadas de aquellos habitantes, dentro y fuera de Pescadores, a través de estas fuentes. Pese a ello, el testimonio de Estanislao Marco ofrece algunos detalles interesantes, si bien desde la comodidad de la distancia nostálgica, sobre su jornada cotidiana en tiempos del cólera:

«En un solo día hubo cerca de 400 víctimas y nosotros que por las mañanas íbamos a nuestro quehacer cotidiano, al llegar las primeras horas de la tarde nos dirigíamos hacia la huerta, donde mi madre y mis hermanitas nos aguardaban haciendo la comida bajo un árbol o a la sombra de un cañar. Llenábamos de vino una bota de tamaño regular, en sustitución del agua por si acaso contenía microbios y

⁵²⁴ «Desinfectar las casas de los pobres para que siguieran viviendo en ellas bajo las mismas condiciones de insalubridad y desnudez, más que una medida de higiene, parecía una broma de mal gusto». Luis DÍAZ SIMÓN; *Los barrios bajos de Madrid (1880-1936)*, Madrid, Catarata, 2016, pp. 40-47.

⁵²⁵ Jorge NAVARRO; «La organización de los servicios de higiene municipal en Valencia (1881-1931)» en Josep Lluis BARONA y J. MICÓ; *Salut i malaltia en els municipis valencians*, Valencia, Universitat de València, 1996, pp. 173-176.

⁵²⁶ Dirección General de Beneficencia y Sanidad, *Resumen general de las invasiones y defunciones por causa de cólera ocurridas en España durante el año de 1885*, Madrid, Imprenta Nacional, 1886, p. 57.

luego, en sustitución del láudano, indicado por los médicos, una buena cantidad de ron o ginebra. Y nos fue tan ricamente.»⁵²⁷

El barrio de Pescadores también fue objeto de la recreación literaria de Blasco Ibañez, el novelista con mayor resonancia en la capital del Turia. En concreto, el escritor republicano dedicó en 1896 uno de sus cuentos a la «guapeza valenciana», sujeto colectivo definido por él a través de sus formas de vida y apariencia de poder, situándose como un relator a pie de calle de sus andanzas y sus lógicas internas. Principalmente, era expuesta como un conjunto de bandas callejeras que basaba su actividad en las apuestas ilegales y la coacción violenta a cielo descubierto y a sueldo. El territorio de operaciones y de trabajo se extendía a València entera⁵²⁸, pero lo interesante es que concretaba el punto de partida del cuento en el barrio de Pescadores, articulado a su vez a través del cafetín y de la reyerta callejera:

«¡Vive Dios! que era un verdadero acontecimiento ver reunidos en una sola familia, bebiendo amigablemente, a todos los guapos que días antes tenían alarmada la ciudad y cada dos noches andaban a tiros por Pescadores o la calle de las Barcas, para provecho de los periódicos noticieros, mayor trabajo de las casas de Socorro y no menos fatiga de la policía, que echaba a correr a los primeros rugidos de aquellos leones...»⁵²⁹

Tras abandonar el establecimiento, Blasco los imagina como un ente omnisciente y omnipotente cuya autoridad y presencia funciona a modo de un imán que, al tiempo que transita, ensombrece y postra a cualquier órgano de gobierno: «Salieron todos del cafetín formando grupo por el centro del arroyo, con aire de superioridad, como si la ciudad entera fuese suya, saludados con sonriente respeto por las parejas de agentes que estaban en las esquinas»⁵³⁰. Más adelante, las disputas entre esta «guapeza» masculina desencadenarían un episodio sangriento del que una de las partes reclamaría venganza con un destino infeliz para ella. El barrio había sido tomado por la banda contrincante:

«Ahora, antes que se enfriase, debieran salirle al encuentro los *Bandullos*, uno a uno o todos juntos. Se sentía con ánimos para de la primera rebanada partírlos en redondo.

Estaba ya en la subida de la Morera [pequeño repecho entre la plaza de Barcas y la calle Don Juan de Austria] cuando sonó un disparo y el valentón sintió un golpe en la espalda, al mismo tiempo que se nublaba su vista y le zumbaban los oídos. (...)

Corría la gente, cerrábanse las puertas con estrépito, sonaban pitos y más pitos al extremo de la calle, sin que por esto se viese un kepis⁵³¹ por parte alguna, y aprovechándose del pánico abandonaron los

⁵²⁷ Estanislao MARCO; *Estampas de la vida: mis memorias, c. 1943-1954* (obra inédita) cuaderno 2.

⁵²⁸ «Valencia era grande y había pan para todos». Vicente BLASCO IBAÑEZ, «Guapeza valenciana» en Vicente BLASCO IBAÑEZ, *Cuentos Valencianos*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1910 (publicación original en 1896) p. 145.

⁵²⁹ *Ibidem*, p. 144.

⁵³⁰ *Ibidem*, p. 147.

⁵³¹ Según el diccionario de la RAE, el “kepis” es un vocablo en desuso que designaba cierto gorro usado por militares o policías.

Bandullos la protectora esquina, avanzando cuchillo en mano hacia el inerte cuerpo, al que removieron de una patada como si fuese un talego de ropa.

–*Ben mòrt està.*»⁵³²

A diferencia de los informes policiales, las denuncias vecinales o las columnas de *El Pueblo*, aquí el autor intenta esbozar una voz y una identidad social, aunque sea caricaturesca, de uno los grupos que vive y disfruta del espacio público de Pescadores⁵³³. No obstante, ¿quién da voz a quién y en calidad de qué? Resulta complicado que el público lector empatice con estas personalidades. Por ejemplo, en el entierro del difunto, Blasco representará a un séquito de «aspirantes a la clase» procedentes del barrio y otros espacios céntricos, pero con unas connotaciones profundamente peyorativas, inscritas incluso en sus rostros:

«Los amos de las casas de juego marchaban en primer término tras el ataúd, como afligidos protectores del muerto, y tras ellos todos los matones de segunda fila y los aspirantes a la clase; morralla del mercado y del matadero que esperaba ocasión para revelarse (sic) (...) Aquel cortejo de caras insolentes con gorrillas ladeadas y tufos en las orejas, hacía apartarse a los transeúntes, pensando en el gran golpe que se perdía la guardia civil»⁵³⁴.

En todo caso, cabe estimar que estos cuentos no partían de una elaboración estanca a las fuentes anteriormente analizadas. Es más, es razonable estimar que los procesos de interpretación de las relaciones sociales en la calle, las crónicas periodísticas y los discursos literarios interactuaban entre ellas y "dentro" de ellas. Por ejemplo, mientras el diario blasquista apostaba por sus crónicas encendidas, el Blasco novelista ironizaba en su relato ficticio acerca del aprovechamiento mediático de las peleas en Pescadores... claro está, por parte de la prensa de la competencia. Así pues, la reunión de los *Bandullos* en el cafetín «era digna de que la voceasen por la noche los vendedores de *La Correspondencia* a falta de ¡*el crimen de hoy!*»⁵³⁵.

En resumen, pese a las diferencias de intencionalidad y naturaleza de las fuentes, las denuncias periodísticas, policiales y vecinales concuerdan en recrear Pescadores y los solares de San Francisco como un entorno problemático en tres planos yuxtapuestos. A mi modo de ver, enfatizan condiciones de extrañeza frente al resto de la ciudad, tanto

⁵³² Vicente BLASCO IBAÑEZ, «Guapeza valenciana»... pp. 158-159.

⁵³³ Pese a que en las novelas o los cuentos el autor puede "desdoblarse" en distintos personajes sujetos a interpelaciones, cabe preguntarse hasta qué punto es oportuno afirmar, como sostiene Isabel Burdiel, que «la novela representa, de una forma u otra, todas las voces sociales e ideológicas de su era; todos los lenguajes de esa era que, a través de ella, reclaman significación». Isabel BURDIEL; «Lo imaginado como materia interpretativa para la historia: a propósito del monstruo de Frankenstein» en Isabel BURDIEL y Justo SERNA, *Literatura e historia cultural, o por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, Valencia, Episteme, 1996, p. 5.

⁵³⁴ Vicente BLASCO IBAÑEZ, «Guapeza valenciana»... p. 160.

⁵³⁵ *Ibidem*, p. 145.

en el presente como en el futuro ideal y abstracto de la planimetría. En primer lugar, por considerarlo como un barrio en el que las fronteras entre comportamientos y espacios público/privados eran móviles, vinculándolo a la impunidad de los movimientos de las prostitutas u otros sujetos en situación de pobreza. En segundo lugar, por las aducidas repercusiones que podía provocar en el comportamiento del vecindario y los viandantes la percepción continuada de los altercados identificados como violentos o transgresores⁵³⁶. Y en tercer lugar, por considerarlo en sí como un foco potencial de pobreza, miseria y enfermedad que, pese a lo que dijeran algunos informes médicos, contaba con un halo endémico más allá de cualquier demostración científica. Una vez el conflicto entre Estado y municipio sobre la propiedad de la explanada del antiguo convento quedó resuelto, ¿cuál sería el futuro de esta parte del centro de la ciudad? El próximo capítulo explorará la evolución de este espacio en consonancia con los cambios políticos que experimentó el gobierno municipal al término del siglo XIX. Mientras los conflictos socio-espaciales en Pescadores podrían estar siendo una fuente de inquietud política que incidiera en el replanteamiento arquitectónico del sureste del casco antiguo, ¿qué ocurría en el que, según Blasco Ibañez, «es para Valencia vientre y pulmón a un tiempo?»⁵³⁷

3.3. Los “Mercados dentro del Mercado”. Facetas políticas y lúdicas de la conflictividad interna.

Es cierto que, en *Las Provincias*, el arquitecto Luis M^a Cabello había aludido al mercado actual como una muestra más de la “ciudad árabe” que contraponía en otros párrafos de su texto a sus pretendidas labores civilizatorias. Sin embargo, al tiempo que mencionaba la declaración de utilidad pública de las obras del Mercado, en este caso realizaba un balance personal sobre las contribuciones positivas y negativas que podía conllevar un edificio comercial cubierto:

«Ocupará el edificio en cuestión el emplazamiento del actual Mercado y alguna manzana de casas contiguas, y si bien con su construcción desaparecerá el mercado típico de una ciudad árabe por demás y

⁵³⁶ Esta cuestión ha sido tratada por Joseph Ben Prestel en el caso de una metrópoli como Berlín, en la que relaciona la reforma de una avenida con una industria cultural pujante (Friedrichstrasse) con nuevas maneras de entender la gestión de las emociones públicas. Joseph BEN PRESTEL; *Emotional Cities: Debates on Urban Change in Berlin and Cairo, 1860-1910*, Oxford, Oxford University Press, 2017, pp. 75-105.

⁵³⁷ Vicente BLASCO IBAÑEZ; *Arroz y Tartana*, Madrid, Alianza, 1998, p. 10.

con él las ventajas que para la higiene pública poseen los mercados abiertos, en cambio será uno de los edificios modernos que honrarían a la ciudad que lo erige y a los autores del trabajo. (...)

Como toda obra humana, indudablemente tiene defectos, y más que por lo que al arte de interpretar el destino de lo que es y debe ser un mercado; mas como no es mi propósito disertar acerca de este punto, sólo he de hacer constar que con la realización de esta importante obra desaparecerán algunas casas que afean esta zona urbana y se conseguirá una reforma interior de muchísima consideración.»⁵³⁸

¿Qué relevancia, si es que la tenía, podía poseer en la toma de decisiones semejantes ambigüedades respecto a la condición higiénica del mercado presente y futuro?

En cualquier caso, dada la escasez de referencias posteriores a 1892, cabe pensar que el proyecto de edificio cubierto ligado a las propuestas de Grandes Vías analizado en subcapítulos anteriores cayó en el ostracismo junto a éstas sin soluciones de continuidad. La única mención encontrada proviene de un concejal liberal que, según las actas del pleno consistorial, había expuesto la conveniencia de que la comisión de Mercado Central «activase sus trabajos para la realización del proyecto», basándose en razones de seguridad personal⁵³⁹. El proyecto del complejo cubierto no parecía tener cabida en los planes inmediatos de los gobiernos del último lustro del siglo XIX. A diferencia de las observaciones sobre su abandono en 1884 por algunos medios de prensa⁵⁴⁰, la ya aludida falta de huellas o debates explícitos sobre esta iniciativa en el último lustro del siglo XIX impide interpretar al respecto sin entrar en especulaciones. Así pues, la reforma del distrito del Mercado no parecía despertar el interés, por moderado que fuese, suscitado entre las élites políticas de los inicios de la Restauración. Ahora bien, ¿significaba esto que el entramado social y espacial de la plaza del Mercado había dejado de ser un objeto de preocupación literaria y mediática en la antigua València intramuros?

En la historiografía que contempla las relaciones y representaciones sociales en el Mercado de la València finisecular, éste suele describirse como un espacio de confluencia no sólo de compradoras y compradores, sino de una diversidad de oficios que aprovechan y moldean su asentamiento en él de manera distinta. En una primera oleada de investigaciones en los años 70 y 80 del siglo XX, la plaza era considerada como una “caja de resonancias” en la que se entreveraban los conflictos sociales de la

⁵³⁸ Luis M^a CABELLO Y LAPIEDRA, *op. cit.*, p. 2.

⁵³⁹ Fernando Ibañez declaraba que «hace pocos días ocurrió un desprendimiento de parte del cielo raso en uno de los pórticos del Mercado Nuevo y pudiera repetirse ocasionando algunas desgracias, por cuyo motivo si el nuevo mercado tardaba en construirse urgía la reparación de los pórticos». AHMV, actas del pleno consistorial del Ayuntamiento de Valencia, 3 de abril de 1894.

⁵⁴⁰ Ver artículo de Juan Bautista Robert en el Almanaque de las Provincias.

ciudad y su *hinterland*. La utilización de esta metáfora por Enric Sebastià, su creador, estaba notablemente influenciada por su lectura de las novelas de Blasco Ibañez:

«el barrio del Mercado no es sólo el espacio enmarcado de la función económica, sino que constituye la dimensión urbana en la que se galvaniza toda la vida de la ciudad, desde los festejos y diversiones hasta las asonadas, motines, disturbios y revueltas en que cristalizan los conflictos que pautan las fluctuaciones de la dialéctica social»⁵⁴¹.

De un modo semejante, tomando las referencias halladas en sainetes, poesías y otras formas literarias, Ricard Blasco analizaba la composición social del Mercado sobre todo a través de dos oficios que reproducían esta bipolaridad establecida entre poseedores de un negocio y desposeídos. «Botiguers i factors de botiga» era descritos, los primeros, como «classe mitjana per excel·lència, petita burgesia mercantil»; los segundos, como «subproletariat reclutat de preferència entre els immigrants»⁵⁴². Dos caras de una misma moneda (la dialéctica capitalista) que, según ambos autores, el mercado valenciano recogía en toda su extensión.

Sin embargo, trabajos posteriores como los de Mónica Burguera permiten complejizar esta visión dicotómica de Sebastià y el profesor Blasco al dar más protagonismo a las acciones de los sujetos que no eran propietarios y que además, no estaban asentados en un establecimiento fijo. En su investigación, la labor de las labradoras-vendedoras en las paradas, los colectivos de revendedoras o la venta ambulante aportan nuevos matices a los conflictos y negociaciones de poder tejidos en el mercado, con independencia del régimen de propiedad. Esto suponía, por ejemplo, interpretar las huelgas de 1878 y 1882 desde el prisma de la construcción de las relaciones de género y campo/ciudad. Y además, Burguera ampliaba el terreno de discusión al contemplar también las tensiones generadas por la visibilidad de sus cuerpos y praxis, así como por la ambivalencia de las representaciones mediáticas de éstos en juego⁵⁴³. Todo ello en un espacio público que, como veremos a continuación, seguía siendo feminizado y anclado al mundo agrario no sólo por la prensa local, sino por las novelas y la literatura de viajes que aludía a la ciudad del Turia en la última década del siglo XIX.

⁵⁴¹ Enric SEBASTIÀ; «El mercado urbano y su intérprete» en AA. VV; *Vicente Blasco Ibañez: la aventura del triunfo 1867-1928*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986, p. 18.

⁵⁴² Ricard BLASCO; *Els Valencians de la Restauració: estudi sobre la composició de la societat valenciana del 1874 al 1902*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1986, p. 42.

⁵⁴³ Mónica BURGUERA; «Negociando intereses rurales en el espacio urbano: economía familiar y cultura política en l'Horta de València en la segunda mitad del siglo XIX» Tesis DEA, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 91-120.

Respecto a esta última fuente, València ya había sido parada en numerosos itinerarios de viajeros de procedentes de otras partes de la Península Ibérica y Europa Occidental desde finales del siglo XVIII. Y una parte de estos viajes, bien encaminadas a la construcción romántica del “yo” autoral o la “contrastación” eran reconvertida en obras escritas que pretendían invitar o desanimar al futuro viajero, o simplemente, entretener a los lectores cuestionando o reforzando estereotipos geográficos y nacionales⁵⁴⁴. Por ello, antes de enfrentarse a estos relatos, conviene tener presente la frecuencia con la que en ellos se yuxtaponen los prejuicios adoptados por lecturas previas sobre el entorno recreado, sus impresiones inmediatas o las ensoñaciones de los autores a la hora de dar sentido último a sus vivencias⁵⁴⁵.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, resulta reseñable observar cómo el diario dirigido por Llorente daba visibilidad y legitimidad en su almanaque anual a un fragmento del libro de viajes de Alfonso Pérez Nieva⁵⁴⁶. En él, este periodista rememoraba sus andanzas por las provincias de València, Tarragona y Barcelona, con una narración centrada en aquello que vislumbraba desde el tren y, sobre todo, sus capitales. De este viaje en 1891, reseñaba sus visitas a instituciones benéficas, infraestructuras, monumentos y algunas conversaciones mantenidas con los sujetos que encontraba a su paso. Perteneciente a un contexto distinto al de los viajes iniciáticos de “aprendizaje” y “construcción del yo” de principios del siglo XIX sostenidos por el profesor Alburquerque, Nieva parecía trazar en su relato un recorrido por los lugares y tópicos comunes de la ciudad señalados de antemano por otros visitantes autóctonos y foráneos⁵⁴⁷. Aun así, por razones desconocidas, el almanaque de *Las Provincias* sólo rescataría aquellas secciones dedicadas a la “Valencia monumental”, las obras del

⁵⁴⁴ En el contexto de esta investigación, la filóloga Nieves Pujalte ha analizado los relatos de viajes a las regiones valencianas de la segunda mitad del siglo XIX atendiendo a estas cuestiones. Nieves PUJALTE; *Lo valenciano visto por los viajeros de los siglos XVIII y XIX*, Valencia, Institutió Alfons El Magnànim, 2012, pp. 113-153.

⁵⁴⁵ Estas observaciones son comunes entre los teóricos de la literatura que han prestado interés a este tipo de fuentes. En todo caso, en los textos trabajados en esta tesis se impone la vocación testimonial del autor, que presenta una imagen que debe perdurar. Luis ALBURQUERQUE; «El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género» *Revista de Literatura* (2011) vol. LXXIII, nº 145, pp. 18-19.

⁵⁴⁶ Redactor madrileño de *El Globo* y también colaborador literario en medios monárquicos como *El Liberal*, *Blanco y Negro* o el propio diario *Las Provincias*, Nieva escribió diversas novelas costumbristas y libros de viajes en los años 80 y 90 del siglo XIX. Carlos GARCÍA-ROMERAL, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999, p. 363.

⁵⁴⁷ El geógrafo Josep Vicent Boira, en su investigación doctoral sobre la imagen pública de Valencia en diferentes épocas exponía que, en las quince guías urbanas y obras literarias del siglo XVIII y XIX que había utilizado, la plaza del Mercado aparecía como segundo lugar de la ciudad más citado, sólo por detrás de la catedral. Josep Vicent BOIRA, *La ciudad de Valencia y su imagen pública*, Valencia, Universitat de València, 1992, pp. 64-66.

ensanche y la vida en el casco histórico de la capital. Y como una parte más de ésta, el Mercado, descrito justo a continuación de la Lonja:

«Un alegre rumor de muchedumbre penetra por las puertas de la Lonja: es el mercado próximo. No hay que buscar en él cámaras de hierro, ni tranvías, ni nada que huela a moderno: sencillamente una plaza cualquiera, abarrotada de frutas, legumbres y flores en singular promiscuidad, y en la que pulula un tropel de aldeanas de grandes ojos negros, que traen a la memoria las serenas mujeres de la Biblia, en cuanto a la majestad de la persona, y que, por la pálida languidez del rostro, revelan su progenie bereber; acurrucada cada cual detrás de su banasta resulta un conjunto marroquí. Ya hablaré de la mujer valenciana...»⁵⁴⁸.

¿Qué interpretaciones me sugiere esta aparente fotografía estática del Mercado? En primer lugar, la sensación de que el autor pretende invitar a los lectores a contemplar un anacronismo. En su negación *ipso facto* de cualquier atisbo de infraestructura y arquitectura modernas en la plaza⁵⁴⁹, Nieva parece sugerir que la imagen preconcebida de espacio mercantil que un lector debería tener en mente en 1891 es la de las «cámaras de hierro». Y en segundo lugar, el lenguaje del zoco, ya investigado en otros relatos literarios sobre el Mercado⁵⁵⁰, es desprovisto aquí de cualquier matiz desestabilizador, quizás acompañado de unas representaciones de género del autor que postulaban a la totalidad de las vendedoras en una posición de reposo y tranquilidad. Empero, al hablar de sus posturas acurrucadas formando un «conjunto marroquí», es probable que Nieva no sólo estuviera definiendo a las vendedoras en términos culturo-raciales de alteridad. De ese modo, daba pie a la idea de que se trataba de mujeres que, a su juicio, eran dignas (y susceptibles) de constituir escenas pintadas o fotografiadas, como si tuvieran que aguardar a que el autor diera cuenta de ellas. Observaciones similares a las realizadas años atrás por viajeras de procedencia muy distinta como Rosa von Gerold, hija de un comerciante alemán que, si bien aludía al barullo de las paradas, apuntaba una serie de caracterizaciones femeninas racializadas:

«La última calle que atravesamos, un estrecho y elevado callejoncito, era la de los carniceros (...) y detrás de cada mesa, una apetitosa joven vendedora. En estas calles vimos reunidas maravillosas bellezas entre las mujeres del pueblo. Algunas de estas carniceras tenían ojos como el fuego, cabellos como la noche y una piel árabe parduzca (...)

En la misma plaza también había casi solo vendedoras. Había, por ejemplo, una chica de tipo campesino, con el pelo crespo y desgredado, piel morena, boca risueña y dientes inmaculados que ofrecía en sus manos granadas color púrpura, ¡era un cuadro acabado de Murillo!»⁵⁵¹

⁵⁴⁸ Alfonso PÉREZ NIEVA, *Por Levante (notas de viaje) Tomo 1: Valencia-Tarragona-Barcelona*, Valencia, Pascual Aguilar, 1894, p. 12.

⁵⁴⁹ En su descripción, el periodista madrileño omite cualquier mención a las boticas o los edificios comerciales ya existentes en la plaza, como el llamado “Mercado Nuevo”.

⁵⁵⁰ Ver capítulo 2.1.

⁵⁵¹ Rosa VON GEROLD, *Eine Herbstfahrt nach Spanien*, Viena, Carl Gerold's Sohn, 1880, pp. 126-129 (Cit. en Ingrid GARCÍA-WISTÄDT (et alia) *Valencia inédita: testimonios de viajeros alemanes (siglos XVIII-XX)*, Valencia, Universitat de València, 2019, pp. 134-135)

Y en tercer lugar, Nieva elaboró su discurso en un contexto en el que buena parte de las élites reformistas y regeneracionistas de la Restauración abogaban por implementar en el norte de África misiones justificadas como civilizatorias, de la mano de múltiples imágenes de las virilidades y feminidades deseadas⁵⁵². Por ello, resultaría sugerente explorar cómo afectaba la dimensión peninsular de estos proyectos “reformistas”, situados en el apogeo de los estudios orientalistas en Europa y en España, a estos análisis orientalizados de la vida urbana y la “feminización” de espacios públicos a finales del siglo XIX.

A falta de fuentes como los registros mercantiles o las licencias de paradas, resulta un tanto aventurado ofrecer otras lecturas de este protagonismo femenino, subrayado por los viajeros y estudiado por Burguera en el caso de las huelgas, o pensar de qué maneras influía en el funcionamiento del Mercado. En Barcelona, bucear en esta documentación de finales del siglo XIX ha permitido fundamentar hipótesis sobre las distribuciones espaciales por estatus social, género o tipo de producción en el ecosistema mercantil, así como sus posibles implicaciones en las políticas y discursos sobre esta infraestructura. O, incluso, sobre las redes de parentesco entre comerciantes⁵⁵³. Ahora bien, las crónicas periodísticas y la literatura humorística conservada en València permiten explorar otra faceta de los mercados en el tránsito de siglo: la construcción de jerarquías de poder entre las agentes de venta mediante las disputas públicas en la plaza. Estas fuentes ofrecen una visión del entramado social de la plaza menos encorsetada que la uniformidad de situaciones que presentan los libros de viajes.

Sin proyectos de mercado cubierto a la vista, *El Pueblo* dirigiría su atención en dos ocasiones (los veranos de 1895 y 1896) sobre un conflicto intermitente cuyas ramificaciones en las huelgas mencionadas ya han sido destacadas por Burguera, pero

⁵⁵² En los últimos años, la construcción de identidades nacionales y regionales en la Restauración ha sido vinculada por la historiografía especializada a los anhelos imperiales y a la cuestión de la los cuerpos y géneros de la nación en pugna y/o regeneración. Así pues, la obra de intelectuales en la órbita del reformismo social como Joaquín Costa, Gumersindo de Azcárate o incluso el propio Cánovas del Castillo han sido analizadas desde este prisma. Ferran ARCHILÉS, «Piel moruna, piel imperial. Imperialismo, nación y género en la España de la Restauración (c.1880-c.1909)» *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 42 (2012) pp. 37-54; Daryna MARTYKANOVÁ; *op. cit.*, pp. 24-27.

⁵⁵³ De acuerdo a las licencias solicitadas, la profesora Miller defiende que había una mayor especialización de las mujeres en paradas de fruta y verdura porque «requerien nivells d'inversió inferiors en estoc, ma d'obra i espai comercial». Montserrat M. MILLER, «Les reines dels Mercats: cultura municipal i gènere al sector del comerç al detall d'aliments de Barcelona» en Manuel GUÀRDIA i José Luis OYÓN (eds.) *Fer ciutat a través dels mercats. Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Museu D'Història de Barcelona, 2010, pp. 315-320.

que merece especial atención por sí sólo. En concreto, se trataba de una supuesta rivalidad entre las labradoras vendedoras, cuyos frutos procedían de sus propios huertos, y las revendedoras, que aprovechaban los productos sobrantes de las primeras para poder expenderlos. Mientras que las ordenanzas mercantiles de 1886 ofrecían un marco legal sobre la provisión de puestos públicos, los traspasos y las vacantes de las primeras, el espacio a ocupar y las labores de las personas dedicadas a la reventa no aparece explícitamente citado. Y además, ¿cómo les afectaba en su día a día la cláusula de la comisión de Mercados que especificaba que las personas dedicadas a la venta debían acreditar que los «géneros que expenden pertenecen al concesionario»?⁵⁵⁴

Sin embargo, para el diario de Blasco Ibañez⁵⁵⁵ las revendedoras contaban con tratos de favor del consistorio a la hora de expender frutas en zonas que, según ellos, estaban destinadas a otros menesteres:

«No se trata de que las verduras, la fruta ni los demás artículos de primera necesidad estén caros. No señor, no es eso. La cosa tiene más pelendengues, aunque sólo sea por el *amor platónico* que algunos concejales sienten por ciertas revendedoras, el cual se lo manifiestan favoreciéndoles aun aunque de faltar al reglamento.

El Mercado nuevo se hizo para vender en él las frutas, y así lo ordenan las disposiciones vigentes. Pero como el amor a un cesto de fruta todo lo puede, hoy ni se cumple ni se atienden las reclamaciones de las vendedoras que, sobrantes de años y faltas de padrinos, las formulan»⁵⁵⁶.

Días más tarde, *El Pueblo* advertía que no sólo las solicitudes de las vendedoras habían sido desoídas, sino que el concejal encargado había expulsado del edificio de Repeso (situado en el Mercado Nuevo) a aquellas que replicaran. Ante esta situación, ¿apelaban al uso de la violencia en la plaza? Y entonces, ¿contra quién debía ser ejercida?

«Al preguntarle aquellos (sic) por la solicitud, le contestó el presidente que con motivo del embarque de las tropas, no había tenido tiempo para resolverla.

Por referencia sabíamos que el Sr. Bau era un flemático *caciquillo* muy ducho en asuntos electorales y otras cosas (...) Pero no es esto solo; toda persona bien educada que desempeña un cargo público, atiende las quejas que ante ella se formulan, y si son señoras, las trata con los mayores respetos.

Esto debe ignorarlo el Sr. Bau, y si es así, no nos extraña que ayer ordenase a los alguaciles arrojasen del Repeso a las vendedoras que fueron a pedirle que se cumpliera el reglamento (...) Cuando se agotan las vías pacíficas o legales para conseguir su objeto, sin obtener el resultado apetecido, se apelan a otros procedimientos.

Ya saben, pues el camino las vendedores del Mercado Nuevo»⁵⁵⁷.

⁵⁵⁴ S. f.; *Bases provisionales para la Concesión de Puestos en los mercados de esta ciudad*, Valencia, Imprenta de M. Manaut, 1886, p.11.

⁵⁵⁵ Tanto en 1895 como 1896, este conflicto no fue atendido por *Las Provincias* o *El Mercantil Valenciano*.

⁵⁵⁶ *El Pueblo: diario republicano*, 19 de agosto de 1895, p. 2.

⁵⁵⁷ *El Pueblo: diario republicano*, 29 de agosto de 1895, p. 2.

De acuerdo a las crónicas de este diario, el conflicto con el Ayuntamiento contaría con una nueva vertiente el verano siguiente. Pero en esta ocasión, los frentes del conflicto se multiplicaban. Así pues, las revendedoras aparecían como un sujeto fuera de la ley y un obstáculo a la oposición en bloque de las vendedoras:

«Lo ocurrido fue que en las primeras horas de la madrugada las vendedoras de frutas del mercado Nuevo, en vista de que el Alcalde no había atendido sus justas reclamaciones, se pusieron de acuerdo para no comprar nueva mercancía y expender la poca que les quedaba del día anterior.

Cuando la causa que se defiende es legal y justa, no surgen discusiones, y por esta razón todas las vendedoras cumplieron con fidelidad el compromiso contraído.

Dos revendedoras de frutas de las que faltando al reglamento se les consiente colocarse en la parte baja, o sea la destinada a la venta de verduras, pretendieron ayer situarse en el mercado Nuevo, pero las conjuradas, con gran energía, impidieron que aquellas realizasen su propósito»⁵⁵⁸.

El acuerdo alcanzado entre las vendedoras y la Comisión de Mercados para circunscribir el área de las revendedoras al edificio causaría la indignación de éstas. Y un año después de los primeros incidentes, el Repeso aparecía ahora asediado por ellas:

«Las revendedoras se han unido, formando una contra-conjura, para lograr que se las siga permitiendo expender fruta en el mercado central.

Ayer mañana comenzaron ya sus trabajos, dirigiéndose al Repeso en actitud algo belicosa, para protestar contra el acuerdo de la comisión de referencia.

Las amotinadas se situaron frente al mencionado edificio, y la gritería que armaron fue de las difícilmente se olvidan»⁵⁵⁹.

¿Hasta qué punto esta valoración mediática de las revendedoras podía responder a viejos prejuicios sobre las “bondades” de su servicio público?⁵⁶⁰ ¿En qué medida pueden modificar estos conflictos por el espacio del mercado la percepción de Ricard Blasco y Enric Sebastià de una oposición frontal entre los órganos de gobierno y los sujetos de la plaza como un conjunto coherente y cohesionado, a la defensiva? De hecho, si se atiende a las narraciones periodísticas sobre las huelgas de 1878 y 1882, uno de los grupos al que las autoridades habían recurrido para combatir el desabastecimiento de la capital y a la vez, retomar el gobierno de las calles había sido, precisamente, las revendedoras⁵⁶¹. Según Burguera, las desavenencias entre ellas podrían deberse a que éstas, que aparentemente vivían en los alrededores de la plaza, «no formaban parte del

⁵⁵⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 28 de agosto de 1896, p. 2.

⁵⁵⁹ «El escándalo de ayer» *El Pueblo: diario republicano*, 30 de agosto de 1896, p. 3.

⁵⁶⁰ En *Los Valencianos pintados por sí mismos*, una de las obras canónicas del costumbrismo valenciano de mediados del siglo XIX por la diversidad de sensibilidades políticas entre sus autores (moderados, progresistas, republicanos, etc.) la revendedora del Mercado había merecido un capítulo propio. Su definición oscilaba entre el epíteto de «harpías y desmelenadas furias» y las «muchachas de ojos expresivos capaces de hacer olvidar la compra a un santo». Pedro YAGO «Las revendedoras» en AA. VV.; *Los Valencianos pintados por sí mismos*, Valencia, Imprenta de la Regeneración Tipográfica, 1859, p. 257.

⁵⁶¹ *Las Provincias*, 5 de julio de 1882, p. 2. y *El Mercantil Valenciano*, 5 de julio de 1882, p. 3.

trasfondo moral que regía la venta de las vendedoras rurales». Y para explicar el significado de dicha afirmación, argumentaba que éstas eran quizás concebidas como seres que se aprovechaban del trabajo y la pobreza de los habitantes del campo y alteraban los mecanismos de verduleras para presionar a las autoridades municipales⁵⁶². Catorce años después, y en un conflicto de proporciones mucho menores, *El Pueblo* criticaba las disputas entre ambas sujetos, así como las denuncias sobre las intercesiones del consistorio en favor de los derechos (o privilegios) de unas y otras. Dicho esto, ¿supondría sobrestimarlas si son interpretadas como factores que contribuyen a recrear el Mercado finisecular como un lugar de jerarquías desiguales, arbitrariedad y cierto desgobierno? Desde esa perspectiva, el diario republicano explotaría las diferencias y roces que pudieran existir entre vendedoras y revendedoras para problematizar el entorno del Mercado. Ahora bien, a falta de las «cámaras de hierro» vislumbradas por Nieva o cualquier proyecto municipal de estructura cubierta, la percepción socioespacial de *El Pueblo* coexistía con otros discursos públicos sobre la vida y el trabajo en el centro comercial de la ciudad.

En particular, esta tesis no puede obviar las percepciones de “lo urbano” de uno de los fenómenos culturales más investigados de la València de la Restauración: la Renaixença. Este movimiento trataba de fomentar el uso del valenciano como idioma literario (en sus distintos registros) a través de asociaciones con amplio apoyo institucional como Lo Rat Penat. Si bien la historiografía y los estudios filológicos se han centrado en la construcción de identidades nacionales y regionales a través de estos colectivos, aquí he optado por aproximarme a otra vertiente de esta red asociativa y sus discursos. En concreto, aquella que valora y tipifica aquellos espacios urbanos de la València de finales de siglo considerados como inherentes a la ciudad no sólo por su “valencianidad”, sino por su identificación con las rutinas cotidianas. Mientras que la obra de dos de sus líderes (Llorente y Llombart) ya ha sido analizada en contextos anteriores, narraciones de otros colegas como Josep Sanmartín y Aguirre o de generaciones más jóvenes como la de Vicent Fe Castell ofrecen una perspectiva más burlesca que *El Pueblo* sobre las relaciones sociales en el Mercado de entresiglos.

⁵⁶² Mónica BURGUERA; «Negociando intereses rurales en el espacio urbano...pp. 101-102.

Respecto al primero, los estudios clásicos de Sanchís Guarner y Simbor lo han caracterizado como un tertuliano cercano a Llobart y al círculo de *La Traca*⁵⁶³ y un autor más interesado en una reivindicación de aquello que entendían como tradiciones populares, en el marco de una supuesta «rivalitat entre la levita i la brusa, entre el quant i l' espardenyà»⁵⁶⁴. Esta brecha entre dos modelos perfectamente perfilados de Renaixença (uno grupo elitista y arcaizante, frente a un grupo “popular” de diferente extracción social que apostaba por el uso escrito de la lengua oralizada) ya ha sido profundamente cuestionada por su maniqueísmo y manipulación posterior para articular proyectos de vertebración territorial⁵⁶⁵. Pero, ¿qué ocurría en el caso de la evocación literaria de los espacios de la ciudad?

En 1895, mismo año en el que *El Pueblo* cubrió las disputas entre vendedoras y revendedoras, Sanmartín y Aguirre publicaba *Jagants i Nanos*, colección de poesías, memorias personales, grabados, historias cortas y canciones de cosecha propia o transmisión oral, así como fragmentos satíricos de carácter moralizante y político. Rescatada y legitimada por el escritor desde la lejanía geográfica (y la cercanía sentimental⁵⁶⁶) esta canción daba cuerpo al Mercado en verso, imagen y música (imagen anexa) a través de un determinado tipo de vendedora: «la florera del Mercat».

«Soch del hòrta valenciana
la més polida femella,
soch una tènbra poncella,
soch un clavellet de Maig.

⁵⁶³ Su paso por la Traca en calidad de redactor sería valorado por él como una etapa de lucha contra las élites políticas valencianas: «durant alguns vaig perteneixer al gremi de cuheters (...) qu' en les columnes del seu semanari satírich La Traca, ab mos companys d'ofici Félix Pizcueta, Ramiro Ripollés, Manel Matoses, Lluís Cebrián y Puig Torralva, vaig disparar no pochs masclets y algú qu'atre cuhet borrajo, que tinch la seguritat cremaren la sanch de certs mamarrajos polítichs, que tots vostés coneixen». Josep SANMARTÍN Y AGUIRRE, *Jagants i Nanos (falòries en prosa y vers)* València, Llibreria de Francesc Sempere, 1895, pp. 6-7.

⁵⁶⁴ Manuel SANCHIS GUARNER, *El sector progressista de la Renaixença Valenciana*, Valencia, Universitat de València, 1978, p. 58. Con Sanmartín y Aguirre y sus colegas, Vicent Simbor hablaba de la consecución «por fin» de una alternativa al grupo de Llorente. «Els llobartians eren els fills de les classes populars valencianes i mantien (...) l'ús viu de la llengua, que era per a ells la llengua normal de relació (...) i un contacte més estret amb el poble i el seu món literari popularista: els sainets i les revistes satíriques i polítiques». Vicent SIMBOR, «La Renaixença i la normalització literària» en Ferran CARBÓ (et alia.) *Escalante i el teatre del segle XIX (Precedents i pervivència)* València, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 1997, pp. 353 y 356.

⁵⁶⁵ Ferran ARCHILÉS; «La Renaixença al País Valencià i la construcció de la identitat regional» *Anuari Verdguer*, nº 15 (2007) pp. 499-509.

⁵⁶⁶ En la introducción de la obra, Sanmartí incidía en que la publicación de *Jagants i Nanos* había estado marcada por sus tertulias con otros compañeros valencianos en Madrid sobre «les coses de nostra terra». Por observaciones del autor, esto puede concebirse como un ejercicio de autoafirmación retrospectiva de su valencianidad, volcada también hacia sus colegas en la capital estatal: «li demòstre en lo present prólech a son valencianisme, que'n ell creix més cada día desde qu'en Madrit sent com jo l'anyorança de la terra». José SANMARTÍN Y AGUIRRE, *op. cit.*, p. 12.

en la ciutat y en el hòrta
 tot lo mon en mí arrepara,
 per vore'l meu pam de cara
 tots se giren per ahon vaig.
 jo soch la florera
 qu'en la primavera
 rams de flors i fraures
 ven en lo Mercat;
 soch la llauradora
 que tant enamora
 als fadrins del hòrta
 y de la ciutat.
 Ab la cara llavadeta,
 ben pentinat el rodete
 el vestit de rechupete;
 fassen el favor de dirme,
 per més que soch moreneta,
 si una atra llauradoretta
 se posará'l meu costat. (...)»⁵⁶⁷

Interpretar el discurso puesto por Sanmartín en boca de la vendedora podría suponer, de entrada, interrogarse en torno a la producción cultural de tipismos regionales, bien en negociación con sentimientos nostálgicos o bien con estereotipos sobre la ciudad y la huerta que sobrepasan al propio autor o a la Renaixença. Pero la reflexión sobre esta canción, recogida por Sanmartín, queda también abierta a otras posibles vías de análisis, alumbradas por las percepciones mediáticas y literarias de los sujetos y espacios del Mercado exploradas en este y otros capítulos previos. Es decir, por una diversidad de anhelos, respuestas o advertencias a propósito de las relaciones sociales en las calles de València y los contactos entre lo rural y lo urbano. De acuerdo a estas fuentes de inquietud en mi investigación, ¿quiénes y cómo pueblan directa e indirectamente el Mercado y cuál es su relación con la florera? ¿Qué organizaciones socioespaciales de este espacio urbano son deseadas y reconocidas como propias por Sanmartín en 1895?

Por un lado, la florera del Mercat es representada como la unión deseada entre el campo y la ciudad, en calidad de labradora y expendedora de sus productos. Pero además, aparece como sujeto femenino deseado en ambos territorios. No hay referencias directas a su vínculo con el resto de vendedoras y revendedoras de la plaza,

⁵⁶⁷ José SANMARTÍN Y AGUIRRE, *op. cit.*, pp. 217-219. La traducción al castellano que el propio autor ofrecía era: «Soy la más linda labriega de la huerta valenciana, soy una rosa galana, soy un clavel sin igual; y en la ciudad y en el pueblo todo el mundo en mí repara, y al ver mi bonita cara todos vuélvense a mirar. Yo soy la florera que en la primavera a vender sus flores al mercado va; soy la labradora que tanto enamora a los de la huerta y la ciudad. Sentadita y con la cara limpia como el claro cielo, detrás atado el pañuelo, y el vestido de percal; hagan favor de decirme, por más que soy morenita, si hay otra labradorcita que a mi lado valga más (...)».

si bien Sanmartín le atribuye una condición de autoridad presencial y una actitud preeminente que el lector debe validar: «fassen el favor de dirme (...) si una atra llauradoretta se posará'l meu costat». En este sentido, el autor tampoco la define por sus cualidades profesionales, sino por su supuesta capacidad de seducción transversal «als fadrins de l'horta i la ciutat». A diferencia de las vendedoras que Juan Bautista Robert había concebido una década antes en el almanaque de *Las Provincias*, la actitud y la ocupación espacial de la florera en la plaza no era interpretada como un hecho hostil e improvisado. O, como apuntaba *El Pueblo*, un fenómeno sujeto a la arbitrariedad legal, el cuestionamiento de roles y el conflicto de posiciones. Más bien, Sanmartín otorgaba en su relato a las vendedoras de flores un halo benéfico fruto de su idealización, trasfigurando sus labores y su cuerpo en un objeto de atracción que condicionaba los movimientos de cualquier visitante del Mercado: «tot lo mon en mí arrepara, per vore'l meu pam de cara tots se giren per ahon vaig». Y a través de este proceso, el oyente de la canción (o lector de *Jagants i Nanos*) es identificado no ya como cliente de la florera, sino como espectador de la plaza y potencial galante. Cabría preguntarse hasta qué punto estaba socialmente extendida esta perspectiva afectiva y de género de los contactos sociales en el Mercado, sostenida en términos similares por otros autores de la Renaixença. Éste era el caso de Víctor Iranzo, cuyo poema burlesco sobre «el pollo» había recibido en 1878 la aprobación de Llobart para ser considerado como un fiel «retrato de la terra del Ché»:

«Y va per eixos carrers
Com aquell que para el Sol.
Si es de matí, va al Mercat,
Veu a les que venen flors
Que ya el coneixen, y chiula
A la que pasa de prop...»⁵⁶⁸

Frente a las lecturas críticas de *El Pueblo* del centro comercial de València como un lugar de bipolaridad social y arbitrariedad legal, también existía otra perspectiva literaria y humorística de las relaciones sociales en el Mercado, pero de diferente naturaleza y calado a la canción de Sanmartín. Un ejemplo de ella la ofrece *Portfolio de Valencia*, obra teatral corta y sainetesca estrenada en enero de 1898 en el teatro La Princesa, a escasas dos manzanas de la plaza. Es probable que su autor, Vicente Fe Castell, sobrino del entonces propietario de *El Mercantil Valenciano*, mantuviese

⁵⁶⁸ Víctor IRANZO «El pollo» en Constantí LLOMBART; *Tipos d'Auca. Retrats, carases y carasetes, pintats a la valensiana per varios populars artistes de la terra del Ché*, Valencia, Llibreria de Manuel Vilar, 1878, pp. 33-34.

contacto y promocionase sus labores en el diario y los círculos valencianos de la Renaixença gracias a las conexiones de su tío. Además, aunque estuviese escrita en castellano, contaba con música compuesta por Vicente Peydró, el mismo encargado que «La florera del Mercat».

¿Qué significados alternativos ofrece esta obra por su formato y argumento? Como su título indica, *Portfolio de Valencia* parecía responder también a una voluntad de crear un muestrario de personajes y lugares comunes identificados con la valencianidad y lo cotidiano, dedicando al Mercado a uno de sus «cuadros». En lugar del monólogo del periodista o del personaje principal en la canción de Sanmartín, Fe confiere al Mercado una dimensión polifónica y poliédrica a través de una multitud de personajes sobre las tablas. Así pues, en el acto se sucedían según el reparto hasta un total de treinta y un actores, actrices y figurantes. Es complicado conocer a través de esta fuente las sensaciones que provocaría entre el público el trasiego de tal cantidad de personas en el escenario del teatro. No obstante, son significativos los movimientos y la distribución de los personajes que el autor marca para su representación. Ésta es, para Fe, la panorámica que debe prevalecer del área mercantil:

«...cruzan por distintos puntos de la escena, tanto los vendedores ambulantes como los que compran. Ha de haber muchísima animación en este cuadro.

En el centro, formando grupo, están la *Peixcaora* delante de dos banastas de pescado, la *Florista* a su derecha con un cesto lleno de flores y la *Carabasera* a su izquierda con dos medias calabazas asadas sobre una tabla.

A la derecha forman otro grupo el *Caragolero*, *Castañero*, *Amolador*, *Adobaor de cósis* y *llitera* y *la que vende invisibles*.

Los tipos van separándose de los grupos en el orden que se indica y se retiran o quedan paseando por la escena pregonando su mercancía con *Música* a su debido tiempo y al estilo del país»⁵⁶⁹.

Si la obra era ejecutada de acuerdo a estos preceptos, puede que fuese para convencer al espectador de que adentrarse en la plaza requería interactuar y atender a una diversidad de sujetos que confluían en un espacio abarrotado y confuso, en el que se entremezclaban las voces y sonidos. Para Fe, toda vendedora y vendedor debía primero presentarse y explicar sus funciones. Y sólo de ese modo, la trama podía proseguir.

En *Portfolio de Valencia*, al igual que en la novela *Arroz y Tartana*, esta multitud de oficios, asociados con una condición humilde, son acompañados de la

⁵⁶⁹ Vicente FE y Maximiliano THOUS; «Portfolio de Valencia: ensayo de revista en un acto y siete cuadros, en prosa y verso» *El Cuento del Dumenche*, nº 203, 1917 (ed. original 1898), p. 4. El manuscrito original no se ha conservado. Sólo he podido acceder a la obra a través de una copia en una edición de *El Cuento del Dumenche*, semanario literario cercano al republicanismo que operó en la ciudad entre 1908 y 1921.

llegada de las compradoras y sus criadas, identificados con una posición social más pudiente:

«Señorita: Ven por aquí Sebastiana: Cómo está el mercado hoy! Jesús qué caro está todo!

Nicanor: Sale y se espera en primer término haciendo señas a la Florista para indicar que no cobre lo que la señorita compra.

Florista: Compren este ram de flors!

Señorita: Cuánto quiere?

Florista: Seis perritas.

Señorita: Eso es mucho, quiere dos?

Peixcadora: Cuidao no se arruine la marquesa del Seról.

Señorita: A usted nadie la llamaba deslenguada.

Peixcadora: Santo Dios! No se sofoque que aluego le dará la irritasión y habrá de tomar tisana»⁵⁷⁰.

Sin embargo, aquí el contacto deviene en incomprensión, comentarios mordaces entre ambas partes y, en definitiva, en la incitación al público a la burla ante estos encontronazos, que cerraban el telón con la intervención de la guardia municipal. Mientras *El Pueblo* condenaba la arbitrariedad legal y la falta de reglas claras en el Mercado, aquí estas situaciones pretenden ser vistas como una fuente de diversión y excitación en la plaza. Pero, más allá de las intenciones del autor, ¿acaso el público de este tipo de obras podía reconocerse en los personajes? ¿Se trata de una representación amable que busca simplemente la fijación de lo pintoresco o posee matices despectivos respecto al estado social y emocional de la plaza?⁵⁷¹ Otro tipo de fuentes, como documentación privada de las compañías, serían necesarias para descomponer la “popularidad”⁵⁷² de estas obras y posibilitar un estudio que se aproximara a la recepción y los distintos grados de interiorización de estas obras.

Conclusiones:

En este capítulo, he intentado esbozar una nueva perspectiva de la reforma interior de València a través de un estudio sobre la actividad social y literaria en torno a dos de sus espacios públicos: la plaza del Mercado y los solares de San Francisco,

⁵⁷⁰ *Ibidem*, p. 6.

⁵⁷¹ La excitación y la algarabía son características constantes en casi todas las narraciones literarias acerca del Mercado, pero ¿cabe pensar que son siempre meras concesiones al entretenimiento?. Las últimas corrientes de historia urbana cultural han relacionado las transformaciones urbanas finiseculares con cambios y críticas al estado emotivo de los grupos sociales que frecuentaban la ciudad. ¿En qué medida podría ser apropiado interpretar, teniendo en cuenta las diferencias contextuales, las parodias de la vida mercantil en Valencia también como una crítica a un afloramiento desmesurado de emociones en el espacio público? Joseph BEN PRESTEL; *op. cit.*, pp. 103-104.

⁵⁷² Aquí juego con dos de los significados sobre la cultura popular identificados por Raymond Williams: «que gusta a muchas personas» y «obra que intenta deliberadamente ganarse el favor de la gente» John STOREY; *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona, Octaedro, 2002, p. 20.

conectados con el barrio de Pescadores. Hasta ahora, los análisis históricos de la evolución finisecular del casco antiguo ofrecían explicaciones basadas en la especulación económica de las élites o los ideales arquitectónicos de belleza urbana proyectados en otras latitudes. Ambos, en algunos casos, han naturalizado la visión de la prensa de la época que propugnaba la reforma interior como un proceso deseable, sujeto a una voluntad de alterar una ciudad cuya evolución urbanística estaba bloqueada por un pasado medievalizado y orientalizado demasiado presente.

Frente a estas representaciones abstractas del espacio urbano, ¿qué concepciones de lo cotidiano eran elaboradas “en” o “a propósito” de esas zonas, consideradas como neurálgicas por las autoridades y los medios culturales de la ciudad en el tránsito del siglo XIX al siglo XX? ¿por qué algunas sembraban dudas o burlas sobre su adecuación? En el caso de los solares y el barrio de Pescadores, ¿por qué esta explanada y el vecindario adyacente era vista en sí como susceptible a la intervención, bien del municipio o del Estado? Para ello, he propuesto una serie de hipótesis sobre cuáles podrían ser los espacios concebidos y los modos de vida contemplados por las autoridades para legitimar cualquier iniciativa institucional de reforma de usos públicos del espacio.

En las crónicas periodísticas y las novelas sobre la ciudad, el Mercado y el barrio de Pescadores, por razones distintas, son valorados como espacios propensos a la desestabilización del orden público, pero también de zozobra y cuestionamiento de los roles público/privados e identidades sociales y de género. A finales del siglo XIX, esta barriada es asociada con el recuerdo de las enfermedades epidémicas, la acción callejera de bandas criminales (la *guapeza* de la que hablaba irónicamente Blasco Ibañez) y de la prostitución femenina desregulada. Además, estas narraciones ofrecen una visión amenazadora y violenta de estos fenómenos en base a los efectos que podía producir su apropiación de las calles y los solares de San Francisco, marginando a un hipotético peatón pacífico y neutral. En pleno litigio legal por su urbanización, la explanada y su "espacio vacío" expuesto por los arquitectos municipales era aprovechado por los habitantes para realizar actividades que dudosamente serían aceptables dentro de los cánones de respetabilidad liberales y republicanos. Todo ello desarrollado en paralelo (o de manera interconectada) a un contexto de denuncias vecinales que desembocaban en llamadas a la intervención municipal.

En el Mercado, mientras tanto, y a diferencia lo que sucede en el barrio mencionado, los proyectos de reforma de este entorno han desaparecido del horizonte inmediato del consistorio del turno dinástico. Sin embargo, a falta de la praxis institucional, el entorno de la plaza recibía otro tipo de atenciones por parte de la prensa generalista, los escritores autóctonos y los visitantes a la ciudad. Según el tipo de fuente y su enfoque de las relaciones sociales en el Mercado, la algarabía, la feminización y la diversidad social con la que esta plaza era identificada tomaba un cariz amable, grotesco o amenazador. Mientras que un medio como *El Pueblo* la valoraba como un espacio de desgobierno, arbitrariedad y caos, similares caracterizaciones eran parodiadas en los textos y obras teatrales de carácter satírico, asociadas a las rutinas cotidianas de la ciudad y a una identificación regional. O, en otros casos, éste era convertido en un entramado social cuyo interés atraía y aunaba al mundo rural y urbano más allá de las funciones de abastecimiento de alimentos.

Así pues, es plausible exponer que, en el tránsito del siglo XIX al siglo XX, existían múltiples discordancias sociales sobre qué comportamientos y actividades públicas eran deseables y qué suponía habitar y convivir en el centro urbano de València, así como sus efectos sobre el gobierno de la urbe y su relación con el entorno inmediato. ¿Cómo las percibiría y enfrentaría el blasquismo, representado a sí mismo como el estandarte de una nueva ola de conflictividad social y de reformas urbanas?

CAPÍTULO 4: LA HUERTA EN LA CIUDAD: LA CONFLICTIVIDAD AGRARIA Y EL ASCENSO DEL BLASQUISMO (1898-1903)

4.1 La “popularidad” de la conflictividad social tras 1898: el caso de València.

Desde su estallido, la llamada “crisis de 1898” ha sido uno de los objetos de debate preferidos en la literatura y los estudios históricos sobre la evolución del Estado español y la conflictividad social en la Restauración. El análisis de supuestas decadencias y fracasos, modernizaciones y regeneraciones ha sido, con diferentes sujetos protagonistas, entornos e intensidades, el denominador común de investigaciones históricas cuyos enfoques han iluminado los marcos de comprensión del siglo XX. Por un lado, son bien conocidas las interpretaciones historiográficas que solían vincular la pérdida imperial y el fracaso bélico de 1898 con el inicio de una crisis sociopolítica que evidenciaba supuestas debilidades específicas del Estado-nación liberal frente a otros países de Europa Occidental⁵⁷³. Por ejemplo, Raymond Carr aludía a los “defectos” del parlamentarismo español:

«Los más inteligentes de entre los políticos dinásticos (...) advertían no obstante de los defectos del parlamentarismo liberal español y eran conscientes de las oleadas de críticas hostiles desatadas por el desastre de 1898. Aunque había quienes no deseaban alterar el sistema que les proporcionaba sus escaños, otros consideraban el caciquismo un cáncer que amenazaba la existencia de la monarquía constitucional. El sistema parlamentario sólo podía sobrevivir si se convertía en más auténticamente representativo.»⁵⁷⁴

Al calor del centenario de esta “crisis”, empezaron a crearse otras explicaciones que, según el profesor Suárez Cortina, estaban influenciadas también por los contextos de “europeización” y boom económico en los que fueron elaboradas. Con esta perspectiva, destacan los balances que ofrecen él⁵⁷⁵ y otros autores como Juan Pan-

⁵⁷³ «amb la crisi del 98 quedarà palès que havia fracassat la nacionalització espanyola (...) l'Espanya de la Restauració era percebuda i identificada com un règim polític oligàrquic, autoritari i excloent, com un sistema centralista i uniformista». Borja DE RIQUER; «El 98, un xoc d'identitats» en AA. VV; *1898: entre la crisi d'identitat i la modernització: actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, 20-24 d'abril de 1998*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, vol. I, p. 52.

⁵⁷⁴ Raymond CARR; *España: de la Restauración a la democracia, 1875-1980*, Barcelona, Ariel, 2010, (1ª ed 1980) p. 105.

⁵⁷⁵ Suárez Cortina afirmaba que esta nueva historiografía había permitido entender que «la España de la Restauración no era solo la de un sistema socioeconómico burgués –de perfil conservador y poco dinámico–, sino que se ubicaba perfectamente en los regímenes sociales y políticos de su tiempo: del desarrollo del capitalismo, del dominio social de las burguesías y de la realidad de un sistema representativo sin democracia. Una realidad no distinta de los países de la Europa del sur». Manuel SUÁREZ CORTINA; «La Restauración (1875-1923) en la historiografía del siglo XXI» *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, nº 52 (2017) p. 10.

Montojo o Carlos Serrano, en los que el *Desastre* es explicado como mito aglutinador o una coyuntura revulsiva que vehiculó otras tensiones. En todo caso, una mezcla de pesimismo intelectual y desazón identitario desplegado a través de la opinión pública y en la línea de las manifestaciones occidentales de *fin-de-siècle*. En este sentido, las manifestaciones y discursos en torno a 1898 no son vistos como un punto de inflexión, sino como reacciones que debían entenderse en el marco de transformaciones a largo plazo como la urbanización, la industrialización o los cambios agrarios⁵⁷⁶.

No obstante, más allá de resaltar o relativizar su trascendencia, ¿de qué otras maneras puede contextualizarse el desasosiego que generó este aumento de la movilización social? Este tipo de interrogantes han sido suscitados por investigadores como Jesús Millán, que han cuestionado esta especie de imagen fija, desconflictivizada y finalista en torno a 1898 y su ciclo de movilizaciones:

«si volem entendre el clima que s'instal·là a partir de 1898 com a alguna cosa més que un desajustament transitori dins d'una seqüència "normal" –hi ha alguna que no ho siga a llarg termini?–, aleshores caldrà prendre com a punt de referencia no algún suposat "final de la historia", sinó els processos que havien portat al temps del "desastre" i *aquelles evolucions que els seus coetanis podien tenir com a punt de referencia.*»⁵⁷⁷

De acuerdo a Millán, la Restauración se consolidó con «la col·laboració eficaç de molt bon part dels hereus del progressisme i dels polítics d'arrels socials modestes que, a canvi, s'asseguraven la seua participació efectiva en el poder i en el consens quotidià». Esta situación no se debía a ningún atraso, sino que era una característica de un sistema que garantizaba un pluralismo limitado (no democrático) y una jerarquía social reconfigurada tras el Sexenio. Y que, al mismo tiempo, se apoyaba en un «subdesenvolupament tardà de l'espai públic a Espanya»⁵⁷⁸. Ahora bien, si sólo consideráramos como punto de referencia ese "subdesarrollo" del espacio público, ¿qué significado poseían las movilizaciones y las nuevas formas de politización que estaban precipitándose a través de los espacios públicos de las principales urbes del Estado en torno o en paralelo al estallido de la contienda? Para ello, primero cabe entender que a

⁵⁷⁶ Juan PAN-MONTOJO; «Introducción. ¿98 o fin de siglo?» en Juan PAN-MONTOJO (coord.) *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, p. 10 y Carlos SERRANO; *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)* Barcelona, Península, 2000, pp. 271-289.

⁵⁷⁷ La cursiva es mía. Jesús MILLÁN; «El "desastre" del 98 i la crisi social de l'Estat liberal espanyol» *Pasado y Memoria*, nº 1 (2002) pp. 405-406.

⁵⁷⁸ *Ibidem*, p. 414.

nivel urbano, el significado del espacio público y esfera pública puede no coincidir⁵⁷⁹. Y que, además, este pesimismo finisecular estuvo alimentado, de acuerdo a Ismael Saz y Rafael Cruz, por una creciente beligerancia contra el hipotético protagonismo de “las masas”. Un no-sujeto en el que podía proyectarse todo, pero cuya definición era profundamente negativa en todas las dimensiones de su significado⁵⁸⁰. «La concurrencia espontánea de la población en la calle oponiéndose a las decisiones de las autoridades, cobradores de impuestos o comerciantes de alimentos» que entendían los gobernadores como “masa” podría explorarse, a día de hoy, como una ampliación de la política⁵⁸¹. ¿Pero en qué direcciones, con qué límites y a quiénes implica?

La movilización prebélica y postbélica en ciudades como Barcelona o Madrid ha sido interpretada como un magma aprovechado por algunas corrientes políticas no pertenecientes al turno dinástico para darse a conocer o reconfigurarse⁵⁸². En concreto, en el caso del republicanismo y sus familias, la “regeneración” podía ser entendida como una vía de reflexión sobre sus tradiciones políticas y su interacción con el juego parlamentario⁵⁸³. Ahora bien, ello no obstaculizaba, en contextos locales, sopesar también quiénes eran sus sujetos políticos y compañeros de viaje o debate en las urnas y las calles, en aras de mostrarse como opción sólida pero flexible al binomio liberal-conservador. En Madrid, Óscar Anchorena ha argumentado que el entramado de redes culturales de debate político generado en torno al republicanismo de base generó a principios del siglo XX vías de reflexión y acción colectiva junto a sociedades obreras, socialistas y activistas revolucionarios⁵⁸⁴. Con ello, una nueva generación de líderes alternaría los escaños revolucionarios con el anarquismo, a partir de las campañas

⁵⁷⁹ Siguiendo el planteamiento de Manuel Delgado, utilizar como sinónimo “esfera pública” de “espacio público” puede constreñir este concepto al campo de la filosofía política, como ámbito discursivo en el que se fiscaliza el ejercicio del poder, sin referencias directas al lugar en el que se articula ese proceso. Manuel DELGADO; *El espacio público como ideología*, Madrid, Catarata, 2015, pp. 27-28.

⁵⁸⁰ «En tanto que no-clases o des-clasadas, las masa podían ser de todas las clases o de ninguna». Ismael SAZ; «Una masa es una masa es una masa. O sobre la transmutación del siglo de la democracia en siglo de las masas» *El siglo XX: balance y perspectivas: V Congreso Asociación Historia Contemporánea*, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 411-412.

⁵⁸¹ Rafael CRUZ; «Los muchos en la política, 1876-1939» en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.) *Historia de las culturas políticas en España y América Latina: La Restauración y la República 1874-1936 vol. III*, Madrid, Marcial Pons, 2015, p. 65.

⁵⁸² Es el caso de la conservadora Lliga Regionalista en Barcelona o del carlismo, en plena agitación conspirativa entre 1898 y 1899.

⁵⁸³ Ángel DUARTE y Pere GABRIEL; «¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?» *Ayer*, nº39 (2000), pp. 17-25.

⁵⁸⁴ Óscar ANCHORENA; «Crisol de culturas políticas y revolucionarios. Sociabilidades disidentes en Madrid: los círculos republicanos, 1895-1909», comunicación presentada en *VII Encuentro de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2019.

anticlericales y de rechazo a los procesos de Montjuïc, y la tribuna del Congreso, consiguiendo con su plasticidad una cierta unificación de las familias republicanas⁵⁸⁵.

Y en el caso de València, el blasquismo (cuya génesis ha sido tratada en el capítulo anterior) pretendía en 1898 legitimarse como miembro y a la vez animador, también desde la prensa, de las protestas y celebraciones callejeras que articularían el sujeto epicentro en sus praxis: el pueblo.

«En primer lugar conoce su propia capacidad de movilización y representación (...) y comienza a perfilarse como la representación de todos, en este caso de la nación ultrajada. En segundo lugar, y correlativamente a lo anterior percibe el sentido de lo representado: se trata del pueblo, en la doble acepción que tiene la palabra. El pueblo son todos los que han acudido a la gran manifestación, todos menos los que representan al sistema (...). Pero el pueblo denota a la vez a las clases populares, las grandes ausentes de la política y, sin embargo, las únicas que tienen derecho a reclamar por la infausta derrota porque (...) son los “hijos del pueblo” los que han derramado su sangre, mientras los ricos y los señoritos se quedaban en casa.»⁵⁸⁶

Así era retransmitida por *El Pueblo* la eclosión de una manifestación nocturna improvisada (y por tanto, ilegal) en apoyo a las tropas a dos semanas del inicio de la contienda en Cuba:

«Había a aquella hora en los solares varios grupos de pocas personas que, como de costumbre, paseaban y comentaban los sucesos del día.

De uno de dichos grupos alzóse la bandera española y partieron gritos de ¡Viva España! ¡Viva la Marina! ¡Viva la integridad nacional!

El Sr. Moya, que andaba husmeando por aquel barrio, se arrojó como un lobo sobre la bandera y se apoderó de ella; pero no pudo impedir que todos los grupos se uniesen, y que dando los hermosos gritos antes citados, se dirigieran por la plaza de San Francisco a la Bajada del mismo nombre.»⁵⁸⁷

De acuerdo a las crónicas periodísticas, las manifestaciones *masivas* de abril de 1898 con motivo de la movilización bélica contra Estados Unidos contaban entre sus principales focos las plazas del centro de la ciudad. Y entre ellas, la plaza del Mercado y los solares de San Francisco aparecían como espontáneos pero recurrentes lugares de organización, creación y disolución de este sujeto colectivo en movimiento. El turno del pueblo parecía inminente, pero ¿en qué consistía?

Por un lado, el diario republicano lo asimilaba por momentos con una masa en constante crecimiento, pero sin detallar posiciones sociales y rasgos específicos de sus integrantes, a excepción de la de sus propios redactores en la marcha. Su apropiación

⁵⁸⁵ Este juego de equilibrios previo a la entronización de Alfonso XIII ha sido destacado por Álvarez Junco como factor de expansión social y electoral del republicanismo. José ÁLVAREZ JUNCO; *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 275-279.

⁵⁸⁶Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad de Valencia de 1900*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986, pp. 196-197.

⁵⁸⁷ *El Pueblo: diario republicano*, 12 de abril de 1898, p. 2.

del espacio público es contrastada con una intervención policial expuesta como desbocada, *impopular*⁵⁸⁸ y, en consecuencia con su argumento, antipatriótica. De hecho, el citado señor Moya no era otro que el jefe de la guardia municipal, cuya conducta e identidad era animalizada y reconfigurada a modo de enemigo bélico: «Moya, ese Judas Iscariote, exhibió anoche su cara de traidor al frente de los que apalearon al pueblo patriótico (...) Ese no es español, es un marrano hijo de un cerdo de Chicago; un ser abyecto para el que ha llegado ya la hora de la matanza»⁵⁸⁹.

Mientras tanto, la prensa conservadora sería más comedida a la hora de responsabilizar a los mandos policiales de la violencia. Así pues, *Las Provincias* centraba su crónica en la diseminación de la protesta por las calles y en la acción de unos agentes que, en su incapacidad de contenerla sin recurrir al sable, dejaban una serie de víctimas a su paso. Y, a diferencia de *El Pueblo*, aportaban datos personales sobre los manifestantes víctimas de la violencia de los agentes: un jornalero, una viuda que vivía en el barrio del Mercado e incluso un ex-concejal carlista. Para ello, la redacción las había caracterizado como seres indefensos por naturaleza. «Según nos manifestó una numerosa comisión de manifestantes que estuvo en nuestras oficinas para protestar del atropello, ninguno de los lastimados, una mujer y un niño entre ellos, son gentes de esas con quienes los policías deben lucir sus energías»⁵⁹⁰. Aun así, ambos coincidían en un punto concreto: en representarlos como parte intrínseca del pueblo disociada del “Poder”, tal y como ha definido Carlos Serrano el sujeto social preferido por esta nueva ola republicana⁵⁹¹.

De acuerdo a lo que sugiere Reig, esta exaltación populista y/o nacionalista, la canalización del descontento con el gobierno tras la derrota militar ayudaron a reforzar la posición del blasquismo en la ciudad. De hecho, pocos días antes de las movilizaciones de 1898, Blasco había obtenido el acta de diputado a las Cortes. La

⁵⁸⁸ Esta animadversión contra la actuación de la guardia civil fue advertida por la capitanía general de la región al Ministerio de la Guerra. Los registros del Archivo General Militar de Madrid incluyen un par de telegramas privados sobre la represión de las manifestaciones del día 12 en los que Capitanía relativiza su intensidad: «Hoy se ha repetido por la mañana y noche la manifestación bastante más numerosa sin que tomara distinto carácter, reprimiéndola asimismo hasta disolverla la guardia civil, acentuándose en los gritos de los manifestantes las protestas contra la forma con que la policía los disolviera anoche. No ha habido necesidad de emplear las fuerzas de caballería que a prevención tenía dispuestas». Archivo General Militar, fondo del Ministerio de la Guerra, signatura 5876.30.

⁵⁸⁹ *El Pueblo: diario republicano*, 12 de abril de 1898, p. 2.

⁵⁹⁰ *Las Provincias*, 12 de abril de 1898, p. 2.

⁵⁹¹ Carlos SERRANO; *El turno del pueblo: crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)* Barcelona, Península, 2000, pp. 207-212.

manipulación de las protestas contra los presupuestos de Villaverde y su participación en los conflictos en torno al alumbrado eléctrico le granjearían una visibilidad manifiesta. La lucha entre el empresario Touchet y el consistorio por las condiciones del monopolio de la iluminación pública de gas tendrá también una vertiente callejera animada por *El Pueblo*. La agresividad de las columnas de Blasco le valieron una estancia en prisión. Pero mientras tanto, los operarios apagaban los faroles y cortaban asiduamente el suministro para presionar a las autoridades, residentes y comerciantes los encendían o buscaban métodos alternativos de iluminación, produciéndose encontronazos espontáneos⁵⁹². La reivindicación de estas intervenciones "populares" en el espacio público reforzarían su victoria en las elecciones municipales de 1899 a la salida de la cárcel, cimentada también sobre gran parte de la militancia y el voto del antiguo republicanismo federal y posibilista⁵⁹³.

Hasta ahora, los estudios sobre la evolución de la actividad urbana y agraria de València y su entorno inmediato han sido envueltos en estas aparentes paradojas entre movilizaciones y "subdesarrollo del espacio público" en el cambio de siglo, atribuyéndole a menudo esas connotaciones a entornos y sujetos concretos. Por ejemplo, la crítica al "Levante feliz" y a la "ciudad de las flores" como mitos generadores de estereotipos culturales y sociopolíticos armonicistas ha llevado, en ocasiones, a definir la urbe como un polo de desarrollo palpable ligado a una "desruralización" progresiva e inevitable⁵⁹⁴. Desde la geografía cultural, Carles Sanchis e Ignacio Díez han defendido que la ciudad constituía de manera creciente un ente separado por una "distancia cultural" de la Huerta, *hinterland* y paisaje modelado por la *Renaixença* a través de «estereotipos festivos»⁵⁹⁵.

Otras explicaciones han entroncado la modernización de la ciudad y su región con un proceso de territorialización de la desigualdad socioeconómica entre la burguesía y

⁵⁹² Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* pp. 208-212.

⁵⁹³ José A. PIQUERAS; «Republicanismo, política y clases en la Restauración» en Manuel CHUST (ed.) *De la cuestión señorial a la cuestión social*, Valencia, PUV, 2002, p. 281.

⁵⁹⁴ Martínez Gallego afirmaba que «el componente rural de la urbe es el que va quedando atrás, puesto que las conexiones ferroviarias y carreteriles permiten nuevas formas de abastecimiento, mientras que el componente comercial crece paulatinamente y el industrial con cierta rapidez. Insistamos en este *status* industrial de la Valencia del novecientos». Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGO, Manuel CHUST y Eugenio HERNÁNDEZ GASCÓN; *Valencia, 1900: movimientos sociales y conflictos políticos durante la guerra de Marruecos, 1906-1914*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2001, pp. 44-45.

⁵⁹⁵ Carles SANCHIS e Ignacio DÍEZ; «Huerta y ciudad: contigüidad geográfica y distancia cultural» en Joan ROMERO y Miquel FRANCÉS; *La Huerta de Valencia: Un paisaje cultural con futuro incierto*, Valencia, PUV, 2012, pp. 83-84.

unas “clases medias” urbanas y otras capas sociales más humildes, cada vez más dependientes de un mundo agrario en crisis. Así pues, frente al enriquecimiento de la burguesía comercial y financiera:

«los sectores de menores ingresos son incapaces de hacer frente, primero a las repercusiones coyunturales de la crisis agraria finisecular sobre los cultivos más tradicionales (...) de la huerta colindante con la capital y, sobre todo, a las modificaciones estructurales e irreversibles que lleva aparejada el aumento de la oferta de alimentos en el mercado internacional.⁵⁹⁶»

En paralelo, autores como Ramiro Reig han sostenido que movimientos políticos valencianos en auge como el blasquismo basaban su propuesta en la centralidad de la ciudad como espacio civilizatorio:

«El partido blasquista tradujo en términos políticos la apasionada visión urbana de su inspirador. Para los blasquistas, la ciudad representaba la modernidad frente al arcaísmo del campo, la libertad frente al dominio clerical implantado en los pueblos, la cultura frente a la ignorancia. (...) Es tiempo perdido dedicar atención política al campo ya que sólo los ciudadanos son capaces de recibir el mensaje redentor de la República. “Fuera de Valencia no existe Valencia”.»⁵⁹⁷

Teorizaciones similares recorren la obra de otros investigadores sobre el republicanismo emergente a principios del siglo XX. Tal es el caso de Ángel Duarte, que ha defendido que, en el caso de Lerroux en Barcelona y Blasco en València, este limitado radio de acción respondía a criterios de carácter organizativo y cultural:

«Ni Blasco Ibañez ni Lerroux tenían, de entrada, una clientela movilizable mucho más allá del municipio. No es menos cierto que, además, el sueño de la transformación de la ciudad respondía a la creencia de que la ciudad era el microcosmos que aportaba un mayor acceso a la información y un contexto para la acción colectiva más complejo y variado; en otras palabras, mejores posibilidades para implantar unas relaciones sociales libres. Que las disputas y los proyectos se ciñesen a los límites del municipio comportaba que una parte del argumentario solo fuese comprensible para el vecindario.»⁵⁹⁸

Ahora bien, ¿acaso la definición de los contornos de la ciudad imaginada por el republicanismo no respondía también a la consideración de entornos y sujetos que eran situados “fuera” de ella? Pese a su inicial atractivo y didactismo, plantear una dicotomía y una separación estanca entre «el mito agrarista y la realidad obrera»⁵⁹⁹ de la ciudad resulta inadecuado a la altura de 1900. Además, parece que en estas investigaciones, la defensa de la centralidad urbana en los procesos de cambio social haya conllevado inconscientemente una asunción acrítica de un muro sutil pero creciente entre campo y

⁵⁹⁶ Teresa CARNERO; «La Restauración: el tránsito de ciudad provinciana a ciudad moderna» en Jorge HERMOSILLA (coord.) *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, Valencia, Universitat de València, 2009, vol. 1, p. 450.

⁵⁹⁷ Ramiro REIG; «El caso valenciano: un proceso de modernización involutivo» en Jose Luis GARCÍA DELGADO (ed.) *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, p. 235.

⁵⁹⁸ Ángel DUARTE; *El republicanismo: una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013, p. 177.

⁵⁹⁹ Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGO, Manuel CHUST y Eugenio HERNÁNDEZ GASCÓN; *op. cit.*, p. 41.

ciudad. ¿Hasta qué punto ha sido interiorizada por la historiografía valenciana esta visión dual al tratar la naturaleza de las movilizaciones sociopolíticas en unos espacios públicos en pleno proceso de reforma?

Esta cuestión y sus variables alumbrarán el resto del capítulo. Para ello cabe partir de un contexto en el que las definiciones en cuerpo y letra del "pueblo" y de la "nación" cobraban especial atención entre las élites gubernamentales y culturales⁶⁰⁰. Y el republicanismo español no era una excepción, dado que éste estaba cobrando mayor importancia en la articulación de espacios de debate y formación de sujetos "capaces" de reformar y denunciar las injusticias del sistema político imperante⁶⁰¹. Seres imbuidos de respetabilidad y dignidad; en un sentido amplio, laboriosos, educados en la concienciación frente a desigualdades que no siempre estaban relacionadas con el mundo de la propiedad y el trabajo. Ahora bien, de acuerdo al triunfante republicanismo valenciano, ¿frente a quiénes había que oponer semejante tipo de pueblo?

Una de las pocas ocasiones en las que, en València, esta dicotomía fue perfilada por el movimiento blasquista en base a grupos sociales y cuerpos fue, precisamente, en un momento de júbilo. En las semanas previas a la movilización callejera y la declaración de guerra, *El Pueblo* reservaba la primera plana a las impresiones de su líder tras la victoria en marzo de 1898. No sin un regusto personalista, Blasco ironizaba en «Mi triunfo» sobre la deshonra que suponía ser diputado de València gracias al «populacho», para a continuación reivindicar el ¿interclasismo? de su proyecto:

«Se quedarán, y les servirá de consuelo afirmar que no soy el diputado de Valencia, sino del populacho, de la gente de blusa, como dicen ellos con su cursi expresión de desprecio. Es chusco el monopolio de clases, la división de castas que aquí hacen los monárquicos (...) Aquí no hay más diputados por el populacho que los monárquicos.»⁶⁰²

⁶⁰⁰ En relación con la crisis identitaria asociada a 1898, Mercedes Arbaiza apuntaba que «la autoconciencia de "degeneración nacional" nació en una atmósfera biologicista que hacía necesario dotar a la nación de un cuerpo, pero no en su sentido metafórico, sino un tipo particular de cuerpo con el que identificarse, como espacio que pudiera ser habitado por otros». Mercedes ARBAIZA; «"Sentir el cuerpo": subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936) *Política y Sociedad*, nº 55, 1 (2018) p. 84.

⁶⁰¹ En esta línea, Pamela Radcliff interpretaba la dimensión cultural y política del republicanismo como dos caras de una misión: «si los republicanos pudieran crear una nación de ciudadanos que se guiasen por una serie de valores antitéticos a los de la España monárquica y clerical, podrían minar la hegemonía de las élites tradicionales, socavar la estabilidad de la Restauración y posibilitar la entrada del país en el siglo XX». Pamela RADCLIFF; «Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo» en Nigel TOWNSON; *El republicanismo en España (1834-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, p. 375.

⁶⁰² Vicente BLASCO IBAÑEZ; «Mi triunfo» en *El Pueblo: diario republicano*, 29 de marzo de 1898, p. 1.

Así pues, ¿cómo ilustra Blasco el comportamiento y la variedad social de sus correligionarios?

«El obrero honrado que adquiere su instrucción en las horas de descanso, formándose sus opiniones con independencia, y purifica su voluntad de tal modo que sabe resistir las seducciones y da su voto al que cree más digno; el comerciante y el industrial que, dedicados a su trabajo, viven lejos de la política, pero en momento oportuno saben salir de casa para apoyar con sus sufragios al que consideran más merecedor de ellos, esos no son populacho...»

De ese modo, quienes merecían la descalificación de «populacho» eran aquellos que, según él, no poseían formación ni capacidad de decisión sobre sus vidas. Y además, que poseían una voluntad maleable:

«el populacho son esos tíos de la huerta que vuelcan el puchero, esas manadas que huelen a alpargata y a establo y que a la voz de un cacique que no sabe leer ni escribir votan a cualquier candidato reaccionario a quien no conocen, sin mirar siquiera la papeleta, cuyas letras son para ellos geroglíficos y ahítos de borrego asado y vino venenoso, que es el único cebo para pescar su conciencia.»⁶⁰³

De todos modos, conviene tener presente las siguientes precauciones. Si bien estas declaraciones pueden ser ilustrativas de los discursos oficiales, quizás sea problemático extrapolarlas a la militancia de base y a la red de casinos republicanos que también estaban asentados en la huerta. De la misma forma que las palabras de Blasco pueden ser criticadas por la homogeneización del otro como un sujeto servil, tampoco cabe concluir tajantemente que todas las sensibilidades republicanas se basaran en una estigmatización de las formas de vidas agrarias. En una ciudad más pequeña pero muy cercana como Castellón, el republicanismo mantuvo el gobierno municipal de manera ininterrumpida desde 1891 hasta 1936. Y para ello se valió, entre otros factores, de una atracción exitosa de propietarios y jornaleros agrícolas a través de un entramado societario heterogéneo⁶⁰⁴. La hibridación entre ambas realidades no es, pues, descabellada⁶⁰⁵.

En València, la imbricación de “la huerta en la ciudad” y “la ciudad en la huerta” radicaba en un contexto demográfico y económico en el que ésta se presentaba como una realidad ineludible. Pese a las múltiples limitaciones de base de esta fuente⁶⁰⁶, las

⁶⁰³ Vicente BLASCO IBAÑEZ; «Mi triunfo»...

⁶⁰⁴ Ferran ARCHILÉS; *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellanenc (1891-1909)* Castellón, Ajuntament de Castelló, 2002, pp. 66-67.

⁶⁰⁵ Un planteamiento complementario lo ofreció Manuel Martí al poner de relieve la implicación de las familias asalariadas de los arrabales de Castellón en las sociedades agrarias católicas y republicanas, que podían contar con pequeñas superficies cultivadas en propiedad, con el fin de buscar trabajo, asesoramiento, etc. Manuel MARTÍ; «Los grupos agrarios en la política urbana del País Valenciano: Castelló de la Plana, ss. XIX-XX» *Historia Agraria*, nº11 (1996) pp. 69-72.

⁶⁰⁶ De entrada, sus intérpretes sólo atienden a hombres de 21 a 40 años, dejando cualquier consideración al trabajo infantil, informal pero probablemente muy sustancial a finales del siglo XIX, o las tareas

estadísticas elaboradas por las demógrafas históricas a partir del censo de 1887 permiten apreciar una notable presencia de población agrícola entre los habitantes de su partida judicial, siendo en esos momentos la actividad principal. A falta del hipotético empuje que supondría la anexión de cuatro municipios vinculados al sector primario en 1897⁶⁰⁷, València y su entorno superan a ciudades más estudiadas como Madrid o Barcelona, si bien a cierta distancia de otras urbes con áreas de regadío propias (Sevilla, Alicante y notable en el caso de Murcia):

	Pob. Agrícola	Comercio y transporte	Artesanía e industria	Servidumbre
Madrid	23,52%	9,85%	14,56%	14,01%
Barcelona	8,37%	12,54%	31,51%	5,46%
València	28,40%	11,76%	19,68%	6,56%
Sevilla	32,20%	14,24%	21,85%	8,97%
Murcia	74,14%	5,01%	7,35%	3,19%
Alicante	42,36%	16,73%	23,65%	3,43%

Tablas elaboradas a partir de los datos de David-Sven REHER, María Nieves POMBO y Beatriz NOGUERAS; *op. cit.*, pp. 180-197.

El predominio de la agricultura en los ritmos económicos y vitales de la capital del Turia podría acrecentarse si entran en escena otros problemas que esconden estas estadísticas. En primer lugar, los autores de este estudio demográfico argumentan que han preferido no computar la población femenina dedicada a labores agrícolas «debido a la gran irregularidad en el registro de la población activa femenina»⁶⁰⁸. No obstante, este sesgo margina a aquellas mujeres jornaleras, vinculadas a una explotación familiar o con trabajos intermitentes como la venta de excedentes agrarios realizada por las labradoras del Mercado protagonistas en esta investigación. En segundo lugar, tampoco

ejercidas por personas de mayor edad. David-Sven REHER, María Nieves POMBO y Beatriz NOGUERAS, *España a la luz del censo de 1887*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística, 1993, pp. 128.

⁶⁰⁷ Se trata de Campanar, Benimamet, al noroeste del río, y de Villanueva del Grao y Poble Nou del Mar, en la costa. Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* p. 26. En una ciudad de mayor tamaño como Barcelona, Pere Gabriel ha interpretado la anexión de municipios del Llano en 1897 no sólo como un fenómeno ligado al crecimiento demográfico o la expansión del transporte público, sino a la creación de unas redes de ocio y consumo vinculadas a la metrópoli. Pere GABRIEL; «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920» en Jose Luis GARCÍA DELGADO; *op. cit.*, pp. 63-70. Una investigación más detallada en Valencia permitiría apreciar si la anexión de sus pueblos colindantes sólo respondía a factores de expansión fiscal, tal y como Reig ha sostenido.

⁶⁰⁸ David-Sven REHER, María Nieves POMBO y Beatriz NOGUERAS; *op. cit.*, p. 128.

advierde que buena parte de las criadas y los criados empleados en el casco urbano provenían de la huerta u otras áreas agrarias, por lo que alternaban su trabajo con tareas en el campo o volvían a él tras su estancia en la capital⁶⁰⁹. Y, en tercer lugar, no sería conveniente creer en categorizaciones rígidas entre actividades económicas. Por ejemplo, en distritos de la capital con un fuerte peso comercial y artesano, una parte de los negocios contaban con una razón de ser íntimamente ligada a la transformación de materia prima o las necesidades de la población huertana⁶¹⁰. Posibilidad que evoca a otras ciudades agrícolas como Murcia, donde la población jornalera solía residir en el entorno de las calles y barrios en los que el artesanado se asentaba⁶¹¹.

Y por último, a estas observaciones cuantitativas cabe añadir las transformaciones de la propia economía agraria y las fricciones que estaban generando en las jerarquías entre arrendatarios y propietarios de la tierra. Esta cuestión fue abordada por Ramón Garrabou en su obra sobre la economía agraria del País Valenciano en la segunda mitad del siglo XIX. En ella trataba la creciente conflictividad entre la parte propietaria y arrendataria, organizada en torno al reconocimiento implícito de derechos de la tierra legitimados por su uso y aprovechamiento diario⁶¹². Sus aportaciones han sido retomadas en trabajos posteriores que subrayan no sólo la fuerza de la costumbre, sino la capacidad de coacción ilegal que podían ejercer los sectores “desposeídos” ante un acto considerado injusto⁶¹³. Asimismo, investigaciones recientes de Salvador Calatayud también hace referencia a las oportunidades que les proporcionaba la cría de animales en la huerta, animada por el consumo creciente de leche y carne de la provincia y, sobre

⁶⁰⁹ Este fenómeno no sólo fue narrado por Blasco, sino por otros novelistas valencianos como Vicente Calvo Acacio en *Los Reyes Mudos*. Andrés, su protagonista principal, decidía ir a la ciudad en búsqueda de trabajo y una nueva vida tras la pérdida de las tierras arrendadas por su familia. «Sí, buscaría el poderoso talismán que consigue para los obreros de la industria tan envidiables perfeccionamientos, iría por un alma nueva, rica en energías, que sustituyese a la suya, tímida, caduca, rutinaria». Vicente CALVO ACACIO; *Los Reyes Mudos*, Valencia, Imprenta de Juan Guix, 1904, p. 156.

⁶¹⁰ De hecho, era frecuente la introducción de publicidad en la prensa, incluida la republicana, dedicada a negocios que ofertaban calzado e indumentaria específica para la labranza, abonos, herramientas, cestería para el transporte de productos agroalimentarios, etc.

⁶¹¹ María Teresa PÉREZ PICAZO; *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia 1875-1902*, Murcia, Academia Alfonso X El Sabio, 1986, pp. 389-390.

⁶¹² Ramón GARRABOU; *Un fals dilema: modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana 1850-1900*, Valencia, Institutió Alfons el Magnànim, 1985, pp. 137-138.

⁶¹³ Samuel Garrido señala cómo, incluso entre los propios arrendatarios, se tejían relaciones de poder. Por ejemplo, el inquilino entrante debía satisfacer una serie de “derechos” informales al saliente, circunstancia rara vez transgredida. Samuel GARRIDO; «Mejorar y quedarse. La cesión de tierra a rentas por debajo del equilibrio en la Valencia del siglo XIX» Documento de trabajo-SEHA 10-09 (2010) pp. 20-24.

todo, de la capital⁶¹⁴. El pretendido «populacho» del político republicano no estaba recluido en su alquería ni era tan obediente como él lo caricaturizaba, aunque quizás no de la manera o con las motivaciones con las que concebía el cuestionamiento de las relaciones caciquiles.

Raymond Williams, en su clásico *The Country and the City*, sugería cómo en el caso del Londres tardovictoriano la frontera entre campo y ciudad se había trazado de una manera más compleja que un simple binomio entre conflictividad urbana e inocencia rural: «el contraste se marcaría en otros sentidos: entre la conciencia y la ignorancia; entre la vitalidad y la rutina; entre el presente y lo real y el pasado o la pérdida»⁶¹⁵. Las divisiones culturales entre lo natural y lo social, entre lo rural y lo urbano, reduciendo el espectro de lo rural al campo y de lo urbano a la ciudad como trama de edificios han tenido su eco no sólo en la historiografía española, sino en buena parte de las historias urbanas y sociales de las ciudades occidentales. Ahora bien, influenciados por la obra citada de Raymond Williams, investigadores como William Cronon, en el caso de Chicago, han intentado superar esta barrera invisible y a menudo inconsciente:

«City and country might be separate places, but they were hardly isolated. Chicago had become urban, spawning belching smokestacks and crowded streets, at the same time that the land around it became “rural”, yielding not grass and red-winged blackbirds but wheat, corn and hogs. (...) City and country shared a common past, and had fundamentally reshaped each other.»⁶¹⁶

Aun así, sigue siendo un reto explicar e interpretar la producción del espacio urbano como un proceso que, a juicio de Simon Gunn y Alastair Owen, «involved not so much the expulsion of the natural world as its radical reconstitution in the urban context»⁶¹⁷. Y todo ello, sin desdibujar a los sujetos humanos de estudio.

¿Qué pueden aportar estos debates al contexto valenciano? Estas cuestiones (y otras que no he abordado) podrían ser algunos de los motivos por los que el blasquismo, pese a sus rencillas públicas contra supuestas idiosincrasias y aislamientos de la huerta, nunca dejó de prestarle atención a este entorno. Y por lo tanto, a las actividades

⁶¹⁴ Salvador CALATAYUD y Francisco José MEDINA-ALBALADEJO; «Leche sin prados: los factores ambientales e institucionales en el consumo lácteo (Valencia, 1870-1936)» *Ayer*, 105, 1, (2017) pp. 157-185.

⁶¹⁵ Raymond WILLIAMS; *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001, p. 293.

⁶¹⁶ William CRONON; *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York, W. Norton & Company, 1991, p. 7.

⁶¹⁷ Simon GUNN y Alastair OWENS; «Nature, technology and the modern city» *Cultural Geographies*, nº 13, 2006, p. 495.

desempeñadas por sus habitantes que desdibujaban los lindes entre el campo y la ciudad. En concreto, el último apartado de este capítulo analizará el conflicto *por* y *a través* de los espacios públicos de la capital del Turia que enfrentaría intermitentemente a las vendedoras y los labradores *fematers* con las autoridades municipales entre 1901 y 1903, en paralelo a la evolución del republicanismo. Los blasquistas, que se veían a sí mismos como los estandartes de la movilización obrera en la calle y la dignificación del sujeto “pueblo” en València frente a las élites dinásticas, llegarían a descalificar públicamente a las y los huelguistas como «rebaños de esclavos del señor»⁶¹⁸. ¿Por qué era interpretada de esa manera por la fuerza principal en la ciudad la presencia y la vida de las vendedoras o los huertanos *fematers* en un entorno agrourbano como el barrio del Mercado? ¿Cómo operaba esta valoración con la definición del pueblo blasquista y su capacidad de participar en la política cotidiana?

4.2 La revolución urbana de València y los fantasmas agrarios del «estercolero»

En noviembre de 1901, ante las inminentes elecciones municipales en València, el literato y político republicano Vicente Blasco Ibañez publicaba en la primera plana del periódico *El Pueblo* un suelto denominado “La Revolución de Valencia”. Hasta ahora, historiadores como Reig y arquitectos como Francisco Taberner han interpretado este artículo no tanto como un programa político con medidas concretas, sino como una proyección del entonces diputado a Cortes por la ciudad de un futuro ideal bajo una hegemonía blasquista⁶¹⁹. Pero en contraste con estas perspectivas luminosas, en este suelto aparecían representados un pasado reciente y un presente dantesco para los habitantes de la ciudad en materia de pobreza y seguridad personal en las calles y los hogares:

«Hay que derribar casas para abrir nuevas vías; hay que dar al pueblo otra agua; hay que hacer desaparecer los barrios antiguos en el centro de la ciudad, donde se aglomera la vida de los pobres, llamando con su malsano hacinamiento a la muerte»⁶²⁰

Así pues, ¿qué podía significar para Blasco “revolucionar Valencia” tras casi treinta años de alcaldías del turno dinástico en la capital y qué situaciones podían

⁶¹⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 10 de diciembre de 1902, p. 1.

⁶¹⁹ Ramiro REIG; «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES (coord.) *València: en trànsit a gran ciutat 1808-1991*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2007, pp. 85-86. y Francisco TABERNER; *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, p. 83.

⁶²⁰ Vicente BLASCO IBAÑEZ, «La Revolución de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 6 de noviembre de 1901.

justificar semejante aspiración? La palabra *revolución* cuenta con diversas definiciones, y no todas vinculadas a un cambio profundo de las estructuras socioeconómicas, políticas y culturales durante un período determinado. Con anterioridad a las transformaciones del Antiguo Régimen en Europa, *revolutio* implicaba entre otras cosas la acción y el efecto de revolver una superficie o un objeto, significado aún aceptado a finales del siglo XIX⁶²¹ e incluso en la actualidad por la RAE⁶²². Probablemente, los ecos de las acepciones antiguas resonaban en la dirección de *El Pueblo* cuando Blasco y sus simpatizantes denunciaban que los consistorios monárquicos habían permitido, en sus palabras, que bajo cada casa fluyese una «cloaca estrecha y atascada, que esparce enfermedades, y que aún quedan calles y grandes plazas con el mismo suelo que pisó el caballo de D. Jaime el Conquistador»⁶²³. Ahora bien, el significado político de una “revolución” republicana también estaba fuertemente presente. En un contexto en el que las élites dinásticas preparaban la entronización de Alfonso XIII, el blasquismo y el lerrouxismo barcelonés estaban estrechando lazos para formar una “Federación Revolucionaria” con contactos izquierdistas en París y Bruselas. Según Joan Bautista Culla, si bien no llegó a buen puerto, esta iniciativa permitió a ambas fuerzas políticas conocer de primera mano nuevas formas de movilización como las casas del pueblo de los socialistas belgas que probablemente, alimentasen su cultura asociacionista⁶²⁴. Para ello, es necesario entender que, en paralelo a esta “Federación” y en sintonía con el blasquismo, el republicanismo lerrouxista también había iniciado una política de atracción de las sociedades obreras, al tiempo que redefinía su programa en torno a la cuestión social⁶²⁵.

La voluntad de “revolver” las entrañas y los contornos del centro de la ciudad para sanarlos a modo de órganos (corazón, pulmones) enfermos no era exclusiva del

⁶²¹ Eduardo DE ECHEGARAY; *Diccionario General Etimológico de la Lengua Española*, 1889, vol. 5, p. 186.

⁶²² Página web de la Real Academia Española de la Lengua: <http://dle.rae.es/?id=WQ0Bykx> (consultada el 5 de febrero de 2020)

⁶²³ Vicente BLASCO IBAÑEZ, «La Revolución de Valencia»...*op. cit.*

⁶²⁴ Joan B. CULLA, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* Barcelona, Curial, 1986, pp. 59-61.

⁶²⁵ «Si se tiene como pretensión de que el obrero contribuya como brazo, y como fuerza, y como número, a la obra revolucionaria, se debe tener la abnegación de ayudarle a él en sus huelgas, ampararle en sus persecuciones, defenderle en los tribunales y batirse en las calles cuando él lo haga» Alejandro LERROUX, «De organización» *La Publicidad*, 3 de agosto de 1902 (Cit. en Joan B. CULLA, *op. cit.*, p. 61.)

republicanismo blasquista ni novedosa en el caso de València⁶²⁶. Pero el artículo del diputado «La Revolución de Valencia» era muy contundente al resaltar que la única alternativa a su proyecto de «revolución pacífica» era dejar las infraestructuras y espacios de la ciudad tal y como estaban. En ese caso, sólo quedaría tenderse según él «de nuevo en el estercolero, resignados a esta vida de bestias bajo el cielo más hermoso y el suelo más infecto del mundo»⁶²⁷. Pero al tiempo que efectuaba estas declaraciones, la recolección y apropiación de los desechos de este «estercolero» consistía en el quehacer cotidiano de trabajo y vida de los labradores *fematers*. Su figura y sus luchas, ya esbozadas en la presente investigación en contextos anteriores, vuelven a ser sujetos y objetos de estudio en una nueva ola de malestar paralela al ascenso del blasquismo como primera fuerza política de la ciudad. Junto a las vendedoras del Mercado y otros labradores se manifestarían y levantarían en huelga contra el consistorio en diversas ocasiones a lo largo de 1901, 1902 y 1903. En este contexto de conflictividad abierta entre autoridades blasquistas y los *fematers* en la ciudad y la huerta, ¿cómo había evolucionado la relación “laboral” y de poder entre ambas partes desde las huelgas de 1878 y 1882?

Para intentar responder a esta pregunta, quizás sería conveniente dilucidar el grado de legitimidad que las autoridades reconocían a este colectivo y su oficio durante la década de los 80 y 90. Antes de que el republicanismo obtuviera la mayoría en el consistorio, València era una ciudad cuyo servicio de limpieza pública, delegado a través de subcontratas, ya había sido cuestionado por las autoridades municipales por su inoperancia. A lo largo de este período, hay menciones en las actas de la Comisión de Policía Urbana del Ayuntamiento sobre las discusiones de este órgano con los contratistas arrendatarios de este servicio, llegando a amenazarles con multas por cada denuncia que recibieran del vecindario o de los inspectores de la guardia municipal por dejación de funciones⁶²⁸. Y parece ser que dichas advertencias comportaron

⁶²⁶ El geógrafo Josep Vicent Boira ha propuesto, con una perspectiva a largo plazo, relacionar el uso de las analogías biológicas en los análisis literarios de las condiciones de vida en la ciudad como argumento "científico" en los proyectos decimonónicos de reforma urbana. Josep Vicent BOIRA; «La ciutat i la metàfora orgànica. Unes notes sobre el cas de València» *Saitabi*, nº51-52 (2001-2002) pp. 461-471.

⁶²⁷ Vicente BLASCO IBÁÑEZ, «La Revolución de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 6 de noviembre de 1901. Probablemente a causa del contexto electoral o con la voluntad de romper amarras con ese pasado, Blasco omite cualquier referencia a la participación de republicanos posibilistas y demócrata-progresistas en las alianzas locales entre 1879 y 1885.

⁶²⁸ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 4 de octubre de 1883 y 11 de junio de 1887.

consecuencias, ya que he encontrado diversos expedientes sancionadores al respecto⁶²⁹. Ahora bien, sorprende que en todo este proceso legal las autoridades no aludieran, al menos de manera pública y escrita, a las labores del *femater*, con la excepción de una propuesta en 1889 de los concejales conservadores Bau, Royo y Alapont al presidente de la Comisión para que ésta pidiese a la Corporación «autorización para que los *fematers* puedan recoger la basura de las calles del barrido que practiquen los propietarios en las fronteras de sus casas»⁶³⁰.

No hay registro escrito de respuestas directas a esta cuestión (si es que las hubo) por lo que queda en el aire la resolución de este debate. Mas ello no impide que su contrastación con otras fuentes abra interrogantes acerca del cumplimiento estricto de estas diferenciaciones entre servicios públicos de limpieza y las labores de los *labradores*. En particular, entre los legajos de la alcaldía archivados como “Higiene Pública” aparece una serie de libretas de denuncias sobre usos y comportamientos en las calles, seguramente a cargo de los inspectores municipales del cuerpo de Sanidad. Entre las cuales, figura una relación del distrito del Mercado entre 1895 y 1899 que, si bien es reseñable su discontinuidad, refiere asiduas amenazas de multa (por lo general no implementadas, según el propio documento) por transitar con el carro o estercolar en la zona de la plaza o las calles colindantes⁶³¹.

Por todo ello, pese a la relativa invisibilidad de los *fematers* y sus roles en la documentación interna del consistorio cabe intuir que ellos⁶³² no dudaban en aprovechar a su favor, no sin incidentes con las autoridades, la cuestión de la limpieza y la fluidez del tráfico en las calles y espacios concurridos como el Mercado. Distrito que, a su vez,

⁶²⁹ En un expediente abierto para el período entre julio (mes de la huelga) y diciembre de 1882, el valor total de las denuncias acumuladas llega a las 1400 ptas. AHMV, sección de Policía Urbana, caja 139, exp. 51, 1882.

⁶³⁰ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 25 de enero de 1889.

⁶³¹ AHMV, sección I, subsección F (Ayuntamiento y alcaldía) clase III, subclase A. Por ejemplo, en mayo de 1897 los inspectores interpusieron 85 denuncias en el barrio, de las cuales, un 12% correspondían a este cometido.

⁶³² Este oficio no desaparecería hasta bien entrados los años 60 del siglo XX. Entre 1960 y 1964, mi abuelo, agricultor de la huerta de Alboraya, accedió a esta actividad (primero en la céntrica calle San Vicente y más tarde en la avenida del Puerto) gracias a la cesión de la ruta de un agricultor que quería retirarse. Él me narraba cómo todas las mañanas sacaba con cubos, y sin medidas de protección higiénica, los desperdicios de corrales y hogares, siendo depositados en su carro. Después, la familia amontaba la materia orgánica en su cobertizo para utilizarla como abono en sus campos. Finalmente, vendían los excedentes, constituyendo un complemento importante de la economía familiar.

sería uno de los bastiones territoriales en los que el blasquismo ganaría ininterrumpidamente las elecciones generales desde 1899 hasta 1910⁶³³.

En todo caso, frente a los silencios que imperan en las fuentes municipales conservadas, los roles de los *fematers* en el transcurso de la vida cotidiana urbana y la definición de su forma de vida sí que mereció la atención del propio Blasco, *El Pueblo* u otros discursos literarios o periodísticos en torno a la *Renaixença*. Eso sí, son fuentes cuyo proceso de recepción y público es difícil de analizar cuantitativa y cualitativamente, más allá de las cifras de tirada⁶³⁴ o los plausibles ecos y contactos que pueden apreciarse entre unos y otros materiales.

A partir de mediados del siglo XIX, el *femater* había protagonizado junto a las vendedoras de productos hortofrutícolas diversas huelgas que habían puesto en jaque el tráfico por la ciudad y el abastecimiento de alimentos. Conflicto que, en paralelo, incidió en las imágenes y sensibilidades de las élites políticas, la prensa y los círculos literarios de València sobre el mundo agrícola que interactuaba con la urbe⁶³⁵. Desde una perspectiva atravesada por los estudios de género y la historia agraria, Mónica Burguera defendía que la huelga de 1878 había generado en las élites de gobierno en València una disonancia mediática entre la representación bucólica de las familias rurales y el impacto de las protestas agrourbanas. Mientras persistía en discursos políticos y culturales la afirmación de una interdependencia armónica del campo con la urbe, las crónicas periodísticas insistían en coyunturas de conflicto en la violencia, irracionalidad y alienación del ser y las acciones de las y los huelguistas que utilizaban el espacio urbano⁶³⁶. Ahora bien, en capítulos anteriores también he aludido a que esta percepción podía modificarse si era contrastada con otros discursos que remitían a marcos de convivencia e interdependencia que no respondían a divisiones entre una

⁶³³ Estadísticas electorales en Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* pp. 52-53.

⁶³⁴ Antonio Laguna ha calculado mediante estimaciones sobre la tirada mensual provenientes de Gobierno Civil y la capacidad tecnológicas de las rotativas de prensa que diarios como *El Mercantil Valenciano* o *Las Provincias* se movieron hasta 1900 en una tirada diaria entre los 5.000 y los 10.000 ejemplares. No obstante, a las cifras de lectura y compra cabría sumar la difusión oral entre población letrada o iletrada. Antonio LAGUNA, *El Pueblo. Historia de un diario republicano 1894-1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, pp. 21-25.

⁶³⁵ Ver cap 1. 3.

⁶³⁶ Mónica BURGUERA: «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» en Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (eds.): *Historias de España Contemporánea: cambio social y giro cultural*, Valencia, PUV, 2008, pp. 81-114.

producción netamente agraria y un consumo urbano⁶³⁷. Durante estas décadas, los movimientos del campesinado y su trabajo en las calles, bien fuese la venta agroalimentaria o la recogida de materia orgánica, discurrían al filo de experiencias e imaginarios ambivalentes por parte de sus testimonios literarios.

Antes de ocupar cargos institucionales, Blasco Ibañez había publicado en 1896 en *El Pueblo* por fascículos el relato de *El Femater*, que años más tarde introduciría en su obra *Cuentos Valencianos*. En él, el novelista valenciano representaría durante varias semanas al femater mediante el personaje de Nelet, un preadolescente que era enviado a la capital por su familia, dedicada a la labranza, para contribuir al sustento de ésta. En su trayecto por las calles, Nelet debía evitar continuamente el contacto con los guardias municipales, puesto que no llevaba licencia, «un papelote que había que sacar soltando dinero allá en el Repeso»⁶³⁸. Además, su mera presencia levantaba suspicacias entre las personas a las que solicitaba los despojos, puesto que él (un productor más del espacio público de la ciudad) era asociado con el robo y la intromisión en la propiedad privada. «Ella no quería marranos que le ensuciasen la escalera. Todos los inquilinos tenían su femater. ¡Largo, granuja! ¡Quién sabe si subiría con intención de robar algo!»⁶³⁹. Por otra parte, Blasco Ibañez representaba a este *femater* como «un explorador de misterioso territorio» cuya memoria y sentimientos sobre la ciudad eran atravesados por una inquietud ante «la ruidosa batahola del Mercado y aquellos municipales de torvo ceño y cerdosos bigotes, terror de la gente menuda»⁶⁴⁰. En este sentido, estas percepciones evocan a los modelos campesinos que, según Jesús Izquierdo, el liberalismo español de finales del siglo XIX había moldeado, presentándolos como seres de otro mundo, dominados e inconscientes⁶⁴¹. Sujetos que, en última instancia, no eran dueños de su vida.

No obstante, esta representación romántica del *femater* como un extraño, un ser inocente a causa de su ignorancia de la vida en la capital, no era la única que circulaba en la literatura valenciana de la época sobre esta figura. José García Capilla, escritor y

⁶³⁷ Ver capítulo 1, p. 33.

⁶³⁸ Vicente BLASCO IBAÑEZ; *Cuentos Valencianos*, Valencia, F. Sempere Compañía y Editores, 1910 (ed. original 1896) p. 168.

⁶³⁹ *Ibidem*, p. 170.

⁶⁴⁰ *Ibidem*, p. 167.

⁶⁴¹ Jesús IZQUIERDO: «El ciudadano demediado: campesinos, ciudadanía y alteridad en la España contemporánea» en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 631.

herrero de Almàssera⁶⁴², había estrenado en 1890 en el teatro de Ruzafa un sainete en el que describía al labrador *femater* como un ser cómico, brutalizado e incapaz de hablar con propiedad a causa de sus exabruptos lingüísticos. Además, éste era capaz de enfrentarse violentamente a otro pretendiente, causando si era necesario, en palabras del personaje, «un drama com els qu'ascriu el señor Cherra-garay»⁶⁴³. Frente a los viajes prometidos por un cosmopolita galán, el *femater* de García Capilla *sólo* podía ofrecer a su amada productos agrícolas, dicotomía presentada de manera burlesca: «Ni del meu camp el meló, ni la primera taroncha...ni els fesols de la garrofa que pa tú criaba yo!»⁶⁴⁴.

Otra perspectiva sobre el *femater*, ésta con una carga de retrospectiva nostálgica, la ofrecería Azorín cuando rememoraba sus años de juventud en València. La diferencia entre el contexto de rememoración y el momento en el que los recuerdos dejaron huella en el autor juega aquí un papel esencial⁶⁴⁵. Desde la distancia geográfica y temporal del Madrid de 1940, narraba su estancia en la capital del Turia entre 1886 y 1896⁶⁴⁶ como un remanso de paz, en contraste con un presente convulso por las consecuencias de la Guerra Civil y las primeras olas de represión franquista. Aquí, el *femater* era tratado como un sujeto individualizado, por la propia estructura de la obra de Azorín (ocupaba uno de sus 74 capítulos, cortos y monográficos) y por la “elevación” que el propio autor le imprimía a su figura:

«He alcanzado al *femater* con sus amplios zaragüelles, su faja y su camisa blanca (...) El tipo era elegante. Alejaba toda idea de suciedad, de apuestos detritus y de sordidez.

El *femater* limpio, aseado, está delante de mí. Ese *femater* es toda la Valencia rústica»⁶⁴⁷.

A diferencia de Blasco o García Capilla, Azorín aísla al *femater* del manejo explícito de su objeto cotidiano de trabajo, los desperdicios, y sus consecuencias, así como de cualquier conflictividad que pueda generar la recogida en las calles de

⁶⁴² Pueblo de la Huerta, a 5 km al norte de Valencia.

⁶⁴³ Se refiere al dramaturgo José Echegaray. José GARCIA CAPILLA; *El Femater de la casa: comedia bilingüe en un acte i en vers*, Valencia, Casa de la Beneficencia, 1890, p. 26.

⁶⁴⁴ *Ibidem*, p. 25.

⁶⁴⁵ Para entender mejor la difícil relación cognitiva en el proceso de rememoración de un objeto, una sensación o un ser con las improntas que cobran sentido en el presente, la obra de Paul Ricoeur es un referente básico. En concreto, Paul RICOEUR; *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 19-79.

⁶⁴⁶ Me he basado en el marco que da el propio Azorín. No obstante, la datación de su periplo valenciano sigue abierta a la interpretación. Pascuala MOROTE MAGÁN «"Valencia" de Azorín» Actas XXXII Congreso de AEPE (1997) p. 147.

⁶⁴⁷ José MARTÍNEZ RUIZ (Azorín) *Valencia*, Buenos Aires, Losada (2ª ed.) 1949, p. 172.

València. En su lugar se centra, evocando los discursos ilustrados que él cita⁶⁴⁸, en la productividad agrícola y en la multiplicación de la belleza natural que fomenta su «misión» de fertilización. También deja de lado cualquier connotación a la descomposición o la percepción olfativa de la materia que empleaba, mientras que destacaba efusivamente los atributos de “nobleza” del personaje.

No obstante, hay que advertir que en este aparente relato dignificador el autor en ningún momento da voz y agencia al femater: es Azorín quien habla por él e inscribe su labor, sus características y su identidad territorial y social con la Huerta, hasta el punto de afirmar que «...el femater es un noble. Es el aristócrata de la ancha, feraz y fértil vega de Valencia»⁶⁴⁹. Aquí, Azorín obvia que los labradores que accedían a este tipo de trabajos no podían soñar siquiera con el privilegio de poseer un título nobiliario dado que, en la mayor parte de los casos, ni siquiera contaban con la propiedad de las parcelas que trabajaban. Basándose en un estudio de la distribución de la propiedad agraria de Alboraya, José Ramón Modesto ha elaborado un cuadro estadístico que apunta que el 81,2% y el 5% de la tierra de su término municipal estaba en manos de burgueses y nobles respectivamente, dejando un 13,8% en propiedad del campesinado. Ahora bien, esa distinción nítida entre campesinado y burguesía resulta especialmente problemática si tenemos en cuenta que, en la fuente que ha tomado, “burguesía” equivalía a propietarios provenientes de València capital, algo que no tendría en cuenta ni a la burguesía residente en el pueblo ni a los campesinos enriquecidos que podían haber adquirido otras parcelas además de las familiares⁶⁵⁰. Por ello, el interés en recoger desperdicios podía radicar en la posibilidad de obtener ingresos complementarios para la economía familiar. Con independencia de las cosechas, los despojos urbanos podían consistir en un recurso activo, y más si se tiene en cuenta el papel que jugaba entonces la prestación de bienes y servicios no mercantilizados en las comunidades campesinas⁶⁵¹.

⁶⁴⁸ El escritor cita el discurso del marqués de la Torre de Carrús de 1788 sobre las bondades del estiércol, tratado en el primer capítulo.

⁶⁴⁹ *Ibidem.*, p. 173.

⁶⁵⁰ José MODESTO; «Costumbre y coacción social: la formación del arrendamiento rústico» *Historia Agraria*, nº 51 (2010) p. 48.

⁶⁵¹ Esta última observación la realiza Salvador Cruz Artacho para analizar los comportamientos de las comunidades campesinas en Granada en el seno de los sistemas caciquiles locales de la Restauración. Salvador CRUZ ARTACHO; «Estructura y conflicto social en el caciquismo clásico. Caciques y campesinos en el mundo rural granadino 1890-1923» en Antonio ROBLES EGEEA (comp.) *Política en*

En un contexto semejante al de Azorín, otra visión retrospectiva y nostálgica del femater la ofrece Teodoro Llorente Falcó, en sus memorias citadas. El despertar al alba de la ciudad a finales del siglo XIX había sido indisociable, según el heredero de *Las Provincias*, de la voz y el traqueteo, respectivamente, de este grupo social y sus monturas:

«...unos llevaban carro, y otros simplemente caballería con saria [cesta de esparto]. De éstos aún había otra división: los que conducían, pudiéramos decir caballería mayor, y los que sólo entraban a la ciudad con un burro. En cuanto asomaba el rubicundo Febo por el horizonte, una legión de “fematers” invadía la ciudad, procedentes de las vecinas huertas, y unos atendiendo a los “abonados” y otros lanzando al viento el clásico grito: ¡Ama, n’hi ha fem!, se esparcían por calles y plazas hasta bien entrada la mañana.»⁶⁵²

En referencia a su caracterización social y personal, Llorente Falcó muestra al labrador como un ser servicial, honrado y agradecido por los desperdicios de los habitantes de la ciudad hasta el punto de dar consejos u ofrecer regalos (frutos de la Huerta) en festividades a sus proveedores⁶⁵³. Pero esta imagen benigna no evitaba que, al igual que este autor había realizado con la ciudad⁶⁵⁴, declarase la inexorabilidad de su desaparición en aras del decoro: «Todo aquello hubo que suprimirlo. Era demasiado primitivo aquel procedimiento de limpieza y aseo. Lo imponía el progreso de los tiempos»⁶⁵⁵. Desaparición, en todo caso, que ofrece dudas serias sobre su contingencia inmediata⁶⁵⁶.

Sin embargo, por mucho que Blasco o García Capilla caricaturizaran a este colectivo como torpe, impulsivo y encerrado en un mundo rural con entidad propia, las labradoras y labradores distaban de hallarse desorganizados y ajenos a los sucesos de la política municipal. Y aunque no disponga de relatos autobiográficos u otra

penumbra: Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 195.

⁶⁵² Teodoro LLORENTE FALCÓ, *Memorias de un setentón, vol I*, Valencia, Federico Domenech, 2001, p. 23.

⁶⁵³ «Y este mismo femater, agradecido a los que asiduamente le daban la basura, en los días de Navidad obsequiábales con unos boniatos o una de esas calabazas que, al ser metidas en el horno, destilaban miel» (...) «establecía lazos de afecto entre la ciudad y el campo, y no era extraño el caso de que, por su intervención, se alcanzasen nodrizas y sirvientas y sugerencias para veraneos». *Ídem*.

⁶⁵⁴ Ver inicio del cap. 3.

⁶⁵⁵ Teodoro LLORENTE FALCÓ; *op. cit.*, p. 23.

⁶⁵⁶ A principios de los años 60, el oficio de femater era común entre las familias arrendatarias de localidades como Alboraya, si bien la obtención de despojos estaba más enfocada a la alimentación de piaras de cerdos, cuya carne luego se vendía. Pese a ello, es necesario un estudio exhaustivo de las relaciones sociales entre la huerta y la ciudad durante el período de autarquía. Jorge RAMÓN ROS; «A caballo entre lo rural y lo urbano. Figura y experiencia de los “fematers” en Valencia (1900-1960)» Comunicación presentada al *VII Congreso de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2019.

documentación generada a manos de ellos durante la Restauración (hecho que me impide interpretar la subjetividad de su *yo* y su *nosotros*) tampoco sería riguroso analizar su praxis construyéndolos, a la manera nostálgica de Azorín o Llorente, como un sujeto individual y colectivo pasivo, homogéneo y carente de voz o voces. Ahora bien, ¿es legítimo y ético referirse a los *fematers* y las verduleras del Mercado, en un contexto geohistórico muy distinto como es el de la Restauración en València, como sujetos subalternos? ¿Hasta qué punto agruparlos bajo ese concepto ayudaría a creernos que desean esa identidad y forzaría nuestras explicaciones?

En anteriores capítulos he advertido que las huelgas de 1878 y 1882 ya habían desencadenado comportamientos colectivos, como la conversión de la plaza del Mercado en espacio de lucha temporal contra las autoridades o la creación de mercados alternativos como mecanismo de presión. Cabe advertir que, entonces y en 1900, la prensa general trataba las movilizaciones contra los cambios introducidos por el municipio, pese a su mayor o menor afinidad con sus reivindicaciones, en términos de “rebeldes primitivos”. Dicha concepción, que alumbró, en paralelo a los procesos de éxodo rural y mecanización del campo, la mayoría de los estudios agrarios hasta los años 70 del siglo XX, ya fue criticada por James C. Scott por su esencialismo⁶⁵⁷. Ahora bien, tampoco resultaría apropiado otorgar en esta investigación el mismo significado político a cualquier praxis analizada como “resistente”, dado que las connotaciones, motivaciones e intensidades de ésta suelen ser múltiples y variables. En un caso concreto como es el de la serranía de Cuenca, Óscar Bascuñán ha reflexionado sobre los problemas que, a su juicio, comportaba la generalización de las “formas de resistencia” propuestas por Scott:

«La condición de resistente quedaba relegada a la lucha por la supervivencia de los más débiles, mientras que apenas se encontraban razones para la resistencia en aquellos otros que ocupaban una mejor posición social y sus infracciones, si las cometían, eran interpretadas únicamente bajo la lógica de la apropiación individual.»⁶⁵⁸

Además, con independencia de la legalidad o la legitimidad de la acción, puede ser muy problemático atribuir acríticamente desde el presente la condición de

⁶⁵⁷ Las lecturas de James C. Scott sobre las raíces de los comportamientos políticos del campesinado revolucionaron los estudios sobre el mundo rural contemporáneo, otorgándole a los sujetos agrarios desfavorecidos un papel mucho más activo en las relaciones de poder a través de las “formas cotidianas de resistencia campesina” y, en concreto, los discursos ocultos en los que se simulaba deferencias. James C. SCOTT; *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ediciones Era, 2000, pp. 41-70.

⁶⁵⁸ Óscar BASCUÑÁN; «¿Resistencia campesina o delincuencia? Los ilegalismos en los montes de la Sierra de Cuenca», *Historia Social*, nº 77 (2013) p. 98.

“resistente” a múltiples tipos de protesta en la huerta, desde la tala de un campo hasta el bloqueo de una carretera, pasando por una huelga o concentración, y a sujetos con distintos estatus de poder y escalas de distinción social. En el caso de València, se trataba de un período en el que un número creciente, pero minoritario, de labradores arrendatarios estaban accediendo a la propiedad de las tierras que trabajaban y fertilizaban. Con datos elaborados a partir de registros de la propiedad, Samuel Garrido ha elaborado una serie de gráficas (anexo documental) sobre la titularidad y procedencia de los propietarios de tierras de Alboraya (Horta Nord) y la superficie regada por la acequia de Faitanar (al sur de la ciudad). Según el autor, estos indican a largo plazo una progresión en el acceso a la propiedad privada por parte de vecinos del pueblo, interpretada en clave de ascenso social⁶⁵⁹. El nacimiento de la Sociedad de Agricultores de la Vega de Valencia (SAV) analizado en el siguiente subcapítulo, se produjo en los inicios de una ola de cooperativismo agrario con un complejo encaje interno entre poseedores y desposeídos. En 1901, diversas asociaciones, cámaras agrarias y cajas rurales habían formado la Federación Agraria de Levante. En la primera década del siglo, este organismo estuvo, según Martínez-Gallego, especialmente activo en cuestiones arancelarias, abonos y de crédito agrario, pero el autor no ofrece referencias a su extracción social o debates internos⁶⁶⁰. Por ello, son necesarias más investigaciones sobre los ritmos e implicaciones de esta promoción de la propiedad privada en el tipo de plataformas creadas y sus reivindicaciones. Sobre todo, en un momento en el que el sindicalismo agrario socialista, anarquista y católico no contaba con el grado de movilización que alcanzaría al término de la Gran Guerra.

En vistas de esta amplia gama de grises, dos cuestiones recorren mi interpretación de la nueva ola de conflictividad agrourbana entre 1901 y 1903. Primero, ¿a qué obedecían y cómo articulaban inorgánica y orgánicamente los fematers y las labradoras-vendedoras sus movimientos y acciones de presión y vindicación de sus necesidades? Y segundo, ¿cómo respondería un Ayuntamiento cambiante en un contexto de agitación política y de “lo político”?

⁶⁵⁹ Samuel GARRIDO; «La ley de la costumbre. Arrendamientos rústicos y derechos de propiedad en la Huerta de Valencia (siglos XIX y XX)» *Ayer*, nº 88, 4 (2012) p. 165.

⁶⁶⁰ Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; *Esperit d'associació. Cooperativisme i mutualisme laics al País Valencià, 1834-1936*, València, PUV, 2010, pp. 235-236.

4.3 La movilización agrícola organizada en la ciudad: la Sociedad de Agricultores de la Vega y sus disputas en el espacio público y los medios (1901-1903)

El 3 abril de 1901, la prensa generalista de la ciudad inauguraba su crónica local haciéndose eco de una decisión del gobierno municipal, en manos del turno dinástico pese a la mayoría republicana del pleno⁶⁶¹. Con el voto en contra del representante conservador, el consistorio había introducido un peaje diario de 15 céntimos sobre cada carro agrícola que se adentrara en el término de València. De ese modo, las autoridades establecían una distinción entre los carruajes y sus dueños según su origen y proximidad a la ciudad. En este sentido, la justificación pública de dicha medida no tardaría en llegar. Al día siguiente, alcaldía emitía un bando en el que llamaba a la calma a los habitantes de la huerta en huelga, fuesen de donde fuesen, argumentando la inconveniencia de sus protestas del siguiente modo:

«Los carros que han de pagar son los de los pueblos que no pertenecen a Valencia, porque no es justo que vosotros [los huertanos del término] paguéis, como venís pagando un impuesto al año, y ellos no paguen nada, siendo de peor condición los de Valencia que los forasteros, y aun respecto a estos, la Alcaldía está dispuesta a cobrar el arbitrio en forma que no les sea tan gravoso.»⁶⁶²

Así pues, la alcaldía se presentaba a sí misma ante su campesinado, aludido en el encabezamiento del bando, como la reparadora de un hipotético agravio comparativo que éstos debían agradecer. En consecuencia, cualquier conato de conflicto sólo podía atribuirse públicamente a un ente indefinido: ajeno, pero a la vez, próximo a sus destinatarios. «Espero, pues, que los huertanos no darán oídos a las gestiones que cerca de ellos se hagan para que promuevan conflictos». Y para concluir, cerraba con un mensaje cuya interpretación es ambigua. Ya en marcha la huelga, la conciliación semejava más bien una amenaza para sus participantes:

«No dudo que mis consejos serán atendidos, pues así conviene a todos los huertanos de Valencia porque a ellos nada les exige, y a los huertanos forasteros porque si han de conseguir rebaja en el arbitrio ha de ser formulando sus pretensiones en forma legal, no dejando de entrar en la Ciudad y, sobre todo, no promoviendo algazara alguna.»⁶⁶³

Mientras tanto, y de manera similar a 1882, la alerta mediática suscitada por los principales periódicos giraba en torno al problema que, a su juicio, podía suponer el desabastecimiento de productos hortofrutícolas en plena Pascua si el entorno de la

⁶⁶¹ La Ley de Municipios de 1877 sancionaba que los alcaldes fuesen nombrados por el rey entre los concejales de las capitales de provincia y los pueblos de más de 6000 habitantes, contando el gobernador civil con influencia sobre esas decisiones. Ley Municipal, *Gaceta de Madrid*, nº 277, 4 de octubre de 1877, p. 41.

⁶⁶² Hemeroteca Municipal de Valencia, bando del 4 de abril de 1901.

⁶⁶³ *Ídem*.

huerta organizaba una huelga. Mas en esta ocasión había una fuente de inquietud adicional. Ahora, la movilización agrícola había sido encauzada parcialmente por una asociación de reciente creación y arraigo. En abril de 1900, agricultores de dentro y fuera del término municipal habían constituido legalmente la Sociedad de Agricultores de la Vega⁶⁶⁴. El formulario del registro de asociaciones de la provincia de València, a cargo de Gobernación Civil, hace referencia a su inclusión como sociedad con el objetivo de «mejorar moral y materialmente la condición de sus asociados», cifrados inicialmente en torno a unos 300. Además de la localización de sus primeras sedes (en el antiguo distrito del Mercado) resulta curioso observar que, a diferencia de otras organizaciones inscritas, los escribanos de Gobernación se molestaban en actualizar continuamente sus domicilios, presidentes e incluso el número de personas asociadas⁶⁶⁵. De ese modo, sus 2317 personas asociadas en 1902 la convertirían, a tenor de los datos expuestos, en el colectivo agrario instituido con mayor volumen y crecimiento de miembros en el área metropolitana de València en aquella coyuntura⁶⁶⁶.

Con todo, esta información no ayuda por sí sola a inferir su arraigo territorial, sus conexiones políticas o la capacidad movilizadora que podía proporcionar semejante cantidad de agricultores afiliados. Para imaginar tales vertientes, resulta más sugerente interpretar otras huellas de su actividad, si bien limitadas a la documentación municipal y, sobre todo, las crónicas periodísticas que seguían algunas de sus prácticas. Durante las huelgas, algunos periódicos como *El Mercantil* o *El Correo* incidirían en la expectación y la participación multitudinaria de huertanos (siempre representados como varones) en sus asambleas, celebradas en grandes recintos en la ciudad como el Jai-Alai⁶⁶⁷. Si bien hay alusiones a comités permanentes de huelga, hay pocas referencias a su organización interna, a su financiación o a una agenda propia de actividades, por lo que es arriesgado tratarla en ese contexto como un sindicato agrario. A falta de otros

⁶⁶⁴ Hoy en día, la SAV pervive en forma de empresa pública de recogida de residuos callejeros. Pese a mantiene el nombre original, ya no está dirigida ni vinculada a la agricultura o a la Huerta. No me ha sido posible acceder a su documentación dado que, de acuerdo a ellos, no se ha conservado.

⁶⁶⁵ Es necesario indicar que este último dato no siempre era anotado, por lo que no conviene realizar conclusiones precipitadas al respecto.

⁶⁶⁶ Arxiu del Regne de València, fondo Administración Central Delegada, libro del Registro de Asociaciones nº 1 (1887-1911).

⁶⁶⁷ Inaugurado en la ribera norte del Turia en 1893, consistió en un pabellón dedicado, en principio, a la celebración de partidos de pelota vasca, con un aforo de 6500 personas. En su obra sobre los deportes en el espacio público de Valencia en la Restauración, Carles Sirera advierte de su abandono temprano por falta de espectadores. Su utilización por la SAV apunta a una reconversión del espacio, así como una búsqueda de la SAV de un lugar que permitiese acoger a sus más de 2000 personas asociadas. Carles SIRERA; *Cuando el fútbol no era el rey: los deportes en el espacio público de la ciudad de Valencia (1875-1909)* Valencia, PUV, 2008, pp. 68-80.

indicios, sería más apropiado definirlos como una plataforma reivindicativa. Que eso sí, les ayudaría a bloquear la circulación de personas y mercancías, aliarse con otros colectivos y, en última instancia, apropiarse del espacio público urbano para visibilizar y retroalimentar su praxis de manera efectiva.

Según la prensa, la SAV emprendería en los siguientes días acciones coordinadas con las vendedoras de fruta y verdura en el Mercado, a su vez labradoras. A falta de su testimonio personal, es difícil saber qué les empujaba a establecer ese tipo de alianzas. Ahora bien, teniendo en cuenta la compenetración con la que eran representados en prensa, cabía la posibilidad de que, con independencia de las relaciones afectivas o de parentesco que tuvieran, se identificaran mutuamente como sujetos marginados. De un modo parecido a los *fematers*, ellas también habían padecido la ridiculización mediática de sus movimientos y conversaciones en la calle, en este caso a manos de los redactores republicanos de *El Pueblo*:

«Las verduleras de entonces [de los años en los que el redactor aún iba a la escuela] se han vestido de seda, aunque les sienta mal, como a todas las señoras improvisadas, e iguales a estas hacen remilgos y dicen representar las clases conservadoras y hacen refír con sus pujos, de distinción, cuando aún apestan con su olor de origen»⁶⁶⁸

En un contexto de zozobra del turno dinástico en la ciudad del Turia, la voluntad de *fematers* y vendedoras en ir a la huelga volvía a ser una fuente de preocupación transversal para las autoridades políticas y la prensa, con matices según su implicación o posición. En concreto, el diario republicano blasquista establecía distinciones entre “aquellos que hacen política” y “la sencillez de los labradores”.

«Esto se sobreentiende que será mientras los huertanos se limiten a proceder como tales, defendiendo sus intereses con independencia y sin dar a su protesta un alcance político en favor de determinado partido.

Y decimos esto porque se nos asegura que ciertos elementos políticos, especialmente los carlistas, pretenden explotar este conflicto para sus fines electorales en Alboraya y Almacera (...) las canallascas mentiras que hacen circular contra los concejales de la Fusión, nos hacen ver que se pretende explotar esta agitación contra los republicanos, abusando de la sencillez de los labradores»⁶⁶⁹.

Cabe interpretar de sus declaraciones que los intereses y las acciones protagonizadas por los sujetos agrícolas estaban y *debían estar* al margen de la política municipal. El republicanismo blasquista, que a principios de 1901 no contaba con la mayoría absoluta en el consistorio pese a ser el grupo político con mayor representación, valoraba la movilización agrícola de una manera muy ambigua. Aunque

⁶⁶⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 2 de febrero de 1899.

⁶⁶⁹ «Los huertanos», *El Pueblo: diario republicano*, 5 de mayo de 1901, p. 2.

originariamente contrarios al cobro del peaje, sus narraciones periodísticas del conflicto aludían constantemente al peligro potencial de que la protesta huertana fueran instrumentalizadas por el movimiento carlista y los caciques rurales, quedando sus componentes como meros títeres.

Esta lectura del conflicto contrasta con la ofrecida por la redacción del diario liberal-demócrata *El Correo*. Dirigido por Ismael Rizo, novelista con cierta ascendencia en el entorno editorial de la capital (su obra había recibido críticas de Blasco por ser considerada plana⁶⁷⁰) representaba la huelga como una cuestión de índole económica y de reparación moral. De ese modo, no acometía contra la legitimidad de las tareas del femater: «defenderán sus intereses mientras estén convencidos de que mantienen un derecho respetable, y dejarán aparte su conciencia en lo que a política se refiere...»⁶⁷¹. Su análisis no se centraba tanto en las acciones de los colectivos agrarios, sino en cómo su renuencia a trabajar en la ciudad estaba repercutiendo en las condiciones materiales de las calles:

«La falta de los fematers hace que sea imposible durante la noche el tránsito por las calles de la ciudad. De todas las casas sacan la basura, que es imposible retener, y la colocan en mitad del arroyo. Los perros y los gatos hociquean en los montones de estiércol, lo esparcen por toda la calle, y el desdichado transeúnte se ve obligado a pisar basura, a resbalar y caer, a ensuciarse y respirar un hedor insoportable.

El Alcalde puede evitar este escándalo avisando a los vecinos que a determinada hora de la mañana coloquen la basura en la calle cuando pasen los carros de la limpieza pública.»⁶⁷²

En su crónica, parecía que, a medida que los desperdicios se acumulaban y esparcían, la movilidad humana y la seguridad personal decrecía, aguardando a una solución que debía venir de la mano de la alcaldía, la colaboración vecinal y los servicios municipales de limpieza.

Sin embargo, desde otro espectro político, *La Voz de Valencia* no era tan optimista respecto a las consecuencias que podía conllevar la prolongación del enfrentamiento en el seno del movimiento huelguista. Cercanos al catolicismo social y al carlismo, expresaban sus temores ante la desazón que, a su juicio, le habían causado «las idas y venidas, promesas y ofrecimientos» de la alcaldía. Un malestar que, en contraposición a la sencillez labriega y la exposición a la manipulación criticada por *El*

⁶⁷⁰ Aparte de los trabajos sobre la Renaixença, existen pocas investigaciones sobre las redes literarias de la ciudad, quizás eclipsadas por la obra y el carisma mediático de Blasco Ibañez. En una de las excepciones a esta regla, Rizo aparece citado como liberal canalejista que con sus novelas había intentado debelar el caciquismo y el anarquismo. Cecilio ALONSO; «Acerca del entorno editorial y literario de Blasco Ibañez en Valencia» en Manuel CHUST (ed.) *op. cit.*, pp. 285 y 297.

⁶⁷¹ *El Correo*, 29 de abril de 1901, p. 2.

⁶⁷² *El Correo*, 2 de mayo de 1901, p. 2.

Pueblo, podía dar pie a que «la laboriosa clase del campo comience a conocer y a poner en práctica ciertos procedimientos de cohesión y resistencia que, elevados a sistema, pudieran traer consecuencias muy funestas para el porvenir»⁶⁷³. Ahora bien, el autor no especificaba qué mecanismos de resistencia podían poner en marcha, por qué consistían en una amenaza y qué grupos sociales se beneficiaban de ese “porvenir” amenazado.

Es posible que la redacción de *La Voz de Valencia* tuviese presente la inserción, por primera vez, de la SAV y su voz oficial en los debates mediáticos. Así pues, la plataforma agraria había emitido un comunicado el 9 de abril que sería transmitido en primera plana por todos los periódicos de la capital, desde los conservadores de *Las Provincias* hasta *El Pueblo*, pasando por los republicanos moderados de *El Mercantil* y los liberales “demócratas” de *El Correo*. En él, concebía el carro no como un vehículo, sino como una herramienta inherente a su trabajo que no podía ser fiscalizada, comparando su situación con la de los obreros de la ciudad:

«Si el Excmo. Ayuntamiento acordara crear ese arbitrio sobre el palustre que maneja el albañil, sobre el banco del carpintero o sobre la lima del cerrajero, ¿no sería a la vez injusto y ridículo? Pues igual nos acontece a los labradores al pesar sobre el carro, un instrumento de trabajo, el arbitrio sobre el cual reclamamos»⁶⁷⁴.

A finales de abril, la llegaría finalmente al debate del consistorio municipal, en el que la alcaldía intentaría zanjar la cuestión insistiendo en la obligatoriedad del pago, si bien sólo debían pagar la tasa las personas que quisiesen vender más de 10 kilos de fruta y verdura⁶⁷⁵. No obstante, la evolución de la huelga requeriría la convocatoria de una sesión extraordinaria en la que sí que sería debatido el importe y la conveniencia del impuesto. Pese a que simplemente podría haberse resumido como una reunión consistorial en torno a una reivindicación fiscal, en el relato del escribano no sólo importaba el contenido de los debates suscitados en el interior de la sala, sino el ambiente de hostilidad que permeaba sus puertas. O al menos, ésta es una forma de dar sentido hoy a la manera en la que el ayuntamiento oficializaba la versión de los hechos:

«la Alcaldía aceptó a su vez la indicación del sr Taroncher, y designó a este y a los Sres Montesinos, Rubio y Simó para que convencieran al público de la necesidad de guardar orden y eligieron a seis individuos, que eran los más que podían caber en el consistorio. Suspendióse la sesión por breves

⁶⁷³ *La Voz de Valencia*, 4 de mayo de 1901.

⁶⁷⁴ «Los huertanos—Petición al Ayuntamiento» *El Mercantil Valenciano*, 9 de abril de 1901.

⁶⁷⁵ Además, reconocía que «los labradores y cosecheros en general de productos que se obtengan dentro del término municipal pueden vender sus cosechas en los campos, en sus casas o en la vía pública (...) estando exentos del pago del arbitrio si se tratara de géneros destinados a la exportación, pero no si se destinan al consumo de la localidad». Ahora bien, ¿cómo discerniría el gobierno municipal semejante detalle? AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 29 de abril de 1901.

momentos con objeto de que dichos señores pudieran cumplir su encargo y regresaron estos después sin que sus exhortaciones hubieran conseguido moderar la actitud del público, que seguía pugnando por penetrar en el salón y en actitud tumultuaria»⁶⁷⁶

A través de una narración entrecortada, el escribano municipal retrataba la sala de juntas como un espacio de deliberación racional asediado por labradoras y labradores desde la calle, con concejales conservadores levantándose de su silla argumentando que «no era posible discutir y votar este asunto con la libertad necesario en toda clase de deliberaciones»⁶⁷⁷. Si bien no hay testimonios provenientes de cada grupo político participante, también existe la posibilidad de que esta representación amenazante fuese alentada por una coyuntura de crecientes suspicacias de los concejales hacia la naturaleza de las protestas. Es en este punto donde podría entenderse que, pocos días antes de este pleno la redacción de *El Pueblo*, que se había sumado inicialmente a la reivindicada supresión del impuesto sobre los carruajes agrícolas, hubiera matizado a qué tipo de labrador quería defender⁶⁷⁸. A ello cabe sumar un contexto de detenciones de huertanas, tras ser acusadas de desvalijar los puestos de varias revendedoras en el Mercado, y de labradores que habían intentado boicotear el sacrificio de reses en el Matadero⁶⁷⁹. Tanto en 1901 como 1902, la extensión geográfica del malestar en la huerta norte de la urbe parecía ser notable, si bien con un foco más o menos claro en Alboraya y la partida de San Lorenzo (mapa adjunto en anexo 4.1).

Dadas estas situaciones de evidente contacto con la prensa y las autoridades, ¿cómo era posible que la capacidad de acción y de defensa de reivindicaciones propias de agricultoras y agricultores fuese puesta en duda por el republicanismo blasquista? Con independencia de los rumores de su utilización como títeres del carlismo, existen pocas formulaciones más complejas que permitan explicar esta paradoja. Una de ellas, quizás, aparece con un cariz muy esencialista en la columna del periodista Luis Morote⁶⁸⁰. Vinculado a principios de siglo a la Fusión Republicana, Morote poseía cierto crédito entre los círculos del reformismo social laico. De acuerdo a este político y periodista valenciano asentado en *El Herald*, propiedad de su amigo Canalejas, los habitantes de la Huerta «nacían con la espalda encorvada. La primera palabra que

⁶⁷⁶ AHMV, actas del pleno consistorial, 6 de mayo de 1901.

⁶⁷⁷ AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 6 de mayo de 1901.

⁶⁷⁸ Ver cita 78.

⁶⁷⁹ *El Pueblo: diario republicano*, «Los Huertanos» 5 de mayo de 1901, p. 1.

⁶⁸⁰ Colaborador puntual del periódico blasquista, había ganado prestigio cubriendo para *El Liberal* la guerra de Cuba. Elegido efímeramente como diputado en el Congreso por un distrito cubano en 1898, volvería a intentar acceder a la cámara presentándose por la candidatura republicana en Valencia en 1901, sin lograr el escaño.

aprenden es la de “amo”»⁶⁸¹. Según estas afirmaciones, sostenidas en un artículo del 7 de abril de 1901, las relaciones de poder entre dominados-dominantes habían sido interiorizadas por los habitantes del mundo rural hasta el punto de anular su voluntad individual en cuerpo y alma. Así pues, ellos no podrían escapar de la visión panóptica del propietario y del Estado⁶⁸² porque eran «esa masa inmovible, estratificada, burguesa por esencia, presencia y potencia de los rurales»⁶⁸³. Situación pesimista que el autor extrapolaba al resto del continente:

«Jornada de las ocho horas, fijación de un minimum de subsistencias necesarias a la vida, abolición del salario, fundación de la sociedad futura sobre la base de la inteligencia y del trabajo, todos esos problemas que se plantean a la masa obrera son hoy por hoy logogrifos, mitos, misterios para la mayoría inmensa de los campesinos de toda Europa.»⁶⁸⁴

Este planteamiento rígido contrasta con su implicación en esos momentos en proyectos junto a la hornada de reformistas asturianos o el propio Canalejas, que desembocarían en la creación del Instituto de Reformas Sociales en 1903⁶⁸⁵. La subyugación caciquil con la que identifica a las poblaciones agrarias próximas a València parecía justificar para Morote la imposibilidad de introducirles en un marco estatal legislativo de protección laboral y de derechos sindicales en talleres y fábricas. Mientras tanto, él se mantenía a la espera de una supuesto «alzamiento racional con una bandera y una finalidad. Labor lenta y constante de adoctrinar a las multitudes agrarias es esta labor»⁶⁸⁶. Empero, si tal era el grado de sometimiento y consentimiento de labriegos y labriegos, ¿cómo explicar su capacidad organizativa (que trascendía el sindicato de la SAV y los límites entre lo urbano y lo rural) la duración del conflicto y la heterogeneidad de las réplicas que estaban recibiendo desde la prensa y las autoridades?

Con el acuerdo fiscal y la liberación de los labradores y las vendedoras detenidas, la finalización de las protestas hacia mediados de mayo parecía ser un hecho: pero no por ello la controversia política terminaría. De hecho, la confusa conclusión del pleno

⁶⁸¹ Luis MOROTE; «Los Huertanos», *El Pueblo: diario republicano*, 7 de abril de 1901.

⁶⁸² En un contexto muy distinto como es de la isla de Irlanda (dadas las relaciones semicoloniales, la hambruna de 1845-1849, etc.) David P. Nally ha sostenido cómo, a mediados del siglo XIX, los intentos por configurar una clase de agricultores a medida de los intereses comerciales de la metrópoli británica estaban ligados a una percepción del labrador pobre como «obstáculo humano». David P. NALLY; *Human Encumbrances: Political Violence and the Great Irish Famine*, Notre Damme, Notre Damme Press, 2011.

⁶⁸³ Luis MOROTE; «Los Huertanos»...

⁶⁸⁴ *Ídem*.

⁶⁸⁵ Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN; *Luis Morote: la problemática de un republicano (1862-1913)* Barcelona, Castalia, 1976, pp. 95-101.

⁶⁸⁶ Luis MOROTE; «Los Huertanos»...

del día 6 de mayo y la redacción de su acta fue el pretexto propicio para que carlistas, conservadores y republicanos entablaran una discusión sobre a quién correspondían los méritos del aparente final de la huelga. Los cruces de acusaciones, que incluían sacar a colación descalificaciones al alcalde como «pastelero» o «de monterilla», no serían óbice para cerrar el asunto, al menos en sesión pública⁶⁸⁷. Sin embargo, la negociación política no parecía contar con bases sólidas para resolver un conflicto que, con el paso de los meses, volvería a encontrarse.

Durante diciembre de 1902, los labradores *fematers*, capitaneados nuevamente por la SAV, volverían a tomar las calles del casco antiguo en alianza con las huertanas vendedoras en contra de un consistorio que, ahora sí, poseía mayoría absoluta de concejales de Fusión Republicana. Un nuevo episodio de protestas se había desatado, pero con un origen menos localizado en una reivindicación concreta. Por lo que he podido inferir a través de las actas municipales y la prensa, Adolfo Beltrán, concejal de Policía Urbana y líder de Fusión Republicana en la corporación, les había propuesto en junio de 1902 encargarse del servicio de limpieza pública a través de un contrato escrito que encauzara las prácticas consuetudinarias existentes⁶⁸⁸. Quizás creyendo aprovechar una ventana de oportunidad (los prolegómenos de la Feria de Julio, momento de especial afluencia de visitantes a la ciudad) una confluencia de colectivos agrarios y sociedades de carreteros presentaron un listado de exigencias a la comisión de este ramo. Éstas fueron recogidas íntegramente por *La Voz de Valencia*⁶⁸⁹, por lo que dada su extensión, he preferido reproducirlo en el apéndice documental. (anexo 4.2.).

En perspectiva, la importancia de este comunicado reside en ser una de las contadas ocasiones en que las demandas de las organizaciones agrarias tendrían una resonancia explícita en las planas de un diario a lo largo del conflicto intermitente, sin pasar por resúmenes o conjeturas de las redacciones. Tres aspectos resultan especialmente sugerentes para entender la evolución de las tensiones entre las autoridades municipales y las comunidades de la Huerta. En primer lugar, el contenido de las demandas no se reduce a una cuestión fiscal. Más bien, la lucha contra el arbitrio parece convertirse en la coyuntura propicia para introducir otras demandas “históricas”

⁶⁸⁷ AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 13 de mayo de 1901.

⁶⁸⁸ AHMV, actas de la Comisión de Policía Urbana, 27 de junio de 1902 y *El Pueblo, diario republicano*, 28 de junio de 1902.

⁶⁸⁹ Para introducirlas, el noticiero católico no dudaría en afirmar ser el único medio que las citaba íntegramente, según ellos, «para que pueda formarse cabal concepto del asunto» *La Voz de Valencia*, 29 de junio de 1902, p. 1.

como, por ejemplo, la segregación de espacios y funciones entre revendedoras y huertanas en el Mercado⁶⁹⁰. Y en segundo lugar, el hecho de estar firmado por representantes de diversos colectivos agrarios permite intuir que, además de la SAV, el norte de la Huerta contaba con una autonomía y presencia organizativa que coincidía a grandes rasgos con la procedencia de las personas detenidas en mayo de 1901 (mapa anexo 4.1.). No obstante, a falta de mayor documentación con la que rastrear la actividad de las sociedades de labradores de Alboraya y Meliana, es complicado aventurar cómo se articulaban en estos municipios. Y en relación a este factor, quedaría pendiente explorar las conexiones de estos colectivos con otros grupos sociales u oficios tangencialmente implicados en estas movilizaciones, tales como las sociedades de carreteros adscritas en el manifiesto.

De todas formas, si la intención de este comunicado era regularizar por la vía legal el trabajo y modo de vida de los huertanos y huertanas en la ciudad, la iniciativa cayó en saco roto. Al día siguiente, *La Voz de Valencia* anunciaba que el consistorio había rechazado por unanimidad estudiar estas propuestas hasta la confección de los presupuestos municipales para 1903. Y cuando las cuentas no recogieron las reivindicaciones de los grupos movilizados en la Huerta, el conflicto se reanudó e intensificó. Con ello, la cobertura y el debate periodístico sobre la conflictividad agraria en la ciudad se reabrían con algunas particularidades. A los lugares comunes antes citados, *El Pueblo* sumaba ahora una representación mediática de estos sujetos como entes externos privilegiados que se adentraban y aprovechaban de la ciudad y el consistorio para realizar sus labores cotidianas:

«Se sigue respetando la costumbre de los fematers, que se llevan el mejor estiércol, ensucian las calles, entran y salen a la hora que les da la gana y no guardan ninguna de las reglas de aseo e higiene más elementales.

En ninguna otra población de España se conoce eso de los fematers. El producto del estiércol de las habitaciones sería suficiente para costear un servicio perfecto de limpieza pública en Valencia, como se hace en todas partes»⁶⁹¹.

Así pues, las quejas del diario republicano parecían estar basadas en una percepción del *femater* como un grupo social que debía estar al servicio de las necesidades higiénicas de los vecindarios de la ciudad. Y si éste no se llevaba a cabo, su presencia e interacción con la capital del Turia cobraba tintes amenazadores para el

⁶⁹⁰ Precisamente, la detención de las huertanas en mayo de 1901 por Gobernación Civil había sido motivada por el choque entre éstas y las revendedoras en el Mercado. Ver capítulo 3.3.

⁶⁹¹ «Los huertanos» *El Pueblo*, 9 de diciembre de 1902, p. 1.

propio gobierno de la misma, asociado a la circulación regulada de personas y mercancías⁶⁹².

Sin embargo, la excepcionalidad que el republicanismo blasquista atribuía a este grupo social en el Estado español no era tal. En ciudades como Murcia, en las que también eran relevantes las interacciones socioeconómicas entre su población y la huerta circundante, también hay constancia de la labor desempeñada por huertanos en la recogida de residuos orgánicos. De hecho, de acuerdo a María Teresa Pérez Picazo, esta urbe no contaba a finales del siglo XIX con servicio municipal de limpieza, por lo que el acopio labriego de inmundicias en calles y fosas sépticas de las viviendas para fertilizar sus parcelas y alimentar a su ganado jugaba asimismo un papel higiénico⁶⁹³.

A lo largo de diciembre de 1902, y al igual que en el año anterior, las crónicas de este diario, *El Mercantil* o *El Correo* destacarían desde distintos ángulos, al igual que en el año anterior, la vertiente irracional, violenta y expansiva de las movilizaciones agrícolas. Por un lado, a través de denuncias de las talas de campos y los cortes de caminos en las afueras. Y por otro lado, respecto al centro urbano, rechazaban la sustitución de la compra-venta en el Mercado por otro tipo de usos del espacio público. Una muestra de esta tendencia la ofrece *El Correo*, que iniciaría su primera crónica de la reanudación del conflicto con el provocador título de «Valencia invadida por los labradores». Para los redactores del diario liberal-demócrata, una invasión agrícola suponía convivir con una diversidad de manifestaciones públicas alejadas de la distancia y el aislamiento sensorial entre cuerpos que en otros contextos, han sido analizados como señas de respetabilidad urbana⁶⁹⁴. Así pues, el disparo indiscriminado de cohetes en plena calle era supuestamente dirigido por «algunos chiquillos y huertanos amigos de estas diversiones» y a la vez, era asociado a la expulsión de unos transeúntes pacíficos que nada tenían que ver con la huelga. O el propio destrozo de las frutas y verduras contra el suelo adoquinado de la plaza «haciendo imposible el tránsito»⁶⁹⁵.

⁶⁹² Un ejemplo de exploración del vínculo entre circulación y gobierno en el desarrollo de metrópolis británicas lo propone Richard DENNIS, *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 39-40.

⁶⁹³ María Teresa PÉREZ PICAZO; *op. cit.*, pp. 108-110.

⁶⁹⁴ Simon GUNN: *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester University Press, 2007, pp. 76-77 y Chris OTTER: "Making Liberalism Durable: Vision and Civility in the Late Victorian City" *Social History*, vol. 27, nº 2 (2002) p. 2.

⁶⁹⁵ «Valencia invadida por los labradores» *El Correo*, 6 de abril de 1901.

Es en estas idas y venidas donde he advertido un segundo fenómeno además de los llamamientos de la prensa general para que los agricultores defendieran sus intereses «sin finalidad política alguna»⁶⁹⁶. Tanto en los relatos sobre la huelga en la Pascua de 1901 o la de diciembre de 1902, los redactores incidían en la anormalidad de los usos del espacio del Mercado y sus alrededores en la huelga de una manera que puede traer a la memoria el desorden de los objetos y sujetos que había denunciado Robert en 1883⁶⁹⁷. Las corredurías en la plaza del Mercado y las frutas y verduras, pisoteadas y esparcidas por el suelo centraban la atención de los periodistas de *El Pueblo*, pero también de *El Mercantil* y *El Correo*. Frente a este panorama, la guardia municipal del distrito del Mercado era retratada como una especie de espectador pasivo e inútil: «Desde luego que se contaba con la más absoluta impunidad. Los municipales y policías se limitaban a desempeñar el papel de curiosos»⁶⁹⁸. En perspectiva, es plausible plantear que el espacio público del centro histórico y con él, el Mercado, fue convertido por el diario republicano durante las revueltas en un paraje extraño a la urbe. Pero vaya por delante que esta "espacialización" de los sujetos y comportamientos sospechosos en torno a las áreas comerciales/agrarias de la ciudad no es ni mucho menos peculiar de València.

Por ejemplo, la prensa satírica conservadora madrileña proporcionaba también relatos oscuros en ese período sobre el extrarradio de Cuatrocaminos, un entorno en el que persistían determinados usos agrarios del territorio⁶⁹⁹. No obstante, a diferencia de la capital del Estado, las movilizaciones agrarias criticadas en València no sólo se desarrollaban en las afueras, sino en el mismo centro urbano en el que los blasquistas habían impulsado sus rituales y procesiones cívicas desde sus inicios como movimiento. En otros contextos como el de Barcelona, Chris Ealham interpretaba el conflicto de 1903 en los mercados en torno a los impuestos sobre los alimentos como una lucha de clase de las vendedoras ambulantes que «se amotinaron, haciendo añicos las ventanas de las tiendas de los comerciantes más ricos»⁷⁰⁰. Y en una ciudad hortícola como Alicante, una situación similar a la de València pero con protagonistas políticos y

⁶⁹⁶ *El Pueblo: diario republicano*, 5 de mayo de 1901.

⁶⁹⁷ Ver cap. 2.1.

⁶⁹⁸ «Valencia invadida por los labradores» *El Correo*, 6 de abril de 1901, p. 1.

⁶⁹⁹ El oficio de traperero, uno de los más importantes en esa zona a finales del siglo XIX, guarda muchas similitudes con el de los *fematers* en lo referente a la reutilización de la chatarra y desperdicios orgánicos de las calles. Luis DE LA CRUZ; «Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño» en Mónica MORENO (Coord.); *Del Siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

⁷⁰⁰ Chris EALHAM; *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza, 2005, p. 74.

sociales diferentes ha sido investigada por Javier Olivares. En julio de 1896, una huelga de los establecimientos del pequeño comercio por motivos fiscales sería secundada en esta localidad por los puestos de venta pública del mercado (probablemente agrícolas una parte de ellos) hasta alcanzar la paralización casi total del distrito comercial de la ciudad. Según la prensa alicantina, estas movilizaciones consiguieron expulsar momentáneamente al alcalde conservador (que había ido a sofocar junto a sus concejales la revuelta) y las élites políticas de la ciudad:

«la intervención de un nutrido y abigarrado número de personas –gentes del pueblo, en palabras del redactor– conminando a los vendedores al cierre se dejó sentir rápidamente. La intentona del Barón de Finestrat de imponerse a “la muchedumbre” le valió “una lluvia de piedras, frutas y hortalizas” que ocasionaron heridos entre los miembros de la policía e hicieron peligrar la integridad física del alcalde.»⁷⁰¹

Curiosamente, aquí la Huerta circundante era contemplada como un lugar de refugio donde poseían su residencia las familias burguesas, y no como un foco de conflicto⁷⁰². En València, al calor de las movilizaciones por las guerras coloniales, las narraciones sobre un pueblo *dignificado* en la calle, constituido por las capas asalariadas y trabajadores por cuenta propia o comercios de barrio, habían tenido en algún momento, paradójicamente, por referente el distrito del Mercado⁷⁰³. ¿Lejos? quedaban las palabras de Blasco tras su primer gran triunfo electoral en marzo de 1898 en las que lo mostraba como un bastión de civilidad frente al «populacho»:

«Y justamente donde más votos he obtenido es en el distrito del Mercado, donde está el comercio, donde hay más instrucción, pues todos los vecinos saben leer y escribir; donde hay personas de posición sólida y verdadera, debida a su trabajo, con dinero contante y sonante que ya quisieran para sí muchos conservadores y hombres de orden...»⁷⁰⁴

Un lustro después, el entorno de la plaza ya no era retratado de una manera tan familiar por la prensa republicana, ni con los mismos protagonistas. Así pues, era reconstruido como un lugar en el que los procesos de compra-venta habían pasado a un segundo plano no sólo por el cese de todo flujo comercial, sino por la apropiación temporal de su geografía por la Huerta movilizada. Y esta toma, sumada a los boicots a los agricultores "esquiroles" y los cortes de caminos, era mostrada por los blasquistas como un acto alejado de cualquier idea de dignidad popular. Por ejemplo, para el diario

⁷⁰¹ Javier OLIVARES; *Comerciantes y políticos: Alicante, 1875-1900*, Alicante, Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación, 1987, p. 159.

⁷⁰² *Ibidem*, p. 161.

⁷⁰³ Ramir REIG; *Obrers i ciutadans: Blasquisme i moviment obrer*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1982, p. 320.

⁷⁰⁴ Vicente BLASCO IBAÑEZ; «Mi triunfo» en *El Pueblo: diario republicano*, 29 de marzo de 1898, p. 1.

republicano, los *fematers* parecían consistir poco más que un anacronismo molesto, representado como un cuerpo ajeno a la urbe, con privilegios económicos y cuyo acceso a la ciudad no contaba con ningún tipo de regulación. Y su negativa a formar parte del servicio de limpieza pública no había contribuido a mejorar la valoración de sus tareas:

«Se hizo esta consulta con el buen deseo de mejorar la limpieza pública, que en Valencia es deficientísima, porque se sigue respetando la costumbre de los *fematers* que se llevan el mejor estiércol, ensucian las calles, entran y salen a la hora que les da la gana y no guardan ninguna de las reglas de aseo e higiene más elementales. En ninguna población de España se conoce eso de los *fematers*»⁷⁰⁵.

Dos días después de la publicación de esta columna, el consistorio con mayoría blasquista (aunque dirigido por el alcalde nombrado por el gobierno del turno y a la expectativa de las elecciones municipales que iban a celebrarse ese mes) lanzó un bando que, sutilmente, contraponía el bienestar del vecindario a los labradores:

«Que el Ayuntamiento, en vista de la actitud de los labradores, ha organizado brigadas para recoger la basura de las casas. Al efecto, los vecinos, de diez a once de la noche, depositarán la basura en la vía pública, en el arroyo, junto al borde de la acera»⁷⁰⁶

Este bando saca a colación una vertiente ignorada en las columnas de prensa, los discursos públicos de las sociedades agrarias y los pronunciamientos municipales analizados entre 1901 y 1903. ¿Cómo se pronunciaban otros residentes y transeúntes de los barrios de la ciudad sobre estas controversias entre la Huerta y el consistorio? Excepto las aludidas denuncias de la prensa en nombre de peatones ideales cuya movilidad se reducía por el colapso de las calles, no hay posibilidades de sondear esta dimensión del conflicto. Y a diferencia de períodos anteriores, los escritos vecinales dirigidos a Gobernación Civil no han podido conservarse. En consecuencia, no es factible interpretar las experiencias de los habitantes del Mercado ante la huelga y los enfrentamientos con la policía, aspecto que hubiera enriquecido este capítulo.

Dicho esto, de la manera en que la corporación enunciaba el bando a los habitantes de la ciudad, éstos podían interpretar que la negativa de los *fematers* a recoger los desperdicios urbanos les comportaba dos contratiempos. Por un lado, obligaba al consistorio, presentado a sí mismo como aliado higienista de los vecinos (sin vinculación agraria) a invertir más en operarios y medios para evitar el bloqueo del tránsito, en un contexto hostil a la presión fiscal, bien fuera por consumos u otros

⁷⁰⁵ *El Pueblo: diario republicano*, 9 de diciembre de 1902.

⁷⁰⁶ «Se establece la recogida de basuras durante la huelga de los huertanos» *Hemeroteca Municipal de Valencia*, bando del 11 de diciembre de 1902.

arbitrios⁷⁰⁷ sobre inspecciones sanitarias, paradas en mercados, etc. Y por otro lado, esto implicaba que durante la huelga el vecindario tuviera que estar más pendiente de la brigada municipal de limpieza para vaciar sus depósitos, causándoles molestias adicionales.

Con el transcurso de las semanas y el incremento de la problemática en las calles, la prensa indicaba que se había abierto una vía de negociación entre el nuevo gobernador civil, Martos O'Neale, y la comisión que encabezaba la huelga, sin menciones explícitas a la implicación de las autoridades del consistorio. Mientras tanto, el hastío del republicanismo blasquista, en su versión más sensacionalista, llevaba a que la redacción de *El Pueblo* se autoerigiese en la voz de pleno consistorial. A juicio de ellos, «la sociedad de Agricultores de la Vega, desde que se fundó, no ha hecho más que discurrir cómo molestará, perturbará y perjudicará al Ayuntamiento. Parece fundada para eso exclusivamente»⁷⁰⁸. Pero mientras proporcionaban esta imagen polarizada, una serie de cuestiones quedaban en los márgenes de su enfoque. Entre ellas, que la división en los plenos de diciembre, ya patente entre la oposición carlista y la mayoría republicana, ahora empezaba a fragmentar la toma de decisiones de los propios grupos políticos. Y en consecuencia, el bloqueo del debate (y con ello, de la distensión) era una opción sobre la mesa, incluso en asuntos menores⁷⁰⁹. En paralelo, los sucesos en la Huerta seguía tratándose en las planas de *El Correo*, *Las Provincias* o *El Pueblo* como alteraciones de los flujos de personas y mercancías entre campo y ciudad, pero con diferentes enfoques según el origen de esa disrupción. El diario liberal-demócrata incidía en la extensión de las campañas matutinas de vigilancia de carreteras y detenciones de la Guardia Civil en el norte de la Huerta, sosteniendo que la intervención policial obedecía a rumores «de grandes grupos de huertanos en actitud nada pacífica». En contraposición, los blasquistas atribuían a la guardia civil un papel pasivo y hablaba de talas de campos en Foios, Meliana y Alboraya de agricultores no participantes en la

⁷⁰⁷ Esto incluye la recaudación proveniente de las inspecciones sanitarias, al acceso de los carros a la ciudad y, sobre todo, del pago de servicios públicos como alcantarillado, iluminación callejera o cargos sobre la propiedad privada (balcones, canalones, etc.) Joan Josep LÓPEZ I HERNANDO, *op. cit.*, pp. 127-128.

⁷⁰⁸ *El Pueblo: diario republicano*, 18 de diciembre de 1902, p. 1.

⁷⁰⁹ Por ejemplo, una de las demandas de las agrupaciones movilizadas en sus comunicados era la construcción de retretes en el Mercado para uso de las vendedoras. En el pleno, ante la propuesta de su ejecución por la comisión de Mercados, algunos concejales liberal-demócratas y blasquistas rechazarían, de modo infructuoso, legislar sobre esta materia, sota el pretexto de que «la actitud violenta de los huertanos revelada por coacciones y amenazas, impedía al Ayuntamiento resolver nada referente a ellos». AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 13 de diciembre de 1902.

huelga, de bloqueos de carreteras y de vuelcos de carros incontrolados, etc. Para ellos, «las coacciones y los atropellos cometidos ayer en campos y caminos y hasta en el Mercado, son escandalosísimos, y acusan descuido en la autoridad gubernativa»⁷¹⁰. Y con un lenguaje más contenido, *Las Provincias* hablaba incluso sin concretar de una orden de búsqueda y captura del alcalde de Alboraya a la fuga⁷¹¹. Rumores, versiones y percepciones distintas cuyos ecos más allá de la ciudad no ayudan precisamente a simplificar este panorama mediático⁷¹².

Sin embargo, sí que la movilización en la Huerta y su represión iba en paralelo a otros caminos de resolución del conflicto. Poco antes de las Navidades de 1902-1903, un nuevo contrato de limpieza pública era vislumbrado por el ayuntamiento como una solución. Ahora bien, de acuerdo a lo recogido en las actas, había cambios respecto a las propuestas de Adolfo Beltrán en junio de 1902. En esta ocasión, el resumen del debate sobre el contrato propuesto por la comisión de Policía Urbana giraba en torno a una cierta separación entre las labores de las brigadas pagadas por el consistorio y los fematers. En cuanto a los últimos, la alcaldía reafirmaba que su derecho de extracción de las basuras de los hogares «estaba reconocido por las ordenanzas municipales y por el presupuesto vigente»⁷¹³, pero nada decía de sus trabajos en la calle. Llegados a este punto, podría parecer que la indefinición estuviera influida por las críticas de los concejales y la prensa blasquista sobre los “privilegios” del femater en la recogida pública de desperdicios. O que, simplemente, la negociación con Gobernación no había abordado esta problemática.

Sorprendentemente (o no, dependiendo de cómo sea interpretado este *impase*) pocos días después, distintos diarios inauguraban su crónica local con la noticia de que el organismo que había solicitado encargarse del servicio de limpieza pública era, ni más ni menos, uno de los promotores de la huelga: la SAV⁷¹⁴. A priori, esta actitud podría englobarse dentro de una explicación de las huelgas de 1901 y 1902 como un

⁷¹⁰ *El Pueblo: diario republicano*, 17 de diciembre de 1902, p. 1.

⁷¹¹ *Las Provincias*, 18 de diciembre de 1902, p. 2.

⁷¹² Por ejemplo, *La Época*, uno de los principales periódicos conservadores de Madrid, relativizaba las proporciones de la huelga citando como fuente de información una serie de notas del Ministerio de Gobernación: «se habían exagerado algún tanto las noticias publicadas respecto al conflicto de huertanos en Valencia: que la unidad de propósitos entre estos se había quebrantado algo, y que los atentados realizados en las cercanías de aquella capital obedecían a venganzas personales». *La Época*, 18 de diciembre de 1902, p. 2.

⁷¹³ AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 13 de diciembre de 1902.

⁷¹⁴ *El Correo*, 2 de enero de 1903, p. 1.

modo pragmático de mejorar sus condiciones laborales y, en consonancia, regularizar de manera más clara su interacción con la ciudad. Sin embargo, es necesario insistir en que el conflicto había sido algo más que una disputa entre esta organización y el consistorio de València por cuestiones contractuales. La SAV había sido sólo una de las múltiples puntas de lanza de los movimientos agrícolas: y esta complejidad resurgiría de nuevo, siendo como de costumbre explotada por la prensa más contrariada por las movilizaciones.

El 5 de mayo de 1903, *El Pueblo* era el único medio en anunciar que «vuelve a agitarse la cuestión de los huertanos». El motivo aducido: que el alcalde de Alboraya, retratado a modo de cacique/rey, había contribuido a proveer de manera fraudulenta a sus «súbditos» de placas que los identificaban como huertanos de la capital ante una inspección de sus carros. Y al mismo tiempo, denunciaban que buena parte de ellos se negaban a pagar sus licencias bajo consejo de la SAV⁷¹⁵. Dos semanas después, ellos y otros diarios generalistas de València exponían que el consistorio había rescindido el contrato de arrendamiento de los servicios de limpieza pública concedido a la sociedad. Pese a ello, las razones de semejante decisión municipal no parecían proveer del plenario sino, por primera vez en público, de los enfrentamientos en el seno del colectivo. De acuerdo al diario conservador, la aceptación del contrato, presentado meses antes por *El Correo* como una solución acogida por los huertanos, había generado algo más que opiniones encontradas:

«Los huertanos se reunieron ayer nuevamente para ocuparse del arriendo de la limpieza pública, siendo desechado este contrato, y acordándose la expulsión de la junta que, a espaldas de los labradores, y tomando su nombre, lo concertó con el Ayuntamiento (...) Los fematers persisten en su huelga si no se les quita el arbitrio de estercolar...»⁷¹⁶

Con esta cascada de ceses y huelgas improvisadas, los corresponsales que cubrirían las siguientes reuniones de la SAV apuntaban a una crisis política y económica notable tras estos cambios:

«El presidente Lluch, expuso el estado económico de la sociedad, que no puede ser peor, por no existir fondos ni para satisfacer el alquiler de la casa social, puesto que la junta directiva saliente no ha dejado ningún fondo (...) Dio cuenta del acuerdo del Ayuntamiento, anulando el arriendo de la limpieza pública, hecho a espaldas de la sociedad y a nombre de ésta.»⁷¹⁷

«La directiva no había dejado ningún fondo en la caja, ni siquiera para satisfacer el alquiler de la casa social. Añadió que esto obligaba a los socios a buscar un local más modesto y a abrir una suscripción

⁷¹⁵ *El Pueblo: diario republicano*, 5 de mayo de 1903, p. 2.

⁷¹⁶ *Las Provincias*, 18 de mayo de 1903, p. 2.

⁷¹⁷ *El Pueblo: diario republicano*, 22 de mayo de 1903, p. 1.

al objeto de allegar algunos fondos, y proceder, sin levantar mano, a reorganizar la Sociedad, a base de establecer la más perfecta armonía entre todos los que viven del trabajo de la tierra.»⁷¹⁸

Esta palpable fragmentación interna sería una de las claves que explicarían una creciente tendencia mediática a representar a la SAV y los grupos agrarios movilizados no como sujetos que generaban temor, sino desde la fragilidad y el disenso institucional y social. Ahora bien, este no era el único factor que incidía en la crisis. A inicios del verano de 1903, la búsqueda de la armonía entre los trabajadores de la tierra citada en *Las Provincias* semejaba una quimera para medios como el diario blasquista, que atribuían el desborde de la sociedad ex arrendataria, con sede en la capital, a la influencia de los huelguistas del norte de la Huerta. En un contexto de agitación anticlerical por parte de Fusión Republicana en València, cualquier razón parecía suficiente para alegar que «el mal parte de Alboraya». Y probablemente, dicha maldad no se basaba sólo en criterios de penetración social de la huelga, sino en el repudio republicano del gran arraigo del catolicismo y sus vertientes políticas en esta localidad⁷¹⁹.

«Hay en Alboraya muchos vecinos inteligentes, gentes con sentido común que no tienen arte ni parte en este movimiento; pero existe allí una mayoría ignorante y fanatizada que obedece a ciegas a los carlistas, quienes le han sugerido odio a muerte al Ayuntamiento de Valencia. Esa mayoría de Alboraya, con otros elementos parecidos de Almacera y Meliana, se han impuesto a los huertanos del término municipal de esta ciudad, y en esto consiste la cuestión presente.»⁷²⁰

Sin entrar en estas valoraciones sobre las connotaciones políticas o el capital cultural de los huelguistas, la brecha geográfica entre la vega de València y los pueblos hortícolas se había asentado en otros medios como el liberal *La Correspondencia de Valencia*, que sostenía la neutralidad de los agricultores de la ciudad:

«La junta había invitado a dicha reunión a los huertanos de Alboraya, Almacera y Meliana, pero estos no han acudido.

Se ha hablado de la huelga de los fematers, acordándose en vista de que han quedado fuera de la Sociedad los agricultores de los tres indicados pueblos, mostrarse completamente neutrales en la cuestión de la basura, que no afecta a los huertanos de la Vega.»⁷²¹

Esta disgregación pudo repercutir en que, durante el verano de 1903, las acciones y los debates consistoriales sobre las huelgas de las labores agrarias en València ya no pareciesen sobre el papel tan rotundos y frecuentes como los de años anteriores. Las

⁷¹⁸ «Sociedad de labradores de la Vega» *Las Provincias*, 22 de mayo de 1903, p. 1.

⁷¹⁹ En su tesis, Javier Esteve ha señalado que, en las elecciones generales de 1901, sólo el carlismo en Alboraya «aportaba 654 de los 5546 votos obtenidos (...) en la gran circunscripción electoral que incluía la capital provincial» Javier ESTEVE MARTÍ: *La política antiliberal en España bajo el signo del nacionalismo: el padre Corbató y Polo y Peyrolón*, Tesis doctoral, Universitat de València, 2017, p. 214.

⁷²⁰ «Los huertanos y la limpieza pública» *El Pueblo: diario republicano*, 3 de junio de 1903, p. 2.

⁷²¹ *La Correspondencia de Valencia*, 28 de junio de 1903, p. 2.

fuentes existentes dan la sensación de que, por ésta u otras razones, la fuerza del movimiento huelguístico se estaba agotando paulatinamente. O al menos, ya no contaban con la misma legitimidad entre todos los labradores ni con la ocupación de espacios urbanos para efectuar. Ahora, el lugar de encuentro desde el que se articulaban las protestas se había desplazado al barranco de Carraixet, torrente que atravesaba la huerta al norte de València: «Algunos huertanos de la Vega procuraron calmar los ánimos, demasiado excitados; pero sus observaciones no encontraron eco»⁷²². Y, en paralelo, una parte de los concejales conservadores estaban alejándose de las posiciones más conciliadoras con las demandas labriegas que habían mantenido en 1901 y 1902⁷²³. Condición no suficiente, pero sí necesaria para reducir el impacto de las protestas. De hecho, el resultado desfavorable de los debates usuales sobre arbitrios y licencias para los *fematers*, a la larga, no precipitaría mayores movilizaciones en los siguientes meses. Así pues, los derechos de las vendedoras y los *fematers* y, en general, la influencia del campo en la ciudad dejó de ser un foco de atención para la prensa y las instituciones políticas por el momento.

De acuerdo al profesor Ramiro Reig, el balance de este ciclo intermitente de conflictividad se tradujo en una “victoria” del Ayuntamiento sobre los *fematers*, que finalmente veían reducido (sobre la ley) su radio en acción en las calles de la ciudad. Después de que el gobierno administrase directamente del servicio de limpieza pública entre 1904 y 1906, éste conseguiría zafarse de esta cuestión en 1907 arrendando esta labor a un licitador privado a cambio de 108.490 pesetas⁷²⁴. Resulta una incógnita saber cómo evolucionaría el *modus operandi* de los *fematers* tras semejante acuerdo. Cabe suponer que, a falta de ser los únicos actores en la limpieza y movilidad urbana, sus herramientas de presión y trabajo frente a las autoridades ya no eran las mismas: pero estas conjeturas requieren de otras historias que narrar e interpretar. Al margen de la pérdida o ganancias de derechos laborales y de utilización del espacio público, ¿sobre qué percepciones de lo político y de la ciudad habían girado estas movilizaciones agrarias?

⁷²² «La huelga de los huertanos» *Las Provincias*, 26 de agosto de 1903, p. 2.

⁷²³ AHMV, Actas del Ayuntamiento de Valencia, 24 de agosto de 1903.

⁷²⁴ Ramiro REIG: *Blasquistas y clericales...* pp. 350-351.

Conclusiones:

Irónicamente, si tenemos en cuenta el artículo «la Revolución de Valencia», uno de los principales protagonistas del «estercolero» de València había incordiado con otra “revolución material” a los blasquistas y el resto de sus élites políticas, defensoras de una reforma interior basada en una representación racional del espacio mediante la escuadra y el cartabón. Ahora bien, la praxis de labradoras y labradores en el entorno urbano no fundamentaba una propuesta coherente y cohesionada. De entrada, la diversidad de actuaciones, caracterizadas principalmente por su carácter efímero y sin un locus fijo, parecen evocar las prácticas espaciales de Henri Lefebvre⁷²⁵ o las tácticas⁷²⁶ postuladas por Michel de Certeau como microrroturas en las relaciones y la definición de los sujetos dominantes y dominados. Hablar de resistencias campesinas en la Huerta como un todo homogéneo con un objetivo común resultaría peliagudo en este caso.

En este sentido, me interesan más otro tipo de cuestiones, asociadas a las fronteras y disociaciones que fueron mutuamente tejidas en estas disputas y contactos. De hecho, estimo oportuno preguntarse si ha sido naturalizada con demasiada celeridad en las investigaciones académicas una brecha social o incomprensión creciente en los contactos entre la ciudad y su entorno. Según mi interpretación, las movilizaciones urbanas de las vendedoras y los fematers en València no sólo habían puesto en tela de juicio la distinción idealizada entre praxis campestres y urbanas cuestionada por William Cronon o Raymond Williams. No sin riesgos, estimo plausible plantear que esta pugna y resignificación de grupos sociales y usos del espacio había supuesto un cierto cuestionamiento de la representatividad y la *viabilidad* del gobierno republicano de la ciudad y su sujeto del “pueblo” a principios del siglo XX. En este sentido, cabe preguntarse si las reticencias blasquistas y liberal-demócratas para “reconocerse” en los movimientos agrourbanos y asimismo, negociar y valorarlos de manera más compleja, puede interpretarse como un conflicto político sobre qué contactos debían mantenerse

⁷²⁵ Henri LEFEBVRE; *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013, pp. 97-98. Pese a que estimo es necesario apuntar que Lefebvre no consideraba la obstaculización del tránsito rodado como una práctica espacial. Sin embargo, en el caso de los conflictos de 1901-1903 es clave para entender el rechazo que generan las praxis agrarias callejeras entre las autoridades municipales.

⁷²⁶ Certeau consideraba táctica como «un cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible (...) No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias (...) el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas». Michel DE CERTEAU; *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, 1984, p. xix.

entre lo urbano y lo rural (y la política del futuro frente a la del pasado) durante el primer decenio del siglo XX.

Durante las protestas que ver con una de las preocupaciones más transversales de los círculos intelectuales y políticos de la Restauración: la «cuestión social». Los redactores de *El Pueblo* zanjaban cualquier posibilidad de interpretarlo como un conflicto surgido por la desigualdad social entre patronos enriquecidos y obreros explotados al concebir el blasquismo (fuera y dentro del Ayuntamiento) como el legítimo representante de cualquier trabajador asalariado agraviado. «Si *El Pueblo* no tuviese la íntima convicción de que sólo se trata de ventilar un asunto de carácter político; si hubiera visto en esta cuestión algo que afectase al elemento obrero, desde el primer día se hubiera puesto al lado de la huelga, como ha hecho siempre»⁷²⁷. Si nos quedáramos con esta impresión, el campesinado de la ciudad de València semejaba quedar fuera de cualquier genealogía idealizada del pueblo obrero (identificado con lo urbano en sí) con la que legitimar su propuesta⁷²⁸, en la línea de la visión del ciudadano como primigenio converso⁷²⁹. No obstante, sería necesario un estudio del tejido asociativo blasquista y su praxis en la huerta (sin necesidad de centrarse en los momentos de fricción) antes de sacar conclusiones sólidas sobre supuestos arraigos y prejuicios en torno al mundo rural y el mundo urbano.

En resumen, considero que el análisis global y a caballo de lo urbano y lo rural (figurada y literalmente) de las huelgas agrourbanas ofrece explicaciones más complejas sobre el modelo blasquista de ciudad, sus justificaciones abstractas y los significados sociales de su “revolución” pendiente mediante la piqueta, tratados en el siguiente capítulo.

⁷²⁷ *El Pueblo: diario republicano*, 11 de diciembre de 1902.

⁷²⁸ Joan. W. SCOTT; «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de identidad» *Ayer*, nº 62 (2006) pp. 111-138.

⁷²⁹ Jesús IZQUIERDO, *op. cit.*, p. 628.

CAPÍTULO 5: ILUSIONES Y SILENCIOS EN LOS TRÁNSITOS A UNA “GRAN CIUDAD” (1903-1910)

5.1. Entre piquetas, tiros y ceremonias: la València “revolucionada” en la prensa y la literatura republicana

Durante el primer lustro de dominio blasquista de la ciudad, la “Revolución de Valencia” con la que Blasco había intentado cautivar a sus habitantes en 1901 se había erigido en emblema y horizonte político del republicanismo blasquista y de su excepcional hegemonía en un mar caciquil. O, al menos, ésa era la impresión triunfalista que, en perspectiva, *El Pueblo*, quería ofrecer a sus lectores a la altura de marzo de 1906 con un balance del ejercicio de los cuatro años de gobierno. No sin sacrificios, la “Revolución” era aclamada como un proceso en marcha. Y este panorama era confrontado con la actuación de consistorios previos, descritos como órganos inmovilistas, pero ahora desde otra posición de poder:

«Había que sacudirnos, que despertarnos; tal era la plácida calma de los ayuntamientos monárquicos que nadie alteraba la conventual tranquilidad moruna que se gozaba en la casa del pueblo. (...) Un partido, la Fusión Republicana, y un hombre, Vicente Blasco Ibañez, el maestro inolvidable, se propusieron transformar el alma y las carnes de nuestra ciudad; batallaron contra el costoso rutinarismo y la natural ordinariez que se había entronizado en la casa municipal (...) arrollaron cuantos obstáculos se presentaban, cada vez más insuperables y cada vez más encarnizadamente, hasta matar el maléfico espíritu de lo viejo, de lo anacrónico, de lo africano.»⁷³⁰

Esta concepción del ámbito político como una actuación local profunda que debía sobrepasar fronteras no era característica de València, sino que, de acuerdo a Ángel Duarte, era compartida por otros movimientos republicanos en ciudades en las que contaban con una fuerte ascendencia social y política:

«Podría afirmarse que, por activa o por pasiva, con entusiasmo o con resignación mal disimulada, el municipio devino el territorio mimado del republicanismo, la geografía más propicia para su desarrollo organizativo, para su expansión cultural e incluso para llevar a cabo significativos y prolongados ensayos de gestión administrativa.»⁷³¹

⁷³⁰ «La Revolución de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 12 de marzo de 1906, p. 1.

⁷³¹ Ángel DUARTE; «El municipio republicano: sostén de la democracia y refugio en la tempestad (algunas consideraciones catalanas y ampurdanesas)» en Carlos FORCADELL y M^a CRUZ ROMEO (eds.) *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, p. 102.

Ésta es, por ejemplo, una de las claves para entender la articulación de un patriotismo local en Castellón en torno al mito de una sempiterna urbe liberal⁷³². Y en el caso de la capital del Turia, esta labor también estaba estrechamente asociada a la transformación de la ciudad. El artículo de marzo de 1906 era presidido por un imponente dibujo del torso del novelista y político, como centro en torno al que giraba la estructura material del mismo, pero también la desglosada obra urbanística del blasquismo. Mejora de comunicaciones, implantación de alumbrado eléctrico, potabilización de aguas, creación de plazas, pavimentación y ensanche de calles...

«Y finalmente, realizada con escrupulosísimo cálculo económico y éxito colosal, la primera serie del empréstito de quince millones de pesetas, y unificada la anterior y escasa deuda del Municipio, hoy la piqueta demoledora iniciará los derribos en el barrio de Pescadores, calle de San Vicente y calle Mayor del Grao (...) Con la obra que hoy empieza, dentro de poco tiempo, el infecto barrio de Pescadores habrá desaparecido...»⁷³³

He aquí las que, probablemente, fuesen dos de las razones con las que justificaban semejante dosis de épica periodística. Por un lado, el pujante contexto económico que dibujaba la redacción era coronado por la aprobación de un préstamo de 15 millones de pesetas que, entre otros aspectos, iría destinado a la financiación del repertorio de obras públicas vigentes. Y por otro lado, este dinero podría desembolsarse en las intervenciones que, precisamente, esa misma semana habían dado comienzo. Al día siguiente, el diario republicano continuaba la crónica “revolucionaria” con la narración de las ceremonias municipales en torno a los derribos mencionados, encabezadas por los discursos del alcalde liberal Sanchis Bergón. La continuidad con la labor y memoria de Peris y Valero, gobernador civil progresista durante los primeros años del Sexenio⁷³⁴, era invocada:

«Peris y Valero —terminó diciendo— no ha muerto, porque su memoria perdura en el pensamiento de todo buen valenciano, y prueba de ello es que nosotros vamos ahora a seguir su meritísima labor comenzando los derribos que han de ensanchar las calles Mayor del Grao y San Vicente y han de destruir el barrio de Pescadores.»⁷³⁵

Sin embargo, las luces de estas primeras planas eran, más bien, un oasis o espejismo en medio de una época turbulenta para la población jornalera y los sectores

⁷³² Ferran ARCHILÉS; *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellanenc (1891-1909)* Castellón, Ajuntament de Castelló de la Plana, 2002, pp. 74-93.

⁷³³ «La Revolución de Valencia» *El Pueblo*: diario republicano, 12 de marzo de 1906, p. 1.

⁷³⁴ Líder del progresismo en la ciudad y tras la revolución de 1868, gobernador civil, Peris y Valero intentó promover en su mandato una cooperativa que crease el primer “barrio obrero” de la ciudad. Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGU; *Esperit d'associació: cooperativisme i mutualisme laics al País Valencià*, Valencia, PUV, 2010, pp. 200-201.

⁷³⁵ «La revolución de Valencia. La obra del Ayuntamiento.---Los derribos.—La lápida a Peris Valero» *El Pueblo*: diario republicano, 13 de marzo de 1906, p. 1.

más desfavorecidos de la ciudad. Por ello, cabe preguntarse si éstos estuvieron presentes entre «las salvas de sinceros aplausos, reveladores de que el pueblo valenciano se daba cuenta (...) de que principiaba definitivamente la transformación de la ciudad, de que se inauguraba al fin la suspirada era de trabajo y de reformas, bienhechora para todas las clases sociales»⁷³⁶. Pero además, este horizonte armonioso e interclasista subsumía las oleadas de conflictos agrouurbanos exploradas en el anterior capítulo e incluso las huelgas obreras entonces activas, tales como la del sector metalúrgico, los toneleros y los carreteros. Selectividad a la hora de hacerse eco de la conflictividad social que ha sido interpretada como muestra de las contradicciones del blasquismo como parte agitadora, en ocasiones, y parte afectada por estas movilizaciones⁷³⁷.

Mientras que la alcaldía y los sectores burgueses ligados a la RSEAP apostaban por la creación de la Asociación Valenciana de la Caridad⁷³⁸, la prensa blasquista preveía la participación de los jornaleros en las obras como un medio de superación del hambre en la ciudad, si bien desprovisto de toda connotación política. En una ciudad con una fuerte impronta agraria, las referencias al hambre estaban también probablemente justificadas por los últimos coletazos de la crisis finisecular de este sector. En el área de València, la gravedad de ésta ha sido relativizada por la historiografía económica en perspectivas a largo plazo, tratándola a modo de cambio del modelo productivo, con un mayor protagonismo de la economía exportadora y una nueva justificación del pequeño propietario⁷³⁹. No obstante, esto no puede obviar que el arrendamiento y la pequeña propiedad no englobaban una franja de población humilde que fluctuaba entre el trabajo agrario e industrial según las urgencias del momento.

Asimismo, las luchas de poder y personalismos durante el gobierno blasquista habían fracturado el republicanismo valenciano en dos bloques aparentemente

⁷³⁶ «La revolución de Valencia. La obra del Ayuntamiento.---Los derribos.—La lápida a Peris Valero» *El Pueblo: diario republicano*, 13 de marzo de 1906, p. 1.

⁷³⁷ Sobre las huelgas de 1906, Francisco Martínez Gallego y otros historiadores sostienen que buena parte de los talleres de fundición que habían parado las máquinas estaban dirigidos por prohombres del blasquismo como Juan Bort o Montañés, de la Primitiva Valenciana. Francesc A. MARTÍNEZ GALLEGO, Manuel CHUST y Eugenio HERNÁNDEZ GASCÓN; *Valencia, 1900: movimientos sociales y conflictos políticos durante la guerra de Marruecos, 1906-1914*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2001, p. 124.

⁷³⁸ En sus bases, este organismo amparado por el alcalde liberal y la RSEAP defendía como principal fin no la erradicación de la pobreza o la lucha contra los efectos de la crisis económica, sino «la desaparición del mendigo que implora la caridad pública», sin más medidas por el momento que una caja de recaudación. Fondo patrimonial de la RSEAP, caja 288, legajo XXI, sig. 12, 1906.

⁷³⁹ Salvador CALATAYUD; «Desarrollo agrario e industrialización. Crecimiento y crisis en la economía valenciana del siglo XX» *Historia Contemporánea*, nº 42 (2011) pp. 114-118.

irreconciliables en las instituciones, pero sobre todo, en las calles de la capital del Turia. El otrora lugarteniente de Blasco en el Congreso, Rodrigo Soriano, había empezado en febrero de 1903 (probablemente a raíz de un desengaño relacionado con su posición en listas electorales) una campaña de descalificación y crítica corrosiva a su anterior líder, presentándolo como “el sultán de la Malvarrosa”⁷⁴⁰. Para ello, no dudaría en rebuscar en el historial del líder republicano sus enfrentamientos con trabajadores y, en especial, recordar la huelga de los tipógrafos que trabajaron en *El Pueblo* en 1899. Así pues, las costuras del pueblo uniforme aclamado por los blasquistas eran abiertas y luego suturadas, pero en su contra:

«Esta huelga fue el primer chispazo en la ruina de Blasco. El pueblo vio claro; conoció el manejo, se percató de la evolución que hizo Blasco al pasar de apóstol socialista, a burgués acomodado y de este a jeque con palacio y todo. Así pudo engañar a aquellos pobres seres que sirvieron de escabel a su encumbramiento y que sin el más mínimo asomo de amor al prójimo, arrojaba contra las bayonetas de la Guardia Civil en todas las asonadas, mientras él (...) se dedicaba al dulce far niente, a ejercitarse en el tiro de pistola contra un maniquí (...) ¡Viva la república! Dice Blasco, golpeándose el estómago y pesando sus cien kilos; ¡viva la democracia!, señalando su palacio de la Malvarrosa; ‘viva la fraternidad!’»⁷⁴¹

La animadversión generada por el probado, aunque magnificado, nepotismo y prevaricación de la administración municipal blasquista⁷⁴² o estas ambigüedades respecto a los conflictos obreros sirvieron de artillería para el sorianismo, presentado como el verdadero republicanismo a batir. Para ello, se valieron de un ejercicio de violencia analizado más adelante, nuevos órganos de prensa (El Radical, del que no he encontrado ejemplares) ensayos como el anterior citado e incluso novelas que ridiculizarán no sólo la “Revolución” blasquista, sino a sus participantes. Prologada por Soriano y editada en la imprenta del citado diario, Lluís Bernat ficcionalizó en Casiquisme Roig la inmersión de un trabajador en las redes republicanas de “Hermópolis” tras obtener éstas el gobierno de la ciudad:

«Una vegá en la Casa Gran, en la qu’ entraren com a conquistaors, portant per pendó El Coco y per eixérsit un inmens partit popular, els nóus recheneraors de l’Hazienda municipal d’Hermópolis se dedicaren en cós y ánima...á fer lo mateix o pichor qu’els consechals monárquics qu’ els habien presedit (...) Se parlaba en tots els puestos de negosis en terrenos expropiats pera el Ensanche; de défisits escandalosos en els conters de fira; de transacions vergoñoses en l’empresa de gas y electricitat; de

⁷⁴⁰ Con independencia de sus connotaciones políticas, este calificativo se debe a que Blasco Ibañez poseía una mansión frente a la playa de este barrio costero.

⁷⁴¹ S. a.; *La verdad sobre la cuestión Blasco-Soriano*, Valencia, Imprenta de El Radical, 1903, pp. 62-63.

⁷⁴² Reig identifica ciertas prácticas sospechosas: nombramientos para plazas efectuados directamente por la comisión de personal, contratos adjudicados sin subasta previa, etc. Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1986, pp. 401-404.

arreglos verdaderamente criminales en la sociedad d'Aigües Potables, qu'estaba envenenando, lenta, pero continuamente, al vehinat...»⁷⁴³

Las ínfulas revolucionarias de don Ramón (personaje seguramente inspirado en Blasco) eran relativizadas por Bernat al contemplar su pasado como «tribuno popular, al cap dels seus vint anys de propaganda democrática»:

«La policía urbana, la higiene, les reformas, millores y ensanche de la capital permaneixien a la mateixa altura que trenta anys en arriere. Els vehins de poblats anexionats resientment a Hermópolis, prinsipalment els marítims, vivien com en un aduar africano: sinse alcantarillat, sinse llum, sinse higiene, esperant que quantsevol epidemia benhechora fera el favor d'emportarsels a tots el millor dia, pera acabar de viure entre tarquim e inmundisies.»⁷⁴⁴

A medida que su movimiento va adueñándose de las instituciones y las protestas callejeras, el mesianismo y la manipulación de los elementos populares se convierte en la tónica de la narración. En medio de la creciente polarización social, superpuesta con las luchas anticlericales, la obra terminaba con el desengaño personal y la muerte del protagonista, arrollado por «la chent», la guardia civil y la trama que Bernat había elaborado: «En mich del carrer había quedat estés un infelís obrer, chove, casi un chic, atravesat de part a part per una bala (...) el disparo el resibí casi a boca de jarro, quant alsaba els braços demanant als sevils que no dispararen sobre els sehues chermans». Ante estos hechos, Bernat toma la palabra a modo de narrador omnisciente y se pregunta:

«¿Qué s'había fet dels jefes, d'aquells jefes que habían estat predicantlos la guerra santa contra clericals i reaccionaris? ¿Qué s'había fet d'aquell ilustre don Ramón, cuyos discursos eren soflames revolucionarios? (...) ¿Qué s'había fet d'aquells consechals, que tan envalentonats se mostraban poc antes en el Consistori, allí ahon no había guardia sivil ni maüssers? ¿Qué s'había fet de tots aquells individuos, sempre disposts a figurar, a donarse importancia en mitins, banquetes y reuniones pasífiques?»⁷⁴⁵

Sin entrar en estos planos literarios, Reig trata la división republicana como «un “bluff” puramente coyuntural que se aprovecha del clima de intensa pasión política en torno al blasquismo y de la pasividad de la derecha que no presenta una batalla unida»⁷⁴⁶. Sin embargo, también alude al rebase de votos del sorianismo en los distritos agrarios de la ciudad (Museo y Vega) aspecto que merecería un estudio más detallado. Además, sólo unos días después de la conmemoración de “La Revolución de Valencia” y el repaso de su programa en *El Pueblo*, este diario publicaría la renuncia argumentada de Blasco a su acta de diputado, tras un tiempo de abstención en el Congreso. La pugna interna del republicanismo en València tenía también connotaciones estatales. La

⁷⁴³ Lluís BERNAT; *Casiquisme Roig*, Valencia, Imprenta de El Radical, 1904, p. 51.

⁷⁴⁴ *Ibidem*, pp. 28-29.

⁷⁴⁵ *Ibidem*, pp. 159 y 161.

⁷⁴⁶ Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales...*, p. 309.

coordinación que desde 1903 había ejercido la Unión Republicana de las distintas vertientes del republicanismo estaba resquebrajándose por múltiples costados. A la participación significativa de una parte de sus miembros en alianzas con la derecha regionalista (Solidaritat Catalana, con apoyo público de Soriano) se sumaba la tensión recurrente entre las tendencias más contemporizadoras y aquellas que exhortaban a la movilización en pro de una alternativa antidinástica⁷⁴⁷. Conflicto que, sin ofrecer detalles ni nombres, Blasco situaba tangencialmente en su despedida parlamentaria en 1906. Entre las razones aducidas de su marcha surgiría la falta de acción tras la oratoria parlamentaria y, con ello, de revolución:

«Ahora somos más numerosos que nunca: tenemos ayuntamientos enteros; contamos los casinos por miles; con las banderas del partido republicano podría formarse un inmenso bosque de percalina y seda (...) pero ni en broma se escucha ya a nadie que se crea prohombre hablar de la revolución. (...) De aquí mi retraimiento, mi escasa intervención en esa vida parlamentaria, que podrá ser buena para una preparación revolucionaria, pero se convierte en triste farsa cuando se prolonga meses y meses, años y más años sin que al trueno oratorio siga la acción...»⁷⁴⁸

Dejando de lado la proyección pública del republicanismo valenciano y en la línea de esta investigación, el diagnóstico de Reig eclipsa el clima y la articulación de la violencia desatada entre las facciones rivales en las calles de la ciudad. Sobre todo porque, curiosamente, ésta tomó un derrotero que evoca a las formas de la “guapeza valenciana” que una década antes había criticado el propio Blasco Ibañez en sus *Cuentos Valencianos*. Uno de los momentos culminantes de esta contienda pública se produjo entre julio y septiembre de 1905. Primero, con un tiroteo al tren del diputado republicano de vuelta de un mitin en Almàssera; y segundo, con otro intercambio de disparos en la noche del 11 de septiembre, éste desde el café Español. Muy probablemente, esta reyerta estaba relacionada con el resultado de las elecciones generales del día anterior, ganadas en el distrito de la ciudad por las dos candidaturas republicanas rivales. Ante ellas, presentándose como un observador exterior deseoso de paz, *Las Provincias* introducía su crónica apuntando que «en la lucha electoral del domingo, una inmensa mayoría de Valencia demostró estar conforme en que continúe el actual estado de cosas, tan perjudicial para nuestra ciudad»⁷⁴⁹. Los resultados electorales del republicanismo en sus dos vertientes ofrecían una victoria contundente que dejaba

⁷⁴⁷ Manuel SUÁREZ CORTINA; «La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931» en Nigel TOWNSON (ed.) *El republicanismo en España (1830-1977)* Madrid, Alianza, 1994, pp. 146-148.

⁷⁴⁸ Vicente BLASCO IBAÑEZ, «A mis electores» *El Pueblo: diario republicano*, 18 de marzo de 1906, p. 1.

⁷⁴⁹ «Valencia» *Las Provincias*, 12 de septiembre de 1905, p. 2.

sin posibilidades de acceder a los tres escaños en el Congreso a los candidatos liberales y de la Liga Católica (en negrita, los tres que consiguieron representación):

Candidato ⁷⁵⁰	Partido/movimiento	Nº votos
Vicente Blasco Ibañez	Fusión Republicana (UR)	10.590
Menéndez-Pallarés	Fusión Republicana (UR)	10.465
Rodrigo Soriano	Sorianismo	9.045
Rafael Rodríguez de Cepeda	Liberal	6.832
Salaverry	Liga Católica (conservadores y mov. católicos)	6.154
Pablo Iglesias	PSOE	186

Si bien el diario conservador diluía las responsabilidades del altercado en la ciudad entera («pensamos que Valencia tiene la culpa de todo lo que ocurre»)⁷⁵¹ *El Pueblo* no dudaría en arremeter contra la otra facción republicana. Su sede se hallaba a escasos metros del cafetín; y el objetivo de los tiradores era, entre otros, los candidatos vencedores Blasco Ibañez y Menéndez Pallarés, así como el líder de la mayoría republicana municipal, Adolfo Beltrán. Según *El Pueblo*, Iborra era un hostelero sorianista que había cerrado su establecimiento para favorecer dicha agresión. Es más, incidía en que «El sitio no podía ser más a propósito por la luz que hay en la esquina de la Morera; por eso lo eligieron los facinerosos que se prestaron a consumir el crimen»⁷⁵².

De repente, las condiciones ambientales de las calles y los negocios volcados en ellas (terrazas hosteleras) retrotraían a las narraciones de peligro que Blasco había elaborado años antes sobre el barrio. Pero en 1905, el autor y sus acompañantes eran presas en sus carnes y colaboradores en los usos violentos del espacio público que su líder había despreciado tiempo atrás. Ante la situación actual, explicaban que en todo

⁷⁵⁰ Tabla elaborada con los datos ofrecidos por la edición de *Las Provincias* del 11 de septiembre de 1905.

⁷⁵¹ «Valencia» *Las Provincias*, 12 de septiembre de 1905, p. 2.

⁷⁵² «¡A callar, embusteros! – Los tiros salieron de casa Iborra» *El Pueblo: diario republicano*, 13 de septiembre de 1905, p. 1.

caso, «nuestros amigos no entraron en el café; lo que hicieron fue responder dignamente a la agresión»⁷⁵³. Semejantes razonamientos contrastan con los estudios de Luz Sanfeliu, que han apuntado que el blasquismo pretendía transformar estas actitudes violentas, asociadas por ellos al género masculino, a través de la educación y nuevas formas de ocio⁷⁵⁴. Si era así, ¿qué papel jugaba en la construcción del republicanismo el ejercicio de la violencia callejera? Décadas más tarde, la pugna entre ambas facciones sería rememorada por un antiguo colaborador de Blasco como un episodio con evocaciones bélicas y criminales:

«En las calles, a la salida de un mitin sorianista o blasquista, eran esperados por sus enemigos; se insultaban, se injuriaban con odio, salían las armas a relucir y la vía pública se transformaba en pocos instantes en campo de batalla entre uno y otro bando. (...) La gente del hampa, todos los barateros de timbas y chulos del vicio, se dividieron también en dos bandos.»⁷⁵⁵

Para más inri, la jugada del azar no termina aquí. El punto escogido por los sorianistas (y transitado por los blasquistas) para iniciar esta disputa coincidía sorprendentemente con la subida de la Morera en la que la figurada «guapeza valenciana» había desplegado sus dominios. Irónicamente, el barrio de Pescadores, uno de los entornos más criticados por la prensa y la literatura blasquista, era narrado como zona de violencia republicana...en un contexto de “revolución material” republicana prevista en estos lares. De vuelta a los artículos iniciales de *El Pueblo*, el derribo de Pescadores era contemplado en marzo de 1906 como una consecuencia inminente de la aprobación del empréstito. Ahora bien, a la vista de su paradójica relación con la violencia en el barrio, ¿cuáles eran las líneas que separaban o afirmaban separar a los “revolucionarios” de los “revolucionados”? ¿cómo interactuaba y era imaginado el tejido social y comercial del barrio en estas iniciativas? ¿Quiénes fueron beneficiados y perjudicados por esta operación urbanística?

5.2. *El derribo del barrio de Pescadores: violencia, alteridad y propiedad*

En las crónicas locales de *El Pueblo*, durante los primeros años de gobierno blasquista y erigiéndose a menudo como su altavoz oficial o colaborador, la reivindicación de las reformas urbanas solía ir aparejada de la que para ellos era su

⁷⁵³ «¡A callar, embusteros! – Los tiros salieron de casa Iborra» *El Pueblo: diario republicano*, 13 de septiembre de 1905, p. 1.

⁷⁵⁴ Luz SANFELIU; *Republicanas: identidades de género en el blasquismo (1895-1910)* Valencia, Universitat de València, 2005, pp. 80-81.

⁷⁵⁵ PIGMALIÓN; *Blasco Ibañez, novelista*, Valencia, Editorial Iturbi, 1967, p. 60.

condición sine qua non: el empréstito. De acuerdo a ellas, con el dinero necesario, la «reforma y urbanización del barrio de Pescadores» corría urgencia en 1902, representando al nuevo ayuntamiento republicano como el principal interesado en ejecutarla:

«En el proyecto de reforma y urbanización del barrio de Pescadores, que también es asunto importantísimo, se trabaja sin descanso; pero la tramitación oficinesca, y especialmente la aprobación que se ha de obtener de la administración central, lo hacen más complicado y más largo que los otros.»⁷⁵⁶

No obstante, esta iniciativa contaba con una trayectoria histórica y una serie de apoyos políticos que trascendían los cambios sufridos en las instituciones municipales. En este sentido, el consistorio previo al triunfo blasquista ya había iniciado un expediente urbanístico para esbozar el trazado de las nuevas calles cuyo original no se ha conservado⁷⁵⁷. Eso sí, pese a este bagaje anterior, faltaría averiguar si existían conexiones directas entre la actividad municipal republicana y las denuncias periodísticas, y en caso afirmativo, conocer cómo se articulaban ambas labores.

La necesidad del derribo de Pescadores para *El Pueblo* (el término “reforma” era más propio del consistorio o del lenguaje arquitectónico) solía justificarse con alusiones a que esta zona era una “vergüenza para la ciudad” o un barrio de «gente de mal vivir», en las que se valían si era necesario de las columnas de otros medios:

«Nuestro colega La Correspondencia de Valencia, en su número de ayer, después de reproducir las bases del empréstito municipal, añade los siguientes comentarios, con los cuales estamos de acuerdo: (...) por lo que respecta al derribo del barrio de Pescadores, hora era ya de que desapareciera del centro de la capital ese foco de insalubridad y de gentes de mal vivir, viniendo a ser sustituidos, como indudablemente lo serán, sus estrechos y antihigiénicos edificios, por otros suntuosos que llenen las necesidades todas de la vida moderna.»⁷⁵⁸

A este tipo de valoraciones también había recurrido la prensa conservadora de la ciudad. En junio de 1901, el redactor de *Las Provincias* validaba sus declaraciones sobre el barrio aludiendo a su conocimiento personal. Primero, de los deseos de los lectores: «Ya sé que hay grandes deseos de ver desaparecer ese foco de...no encuentro el adjetivo, porque el verdadero me repugna estamparlo, y el que pudiera sustituirle resultaría inocente»⁷⁵⁹. Y segundo, de la bondad de las intenciones del arquitecto municipal, que «a falta de lo que le falta al Ayuntamiento, que es dinero para realizar la

⁷⁵⁶ «El empréstito y las reformas de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 15 de marzo de 1902, p. 2.

⁷⁵⁷ *Ayuntamiento de Valencia*, actas de la Comisión de Policía Urbana, 2 de mayo de 1900.

⁷⁵⁸ «Empréstito municipal» *El Pueblo: diario republicano*, 3 de agosto de 1905, p. 2.

⁷⁵⁹ ECEBÉ; «Proyectos de proyectos» *Las Provincias*, 16 de junio de 1901, p. 2.

soñada reforma, pasa las horas para emprender el trabajo penosísimo y largo de levantar los planos de todas las casas...»⁷⁶⁰.

De ese modo, y de manera semejante a décadas anteriores, *Las Provincias*, *El Pueblo* u otros periódicos no desarrollaron narraciones detalladas sobre los grupos sociales y comportamientos en el barrio identificados con estos epítetos. Este mutismo consciente o inconsciente impide analizar las diferencias y similitudes en las versiones que cada medio elaboraba del estado del barrio. En todo caso, sí que queda claro que, al tiempo que la voluntad de transformar el barrio no era novedosa, los vituperios a las condiciones de Pescadores tampoco resultaban una sorpresa⁷⁶¹. ¿Daban por sentado que su público ya conocía el barrio y compartía su valoración de cara a una intervención? A diferencia de contextos previos, esta cuestión puede alumbrarse a través de tres tipos de fuentes que, según su naturaleza, su cronología, sus autores y potenciales lectores, permiten una aproximación a la vida y desaparición del barrio desde distintos ángulos.

La primera de ellas consiste en un libreto de la falla levantada en 1898 por una comisión vecinal en la calle de las Barcas. Según Antonio Ariño en sus investigaciones sobre el tejido social y la organización vecinal de las Fallas a finales del siglo XIX, las autoridades habían reducido la presión fiscal y temática en paralelo a una creciente profesionalización y monumentalización de la fiesta. Asimismo, la reforma del repertorio temático a la que alude el autor incide en una transición de la crítica vecinal localizada hacia la sátira moralizante y la politización de la fiesta, en un contexto de protestas ante los conflictos coloniales o el caciquismo⁷⁶². Este proceso no estaba exento de conflictos abiertos: sólo dos años antes de la edición de este libreto, las Fallas habían sido prohibidas por la Capitanía General de València aprovechando una prolongación del estado de guerra. Sin embargo, en el caso de la calle de Las Barcas en 1898, el contenido político del proyecto de falla sí que poseía un trasfondo vecinal que me ha hecho considerarlo como objeto de estudio pertinente aquí. De cualquier manera, es necesario incidir en que el enfoque de esta apropiación temporal de la calle no era óbice para que la censura estuviese presente durante toda la existencia de la falla, desde su boceto hasta su quema ante los ojos del vecindario:

⁷⁶⁰ ECEBÉ; «Proyectos de proyectos» *Las Provincias*, 16 de junio de 1901, p. 2.

⁷⁶¹ Ver cap. 3.2.

⁷⁶² Antonio ARIÑO; *La ciudad ritual: la fiesta de las Fallas*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 89-97.

«La censura fue practicada tanto en los propios bocetos como en las fallas ya plantadas. En primer lugar, el alcalde requería la presentación de un dibujo del argumento, lo más fiel posible, acompañado de los versos que habían de explicar el significado de la falla. (...) El día 18, el alcalde o su brazo ejecutivo (los guardias municipales) con los bocetos en mano, recorrían una a una todas las calles, practicando una inspección ocular que volvía a desfigurarse por segunda vez los proyectos originarios.»⁷⁶³

La naturaleza de esta documentación está vinculada al proceso de justificación del argumento de la falla ante la alcaldía mencionado por Ariño. De autoría incierta en la actualidad (bajo las siglas A. G.) el telón de fondo sobre el que narraban las historias de la calle de Las Barcas situaba a ésta como parte de un barrio cuyo día a día no era reconocido como propio de otras partes del territorio español. De los tiros a los gritos, todo era incluido como elementos extranjerizantes:

«Es el cas que cada día,
entre tirs, ferits y morts,
corregudes, robos, rinyes,
crits, insultos y calbots,
se preguntem si este barrio
es territorio español
o algún poblet de Marruecos,
o hiá guerra en Nueva York.»⁷⁶⁴

En vistas de esta panorámica, la solución por la que optaban era la transformación de Pescadores, con alegorías a políticos que, en su opinión, lo habían intentado, como Joaquín Reig⁷⁶⁵, alcalde liberal entre 1894 y 1895:

«Llástima que no se peixque
algún reig mamprenedor
qu'acabe per fer un día
realitat la ilusió
de que se transforme el barrio
y se transforme del tot.»⁷⁶⁶

Esta llamada a la intervención municipal sería puesta en boca de los personajes representados en el monumento. La explicación del significado de las figuras presentes en la falla era introducida como «memorial de les queixes que mos amarguen el cor». ¿En qué direcciones iban estas quejas?

La segunda parte del libreto estaba organizada en torno a poesías sobre el significado de cada figura en el conjunto fallero. Y en algunas de ellas, estos versos eran

⁷⁶³ Antonio ARIÑO, *op. cit.*, p. 85.

⁷⁶⁴ S. a.; *Fiestas a San José en 1898: argumento de la falla de la calle de las Barcas*, Valencia, Imp. De J. Peidró, 1898, p. 3.

⁷⁶⁵ En capítulos anteriores mencioné cómo en su etapa de alcalde había declarado en 1895 la expropiación y derribo de varias viviendas situadas en la calle de las Barcas, criticada por El Pueblo por supuestas irregularidades. Cap. 3, p. 13.

⁷⁶⁶ S. a.; *Fiestas a San José en 1898: argumento de la falla...* p. 5.

puestos en boca de los personajes históricos representados el monumento. Por ejemplo, Lope de Vega o el rey aragonés Pedro III eran identificados con las calles del vecindario a las que daban nombre, a modo de sujetos cuya trascendencia contrastaba con las condiciones de vida y salubridad que narraba la comisión fallera:

«Soy aquel rey de Aragón
Que a la rebelión vencida
Hizo tragar derretida
La campaña de la Unión,
Hoy doy nombre a un callejón
En esta ciudad hermosa,
De esa barriada asquerosa
Que en vano espera el derribo.
¡Si yo me encontrara vivo,
Juro que fuera otra cosa!»

«Aunque soy Lope de Vega
Y no hay nada que me asombre,
Me asombra el ver que a mi nombre
Valor aquí se le niega.
Todo el que a Valencia llega
Tropieza en una barriada
Pobre, sucia, abandonada,
Donde me suele nombrar
Gente que debiera estar
De esta calle desahuciada.»⁷⁶⁷

Las últimas dos secciones de la obra son dedicadas, por un lado, a ironizar sobre las promesas recibidas en Pescadores de «voltarlo per amunt y per avall» y, por otro lado, «a les chiques», con mensajes moralizantes sobre las relaciones de pareja. Zonas como la calle de las Barcas, que ya habían sufrido remodelaciones, eran asociadas a la visibilidad de las mujeres en ellas, cosificándolas como un objeto a contemplar:

«A este carrer de les Barques
Les reformes que li fan
El tornen un Paraís
Qu'el que no hu veu no hu creurá.
¡Y qué chiques ya tan mones
De gracies tan espesials!
Tan sols no mes de mirarles
Te quedes encandilat.»⁷⁶⁸

El desconocimiento sobre la recepción institucional y social que tuvo este escrito no permite conocer qué alteraciones pudo recibir este proyecto de falla y con ello, el grado de aprobación municipal de esta visión crítica del barrio y sus moradas. Queda en el aire saber si este libreto era también repartido o leído en las casas y comercios del vecindario, ya que la escritura y edición en verso parecen sugerir que su destino no sólo

⁷⁶⁷ S. a.; *Fiestas a San José en 1898: argumento de la falla*, p. 8.

⁷⁶⁸ *Ibidem*, p. 15.

era el registro del consistorio. Ahora bien, hay otra cuestión importante a tener en cuenta. ¿A partir de qué relación de poder, con qué visión de sí mismos y del resto de habitantes de Pescadores se permitían ironizar y materializar este tipo de denuncias no ya ante las autoridades, sino en las calles en las que todos los sujetos coexistían? Sería necesario saber qué grupos sociales del barrio participaban en la elaboración de este libreto y cuál era su estatus inmobiliario, si tan deseosos estaban de derribar la trama actual. Y a continuación, averiguar si coincidían con aquellos que articulaban la comisión como órgano de representación de la calle o se encargaban de presentarlo a las autoridades en búsqueda de la legalización de la falla. Durante el gobierno blasquista, ¿dirigían también estos vecinos instancias al consistorio o a Gobernación Civil? La interrupción de los fondos de la delegación gubernamental en 1896 no ayuda a despejar este interrogante.

La segunda fuente sobre el barrio, un poco posterior, consiste en el primer capítulo de *La Barraca*, una de las obras de mayor éxito de Blasco Ibañez y la primera en conseguir repercusión internacional gracias a un editor francés. A diferencia de *Arroz y Tartana*, ésta aparecería no sólo como folletín de *El Pueblo*, sino también en *El Liberal*, lo que propulsaría, según el autor una venta de más de 15000 ejemplares a fecha de 1904 (sin contar su difusión en la prensa)⁷⁶⁹. Si bien esta novela ha sido estudiada por la historiografía sociopolítica de la ciudad como una interpretación de los conflictos en la Huerta en clave republicana, las representaciones urbanas y de género que ofrece abren la vía a otro tipo de reflexiones. La impronta del entorno agrícola en las calles de València, explorada en anteriores capítulos, cobra aquí un giro, vinculado con el influjo que el autor otorga a supuestos desarraigos de la población agrícola en un barrio como Pescadores. En esta línea, Blasco inicia la trama de *La Barraca* al paso de Pepeta, una huertana de Alboraya que tras vender su cosecha en el Mercado decide volver a la ciudad con su vaca para expender leche entre los domicilios del casco urbano. En su trayectoria, ella encontraba despacho en el barrio de Pescadores, al que el novelista dotaba, como en «La Guapeza Valenciana» de una dimensión de alteridad:

«la pobre labradora penetró valerosamente en los sucios callejones que parecían muertos a aquella hora. Siempre al entrar sentía cierto desasosiego, una repugnancia instintiva de estómago delicado; pero su espíritu de mujer honrada y enferma sabía sobreponerse y continuaba adelante con cierta altivez

⁷⁶⁹ Antonio LAGUNA; *El Pueblo: historia de un diario republicano, 1894-1939*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, pp. 77-78.

satisfecha, con el orgullo de la hembra casta; consolándose al ver que ella, débil y agobiada por la miseria, aún era superior a otras.»⁷⁷⁰

Mientras que en el cuento de «La Guapeza» esta dicotomía era atribuida a la violencia masculina y la arbitrariedad policial ante los altercados públicos entre matones, transitar el Pescadores de *La Barraca* poseía para Blasco un efecto corruptor potencial sobre la identidad de género que él prefiguraba en Pepeta, caracterizada por la castidad sexual. Ésta era contrapuesta no sólo a la suciedad de las calles, sino a dos cuestiones que preocupaban a buena parte del liberalismo (también republicano) cercano al reformismo social: el alcoholismo y la prostitución femenina, fenómenos mezclados y deshumanizados por el autor:

«De las cerradas y silenciosas casas salía el hálito de la crápula barata, ruidosa y sin disfraz; un olor de carne adobada y putrefacta, de vino y de sudor; y por las rendijas de las puertas parecía escapar la respiración entrecortada y brutal del sueño aplastante, después de una noche de caricias de fiera y caprichos amorosos de borracho.»⁷⁷¹

Sin embargo, la narración omnisciente de Blasco sí que dotaba de identidad propia a una de las mujeres que habitaba estos edificios. Entre sus clientas, Pepeta reconocería a Rosario, hija de un labrador alborayense caído en desgracia por enfrentarse al propietario de las tierras que trabajaba. Tras la muerte de su progenitor, ella había adoptado la prostitución como medio de vida, abandonando todo apego a la tierra. Durante la conversación entre ellas, el escritor republicano prefigura dos modelos de mujer. Frente a la castidad sexual y el orgullo de Pepeta como sujeto laborioso⁷⁷², Rosario era caracterizada como un ser pasivo sin vida ni identidad, rasgos sólo recuperados temporalmente al recordar un fogoso pasado como labradora:

«Pepeta—dijo con acento indeciso, como si no tuviera la certeza de que era ella misma.

Pepeta levantó su cabeza; por primera vez fijó sus ojos en la mujerzuela, y también pareció dudar.

—Rosario... ¿eres tú? (...) ¡Ella allí! ¡Hija de unos padres tan honrados! ¡Qué vergüenza, Señor!...

«Rosario se animaba con la conversación: parecía rejuvenecerse ante aquella amiga de la niñez. Sus ojos, antes muertos, chispeaban al recordar el pasado. (...) La moza enardeciase: brillaban sus ojos con chispas de ferocidad: resucitaba dentro de la ramera, pasiva bestia acostumbrada a los golpes, la hija de la huerta que desde que nace ve la escopeta colgada tras la puerta...»⁷⁷³

⁷⁷⁰ Vicente BLASCO IBAÑEZ, *La Barraca*, Valencia, Francisco Sempere, 1901, p. 13.

⁷⁷¹ *Ídem*.

⁷⁷² Luz Sanfeliu explica cómo en la literatura blasquista, en un momento en el que el movimiento político estaba entablando relaciones con las primeras asociaciones feministas, las mujeres trabajadoras eran representadas como sujetos cuya movilidad y habilidad propia debía contribuir al sostenimiento económico y moral de la familia, sin diferenciar entre el significado de las imágenes de las jornaleras fabriles y las labradoras. Luz SANFELIU; *op. cit.*, pp. 244-245.

⁷⁷³ Vicente BLASCO IBAÑEZ, *La Barraca*... pp. 15-16.

Aunque con matices, esta consideración de la prostituta como víctima y consecuencia de la desigualdad social comparte similitudes con las relaciones que Miren Llona ha establecido entre identidad de clase, género y prostitución en el caso del socialismo bilbaíno. A juicio de Llona, «Lo más frecuente fue que las prostitutas fueran descritas como hijas del pueblo, víctimas de la lujuria y del vicio de los señores y patronos y, de esta manera, la prostitución sirviera como medio para denunciar la corrupción y la degeneración de los ricos». No obstante, también advertía de que esta victimización suponía «la negación de su subjetividad y de su capacidad personal de decisión. (...) las prostitutas eran vistas como agentes involuntarios de su propia historia»⁷⁷⁴. Mientras tanto, Mercedes Arbaiza ha sostenido que en este contexto de proletarización y precariedad laboral femenina, el ideal burgués del “ángel del hogar” no interpelaba a buena parte de las mujeres trabajadoras. Entre otras razones, apuntaba que esto era motivado por la necesidad que muchas mujeres tenían de buscar estrategias que permitieran su supervivencia más allá de marcos domésticos y sistemas de herencia artesanal que ya no les funcionaban⁷⁷⁵.

A la luz de las interpretaciones de Llona y Arbaiza, perder su arraigo familiar/laboral en un barrio como Pescadores podría resultar para el blasquismo una condición que favoreciese su empleo como prostitutas y que disgregase la identidad femenina que éste deseaba proyectar. Todo ello sin perder de vista que *La Barraca* fue publicada en un contexto de creciente debate parlamentario (y republicano) sobre las condiciones de trabajo infantil y femenino que puso a prueba los supuestos culturales de los que debía partir una hipotética reglamentación⁷⁷⁶. Dentro del republicanismo, ¿qué papeles activos debían jugar las mujeres y qué visión de lo femenino podía contribuir a la sociedad meritocrática que defendían a través de la educación laica y el trabajo regulado?⁷⁷⁷ Sería necesaria una renovación de sus estudios que comprendiese los supuestos de género que se entrecruzaban en su apuesta por el reformismo social y la

⁷⁷⁴ Miren LLONA; “La prostitución y la identidad de la clase obrera en el tránsito del siglo XIX al XX. Un análisis de género a la obra literaria de Julián Zugazagoitia” *Historia Contemporánea*, 33 (2006) pp. 730-731.

⁷⁷⁵ Mercedes ARBAIZA; “La «cuestión social» como cuestión de género. Femenidad y trabajo en España (1860-1930)” *Historia Contemporánea*, 21 (2000) pp. 426-428.

⁷⁷⁶ Blanca DIVASSÓN y Josué J. GONZÁLEZ; “En torno a la cuestión social y la responsabilidad del Estado: los orígenes del intervencionismo en España (1870-1900)” en Alejandra IBARRA (coord.) *No es país para jóvenes*, Vitoria, Instituto Valentín Foronda, 2012, pp. 10-17.

⁷⁷⁷ Por encima de supuestas divisiones entre reformistas y radicales, éste es un denominador común del republicanismo español a principios del siglo XX. Manuel SUÁREZ CORTINA; “Radicalismo y reformismo en la democracia española de la Restauración” *Berceo*, 139 (2000) pp. 58-63.

transformación urbana. En resumen, y de vuelta a València, este episodio de la novela de *La Barraca* puede explorarse como un repertorio posible de imágenes y actitudes republicanas más cercanas que permitieran dar sentido a los discursos políticos sobre el derribo de un barrio en el centro urbano. Y además, como un ejemplo de la tensa relación que Blasco tejía entre campo y ciudad, con consecuencias imprevisibles si se cortaba su hilo conductor.

La tercera fuente que he decidido tratar consiste en las memorias de Vicente Marco Miranda, futuro alcalde provisional de València tras la proclamación de la II República. Tras la Guerra Civil, permaneció escondido entre Burriana, su pueblo natal, y la capital del Turia hasta 1946, fecha de su muerte. Esta etapa de reclusión forzada fue el contexto escogido por Marco Miranda para rememorar y hacer balance manuscrito de su vida en la ciudad, en el mismo período en el que lo hicieron Estanislao Marco, Llorente y Azorín. No obstante, la situación personal del ex político burriánense era muy distinta a la de, al menos, estos dos últimos, dado que su pasado político fue criminalizado por el régimen franquista. Masón y nacionalista valenciano, durante el Bienio de derechas abandonaría los restos del blasquismo (PURA) para fundar Esquerra Valenciana, asociados al Frente Popular en 1936. En resumen, nada más lejos del estatus social de propietario de *Las Provincias* o del literato conservador preservados en plena represión franquista.

Según sus recuerdos, la llegada de Marco Miranda a València como un joven sin experiencia periodística coincidió precisamente con la victoria blasquista en el distrito de València en las elecciones generales de 1905 y con la guerra callejera analizada en páginas anteriores. Su etapa de aprendizaje en la redacción, tutelada por Félix Azzati, nuevo director de *El Pueblo* y líder del blasquismo tras la marcha de su fundador, es rememorada por Marco junto al entorno social y urbano del que formaba parte la sede del diario: el barrio de Pescadores. En concreto, éste cobra vida a través de los recuerdos de las visitas nocturnas a la sede en la calle Don Juan de Austria:

«Cuando ocupábamos la administración nos visitaban, después de la salida de los teatros, pupilas e invertidos del barrio de Pescadores y la calle de Don Ventura, llamada después del Rey Don Pedro. Nos traían chismes de mancebía, nos relataban sus vidas, nos confiaban sus amores, sus penas, sus aspiraciones. Micalet y yo fuimos confidentes discretos y leales consejeros de aquellos seres noctámbulos.»⁷⁷⁸

⁷⁷⁸ Vicente MARCO MIRANDA; *Memorias de Vicente Marco Miranda: In illo tempore*, Valencia, Consell Valencià de Cultura, 2005, p. 283.

Al igual que en el libreto fallero y La Barraca, su narración reproduce lugares comunes que imaginan el vecindario como un espacio de alteridad, extraño al autor. No obstante, esta caracterización discurre por caminos distintos a ambos, probablemente por distintas razones. Una posibilidad radica en la relativa tolerancia hacia la heterogeneidad de sus lugareños con la que Marco Miranda se presentaba:

«Entre los visitantes del barrio de Pescadores venía cierto pollo de blanco y fino cutis, rosadas mejillas, ojos negros, grandes, rasgados y larga cabellera castaña, ondulada. Según nos aseguraba, vestido de mujer enloquecía a más de algún galán corrido. Era sirviente de un prostíbulo. Enamorado de Micalet, le dirigía miradas ardientes. Una noche intentó darle un abrazo y le tuvimos que echar violentamente de nuestra oficina. Rondó unos días la casa, pero no se atrevió a entrar. Le envió a Micalet una larga carta de tono romántico, seguramente tomada de algún libro de cartas de amor.»⁷⁷⁹

Cuarenta años después, no aparecen acentuadas las descripciones sórdidas del barrio, de manera que la orientalización de Pescadores resulta más amable, evocándolo a modo de un espacio pintoresco, llamativo. En este sentido, sujetos que evidenciaban la diversidad sexual como el anterior (ligado por Marco Miranda a los burdeles y a una condición intimidatoria de promiscuidad⁷⁸⁰) son tipificados como «pintureros, anormales» en la misma jerarquía narrativa que hombres alcoholizados o con problemas psicológicos.

Otra opción para comprender las particularidades de la narración del ex alcalde de València frente a las anteriores es su contexto posterior de elaboración, en la clandestinidad entre 1939 y 1942. En las elecciones de febrero de 1936, los restos del blasquismo, del que se había alejado Marco Miranda, se habían desmoronado por completo tras una cascada de dimisiones a causa de su apoyo a la represión obrera y los escándalos de corrupción de la CEDA y los radicales⁷⁸¹. Ya no hay un programa político en marcha que sostener públicamente ni, si lo hubiere, un mínimo contexto de libertades de expresión con el que promocionarlo. Con ello, el relato no tiene porqué ser poblado de sujetos o entornos amenazantes que “revolucionar”. Ahora bien, esto no impide que el autor enmarque el fin del barrio, su derribo, en «el progreso urbano» y «la serie de reformas que habían de embellecer rápidamente la ciudad, con arreglo al

⁷⁷⁹ Vicente Marco MIRANDA; *op. cit.*, p. 283.

⁷⁸⁰ En las grandes metrópolis anglosajonas de principios de siglo, Phil Hubbard ha analizado cómo los reformadores sociales creían que la promiscuidad sexual era favorecida por la autonomía de movimientos que posibilitaba las nuevas formas de ocio, ligadas por ellos (no sin problemas de comprensión) al mundo de la prostitución. Phil HUBBARD; *Cities and Sexualities*; Routledge, Abingdon, 2012, pp. 128-130.

⁷⁸¹ Para más detalles sobre la última etapa del blasquismo, la referencia básica es la tesis de Vicente ALÓS FERRANDO; *Reorganización, supremacía y crisis final del blasquismo (1929-1936)*, Tesis doctoral inédita, Universitat de València, 1982.

proyecto trazado por Blasco Ibañez en un artículo»⁷⁸². Eso sí, no sin contratiempos que, contrastados con la crisis económica en la ciudad en 1906, advierten de las sombras que no podía enjuagar este programa de obras públicas. El recuerdo de uno de estos visitantes a la redacción retrotrajo al autor a la época del derribo:

«Durante el derribo del barrio de Pescadores, las casas deshabitadas servían de albergue a gente del hampa, mendigos y bohemios sin hogar. No lo tenía Batistet. Vivía solo, comía en las tabernas y solía descansar en las casas de dormir del barrio del Arzobispo Mayoral. (...) Favorecido por el verano, se guarecía en una de aquellas casas. A media noche llegó hasta el periódico un estrépito extraño. Falta de apoyo por el derribo de las contiguas, se derrumbó una de ellas. Salimos a verla. (...) En una alcoba del segundo piso, como imágenes en extraña hornacina, se hallaban Batistet y un compañero, ambos indemnes.»⁷⁸³

De este imprevisto no hablaría *El Pueblo*, pero sí el diario liberal *La Correspondencia de Valencia*. Mientras que Miranda recordaba el suceso como una anécdota benigna, la prensa rival del momento incidía en la búsqueda del cadáver del compañero de Batistet entre los escombros y en la necesidad de «una visita de inspección al barrio de Pescadores»⁷⁸⁴. Sin embargo, ésta no era la única cara del malestar social que podían generar las reformas blasquistas. Mientras que los programas republicanos de transformación urbana se basaban en la apertura de grandes vías arboladas y electrificadas y en la venta de solares a menudo a precios sospechosamente elevados, las iniciativas públicas de construcción de viviendas eran mucho más discretas. Apoyándose en el alza de los precios del suelo y de las licencias de obras en el Ensanche y las zonas sujetas a procesos de reforma interior estudiada por Josep Sorribes⁷⁸⁵, Reig analiza la política inmobiliaria del blasquismo en torno a estos nuevos proyectos. Según él, la compra-venta de terrenos a promotores privados con fines especulativos en zonas como la plaza de la Reina o las nuevas Grandes Vías se convertía cada vez más en una fuente notable de financiación municipal⁷⁸⁶. Mientras el consistorio blasquista se lucraba de estas operaciones, no puede descartarse, aunque serían necesarios más estudios, que se incrementasen también los precios del alquiler y con ello, las expulsiones de los sectores más pobres de sus viviendas por impago o voluntad de los propietarios. Al poco tiempo de iniciarse las demoliciones, uno de los

⁷⁸² Vicente MARCO MIRANDA; *op. cit.*, p. 290.

⁷⁸³ *Ibidem*, p. 284.

⁷⁸⁴ «Sucesos. Hundimiento» *La Correspondencia de Valencia*, 29 de octubre de 1906, p. 2.

⁷⁸⁵ Josep SORRIBES, "La transición urbana: método y resultados. Valencia 1874-1931" en Jose Luis GARCÍA DELGADO (Ed.) *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 209-211.

⁷⁸⁶ De 1898 a 1912, las plusvalías de estas operaciones para las arcas municipales alcanzarían las 8.840.959 pesetas. Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* p. 338.

corresponsales de *La Correspondencia de Valencia* había criticado lo que a su juicio consistía en una iniciativa precipitada y que presagiaba un conflicto:

«Es cosa conocida de todos los que en Valencia vivimos, que en dicha barriada de Pescadores existen muchos centenares de viviendas, habitadas la mayor parte de ellas por un número de personas que no está en relación con la cabida de las habitaciones, y por consiguiente, no es fácil calcular las gentes que tendrán necesidad de buscar inmediatamente dónde vivir.

En la actualidad no hay en esta capital habitaciones vacías en número suficiente para ese contingente de personas que de repente se verán precisadas a trasladar su domicilio (...) a falta de viviendas baratas en la ciudad, sólo queda el recurso de que se vayan a los pueblos inmediatos o busquen albergue en los caseríos cercanos, cosa bastante difícil de conseguir porque la escasez es general. Entendemos que el Municipio debía haberse preocupado de esto antes de acometer con rapidez las reformas urbanas del interior, para evitar el conflicto que se presenta ahora, el cual es de difícil solución.»⁷⁸⁷

Tanto en la documentación municipal como en los órganos oficiales de prensa del blasquismo, no hay referencias a la existencia de alternativas habitacionales para las personas que se habían quedado sin hogar. A lo sumo, *El Pueblo* simplemente sugería que «la desaparición que para ello requiere de centenares de casas, dará lugar a que se construyan otras muchas en los ensanches y se reconstruyan en el interior»⁷⁸⁸. Esta situación de indefinición, sumada al alza de precios, podría explicar por qué Pescadores fue durante estos años una morada improvisada (y temporal) para aquellas personas “revolucionadas” que no tuvieran techo e ingresos con los que subsistir.

Estas tesis remiten a una faceta que no ha sido explorada hasta ahora en la tesis: la propiedad de las fincas del barrio. Hasta ahora, las investigaciones de Joaquín Azagra han ofrecido una fotografía fija sobre uno de los resultados posibles de estos procesos de especulación inmobiliaria. En base a los padrones de riqueza y habitantes de 1930, Azagra defendía que los procesos de reforma interior y ensanche de las décadas previas habían generado una segregación demográfica y espacial entre el Ensanche y el nuevo barrio de Pescadores frente al resto del casco antiguo y la zona de Quart. Frente al 25% de la superficie edificada y 20,4% de la población total de la primera área, la segunda área, que comprendía el 18% del suelo urbanizado, era ocupada por el 28,1 % de los habitantes censados⁷⁸⁹. De acuerdo a estas fuentes, Pescadores no sólo era el área de la ciudad con menor densidad de población tras la

⁷⁸⁷ A. G.; «Ecos de la opinión: la nueva urbanización del barrio de Pescadores» *La Correspondencia de Valencia*, 27 de marzo de 1906, p. 1.

⁷⁸⁸ «La Revolución de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 12 de marzo de 1906, p. 1.

⁷⁸⁹ Joaquín AZAGRA; “Ensanche y «ensanches»: vecinos y propietarios en la Valencia de 1930” en Paul PRESTON e Ismael SAZ (eds.) *De la Revolución Liberal a la democracia parlamentaria: Valencia (1808-1975)* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, p. 206.

remodelación del barrio. Además, contaba con la estimación fiscal más alta⁷⁹⁰, con viviendas en la calle Don Juan de Austria en manos de Enrique Trénor Montesinos (el mayor propietario de la ciudad en 1930) y en otros puntos del barrio, de su hermano Federico Trénor Palavicino⁷⁹¹. Ahora bien, ¿qué ocurrió con los propietarios anteriores al proceso “revolucionario”? ¿qué roles jugaron en el proceso del derribo?

Previsiblemente, las obras habían empezado tras la teatralización municipal del inicio de las demoliciones en marzo de 1906 sin ningún tipo de referencias en la prensa republicana a la opinión o las acciones de los propietarios de la zona. No obstante, a la altura de julio de ese año, *El Pueblo* atacaba a un grupo de terratenientes de Pescadores por, según el diario, iniciar una «campana antivalencianista» oponiéndose al derribo. Sobre todo, los piropos eran dirigidos a Fernando Ros Andrés, catedrático de Derecho Mercantil, exconcejal liberal del ayuntamiento de València y teórico representante legal de los dueños de fincas disconformes:

«La mayoría del Ayuntamiento seguirá su camino y triunfará. El barrio de Pescadores tardará muy pocos meses en estar en el suelo. Recomendamos a D. Fernando Ros que vaya despacio, porque sus maquiavelismos pueden costarle muy caros (...) es el que los monárquicos querían hace pocos meses nombrar alcalde de Valencia, cuando se intentaba aplicar a Valencia la excepción de la Ley Municipal que sufren Madrid y Barcelona.»⁷⁹²

La polémica mediática proseguiría varios meses en la prensa republicana y en *La Correspondencia de Valencia*, con acusaciones cruzadas que culminarían en la publicación de Ros de un panfleto llamado *La Ley y el municipio: la expropiación y sus abusos*. En él, desgranaba las ilegalidades que, de acuerdo al abogado, cometía el gobierno municipal en materia del «derecho de la propiedad», pero también la idea de dignidad social que apuntaba como sostén de su crítica:

«La clase media, la modesta, la que casi se confunde con el anónimo, ha sido precisamente la más perjudicada por un Ayuntamiento que debiera engalanarse con el dictado de popular; y es que a estos demócratas no debió parecerles bien el cuadro de la mejora realizándose sin perjuicio de nadie, con alegría de todos, con la tranquilidad de la justicia, en el sosiego con que la piqueta suena y el obrero lucrea y se afana (...)

Les ha parecido mejor hacerlo con sorpresas, con argucias oficinescas, con protestas de perjudicados, por encrucijadas, con pequeñas avaricias ante justas exigencias, con inminentes peligros del

⁷⁹⁰ Joaquín AZAGRA; “Ensanche y «ensanches»...” pp. 212-213.

⁷⁹¹ La familia Trenor era desde mediados del siglo XIX una de las dinastías burguesas con mayor poder en la provincia de Valencia. Sus inversiones abarcaban desde la banca, industria química, manufacturas textiles, comercio de abonos hasta la propia administración de su patrimonio inmobiliario. Las investigaciones más completas sobre ella se hallan en AA. VV.; *Trenor. La Exposición de una gran familia burguesa*, Valencia, Universitat de València, 2009.

⁷⁹² *El Pueblo: diario republicano*, 15 de julio de 1906, p. 2.

mañana, y entre frenético aplauso de muchedumbre sectaria ver levantarse un barrio fabricado, en parte, sobre la ruina de algunos particulares y amasado con lágrimas de varios empobrecidos.»⁷⁹³

Irónicamente, esa «clase media modesta» parecía incluir al denunciante barón de Ruaya, que no era otro que el mencionado Enrique Trénor Montesinos. Diez años después, la documentación presentada por éste para formar parte del Senado acreditaba su propiedad de tres edificios en la calle Juan de Austria y Pascual y Genís, límite este del antiguo barrio⁷⁹⁴.

El recorrido de esta impugnación de la reforma interior blasquista, así como los supuestos tratos de favores inmobiliarios en los cambios de propiedad o la evolución de la vida social en el futuro barrio proyectado, superan los márgenes temáticos y cronológicos de esta tesis. En cualquier caso, sí que resulta interesante observar cómo el devenir de la actividad callejera y las personas alojadas en el barrio no tenía lugar en los relatos periodísticos al son de las demoliciones y las loas al empréstito o, por el contrario, en las críticas de los propietarios. El republicanismo valenciano, en una situación delicada tras la suspensión de los concejales republicanos por parte del Gobierno, trataría en el Parlamento la reforma urbana como una obra de dignificación de la ciudad que legitimaba su actividad municipal frente a intromisiones estatales o eclesiásticas. Adolfo Beltrán, ex regidor de Policía Urbana y diputado en 1907, pretendía reivindicar la huella urbana del blasquismo como señal de prosperidad frente a la llegada de autoridades eclesiásticas que criticaban la legislación identificada con ese progreso⁷⁹⁵.

En los años posteriores, la promoción oficial de grandes eventos como la Exposición Regional de València también comprendería publicitar las reformas de la ciudad (y con ello, la desaparición de los antiguos barrios) como una señal de dinamismo

⁷⁹³ Fernando ROS ANDRÉS; *La ley y el municipio: la expropiación y sus abusos*, Valencia, Imprenta F. Martínez Andreu, 1906, p. 31.

⁷⁹⁴ Certificación de la Administración de Contribuciones de la propiedad de Valencia, 26 de noviembre de 1921. Disponible online en sitio web del Senado: http://www.senado.es/cgi-bin/verdocweb?tipo_bd=HI20&PWIndice=65&Signatura=HIS-0496-03&Contenido=4 (consultada el 11 de marzo de 2020)

⁷⁹⁵ «Casi está ya derribado el inmundo barrio de Pescadores (...) El puerto destartado, sucio, abandonado, es hoy una preciosidad, el mejor paseo de Valencia. Se trabaja en la Gran Vía, se ha convertido en jardín el arenal de los solares de San Francisco (...) Ese municipio ha instalado una Casa del Pueblo, vela por la higiene y la cultura y soñaba con grandes y saludables reformas. (...) En medio de esta fiebre de reformas, fue nombrado Arzobispo de Valencia D. Victoriano Guisasola...» *Diario de Sesiones de Cortes*, 8 de junio de 1907, nº 31, p. 379.

para aquellos comerciantes que quisiesen exponer sus productos⁷⁹⁶. Y en paralelo, las guías turísticas elaboradas por el aparato propagandístico de la misma también dedicaban un apartado especial a la «Transformación de Valencia». Así pues, subrayaban una parte de los solares serían dedicados a la edificación de una nueva sede central de Correos y Telégrafos, así como del Banco de España⁷⁹⁷. Sin embargo, apenas hay posibilidades de contrastar semejante aparato propagandístico con la recepción social que rebasaba a sus promotores. Al traer a su presente los tiempos pasados en Pescadores, Marco Miranda otorgaba a esta exposición la condición de punto de inflexión de la ciudad. Pero ¿era una sensación generalizada o una impresión personal a posteriori? En sus memorias, este evento concluiría la existencia de «Aquella Valencia» como capítulo de su obra y de su vida:

«Aquel barrio era una encrucijada de callejas angostas, mal pavimentadas, de edificaciones viejas y pobres, donde abundaban los prostíbulos y casas de huéspedes baratas, albergue de cómicos. Los “solares” se hallaban rodeados de casas antiguas, de fachadas despintadas, sucias, con tabernas y mezcla de otros comercios en las plantas bajas. En el centro de la plaza abrían sus tribunas charlatanes y sacamuelas, siempre rodeados de público.»⁷⁹⁸

Tras dejar atrás estas retrospectivas del que había sido su entorno de vida y trabajo durante sus primeras etapas en la ciudad, el autor daba carpetazo con la Exposición Regional de 1909 y el recurso a una “modernidad” luminosa a este espacio vivido y representado, así como su variedad de sujetos y conflictos sociales:

«Aquel acontecimiento cambió de modo muy sensible los hábitos, costumbres y vida de la ciudad en muchos aspectos, incluso el de la indumentaria. Comercios, cafés, espectáculos se adecentaron y embellecieron, ofreciendo atractivos y comodidades de que se carecía entonces.

A partir de aquella Exposición fue cobrando Valencia carácter de capital moderna.»⁷⁹⁹

⁷⁹⁶ En sus «Orientaciones del Forastero en Valencia», la guía oficial de la Exposición Regional detallaba aquellas zonas del centro histórico que estaban siendo reformadas o que poseían edificios de interés histórico o arquitectónico. Entre ellas, Pintor Sorolla y los antiguos solares de San Francisco (ahora plaza de Emilio Castelar) eran situados en el contexto de la zona que había desaparecido. Comité Ejecutivo: secretaría General de Propaganda; *Guía de la Exposición Regional Valenciana y Catálogo Oficial de Expositores*, Valencia, Imprenta J. Ortega, 1909, pp. 17-25.

⁷⁹⁷ Comité Ejecutivo: secretaría General de Propaganda; *Valencia y su región*, Imprenta J. Ortega, 1909, p. 31.

⁷⁹⁸ Vicente MARCO MIRANDA; *op. cit.*, p. 290.

⁷⁹⁹ *Ídem*.

5.3. *Un Mercado cubierto para una nueva reforma interior de València: expectativas de futuro para superar un “presente”*

La desaparición de aquellos barrios que las élites políticas y los medios no contemplaban en sus modelos de ciudad y paradigmas de dignidad ciudadana iba acompañada de otras iniciativas de transformación urbana diseñadas en paralelo a los preparativos y celebración de la Exposición⁸⁰⁰. Prolongada y reconvertida en "Nacional" al año siguiente, este certamen consistiría en una exhibición bucólica de la producción agraria e industrial de la provincia o de un “patrimonio” literario valenciano en clave regional. Pero además, también proporcionó un paraguas organizativo a actividades como el Congreso Nacional Escolar, el Congreso de Reformas Sociales o el Tercer Congreso Africanista, impulsado por élites comerciales valencianas como los Trenor y diversas sociedades bancarias y navieras con un claro enfoque orientalista y colonial⁸⁰¹. A través de las memorias sobre la Exposición de Tomás Trenor Palavicino, su principal valedor y financiero, Josep Vicent Boira resaltaba cómo éste buscaba paralelismos en urbes como Barcelona para justificar *a posteriori* su realización, tras sus elevados gastos. Comparaciones que sacaban a colación la expansión de la ciudad como necesidad “pobladora” frente a las huertas:

«Estudié la situación de Valencia y de la Región, hallándolas bien acondicionadas para intentar la empresa. Valencia, especialmente, con sus ansias de reforma de su interior, con sus expansiones pobladoras de las huertas que venían ciñéndola, apoyaba la conveniencia de un acontecimiento que fuese para ella lo que Barcelona fue la Exposición Universal (...)»⁸⁰²

Trenor, entonces presidente del Ateneo Mercantil, ejercería su influencia para habilitar al norte del cauce del Turia y al lado del paseo de la Alameda un espacio de 164.000 metros cuadrados, repletos de pabellones levantados expresamente para el acontecimiento. En esta micro-ciudad a medida, la actividad congresista y expositora se vería complementada por espectáculos cinematográficos, concursos hípicas, exhibiciones deportivas que, según Pons y Serna, aunaban «rivalidades de gentes

⁸⁰⁰ Sobre las distintas vertientes económicas, políticas y culturales de la Exposición Regional de 1909, una de las lecturas recomendadas es la obra colectiva *La Regió de l'Exposició*, realizada en el ciclo conmemorativo propiciado por el centenario en 2009. Ferran ARCHILÉS (ed.) *La regió de l'Exposició: la societat valenciana de 1909*, Valencia, PUV, 2011.

⁸⁰¹ Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGÓ; «Concierto moruno: Marroc i la febre imperialista des de la perspectiva de l'Exposició Regional de València de 1909» en FERRAN ARCHILÉS (ed.) *La regió...* pp. 197-216.

⁸⁰² Tomás TRENOR; *Memoria de las Exposiciones Regional Valenciana de 1909 y Nacional de 1910*, Valencia, Tipografía Moderna, 1912, p. 11 (Cit. en Josep Vicent BOIRA; «La Exposición Regional de Valencia de 1909 y la figura de Tomás Trenor y Palavicino» en AA.VV; *Trenor. La Exposición...*, p. 340)

industriosas y admiradas ante los avances del siglo, dispuestas también a disfrutar de los ocios deslumbrantes»⁸⁰³. Y en el transcurso de estas exposiciones, el proyecto de un gran mercado central cerrado, por largo tiempo desaparecido de la acción municipal, volvía a aparecer en la agenda política.

El 22 de febrero de 1910, mientras la Comisión de Mercados perfilaba las bases del concurso, *Las Provincias* insertaba una columna firmada por «un comerciante» que proyectaba la creación de dicha infraestructura como un deseo general, latente pero interrumpido:

«El Mercado Central es aspiración de mucho tiempo; el Ayuntamiento tiene recursos para ello, y sólo falta un hombre de buena voluntad que nos libre de ver esparcidos por el suelo los alimentos que hemos de adquirir para nuestras casas; que nos endosen carnes pintadas y pescados descompuestos o endurecidos, como ahora ocurre. Estamos en un clima cálido y se necesita un mercado con cámaras frigoríficas y todos los adelantos modernos, cual reclama la higiene.»⁸⁰⁴

La insistencia en la amenaza para la salud presente en los alimentos desperdigados por la calle parecía tomar caminos similares a los emprendidos décadas antes por Juan Bautista Robert en esa misma publicación. No obstante, ahora no había lugar para la resignación. Bajo un epígrafe recurrente en la prensa (“Las mejoras de Valencia”) el autor insistía en que éste era el momento propicio para emprender la obra del Mercado y otras propuestas. ¿Por qué ahora?

«Tenemos sobre el tapete la construcción de casa de Correos y Telégrafos, la del Banco de España y el Mercado Central. Si los que vengan a visitar nuestra próxima Exposición Nacional no nos hallaran ocupados en estas transformaciones, por lo menos, tendrán el derecho de llamarnos indolentes.»⁸⁰⁵

A ello sumaba una serie de alabanzas a la actitud del nuevo alcalde liberal, el abogado Ernesto Ibañez Rizo. No obstante, los nuevos debates sobre esta aspiración intermitente pueden ligarse a una coyuntura que sobrepasa las simpatías personales o el “efecto escaparate” sobre la ciudad que, según el autor, estaba generando el ciclo de exposiciones.

Así pues, es importante realizar dos observaciones. En primer lugar, si bien esta iniciativa encalló económicamente, no es razonable desdeñar los horizontes y comportamientos desarrollistas que su espectacularidad y pretensión de representar el conjunto de la vida económica valenciana pudiese promover en las burguesías y las

⁸⁰³ Anacleto PONS y Justo SERNA; «Trenor: hechos y palabras» en AA. VV.; *Trenor. La Exposición...*, p. 28.

⁸⁰⁴ “Las mejoras de Valencia” *Las Provincias*, 22 de febrero de 1910, p. 3.

⁸⁰⁵ *Ídem*.

autoridades políticas de la ciudad. En concreto, resulta interesante que durante 1909, al repunte de la cesión de licencias de obra se sumara un aumento récord del presupuesto municipal destinado al Ensanche y las expropiaciones de terrenos en la ciudad⁸⁰⁶. Eso sí, tampoco cabe sobredimensionar esta hipótesis si es considerado un segundo factor local y a la vez internacional. Antes de ser planteada la posibilidad de esta exposición, una nueva representación espacial del interior de la ciudad ya estaba siendo elaborada por el equipo municipal de arquitectos, encabezado por Federico Aymaní. En su anteproyecto de noviembre de 1907, editado como folleto propagandístico en 1909, el arquitecto introducía su recorrido imaginario por la València del presente y del futuro con una valoración pública sobre qué debía motivar la «administración de una gran ciudad» para fomentar el desarrollo urbano:

«el buen estado de las vías públicas y su desarrollo, según el crecimiento de la circulación; por el mantenimiento de las condiciones de aeración necesarias a la existencia; por la desaparición de los detritus de toda naturaleza que produce la vida de los hombres y de los animales (...) por el establecimiento de avenidas-paseos y amplios espacios cubiertos de vegetales, vastos depósitos de aire puro indispensables a la salubridad de la urbe...»⁸⁰⁷

Bajo estos paradigmas, el deseo de crear nuevas plazas, parques y bulevares en València era justificado con su visita y reflexión personal sobre las vías espaciosas de las grandes capitales, como Regent Street en Londres o la Ringstrasse en Viena. O también, con su alusión a los nuevos modelos de ciudad como el *Garden-City* de Ebenezer Howard y Raymond Unwin, que, según el autor, debían ser adaptados de manera particular para no alterar el hipotético sello identitario de la ciudad: «la impresión grandiosa que produce (...) es debida a la feliz correlación de tal vía con el sello característico de la ciudad donde se creó»⁸⁰⁸. Aquí puede apreciarse su confusión a la hora de interpretar distintos modelos y contextos urbanos. Mientras que los proyectos de ciudad-jardín, de raíces anglosajonas, propugnan una transición progresiva del campo y una urbe con contornos difusos, su anteproyecto está centrado en la apertura radial de grandes vías que conectaran la ciudad como conjunto con el mundo agrícola. No hay rastro en su argumentación de los extensos suburbios ajardinados que Howard planeaba como equilibrio deseado entre las oportunidades de trabajo y la oferta cultural de la ciudad y la belleza y salubridad de un mundo campestre retratado de manera

⁸⁰⁶ Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* pp. 334-336.

⁸⁰⁷ Federico AYMANÍ; *Reforma interior de Valencia: Memoria explicativa del anteproyecto aprobado por el Excmo. Ayto en sesión de 9 de marzo de 1908*, Valencia, Sucesores de Emilio Pascual, 1909, p.7.

⁸⁰⁸ *Ibidem*, p. 12.

bucólica⁸⁰⁹. En su lugar, Aymaní deja en un segundo plano las consideraciones sobre espacios verdes y zonas de ocio, aludiendo a la cercanía de las zonas agrícolas. Y en su discurrir sobre la idiosincrasia campo-ciudad, explora el Mercado a modo de punto en torno al que gira la totalidad del proyecto. Su espacio es analizado como uno de los dos focos gravitatorios del tráfico de mercancías y personas proveniente de la Huerta y principal generador de vida social de València. Urbe que, a su vez, también es descrita como polo de atracción de la comarca:

«Valencia constituye un gran foco de atracción, cuya influencia se ejerce sobre una extensa llanura esmaltada de poblados más o menos importantes y de numerosos caseríos, fábricas, chalets, alquerías y barracas, diseminados por su espléndida y feraz huerta. (...) Gran golpe de gentes acude a diario a la ciudad por las vías férreas y diversos caminos, carreteras y puentes, dirigiéndose gran parte de aquella muchedumbre al Mercado, famoso por su condición de gran centro de vida y animación exuberantes.»⁸¹⁰

Aprovechando la afluencia que le atribuye, el Mercado es convertido en el cruce en el que el arquitecto convergerá en sus planos dos grandes vías rectas, con un recorrido muy similar a las proyectadas por Ferreres en 1891 (plano anexo). La primera atravesaría la ciudad de suroeste a noroeste, siendo utilizada su apertura como un pretexto para una incierta operación higienista: «una gran arteria que alivie a la vez el estado deplorable de la zona Oeste de la población en cuanto a su vialidad e higiene». La segunda, más corta, discurriría desde el noreste para terminar en la Lonja medieval⁸¹¹.

En perspectiva de Francisco Taberner, éste es el primer plan de reforma urbana que abarcará todo el centro histórico de la ciudad. «Ya no se trata de abrir una nueva vía o ensanchar una plaza. Por primera vez, se va a intentar actuar sobre una extensa zona ya consolidada, con objeto de “urbanizarla”»⁸¹². Ahora bien, por debajo de esta voluntad de proyecto global que Taberner confiere a la reforma interior de València, ¿en qué contextos sociales podían moverse los flujos de población que tanto preocupaban a Aymaní sobre el papel? Es decir, ¿quiénes sacarían mayor provecho de transitar por estas avenidas imaginarias y por qué? Estos interrogantes no son sólo suscitados por el documento del arquitecto, sino por la campaña publicitaria que *El Pueblo*, a diferencia de otros periódicos, orquestaría en junio de 1908 en torno a él. Con las primeras noticias

⁸⁰⁹ Ebenezer HOWARD; *Garden Cities of Tomorrow*, Londres, Swan Sonnenschein & Co., 1902, pp. 16-19.

⁸¹⁰ Federico AYMANÍ; *op. cit.*, p. 13.

⁸¹¹ *Ibidem*, pp. 13-14.

⁸¹² Francisco TABERNER; *Valencia entre el ensanche y la reforma interior*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, p. 92.

de una Exposición Regional en el horizonte, el diario republicano dedicaría un número especial que, al día siguiente, afirmarían haber agotado una tirada de 13.000 ejemplares. Y para ello, se valdrían de una extensa crónica positiva de J. Martínez Roca, supuesto ingeniero y doctor en Ciencias del que no hay otros indicios. Como parece deducirse de su republicanismo, el sujeto del pueblo valenciano, como cajón de sastre aglutinante y hegemónico, aparecía como primer destinatario de estas obras:

«no creo que haya un valenciano que no comprenda que el estado actual de la plaza de la Reina, que la congestión que en su tráfico sufre hoy la calle de Peris y Valero, que las angosturas y estrecheces de las calles afluentes al Mercado, y que el saneamiento y modernización de los barrios del Oeste de la ciudad, sean cosas que puedan tolerarse por más tiempo en el estado actual.»⁸¹³

Ahora bien, en la valoración del hipotético ingeniero se introducen matices sugerentes dentro de ese «valenciano» común, que apuntan a los diferentes usos sociales y económicos que creía favorecidos por la orientación de cada vía dibujada:

«2ª Avenida del Real. Valencia celebra todas sus más concurridas y hermosas fiestas en la Alameda. En ella verifican también los diarios y dominicales paseos la mayor parte de los valencianos, todo lo cual determina al regreso la acumulación de grandes masas de gente que, unidas a las que proceden del Puerto, producen una congestión sofocante en la circulación y tránsito de la calle de Peris y Valero que apenas puede, por su estrechez, servir el movimiento ordinario, agravada hoy por la circulación del tranvía eléctrico.»⁸¹⁴

«2º Gran Vía desde el puente de la Trinidad a la Lonja. El puente de la Trinidad, al que afluye el camino de Alboraya, es la entrada a nuestra ciudad de los habitantes de los numerosos pueblecillos, caseríos, alquerías y barracas del N. E. de la huerta, dedicados en su mayor parte a abastecer de legumbres y hortalizas nuestro mercado. Esta masa de gentes necesita una comunicación directa y rápida con lo que, imitando a Zola, llamaré El Vientre de Valencia: el Mercado central.»⁸¹⁵

En este sentido, sorprende la inexistencia de referencias al pequeño tejido industrial que ya se estaba construyendo en torno a las carreteras que comunicaban la ciudad con el Puerto. En los bordes de la principal de ellas, el camino del Grao, se habían instalado empresas de abonos y de transformación de la madera, talleres de fundición o fábricas de aceites y aguardientes, aprovechando la circulación de carruajes y el trazado del tranvía⁸¹⁶. Tampoco hay mayores alusiones a las instalaciones portuarias como polo de actividad comercial, si bien la expansión de éstas había sido dificultosa y sin la tradición previa de otras ciudades del Mediterráneo occidental. Por ejemplo, Marsella, cuyo crecimiento demográfico en la segunda mitad del siglo XIX se había basado en buena medida en la atracción de inmigrantes italianos y de otras

⁸¹³ J. MARTÍNEZ ROCA; «La reforma interior de Valencia. Necesidad de reformar, sanear y urbanizar a la europea el interior de Valencia» *El Pueblo: diario republicano*, 14 de junio de 1908, p. 1.

⁸¹⁴ *Ídem.*

⁸¹⁵ *Ídem.*

⁸¹⁶ Mª Jesús TEIXIDOR; *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1976, pp. 73-74 y 176.

procedencias en búsqueda de oportunidades de trabajo⁸¹⁷. Dependiendo de la perspectiva con el lector pudiese recibir este reportaje, la interpretación que Martínez Roca ofrecía de la reforma interior propuesta por Aymaní intentaba reforzarla, entre otras razones, como un proyecto agrourbano pragmático que beneficiaría en mayor o menor medida a uno de los dos extremos dibujados como partes de una cadena alimentaria. Mientras que los sujetos productores podrían proveer de manera más fluida de alimentos la capital, el abastecimiento estaría garantizado para los residentes de València, percibidos como consumidores netos. Así, reformar la ciudad parecía implicar una mejora de las redes de carreteras que la compenetraban con su entorno agrario, pero con un carácter asimétrico que definía a ésta como intrínseco punto de llegada y escaparate de la producción regional. Tampoco hay referencias a los sistemas de transporte público ya consolidados como el tranvía, ya plenamente electrificado, que facilitaba la circulación entre ambas zonas.

Aparte de referencias vagas al refuerzo de una red de mercados de distrito (que incluía erigir uno en los solares del antiguo barrio de Pescadores) ni Aymaní ni su admirador precisaban en su representación espacial de la València futura qué hacer con la actual plaza del Mercado. Tampoco contrastaban su propuesta con valoraciones de otros colegas o colectivos políticos o vecinales que pudiesen estar interesados en su iniciativa. Puede que, como simpatizantes blasquistas, compartiesen el diagnóstico de Adolfo Beltrán, que años atrás había rechazado la erección de un edificio central con el argumento de que «hay que prescindir de lo lujoso y atenerse a lo necesario, y que es más conveniente en las grandes poblaciones la construcción de mercados de zona o distrito»⁸¹⁸. Éstos son debates que no eran novedosos entre otros gobiernos municipales liberales, y que también comprendían ciudades con mayor población y desarrollo comercial. En los años 80 del siglo XIX, la construcción en Barcelona de los mercados del Born y de Sant Antoni, en un proceso de edificación del Ensanche, había acarreado críticas de concejales por su supuesta desproporción respecto al área que les circundaba⁸¹⁹. Una controversia similar, aunque más cruenta y prolongada, desataría en Bruselas el abandono progresivo del Marché de la Madeleine, el Marché du Parc y otras

⁸¹⁷ Céline REGNARD «Urban growth and police reform in Marseille (1855-1908)» *Urban History*, nº 43, 2 (2016) pp. 252-253.

⁸¹⁸ Adolfo BELTRÁN; «Mejoras para Valencia. Mercados y vías metálicas» *El Pueblo: diario republicano*, 6 de diciembre de 1905.

⁸¹⁹ José Luis OYÓN, Manuel GUÀRDIA y Nadia FAVA; «El sistema de mercats de Barcelona» en José Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (ed.) *Fer ciutat a través dels mercats: Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2010, pp. 270-271.

iniciativas municipales, que tuvieron que cambiar sus funciones o desaparecer en el último tercio del siglo XIX, investigado por Anneleen Arnout. Su análisis resulta sugerente porque advierte que su éxito o fracaso dependía no sólo del apoyo institucional, sino de su integración con las necesidades del barrio, la cercanía a pie (pese a la creación de sistemas de transporte público) y el uso consuetudinario que su emplazamiento hubiese tenido en el pasado⁸²⁰. En este sentido, las intenciones del consistorio en 1910 de construir un edificio central en el espacio de la plaza del Mercado no deben ensombrecer la existencia en València, al igual que las ciudades mencionadas, de una red de mercados de barrio a principios del siglo XX. A esta situación había contribuido la anexión municipal de pueblos circundantes como Villanueva del Grao y Poble Nou del Mar, cercanos al puerto, decisión que comportaba apropiarse también estos espacios de intercambio comercial (mapa con mercados en la capital en la primera década del XX, anexo 5.1 y 5.2).

En este contexto de crecimiento demográfico y anexiones municipales, ¿cómo había evolucionado la importancia cuantitativa y cualitativa de la actividad comercial del céntrico barrio en el conjunto de la ciudad? Para aproximarme a esta cuestión, he optado por contrastar las estadísticas elaboradas en anteriores capítulos con datos de 1888⁸²¹ con las del *Indicador Comercial, Industrial y Profesional de Valencia* de 1907 y un anuario comercial regional de 1914 (anexo 5.2). Estos dos registros ofrecen algunos datos contradictorios que pueden deberse a su distinta autoría y a diversas maneras de clasificar y contabilizar en su confección, sin obviar los mismos problemas metodológicos que advertí en el inicio de esta investigación. La diversidad de los negocios y oficios registrados sigue siendo reseñable, así como su peso sobre el balance global del término municipal. No obstante, sí que sugieren una serie de diferencias en el barrio respecto a décadas anteriores.

Por un lado, establecimientos de artesanía o talleres pequeños de transformación de materia prima (carpintería, fabricación y venta de muebles, calderería) pierden ligeramente su importancia en el cómputo urbano, o bien se deslocalizan hacia las rondas, los caminos que conectaban con poblaciones circundantes, el puerto o la carretera de Madrid. Mientras tanto, alrededor de un 20-25% de los profesionales

⁸²⁰ Anneleen ARNOUT, *Streets of Splendor: shopping culture and spaces in a European Capital city (Brussels 1830-1914)* Londres, Routledge, 2018, pp. 124-127.

⁸²¹ Ver las estadísticas de 1888 y 1893 en el cap. 1.2.

liberales de la ciudad seguían contando con su despacho en el barrio, una cantidad más o menos similar a la de 1888 y 1893. Los datos sobre tiendas de alimentación son más difusos e intermitentes, en parte quizás por la dificultad de establecer tipologías homogéneas y la distinta autoría de las fuentes contrastadas.

Pero por otro lado, las estadísticas anexas sí que apuntan a una concentración en el entorno del Mercado de comercios que podrían estar más asociados a las prácticas de *window-shopping* que se estaban extendiendo de diversos ritmos y modos en otras ciudades de Europa Occidental⁸²². A la presencia abundante de sastrerías o tiendas de “ropa hecha”, el Anuario de 1914 sumaba en sus categorías los bazares, los comercios de «géneros de punto» y «novedades para señoras y niños» con escaparates acristalados, encontrándose cerca de la mitad de éstos en el barrio explorado. Este relativo desplazamiento hacia las tiendas de moda y accesorios textiles plantearía la necesidad de un estudio más detallado y prolongado sobre la evolución de la valoración social del barrio, a partir de otras fuentes que permitiesen contrastar esta situación con las dinámicas de consumo social, los precios del suelo y del alquiler, el régimen de propiedad, etc.

Pese a estos matices, cuyas motivaciones previas o relevancia futura es difícil estimar aquí, es posible afirmar que el centro de la ciudad seguía conteniendo una buena proporción de su actividad comercial a principios del siglo XX. De esa manera, quizás podía tener sentido para el consistorio y los arquitectos municipales recuperar la posibilidad de crear una obra de magnitud en la plaza, por mucho que la urbe se hubiese extendido hacia otras áreas. A la altura de 1910, aun cuando existía la red de mercados locales previamente analizada, las referencias periodísticas de diferente signo ideológico ya no ofrecían otras alternativas a un mercado cubierto y centralizado. Ahora bien, esta empresa requeriría, al igual que la expropiación y derribo en marcha de Pescadores, un préstamo sustancioso y una remodelación de la zona para ser acometido. Una semana después de la columna del comerciante anónimo con la que abría este subcapítulo, *Las Provincias* y *El Pueblo* reproducían al unísono las bases enunciadas por la alcaldía para que los arquitectos presentasen sus candidaturas. Aparte de las exigencias burocráticas y económicas, el consistorio decretaba que el emplazamiento debía ser el mismo, y que

⁸²² Clé LESGER y Jan Hein FURNÉE; «Shopping streets and cultures from a Long-Term and Transnational perspective: an introduction» en Clé LESGER y Jain Hein FURNÉE; *Shopping Streets and Cultures in Western Europe, 1600-1900*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 1-12.

los puestos que albergase habían de responder al «tráfico que hoy se realiza en el llamado Mercado Nuevo, Pescadería y plazas del Mercado, de las Yervas y del Cid»⁸²³. Acometer esta labor implicaría no sólo dotar de un paraguas arquitectónico a la venta en la plaza principal, sino aglutinar y gobernar desde un mismo edificio a todos los mercadillos y puestos de venta que se habían desarrollado durante décadas en las calles circundantes. A diferencia de otras ciudades más pequeñas como Guadalajara, donde el consistorio sí que se había planteado expulsar la venta ambulante y las paradas de abastos hacia los arrabales⁸²⁴, el peso consuetudinario de la ubicación del Mercado en el casco histórico y la mayor extensión de la ciudad hacían inviable desplazarlo de su lugar original.

Ahora bien, muchos interrogantes quedan sin respuesta sin más fuentes que interpretar. ¿En qué lugar quedarían los antiguos conflictos entre revendedoras y labradoras con parada estable? ¿Qué consecuencias tendría para el centro comercial de la ciudad la separación material entre la red de tiendas del barrio y/o la venta ambulante? ¿Qué papel habían jugado los vendedores y el vecindario del Mercado en todo este proceso de reforma urbana? Cualquier aproximación sobre estas cuestiones requeriría de un estudio más prolongado en el tiempo, dado que las obras de levantamiento del edificio cubierto no implicaron, según las fotografías conservadas, la desaparición inmediata del entramado de puestos callejeros.

No obstante, el concurso iniciado en marzo de 1910 sí que iría parejo, a diferencia de iniciativas anteriores, a una búsqueda más decidida de apoyos económicos. Tres meses después, *Las Provincias* anunciaba que el consistorio había sacado a subasta obligaciones por valor de 1.500.000 pesetas, «para con su producto satisfacer los primeros gastos originados y que se originen con motivo de las expropiaciones de inmuebles que han de ser ocupados y derribados»⁸²⁵. En paralelo, mientras el proyecto de 1883 nunca trascendió la fase documental (aspecto reprochado por la mayoría de críticos literarios y periodísticos de las condiciones de la plaza) las autoridades estaban intentando asentar los pilares económicos del proyecto. Eso sí, no sin rumores de desvío

⁸²³ «El Mercado Central» *Las Provincias*, 2 de marzo 1910.

⁸²⁴ Sobre estas cuestiones contextualizadas en procesos de reforma urbana y de la gobernanza municipal, Javier San Andrés está escribiendo en estos momentos una tesis doctoral que será defendida próximamente.

⁸²⁵ «Vida municipal» *Las Provincias*, 16 de junio de 1910, p. 3.

de caudales públicos a las que la prensa liberal y conservadora no daba pábulo ni autoría, pero sí publicidad indirecta:

«Toman cuerpo las murmuraciones con respecto a los proyectos presentados para el Mercado Central. Háblase de márgenes de muchos miles de pesetas a distribuir entre los que defienden y apoyen determinado proyecto (...) Nosotros creemos que cuanto se dice son simples murmuraciones, entretenimientos maliciosos de verano que no encarnan en la realidad...»⁸²⁶

«Confesamos que a nuestros oídos no ha llegado el lamentable rumor que hace perfectamente nuestro colega en acoger, dando al mismo tiempo una voz de alarma que será favorablemente comentada por la opinión. No está de más que vivan advertidos quienes hayan de aprobar el proyecto en cuestión, y sepan, aunque no hayan de menesterlo, que sobre su labor tendrá fijos sus ojos la opinión.»⁸²⁷

Con independencia de los posibles sobrecostes y tratos de favor, cabe sopesar, a la luz de las representaciones mediáticas, que la producción de las autoridades de un espacio potencialmente “construible” preveía dos elementos que pretendían dotar de credibilidad al proyecto del Mercado. Por un lado, el propio proceso de expropiación implicaba iniciar un “punto de no retorno” de la zona que, aparentemente, allanaba a finales de 1910 el camino hacia la consecución de esta infraestructura. El resumen de *Las Provincias* del pleno del 10 de octubre incluía la solicitud de permisos a un ex propietario para iniciar de inmediato los derribos «con las solemnidades que estime oportunas para la pública celebración del comienzo de realización del proyecto de Mercado Central»⁸²⁸. En este sentido, el corresponsal del pleno incidía en cómo este punto sería reforzado simbólicamente con el boato de una ceremonia oficial ante los ojos de los espectadores. Celebrada y cubierta por los medios semanas más tarde, ésta contaría con el protagonismo no sólo de la alcaldía, sino de la presencia, discursos y gestos del presidente Canalejas y los monarcas Alfonso XIII y Victoria Eugenia. Ante ellos, Ernesto Ibañez explicaba por qué estimaba de importancia esta mejora:

«la mejora que iba a inaugurarse era de muchísima trascendencia, pues con ella desaparecería el antiguo e inconveniente Mercado, para ser sustituido con otro hecho con las reglas de las modernas construcciones, con lo cual no sólo resultarían beneficiados el ornato público, sino también la higiene y las comodidades de las huertanas que diariamente conducen a la plaza productos del campo»⁸²⁹

Por una parte, la legitimidad con la que el consistorio y la prensa monárquica imbuían este acto se basaba en una exposición de motivos en el nombre de las vendedoras agrourbanas, quién sabe si presentes entre el público expectante, calculado en «unas 20.000 almas». Mas esta crónica periodística, compartida por *Las Provincias* y

⁸²⁶ *La Correspondencia de Valencia*, 30 de agosto de 1910, p. 2.

⁸²⁷ *Las Provincias*, 31 de agosto de 1910, p. 2.

⁸²⁸ *Las Provincias*, 11 de octubre de 1910, p. 2.

⁸²⁹ «El Mercado Central» *La Correspondencia de Valencia*, 24 de octubre de 1910, p. 2.

La Correspondencia de Valencia, situaría como momento culminante el golpe de la piqueta en manos del rey como inicio y medio para hacer realidad el Mercado:

«Acto seguido el arquitecto mayor del Ayuntamiento, Sr. Alfaro, ha entregado al Alcalde una preciosa piqueta de acero bruñido, encerrada en estuche forrado de piel (...) El Sr. Ibañez Rizo ha ofrecido la piqueta a S. M. el rey, y éste ha roto el tejuelo con el número de la casa.

Al caer los fragmentos del azulejo, el público ha prorrumpido en vivas a los reyes y a Valencia.»⁸³⁰

En otras latitudes, la construcción de obras públicas y las ceremonias en torno a su disfrute colectivo e inauguración ha sido estudiada como iniciativas ideadas por las élites burguesas urbanas para fomentar una especie de sentimiento cívico. En este terreno se mueve Tristram Hunt en su estudio sobre la evolución urbana y política de urbes como Manchester, Leeds, Birmingham o Glasgow en la segunda mitad del siglo XIX. El énfasis con el que realizaban su representatividad política de la ciudad sugiere que intentaban, a través de estas reformas, proyectarse como ciudadanos conscientes en primera línea, preocupándose por las necesidades cotidianas de aquellos que consideraban como iguales⁸³¹. También puede revestirse, en un contexto más cercano, de un contenido integrador y a la vez publicitario, en búsqueda de una determinada imagen de la ciudad por parte de las élites de gobierno. Lejos del vínculo que Trenor sugería y reivindicaba entre la expansión urbana de Barcelona y su Exposición Internacional en 1888⁸³², esta iniciativa no había redundado en una creación inmediata de nuevas infraestructuras y servicios apadrinados por el consistorio. De hecho, había sido promovida por un holding privado hasta que su quiebra obligó al gobierno municipal a asumir la responsabilidad unos meses antes del certamen. Por ejemplo, la red eléctrica fue introducida en el alumbrado callejero, pero sólo en los principales paseos que conectaban los núcleos de la Exposición (la Rambla, el paseo de Colón recién pavimentado, etc.)⁸³³.

Ahora bien, en el caso de València, la creación de obras públicas puede ser analizada desde otros ángulos sugerentes. La piqueta, uno de los símbolos de "la

⁸³⁰ «El Mercado Central» *La Correspondencia de Valencia*, 24 de octubre de 1910, p. 2.

⁸³¹ Uno de los ejemplos de rituales que describe es la inauguración del ayuntamiento de Manchester en 1878, precedida de una procesión de 45.000 personas liderada por los grandes empresarios y el alcalde, pero también con una fuerte representación de gremios y asociaciones culturales. Tristram HUNT; *Building Jerusalem: the Rise and Fall of the Victorian city*, Nueva York, Metropolitan Books, 2005, pp. 246-247.

⁸³² Me refiero a la cita con la que introduzco el subcapítulo 5.3.

⁸³³ Manuel GUÀRDIA y Albert GARCÍA ESPUCHE; «1888 y 1929. Dos exposiciones, una sola ambición» en Alejandro SÁNCHEZ (dir.) *Barcelona 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 33-35.

revolución de Valencia" según Blasco y sus simpatizantes, era ahora aclamada por la prensa de los partidos rivales y la muchedumbre que representaban con el beneplácito del rey, cabeza del sistema político que tan fogosamente habían criticado. Visto así, resultaría tentador dar un sentido remozado a la tesis de Ramiro Reig sobre la penetración y el éxito/fracaso de las percepciones y lógicas blasquistas de la ciudad y sus sujetos políticos hacia 1910. Por primera vez en diez años, el movimiento blasquista perdió la mayoría en 1911. Pese a ello, la continuación de los anteriores proyectos de reforma urbana se debía, según Reig, a que «el pueblo valenciano» se había convertido en una abstracción totalizadora circunscrita al municipio, vacía y por lo tanto fácilmente asumible por los partidos dinásticos⁸³⁴. Percepción que, sin tantos matices, otros investigadores han hecho suya en sus investigaciones particulares. Es el caso de Josep Sorribes, que diluye la labor blasquista en la línea de «la incapacidad de la clase dominante de la ciudad en ejecutar de forma razonablemente eficaz los “grandes proyectos”». Incapacidad asociada, de acuerdo a sus palabras, al «carácter conservador y agrarista de la fracción hegemónica de la clase dominante y a la supeditación del crecimiento urbano a los intereses inmobiliarios y del capital monopolista del municipio»⁸³⁵. De ese modo, ¿cómo interpretar las justificaciones “agraristas” de los proyectos de reforma interior de Aymaní o las palabras del alcalde hacia las labradoras en la inauguración de los derribos del Mercado?

En vista de los problemas históricos tratados en este capítulo, reafirmar este enfoque de “estadios evolutivos” propiciaría desatender toda una serie de cuestiones soslayadas en búsqueda de conclusiones rotundas y atractivas. Por una parte, la perspectiva finalista de Reig o Sorribes no advierte de la evolución a medio plazo que tendrían no sólo los programas de reforma urbana totalizadores, sino también el propio movimiento blasquista, que ostentaría por primera vez desde el Sexenio la alcaldía republicana de València en 1917. Si bien era posible consensuar una concepción abstracta de la ciudad futura y sus bases en el presente, el desarrollo de muchas de los servicios e infraestructuras que el republicanismo daba por iniciado no trascendió el terreno de las esperanzas e ilusiones o bien, se vería sujeto a una serie de reevaluaciones en las siguientes décadas. De hecho, la construcción del propio mercado se vio sometida

⁸³⁴ Ramiro REIG; *Blasquistas y clericales...* pp. 405-409.

⁸³⁵ Josep SORRIBES; *op. cit.*, p. 212.

a problemas técnicos, parones a causa de los ciclos huelguísticos de 1917 y 1919, etc⁸³⁶. Su inauguración en 1928, la apertura del edificio de Correos y Telégrafos o la sucursal del banco de España previstos en Pescadores en 1923 y 1917, el nuevo emplazamiento de la Estación de ferrocarriles del Norte fuera de los antiguos solares de San Francisco en 1917, las calles del Ensanche... ésta era, de acuerdo al planteamiento de Albert Girona, una de las dos caras del «tránsito a gran ciudad» en las primeras décadas del siglo XX⁸³⁷. La otra existía «a pesar del desarrollo económico y la movilidad social»:

«La ciudad albergaba asimismo otra cara. Me refiero a la ciudad marcada por la pobreza, la falta de higiene y la insalubridad, por la ausencia de planificación y por los intereses especuladores, que se situaba en los barrios populares más desfavorecidos y los habitantes proletarios (asalariados, obreros industriales, dependientes, empleados domésticos, artesanos) de los cuales sólo podían moverse por intereses básicos –manutención, trabajo y salud–, y con grandes dificultades de acceso a la educación, a la cultura o al ocio.»⁸³⁸

Esta imagen de dos realidades segregadas me sugiere una segunda crítica complementaria. ¿Es la segregación socioespacial una causa o una consecuencia de conflicto en la ciudad? Este interrogante lo formulaba José Luis Oyón en su estudio sobre la Barcelona posterior a la I Guerra Mundial de la siguiente manera:

«¿Es la separación geográfica de clases, la segregación extrema y la mutua ignorancia entre ellas, un factor poderoso en el desarrollo del conflicto de clases o, al revés, no es precisamente la proximidad estrecha, la cercanía de ricos y pobres la que genera precisamente el sentido de agravio relativo, la conciencia de ser de otra clase entre el obrero y, en consecuencia, la mayor probabilidad del conflicto?»⁸³⁹

A la luz de los problemas sociales (no sólo derivados de la clase y supuestas conciencias) que obviaban o propiciaban el origen de estas grandes reformas, la construcción del sujeto blasquista de “pueblo” no siempre fue tan inclusiva como sus discursos sugirieron en sus años de gobierno. El «tránsito a una ciudad moderna», concepto de Sanchis Guarner adoptado por todos los autores citados en sus narrativas históricas sobre la València de ésta época, puede encorsetar la mirada historiográfica en un camino. Con obstáculos o imprevistos, sí, pero con una lógica final que deriva en valoraciones sobre éxitos y fracasos. Frente a ello, el hecho de que en València u otras grandes ciudades estatales las instituciones municipales revistieran de “orgullo cívico” las iniciativas de reforma urbana no debe marginar su relación con «el fin de

⁸³⁶ Gumersindo FERNÁNDEZ y Enrique IBÁÑEZ; *El Mercado Central: 100 años de historia*, Valencia, Samaruc, 2017, pp. 62-67.

⁸³⁷ Albert GIRONA; «El tránsito a la ciudad moderna: la Valencia de los años 20 y 30» en Jorge HERMOSILLA (coord.) *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, 2009, vol. 1, p. 469.

⁸³⁸ *Ibidem*, p. 470.

⁸³⁹ José Luis OYÓN; «Obreros en la ciudad: líneas de un proyecto de investigación en Historia Urbana» *Historia Contemporánea*, nº18 (1999) p. 328.

determinadas actividades económicas y formas de vida que ahora se volvían imposibles en el nuevo escenario urbano creado»⁸⁴⁰. En definitiva, orientar el análisis del republicanismo valenciano y su política urbanística en la Restauración hacia un decepcionante fracaso o la «quiebra del modelo» ha impedido reflexionar sobre sus continuidades, pero sobre todo, acerca de a quiénes y de qué modo interpelaba con sus ilusiones.

Conclusiones:

En este capítulo, he explorado cómo los intentos por cimentar sobre el terreno presente del centro de la ciudad un futuro urbano para «el pueblo de Valencia» a través de la piqueta no tienen una única lectura si se entienden como algo más que una consecución material de los proyectos arquitectónicos finiseculares. Los tránsitos a gran ciudad no sólo no eran luminosos y desiguales para todos sus habitantes, sino que, por omisión o estigmatización, no estaban destinados para aquellos habitantes cuya forma de vida o aprovechamiento del espacio público no casaba con las premisas de “orgullo cívico” manejadas por las élites políticas y los medios culturales a principios del siglo XX. Ahora bien, esta cuestión no impedía diferencias en los caminos a seguir según los sujetos que eran el blanco de estas valoraciones mediáticas y políticas, así como el juego entre las motivaciones sociales y económicas de estos proyectos. En el caso de Pescadores, todas las fuerzas políticas, la prensa e incluso una parte del vecindario no contemplaban otro futuro alternativo al derribo del barrio, basándose en ocasiones en una genealogía de reivindicaciones pasadas. Ahora bien, proyectos como la propia reforma interior de Aymaní o el nuevo Mercado justificaban su necesidad con un arraigo a aquellos sujetos y praxis que se suponían propias de un presente no siempre evadible o criticable, como es el caso de la actividad agrícola en la ciudad o la pujanza comercial del centro histórico.

⁸⁴⁰ Rubén Pallol realiza esta apreciación a colación de la construcción de la Gran Vía madrileña. Rubén PALLOL; «La lucha por la calle. Conflictos en la redefinición del espacio público en las ciudades de comienzos de siglo XX» *Crisol*, nº 5 (2018) p. 18.

CONCLUSIONES FINALES

Llegados a este punto, es el momento de hacer balance y dar un sentido más homogéneo a las conclusiones de cada capítulo a través de las preguntas que me formulé en la introducción. Además, a medida que he elaborado esta valoración conjunta, he podido elaborar una propuesta de lectura social y territorial de las reformas urbanas que me suscita hipotéticas evoluciones de esta investigación, que considero importante compartir aquí y ahora.

Las amenazas del bloqueo y la “invasión” como una de las fuentes de la reforma urbana y la conflictividad social en la València de la Restauración

Al inicio de la Restauración, el centro de València y en concreto, el distrito del Mercado, fue caracterizado por la prensa y la literatura como un espacio cuya valoración social e importancia comercial disminuía, al tiempo que aumentaba la pobreza y marginación de aquellos sujetos que vivían o lo frecuentaban. En paralelo, semejantes representaciones iban acompañadas de una evocación al desgobierno y al peligro cotidiano, con matices según su enfoque punitivo, satírico o con otro cariz. Tal y como la historiografía los ha tratado, los conflictos agrourbanos de 1878 y 1882 entre fématers, vendedoras del Mercado y el consistorio municipal proporcionaban una oportunidad mediática para volcar buena parte de estos repertorios culturales de alteridad sobre el seno de la ciudad. La relectura de estas fuentes periodísticas y literarias teniendo en cuenta el influjo de los distintos aprovechamientos y la huella de la presencia agrícola en el espacio público del barrio, así como la actividad notoria que apuntan los anuarios comerciales, permite reorientar las hipótesis sobre la evolución del centro urbano. Y con ello, complejizar las explicaciones basadas en la “necesidad” de las transformaciones en la morfología y la vida de la ciudad que estaban siendo evaluadas por las autoridades. En este sentido, la fundamentación de esta cobertura mediática y las acciones políticas del consistorio durante las huelgas estaba encaminada a combatir una hipotética “invasión” de la ciudad por personas consideradas ajenas, que bloqueaban la circulación de los habitantes y las mercancías. Paradójicamente, estos

planteamientos resaltaban la importancia que tenía el mantenimiento de la “normalidad” en este barrio para el gobierno de València.

En el segundo capítulo, he analizado cómo esta idea del desgobierno asociado al bloqueo urbano posee resonancias en la justificación de nuevas infraestructuras públicas (un nuevo Mercado) pero también en las actuaciones políticas y representaciones mediáticas elaboradas en futuros conflictos sociales en la ciudad. En este sentido, las respuestas al levantamiento en torno a la recaudación de los consumos en julio de 1887, que paralizó la actividad económica de València durante una semana, presentan diferencias a la hora de interpretar el conflicto que motivaba este nuevo bloqueo. En este período, las corrientes identificadas con el reformismo social, al igual que en otras partes del Estado español, estaban cobrando un incipiente protagonismo entre las élites políticas y culturales de la Restauración. Y en el caso valenciano, éste giraba sobre todo en torno a una concepción de armonía social y fluidez de relaciones apadrinada por los gremios, que declaraban aunar capital y trabajo para amortiguar cualquier fricción entre las partes. Con esta legitimación, este conjunto de organismos detentaron la recaudación del impuesto de consumos en la ciudad hasta unas semanas antes del levantamiento.

Sin embargo, esta visión conciliadora fue puesta en entredicho en la revuelta de 1887. En esta ocasión, la parálisis de la actividad de la ciudad como mecanismo de presión era ejercida por la pequeña producción agrícola, pero también por las clases sociales más humildes y las tiendas de barrio, las más afectadas por la naturaleza de este impuesto indirecto. Pero en esta ocasión, las reivindicaciones no sólo se dirigían hacia el Ayuntamiento, sino contra la figura del nuevo recaudador, del Gobierno Civil y los gremios, que lamentaban en la prensa un supuesto clima de desafío a la autoridad que contradecía sus postulados y sobrepasaba los marcos de representatividad social que se habían dotado a sí mismos. Los movimientos de los manifestantes y sus representaciones mediáticas incidirían en establecer la plaza del Mercado como uno de los epicentros de la praxis frente a la intervención de las autoridades. No obstante, esta vez remarcaban el carácter generalizado de este conflicto en casi todo el casco urbano, hasta el punto de trascender a otros pueblos de la provincia.

El distrito del Mercado no era el único espacio del centro de la ciudad cuya pervivencia era representada como un inconveniente u obstáculo material y cultural para el desarrollo urbano y social de València. Las reformas interiores de la ciudad

propuestas por el Ayuntamiento y sus equipos de arquitectos a partir de los años 90 tuvieron en su punto de mira el barrio de Pescadores y los solares de San Francisco como lugares de plasmación de una ciudad volcada a un futuro integrador. No obstante, la actividad social que en él era concebida en el presente tomaba un cariz más sombrío. Bajo el mantra de la “higiene” por bandera, este espacio colindante con el ayuntamiento, la principal estación de trenes y buena parte de los teatros de la ciudad, era estigmatizado como un foco de enfermedades y peligro para la integridad personal y social de aquellos que se adentrasen en él. A ello contribuía un pasado reciente como barrio confinado por la fiebre amarilla, pero también un repertorio de denuncias vecinales que no sólo eran recogidas por los medios de comunicación a modo de eco mediático polemizante. En este sentido, y de manera similar a otras ciudades españolas y británicas, la intencionalidad de las denuncias dirigidas al Gobierno Civil por algunas familias invitaba a la represión política y policial en el espacio público de las prostitutas y de las bandas callejeras. Mujeres caracterizadas como “invasoras”, cuyos cuerpos y conductas transgredían los contornos de género y de diferenciación de lo público y lo privado que atravesaban de un modo u otro todas las sensibilidades políticas.

En paralelo, la articulación de un remozado republicanismo de oposición al turno dinástico conjugaría en València la lucha contra el caciquismo, las disputas anticlericales y la participación en la reforma urbana como cauces de la conflictividad social, si bien de ella también sabrían valerse al calor de las movilizaciones en torno a 1898. Con ellos, los proyectos liberales y conservadores previos (las grandes vías o la reforma y luego derribo del barrio de Pescadores y de los solares de San Francisco) serían dotados de nuevos significados más acordes al sujeto político que pretendía aglutinar y organizar: el «pueblo valenciano». En sus planteamientos sobre las reformas urbanas de València, la amenaza de una ciudad paralizada por la inacción monárquica remitía también a la necesidad de una transformación arquitectónica que “revolucionase” los marcos actuales de vida social de la ciudad de acuerdo a diversas razones. Por un lado, desarrollaban una justificación de carácter histórico, asociada con un pasado “árabe” y medieval que seguía presente en el tránsito del siglo XIX al XX por desatención política. Las reformas no sólo iban dirigidas a modificar el entramado de las calles céntricas, sino que pretendían regular o alterar algunos modos callejeros de vida y trabajo en barrios como el del Mercado o el de Pescadores, debiendo ser éste último erradicado en aras de la ciudad del futuro. Pero además de esta cuestión temporal

racializada, las obras de “saneamiento” previamente proyectadas en el nombre de supuestas regeneraciones morales de los barrios eran reorientadas y barnizadas con una pátina de inclusividad social. La creación de espacios de vida más diáfanos y racionalizados estaba destinada al «pueblo valenciano», que tenía múltiples caras en sus mítines, en las columnas periodísticas y también en la literatura de folletín.

Empero, estos proyectos globales de ciudad no afectaban de la misma manera a todos los barrios céntricos que habían sido asociados durante décadas a la pobreza, el desgobierno o la violencia. El republicanismo en el gobierno, con el beneplácito de otras fuerzas políticas, no deseaba la pervivencia de espacios céntricos como Pescadores, con una parte de sus moradores identificados con la alteridad urbana. La prostitución y las reyertas callejeras, fenómenos visibilizados en la prensa e incluso una parte del vecindario a modo de señas de identidad, eran mostrados como un ente extraño que no tenía cabida en los horizontales sociales y espaciales que el blasquismo imaginaba para València en el nuevo siglo. En cuanto hubo fondos económicos disponibles y la aprobación del Estado, la evocación de la piqueta pasó de ser un horizonte deseable a un acto de *damnatio memoriae*, no sin provocar accidentes, las quejas de algunos propietarios y previsibles desahucios que no tuvieron reflejo escrito.

Mientras que las narraciones de un pasado inherente al presente de Pescadores representaban el barrio como una fuente de problemas que podían extenderse al resto de la ciudad, la reforma urbana en el caso del Mercado y su entorno cobraba un cariz menos rupturista. Probablemente, la influyente vitalidad de la actividad agrícola y comercial del barrio del Mercado en el conjunto de la ciudad a principios del siglo XX no invitaba a concebir *tabulas rasas* sobre su espacio material y social. Así pues, proyectos como la reforma interior de la ciudad de Aymaní de 1908 o la creación de un mercado central cubierto en 1910 insinuaban que el progreso de València consistía, entre otros aspectos, en “mejoras” que dignificaran y facilitaran el abastecimiento y la comunicación de la Huerta a este barrio y, por ende, de la ciudad.

A falta de vislumbrar si se vertebraban estos planes o no, la identidad poliédrica del barrio del Mercado fue uno de los quebraderos de cabeza de las autoridades municipales durante los primeros años del blasquismo en el gobierno. En pleno éxito político y electoral, los tópicos del bloqueo de la ciudad y la invasión agrícola serían también reapropiados por el republicanismo blasquista a través de las creencias en una

alteridad secular entre la naturaleza y el potencial político del campo y la ciudad. Mientras que líderes como Morote, Blasco Ibañez y Adolfo Beltrán hablaban del bienestar del «pueblo valenciano» como motor y objetivo del cambio político visible en las reformas, dibujaban un mundo rural cercano a él, pero constreñido por su postergación a los designios caciquiles y a la influencia eclesiástica. Si bien no puede desdeñarse que el rango de acción de los caciques era mayor en las haciendas rurales, las representaciones “ruralizadas” de los habitantes de la Huerta elaboradas por el blasquismo y su carga emotiva presuponían la incapacidad de organizarse por ellos mismos o de pensar en realidades más amplias. De ese modo, la Sociedad de Agricultores de la Vega, uno de los principales protagonistas de las huelgas entre 1901 y 1903, o las labradoras de l’Horta Nord eran mostradas por como un agente insolidario y privilegiado, que debía someterse a las razones municipales. El «turno del pueblo» republicano no parecía englobar la Huerta al menos, por parte de sus élites de gobierno en la ciudad, si bien estas aludían al entorno agrario como uno de los elementos de anclaje y justificación de sus horizontes de futuro.

Ahora bien, considero que la compleja relación entre las percepciones del mundo agrario y las concepciones de una nueva ciudad no sólo remiten al blasquismo y su cosmovisión política. Por un lado, la reacción similar de sectores liberales, liberal-demócratas y conservadores contra las acciones de labradoras y labradores en la urbe y la reiteración en las metáforas de la parálisis invitan a sopesar si el progreso urbano, entre otros aspectos, era identificado con la ininterrupción de los flujos entre la Huerta y la ciudad. De ese modo, alterar este proceso de manera literal o con resonancias “literarias”, de la manera en que ocurrió entre 1901 y 1903, sería percibido no sólo como un acto extraño a València, sino irracional e ilógico. No obstante, si esta interacción se realizaba de manera pacífica, era un síntoma más de un gobierno efectivo de sus espacios públicos, a diferencia de las nociones de invasión y violencia perenne asociadas con las calles de Pescadores de manera casi unánime. Y por otro lado, en el último capítulo he explorado una posible explicación a esta visión generalizada del progreso (y la degradación) de la ciudad. En la primera década del siglo XX, la especulación inmobiliaria y la celebración de grandes eventos institucionales (Exposición Regional Valenciana) proporcionaban espacios formales e informales de encuentro para compartir, debatir y promocionar “desde arriba” concepciones homogeneizantes y armoniosas de “desbloqueo” de València y sus futuros posibles.

Propuestas para una lectura social y territorial de las reformas urbanas

A lo largo de estas páginas, he analizado cómo los conflictos entre distintas producciones del espacio público podían influir en las transformaciones urbanas posibles, deseadas y efectuadas por los gobiernos monárquicos y republicanos en la antigua València intramuros entre 1875 y 1910. Hasta ahora, he ofrecido algunas conclusiones que conectaran y aclararan los hilos narrativos que he tejido en los distintos capítulos. Sin embargo, creo que es también el momento de aportar algunas pinceladas adicionales sobre cómo, a lo largo de mi investigación, ha cambiado mi manera de explorar y dar sentido a la agencia humana y material en las ciudades. Y con ello, de trabajar las fuentes y hacer historia sobre ellas, sus habitantes y sus problemas.

Este enfoque me ha permitido comprender los procesos de reforma urbana no sólo como una iniciativa política y arquitectónica justificada de antemano en base a preceptos económicos o “higiénicos” de carácter universalizador. En este sentido, otra fuente de su significado puede derivar de las percepciones sensoriales de los grupos sociales que frecuentan un barrio, así como de las representaciones socioculturales elaboradas por ellos y quienes les gobiernan. Percepciones de “su lugar” frente a otros sujetos que coexisten y construyen un espacio público también en base a sus nociones particulares o apropiadas. Con ello, los contornos de las relaciones sociales que se tejen en las ciudades también están atravesados por estas connotaciones, en un intercambio no siempre consciente, constante, pacífico o equitativo. Y además, son percepciones que poseen un cariz muy cambiante según el medio que los habitantes de la ciudad utilizan para evocar su relación con el espacio urbano. Desde la ironía satírica hasta la opción sensacionalista o la condensación de espacio/tiempo en una nota de prensa, pasando por la fría racionalidad de un dictamen municipal, las luchas por concebir, plasmar o recordar una València determinada están marcadas también por las fuentes que son utilizadas.

Asimismo, he intentado explorar cómo en estos procesos juegan un papel notable los roles de supervisión y sanción de las autoridades políticas, que se erigen en representantes racionales de un territorio sobre el que intentan decidir cuáles son los

camino viables a seguir en el presente y el futuro. No obstante, en paralelo a estos recorridos virtuales, los sujetos individuales y colectivos pueden desarrollar los conflictos sociales desde sus usos del espacio público. A través de su presencia o ausencia, desde el bloqueo o la negociación de esos *camino*s. O, por otra parte, la sensación de parálisis urbana puede también proyectarse desde los medios de comunicación para legitimar su solución como el fin a un desagravio. En ambas facetas, el recurso a la temporalidad puede estar presente. Es decir, que las concepciones de pasados, presentes y futuros idealizados o amenazadores que les permitan legitimar sus proyectos o reivindicaciones tienen también sus efectos en las producciones sociales de las ciudades. Como decía Certeau, «la vista en perspectiva y la vista en prospectiva constituyen la doble proyección de un pasado opaco y de un futuro incierto en una superficie que puede tratarse»⁸⁴¹.

No obstante, no todas las “superficies” son susceptibles de ser tratadas de la misma manera ni cuentan con los mismos contornos. En un contexto de democratización política intermitente o selectiva y de múltiples brechas socioculturales y de género como el de la Restauración u otros sistemas liberales de países vecinos, no pueden elaborarse ni tienen sentido teorías universales sobre los procesos y las agencias urbanas, así como sus implicaciones. En este sentido, en esta tesis he intentado explorar conjuntamente la conflictividad social y los procesos de reforma urbana de la capital del Turia a lo largo de este período no a modo de una isla virgen o un nuevo paradigma interpretativo. Mi propuesta de «conocimiento situado» de València ha sido articulada por medio del contraste con las investigaciones sobre los efectos de la capitalidad política o simbólica, el crecimiento industrial y la polarización social o los imaginarios culturales sobre los barrios de ciudades como Madrid, Barcelona, Bilbao o Marsella.

El tipo de historia urbana no sólo depende de la contextualización de la ciudad escogida, sino de la lupa, la dirección de la mirada y el tamiz adoptado. Partir del análisis de las transformaciones urbanas como iniciativas radiales y emprendidas desde las instituciones para *progresar*, por mucho que se remarquen las consecuencias desiguales para los distintos grupos sociales de una ciudad, comporta dos grandes peligros. El primero, fundamentarlas en una justificación racional que, en última instancia, apele a un horizonte de progreso y armonía social, sea cual sea su contenido,

⁸⁴¹ Michel de CERTEAU; *The Practice of Everyday Life...* pp. 93-94.

los miedos a su no-realización y sus efectos sobre los habitantes presentes. Y el segundo, no contempla cómo puede interpelar desde distintos ángulos la vida y la percepción de la vida en los barrios afectados por estas transformaciones. Ambas cuestiones han imbuido mi narración y enfoque de la conflictividad a través del contacto callejero y la interacción social (atravesada por identidades de clase, género y orientalismos) en los dos barrios objetos de estudio, así como en la descomposición que he hecho de las percepciones mediáticas y literarias recreadas en torno a ellos. Con ello, he intentado ofrecer una perspectiva que complejizara las explicaciones que tienden a representar la evolución de las grandes ciudades del Estado español como un entorno de creciente segregación socioespacial y desplazar el foco hacia polos inconscientemente ideados.

Esta reflexión quedaría incompleta sin una alusión a las posibilidades que ha ofrecido en la creación del relato la imbricación de la Huerta valenciana y sus dinámicas en y a propósito del corazón de la ciudad. Explorar los movimientos y las reivindicaciones agrícolas acerca de los usos de calles y plazas como apropiaciones cotidianas que debían contemplar las leyes y cartografías de la ciudad me ha ayudado a introducir una dimensión territorialmente más amplia de la interacción socioeconómica en ella. Los marcos ligados a oposiciones e incompatibilidades entre mundos rurales y urbanos, con ritmos, sujetos y naturalezas opuestas en los discursos sobre la “modernidad urbana” podrían cobrar nuevos giros argumentales con perspectivas integrales. En este sentido, me ha sorprendido que la globalidad que la planificación urbana otorgaba a sus caminos de futuro en València también recurriera a la legitimación (por idealizada que fuese) y conjeturara proyecciones ulteriores del presente agrario de la ciudad. Por ello, con este planteamiento en mente, esta tesis no agota su recorrido aquí, sino que me da pie a imaginar diversos recorridos para hipotéticas investigaciones posteriores.

Entre el pasado de la Restauración aquí presentado y las investigaciones que he realizado en otros trabajos sobre las experiencias personales y colectivas de la generación de mis abuelos, queda un vasto campo poco transitado en los trabajos sobre València. Por ejemplo, en el contexto de agitación a partir de 1917, ¿qué cambios y continuidades se produjeron entre las movilizaciones agrourbanas aquí trabajadas y los primeros movimientos sindicales de base agraria? Tras el golpe de 1923, ¿cuál fue el impacto del ascenso de autoridades afines a la dictadura de Primo de Rivera en el

programa de obras públicas de la ciudad en marcha? ¿qué relación guardaba con la visión del mundo rural que poseían otras élites primoriveristas del Estado español? Abordar este período es una sugerencia que he recibido por parte de otros investigadores y que podría ser enriquecida por algunos trabajos sobre la conflictividad social y los cambios políticos entre los años 10 y 20 del siglo XX en la actual comarca de l'Horta⁸⁴².

Investigar sobre el papel que atribuía el movimiento blasquista a la agricultura y la presencia agraria en la ciudad me ha hecho sopesar dos grandes vías de trabajo. Por un lado, al igual que en València, cabría estimar la opción de explorar los significados sociopolíticos de las circulaciones agrarias en las transformaciones urbanas de metrópolis como Madrid o Barcelona, con una potente red de mercados de barrio en el período aquí analizado. O en ciudades como Murcia o Granada, con amplias extensiones hortofrutícolas que abastecían los circuitos locales y regionales. Y por otro lado, me parece interesante la posibilidad de acometer un estudio de las redes republicanas en la Huerta que trascendiese los límites municipales y el simbolismo de la capital del Turia. Si las percepciones sociales de los conflictos huertanos en la ciudad de València han sido exploradas satisfactoriamente, ¿por qué no hacerlo también en el caso de los pueblos que eran representados como fuente del problema? Asimismo, sería interesante tantear qué relaciones políticas tenían entre ellos las autoridades locales, asociadas por el blasquismo a las prácticas caciquiles, cercanas a la capital provincial. En un sentido similar, ¿actuaba el republicanismo local del mismo modo y con los mismos presupuestos que el gobierno blasquista de València? Y a nivel metodológico y teórico, ¿podría dotar a estos debates el prisma del “metabolismo social”, defendido por la ecología política, de un cuerpo que les diese sentido global?

En fin, son muchas las inquietudes que me ha despertado esta investigación predoctoral sobre los desafíos de la vida en las ciudades, y que seguramente conectan con las preocupaciones académicas y personales de otras investigaciones emergentes con las que he coincidido en tiempo y espacio. Al fin y al cabo, éste es un contexto en el que las actividades cotidianas y las luchas de poder urbanas se han convertido en un

⁸⁴² Joan del ALCÁZAR; *Temps d'avalots al País Valencià: 1914-1923*, Valencia, Diputació de Valencia, 1989, o Julio LÓPEZ IÑÍGUEZ; *La Unión Patriótica y el Somatén valencianos (1923-1930)* Valencia, PUV, 2017.

caleidoscopio de procesos globales de competencia, desarrollo desigual y percepción del *otro* que nos afectan no sólo como historiadores, sino como habitantes.

FINAL CONCLUSIONS

At this point, it is time to evaluate and provide a more homogeneous meaning to the conclusions of each chapter through the questions I asked myself in the introduction. Furthermore, as I have prepared this joint assessment, I have been able to elaborate a proposal for a social and territorial reading of the urban reforms which raise me hypothetical developments in this research, which I consider important to share here and now.

The threats of blockage and "invasion" as one of the sources of urban reform and social conflict in Restoration València

At the beginning of the Restoration, the centre of València, and more specifically the Market district, was characterised by the press and literature as a space whose social value and commercial significance decreased, while the poverty and marginalisation of those who lived there or frequented it increased. In parallel, such representations were accompanied by an evocation of misgovernment and everyday danger, with nuances depending on their punitive, satirical or different approach. As historiography has dealt with them, the agro-urban conflicts of 1878 and 1882 between *fematers*, market vendors and the municipal council provided a media opportunity to bring a large part of these cultural repertoires of otherness into the heart of the city. The re-reading of these journalistic and literary sources, taking into account the influence of the different uses and the imprint of the agricultural presence in the public space of the neighbourhood, as well as the notorious activity pointed out by the commercial yearbooks, allows us to reorientate the hypotheses on the evolution of the urban centre. And with this, to further complex explanations based on the "necessity" of the transformations in the morphology and city life that were being evaluated by the authorities. In this sense, the rationale behind this media coverage and the political actions of the city council during the strikes was aimed at combating a hypothetical "invasion" of the city by people considered outsiders, who were blocking the movement of inhabitants and goods. Paradoxically, these approaches highlighted the importance of maintaining "normality" in this neighbourhood for the government of València.

In the second chapter, I have analysed how this idea of misgovernment associated with the urban blockage has resonances in the justification of new public infrastructures (a new market) but also in the political actions and media representations elaborated in future social conflicts in the city. In this sense, the responses to the uprising around the collection of consumption in July 1887, which paralysed the economic activity of València for a week, present differences when it comes to interpreting the conflict that motivated this new blockade. In this period, the currents identified with social reformism, as in other parts of Spain, were gaining an incipient prominence among the Restoration's political and cultural elite. Moreover, in the case of València, this revolved above all around a conception of social harmony and fluidity of relations sponsored by the guilds, which declared that they were bringing together capital and labour to cushion any friction between the opposing sides. With this legitimacy, this group of organisations retained the collection of *consumos* tax in the city until a few weeks before the uprising.

Nevertheless, this conciliatory vision was challenged in the 1887 revolt. On this occasion, the paralysis of the city's activity as a mechanism of pressure was exercised by small agricultural production, but also by the lower social classes and local retailers, who were most affected by the nature of this indirect tax. But this time, the demands were not only directed at the City Council, but also against the figure of the new tax collector, the Civil Government and the unions, who lamented in the press an alleged climate of defiance of authority that contradicted their postulates and went beyond the frameworks of social representation that they had provided for themselves. The movements of the demonstrators and their media representations would influence the establishment of the Square Market as one of the epicentres of the practice against the intervention of the authorities. However, this time they highlighted the generalised nature of this conflict in almost the entire urban area, to the extent that it transcended other towns in the province.

The Market district was not the only space in the city centre whose continuity was represented as an inconvenience or material and cultural obstacle to the urban and social development of València. The interior reforms of the city proposed by the City Council and its architectural teams from the 1890s had the Pescadores district and the San Francisco plots in their sights as places to reflect a city that was committed to an integrating future. Yet the social activity that was conceived there in the present took on

a darker aspect. Under the mantra of "hygiene" as a flag, this space adjacent to the town hall, the main train station and a great part of the city's theatres, was stigmatised as a focus for disease and danger to the personal and social integrity of those who entered it. This was due to the recent past of the neighbourhood as a yellow fever-confined area, but also to a repertoire of neighbourhood complaints which were not only reported by the media as controversial echoes. In this sense, and similarly to other Spanish and British cities, the intentionality of the denounces addressed to Civil Government by some families invited political and police repression in the public space of prostitutes and street gangs. Women characterised as "invaders", whose bodies and behaviours transgressed the contours of gender and differentiation of the public and private that crossed all political sensitivities somehow.

At the same time, the articulation of a renewed republicanism in opposition to the dynastic turn would combine in València the fight against caciquism, the anticlerical disputes and the participation in the urban reform as channels of social conflict, although they would also know how to make use of it in the upheaval around 1898. With them, the previous liberal and conservative projects (the great avenues or the reform and subsequent demolition of Pescadores district and the San Francisco plots) would be endowed with new significances more in keeping with the political subject they sought to bring together and organise: the "Valencian people". In his proposals on the urban reforms of València, the threat of a city paralysed by monarchical inaction also referred to the need for an architectural transformation that would "revolutionise" the current frameworks of social life in the city for various reasons. On the one hand, they developed a justification of a historical nature, associated with an "Arab" and medieval past that was still present in the transition from the 19th to the 20th century due to political neglect. The reforms were not only intended to modify the network of central streets, but also to regulate or alter certain street lifestyles and work in neighbourhoods such as the Market surroundings or Pescadores, with the latter having to be eradicated for the sake of the future city. Besides this racialised time question, the "sanitation" works previously planned in the name of supposed moral regenerations of the neighbourhoods were redirected and painted with a patina of social inclusiveness. The creation of more diaphanous and rationalised living spaces was directed at the "Valencian people", who had many faces in their rallies, in the newspaper columns and in the serial literature.

Yet these global city projects did not affect in the same mode to all inner-city neighbourhoods that had been associated with poverty, misgovernment or violence for decades. The republicanism in government, with the approval of other political forces, did not aim at the survival of central spaces like Pescadores, with a part of its residents identified with urban otherness. Prostitution and street fights, phenomena that were made visible in the press and even in part of the neighbourhood as signs of identity, were shown to be a strange entity that had no place in the social and spatial horizontals which blasquism imagined for València in the new century. As soon as economic funds were available and the State approved, the evocation of the picket went from being a desirable horizon to an act of *damnatio memoriae*, not without causing accidents, the complaints of some owners and foreseeable evictions that had no written reflection.

While the narratives of a past inherent in the Pescadores' present represented the neighbourhood as a source of problems that could be extended to the rest of the city, the urban reform in the case of the Market and its surroundings became less disruptive. Probably, the influential vitality of the agricultural and commercial activity of the Market district in the city as a whole at the beginning of the 20th century did not invite to conceive of *tabulas rasas* upon its material and social space. Thus, projects such as the Aymaní's internal reform of the city in 1908 or the creation of a covered central market in 1910 insinuated that the progress of València consisted, among other aspects, of "improvements" that dignified and facilitated the supply and communication of the Huerta to this neighbourhood and, therefore, of the city.

With no indication as to whether these plans were structured, the polyhedral identity of the Market district was one of the biggest headaches for the municipal authorities during the first years of blasquism in government. In the midst of political and electoral success, the topics of the blockade of the city and the agricultural invasion would also be reappropriated by blasquist republicanism through beliefs in a secular otherness between nature and the political potential of the countryside and the city. Whilst leaders such as Morote, Blasco Ibañez and Adolfo Beltrán spoke of the welfare of the "Valencian people" as the driving force and objective of the political change visible in the reforms, they portrayed a rural world close to them, but constrained by their submission to caciquil designs and ecclesiastical influence. Although it cannot be denied that the range of action of the caciques was greater on the rural estates, the "ruralised" representations of the inhabitants of the Huerta produced by blasquism and

its emotional charge presupposed the inability to organise themselves or to think of wider realities. In this way, the Sociedad de Agricultores de la Vega, one of the main protagonists of the strikes between 1901 and 1903, or the women farmers were shown as an unsupportive and privileged agent, who had to submit to municipal reasons. The republican "people's turn" did not seem to include the Huerta at least, on the part of its government elites in the city, although they alluded to the agricultural environment as one of the elements of anchorage and justification of their future horizons.

As I see it, however, the complex relationship between perceptions of the agricultural world and conceptions of a new city does not only refer to blasquism and its political worldview. On the one hand, the similar reaction of liberal, liberal-democratic and conservative sectors against the actions of farmers in the city and the reiteration in the metaphors of the paralysis call for a consideration of whether urban progress, among other aspects, was identified with the uninterrupted flows between the Huerta and the city. In this sense, altering this process in a literal way or with "literary" resonances, in the way it happened between 1901 and 1903, would be perceived not only as an act that was foreign to València, but also as irrational and illogical. Still, if this interaction took place in a peaceful way, it was a further symptom of effective government of its public spaces, unlike the notions of invasion and perennial violence associated with the streets of Pescadores almost unanimously. And on the other hand, in the last chapter I have explored a possible explanation for this widespread view of the progress (and degradation) of the city. In the first decade of the 20th century, property speculation and the holding of large institutional events (Valencian Regional Exhibition) provided formal and informal meeting spaces for sharing, debating and promoting "from above" homogenising and harmonious concepts of "unblocking" València and its possible futures.

Proposals for a social and territorial interpretation of urban reforms

Throughout these pages, I have analysed how the clashes between different productions of public space could influence the possible urban transformations desired and carried out by the monarchical and republican governments in the former València within the walls between 1875 and 1910. Hitherto, I have offered some conclusions which connect and clarify the narrative threads which I have woven in the different chapters. Nonetheless, I consider that this is still the time to contribute some additional

insights into how, throughout my research, my approach to exploring and making sense of human and material agency in cities has changed. Thus, with what it entails, working on the sources and making history about them, their inhabitants and their problems.

This approach has enabled me to understand urban reform processes not only as a political and architectural initiative justified in advance on the basis of economic or "hygienic" precepts of a universal nature. In this sense, another source of its meaning can derive from the sensory perceptions of the social groups that frequent a neighbourhood, as well as from the socio-cultural representations elaborated by them and those who govern them. Perceptions of "their place" in relation to other subjects that coexist and create a public space according to their particular or appropriate notions. As a result, the contours of the social relations that are woven in cities are also crossed by these connotations, in an exchange that is not always conscious, constant, peaceful or equitable. Furthermore, these are perceptions that possess a strongly changing nature depending on the medium that the city's inhabitants use to evoke their relationship with the urban space. From the satirical irony to the sensationalist option or the condensation of space/time in a press note, passing through the cold rationality of a municipal minute, the struggles to conceive, shape or remember a certain València are also marked by the sources that are used.

Likewise, I have sought to explore how the supervisory and sanctioning roles of the political authorities, who stand as rational representatives of a territory on which they are trying to decide which are the *viable paths to follow* in the present and future, play a significant role in these processes. Notwithstanding, in parallel to these virtual routes, individual and collective subjects can develop social conflicts from their uses of public space. Through their presence or absence, from the blockage or negotiation of these *paths*. Or, alternatively, the sensation of urban paralysis can also be projected from the media to legitimise its solution as the end of redress. In both cases, recourse to temporality may be present. In other words, the conceptions of idealised or threatening pasts, present and futures that allow them to legitimise their projects or claims also have their effects on the social productions of cities. As Certeau said, "the perspective view and the prospective view constitute the double projection of an opaque past and an uncertain future on a surface that can be treated"⁸⁴³.

⁸⁴³Michel de CERTEAU; *The Practice of Everyday Life...* pp. 93-94.

However, not all "surfaces" can be treated in the same way or have the same contours. In a context of intermittent or selective political democratisation and multiple socio-cultural and gender gaps such as the Restoration or other liberal systems in neighbouring countries, universal theories about urban processes and agencies and their implications cannot and do not make sense. In this regard, within this thesis I have attempted to explore jointly the social conflict and the processes of urban reform in the capital of the Turia during this period, not in the manner of a virgin island or a new interpretative paradigm. My proposal of "situated knowledge" of València has been articulated through the contrast with research on the effects of political or symbolic capital, industrial growth and social polarisation or cultural imaginaries on the neighbourhoods of cities such as Madrid, Barcelona, Bilbao or Marseille.

The type of urban history does not only depend on the contextualisation of the chosen city, but also on the magnifying glass, the direction of the gaze and the sieve adopted. Starting from the analysis of urban transformations as radial and institutional initiatives to *progress*, regardless of the unequal consequences for the different social groups in a city, it entails two great dangers. The first is to base them on a rational justification which, in the final analysis, appeals to a horizon of progress and social harmony, independently of their content, the fears of their non-realisation and their effects on the inhabitants present. Additionally, the second does not contemplate how life and the perception of life in the neighbourhoods affected by these transformations can be questioned from different angles. Both questions have imbued my narrative and approach to conflict through street contact and social interaction (crossed by class identities, gender and orientalisms) in the two neighbourhoods under study, as well as in the decomposition I have undertaken of the media and literary perceptions recreated around them. With this, I have endeavoured to offer a more complex perspective of the evolution of the large cities of the Spanish state, not only or always an environment of growing socio-spatial segregation, as a safeguard against shifting the focus towards unconsciously conceived poles.

This reflection would be incomplete without an allusion to the possibilities offered in the creation of the story by the interweaving of the Valencian Huerta and its dynamics in and about the heart of the city. Examining the agricultural movements and claims about the uses of streets and squares as everyday appropriations that should be contemplated by the laws and cartographies of the city has helped me to introduce a

territorially broader dimension of socio-economic interaction into the city. The frameworks linked to oppositions and incompatibilities between rural and urban worlds, with opposing paces, subjects and natures in the discourses on "urban modernity" could take new turns in their arguments with another perspectives. In this sense, I was surprised that the globality which urban planning gave to its future paths in València also resorted to legitimisation (however idealised) and conjectured further projections of the city's agrarian present. In consequence, with this approach in mind, this thesis does not end its journey here, but gives me the opportunity to imagine different routes for hypothetical later investigations.

Between the past of the Restoration presented here and the research that I have conducted in other studies on the personal and collective experiences of my grandparents' generation, there remains a vast field that has not been very much covered in the research on València. For instance, in the context of agitation after 1917: What changes and continuities occurred between the agro-urban mobilisations assessed here and the first agrarian-based trade union movements? After the 1923 coup; What was the impact of the rise of authorities akin to the Primo de Rivera dictatorship on the city's ongoing public building programme? how did it relate to the vision of the rural world held by other primordial elites of the Spanish State? Addressing this period is a suggestion that I have received from other researchers and that could be enriched by some works on social conflict and political change between 1910-1930 in the current region of *l' Horta*⁸⁴⁴.

Researching the role attributed by the blasquist movement to agriculture and the agricultural presence in the city has made me weigh up two main lines of investigation. On the one hand, as in València, we could consider the option of exploring the socio-political meanings of agricultural movements in the urban transformations of metropolises such as Madrid or Barcelona, with a powerful network of neighbourhood markets in the period analysed here. Or in cities such as Murcia or Granada, with large areas of fruit and vegetable production which supplied local and regional circuits. And on the other hand, I find it worthwhile to undertake a study of the republican networks in the Huerta that would go beyond the municipal boundaries and the symbolism of the

⁸⁴⁴Joan del ALCÁZAR; *Temps d'avalots al País Valencià: 1914-1923*, Valencia, Diputació de Valencia, 1989, o Julio LÓPEZ IÑÍGUEZ; *La Unión Patriótica y el Somatén valencianos (1923-1930)* Valencia, PUV, 2017.

capital of the Turia. If the social perceptions of the Huerta conflicts in the city of València have been satisfactorily explored: Why not do it also in the case of the towns that were represented as the source of the problem? Similarly, it would be interesting to explore what political relations the local authorities, associated by blasquism with caciquile practices, maintained with the provincial capital. In this regard: Did local republicanism act in the same way and with the same presuppositions as the blasquist government of València? And on a methodological and theoretical level, could it give these debates the prism of "social metabolism", defended by political ecology, a body that would give them global meaning?

In conclusion, there are many concerns that this pre-doctoral research on the challenges of life in cities has awakened in me, and which surely connect with the academic and personal concerns of other emerging research with which I have coincided in time and space. After all, this is a context in which everyday activities and urban power struggles have become a kaleidoscope of global processes of competition, unequal development and perception of the other that affect us not only as historians but also as inhabitants.

ARCHIVOS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS CONSULTADAS

Archivos físicos:

Archivo General Militar de Madrid

Archivo General y Fotográfico de la Diputación de Valencia

Archivo Histórico Municipal de Valencia (AHMV)

Archivo Histórico Nacional (Madrid)

Arxiu del Regne de València

Biblioteca Històrica de la Universitat de València

Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu

Cartoteca de la Universitat de València

Hemeroteca Municipal de Valencia

Archivos digitales:

Archivo Documental Digitalizado de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia (RSEAPV)

Biblioteca Digital Hispánica

Biblioteca Valenciana Digital (Bivaldi)

Biblioteca Virtual de Prensa Histórica

Hemeroteca Digital de la Biblioteca Nacional de España

Publicaciones periódicas:

El Chornaler: periodic defensor dels que treballen y no menchen

El Correo (antiguo *El Correo de Valencia*)

El Mercantil Valenciano

El Pueblo: diario republicano

La Correspondencia de Valencia: diario de noticias y avisos. Eco de la opinión y de la Correspondencia de España.

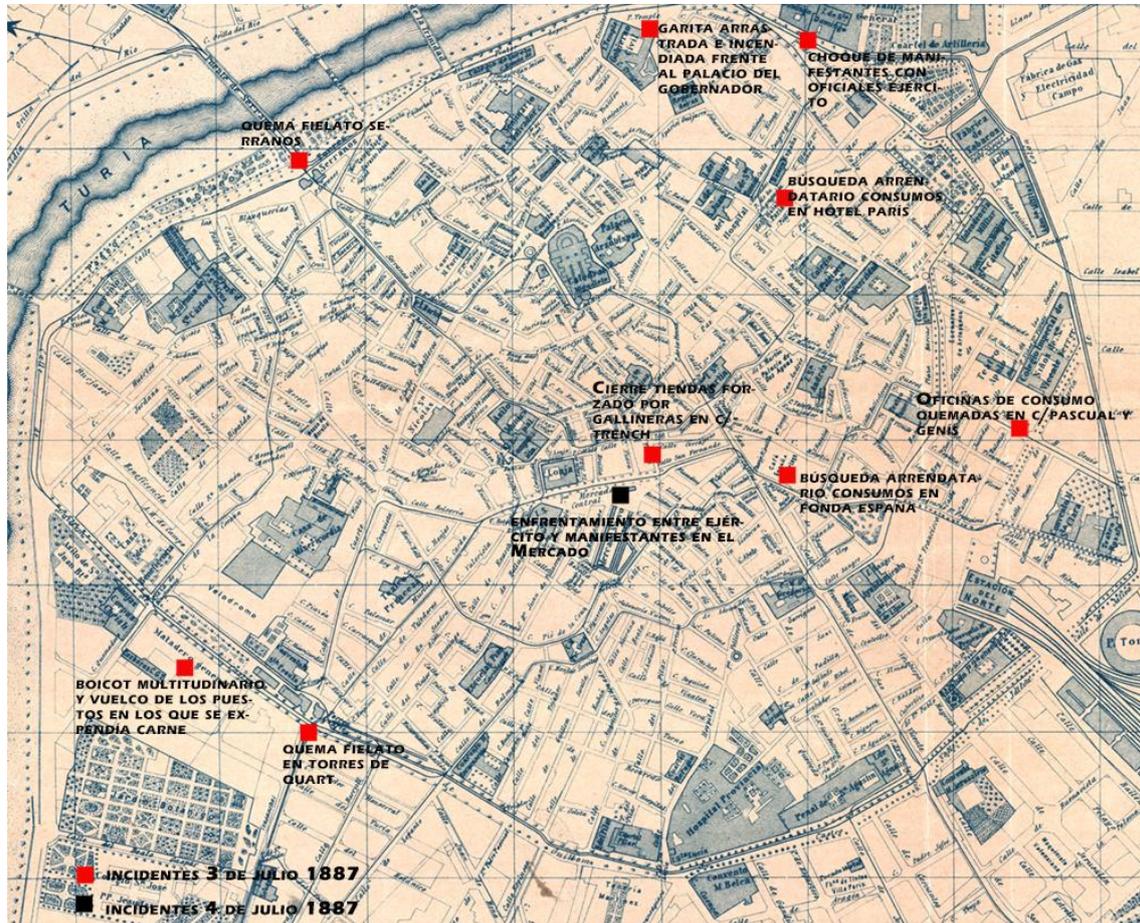
La Traca: semanari pa la chent de tro

Las Provincias

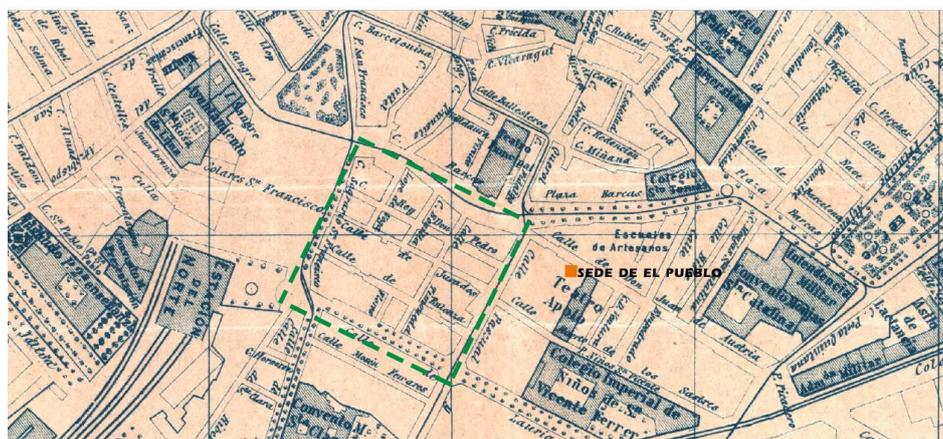
La Voz de Valencia

El Socialista: órgano del partido obrero

2.1. Extensión del levantamiento por el impuesto de consumos en la ciudad de València (1887)



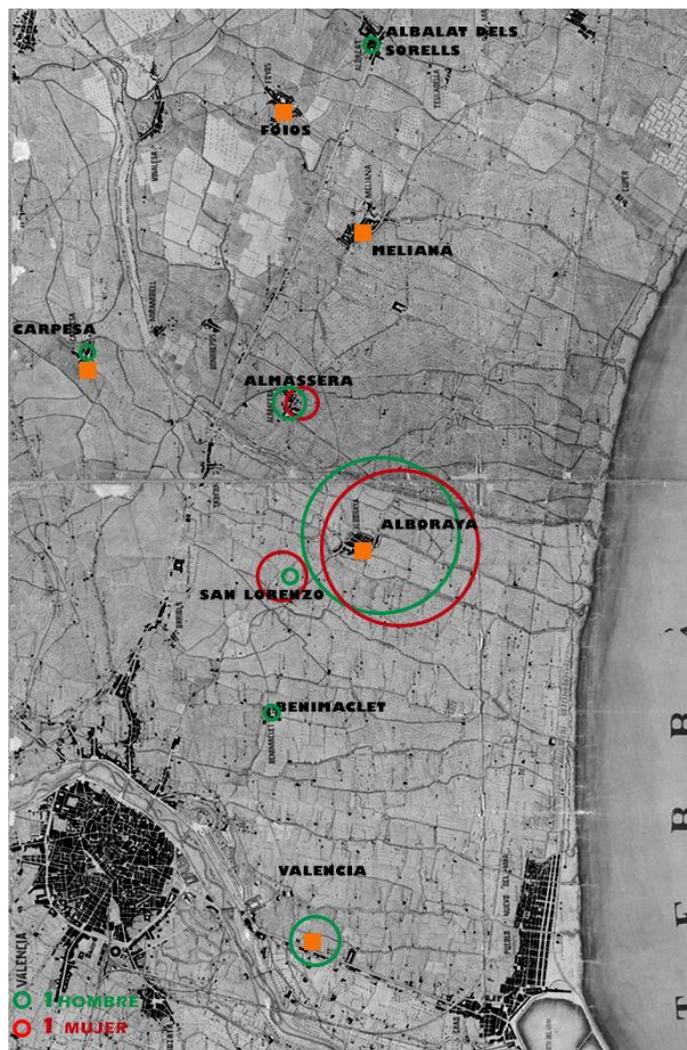
3.1. Mapa del barrio de Pescadores (c. 1891-1899) y sede de la redacción de *El Pueblo*



3.2. Concentración víctimas de la epidemia de cólera de 1885 en València por calles (el barrio de Pescadores está señalado con un círculo)



4.1. Mapa de l'Horta Nord con procedencia de agricultoras detenidas y detenidos por huelga de fematers en diciembre de 1902 (círculos) y firmantes de los manifiestos en 1903 (cuadrado)



4.2 «Contestación al proyecto de limpieza de las calles de la capital presentado a estas Sociedades de Agricultura por el Excelentísimo Ayuntamiento de Valencia» (en *La Voz de Valencia*, 29 de junio de 1902, pp. 1-2)

Reunidas todas las sociedades de agricultores, tanto de la vega como de los pueblos circunvecinos, con el fin de estudiar el proyecto de limpieza de las calles, propuesto por el excelentísimo Ayuntamiento, y visto y examinado éste detenidamente, por unanimidad acordamos en contestar las bases siguientes:

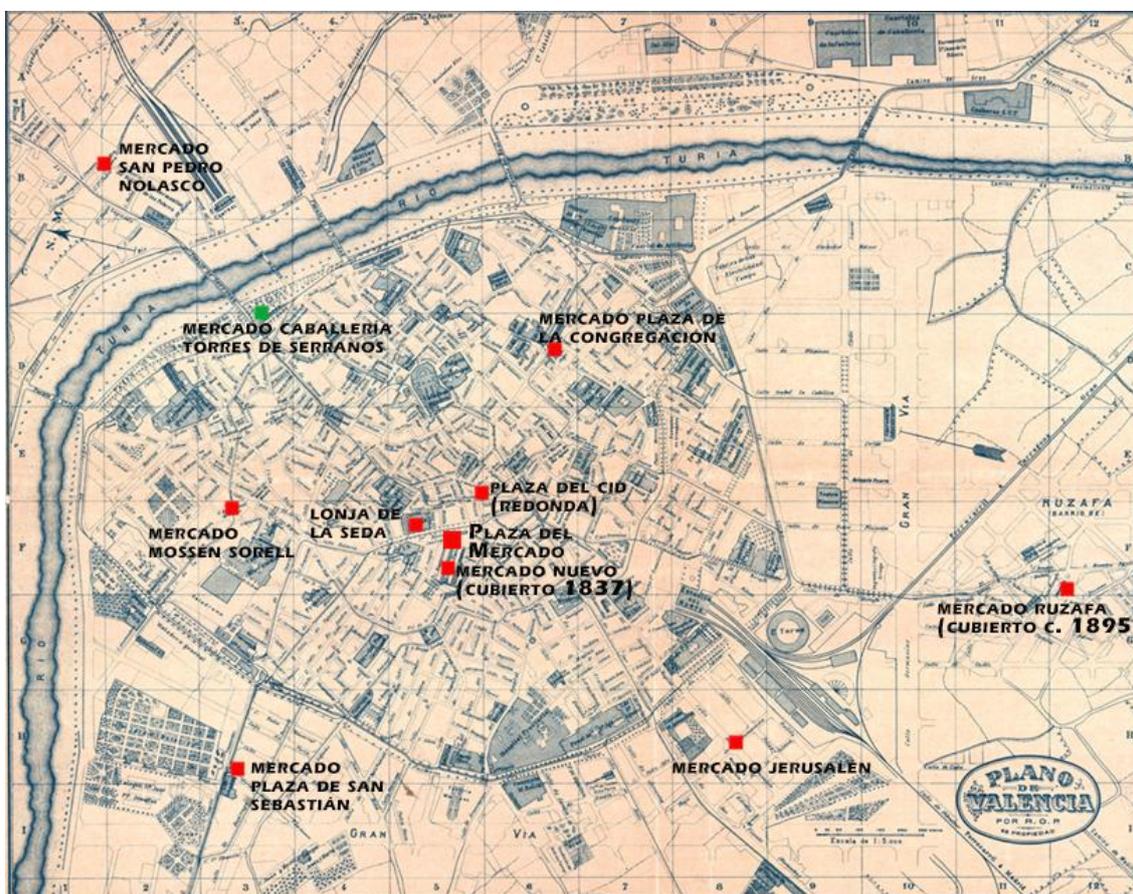
- 1º. La limpieza debe hacerse por el Ayuntamiento, como hasta ahora, sin perjuicio de que los labradores puedan recoger libremente el estiércol de las calles, al paso que entran a sacar el de las habitaciones y casas.

- 2°. De la misma manera, tendrán derecho en el mercado a recoger todos los despojos e inmundicias que en el mismo encuentren, puesto que éstas se pueden conceptualizar como desperfectos de su misma propiedad.
- 3°. Puesto que el sacar el estiércol o inmundicias de la capital es cosa que resulta beneficiosa para los vecinos de la misma y gravosa para esa Corporación municipal, y únicamente perjudicial para los que entran a hacer el trabajo arriba aludido, y después de hacer un beneficio se nos grava para ello con una licencia de diez pesetas anuales, pedimos se nos releve del pago de referencia por ser de estricta justicia.
- 4°. Que se dé resolución favorable *in continenti* a la instancia presentada para la libre extracción de arena del cauce del río de todo el término municipal, y cuya instancia radica en esas oficinas municipales.
- 5°. Desprendimiento de entender el Ayuntamiento en las medidas del estiércol, y que éstas vuelvan a ser incumbencia de las juntas y electos mayores de los respectivos distritos rurales como antiguamente se venía efectuando.
- 6°. Para subsanar errores y hasta cierto punto discordias entre huertanas y revendedoras, interesamos a ese repetido Ayuntamiento fije límites convenientes donde puedan estar éstas divididas unas de otras, y que para este deslinde y demarcación sea invitada una comisión de huertanos con el fin de señalar la parte que a éstos corresponda, y para identificar la personalidad de huertanas y revendedoras se haga por medio de libretas de arrendamiento o de títulos de escritura de propiedad, interesando a las huertanas surtirse de todos los artículos necesarios para la venta, y en caso de no tenerlos, poderlos comprar a sus compañeras de profesión: además, por no ser en la tierra siempre el tiempo hábil para la recolección de los frutos en todas las estaciones, puedan éstas adquirirlo al por mayor y vender en el mismo puesto todo lo que la tierra produzca al mismo tiempo, y para evitar el continuo trastorno que a los puestos se les somete ahora, y considerando, dado el caso que a la dueña de un puesto se le haya concluido la existencia de su cosecha y por lo tanto no acuda al mercado, pueda ésta autorizar a cualquiera, siempre que ésta venga acompañada de su consigna.
- 7°. Que se construyan los necesarios retretes y mingitorios con la decencia correspondiente, a fin de que las huertanas y demás puedan evacuar sus perentorias necesidades.

(...)

Gracia que los recurrentes no dudamos alcanzar de la reconocida rectitud que tan notoria es en esa digna Corporación municipal, cuya vida guarde Dios muchos años.–Valencia 9 de junio de 1902–El presidente, *Bartolomé Contell*.–El secretario. *Agustín Pascual*–De la Sociedad de Labradores de Alboraya, *José Juliá*. –Del casino de Labradores de Meliana, *José Riera*–De la Sociedad de Dueños de Carros de Transportes de Valencia, *Ignacio Meseguer*–De la Sociedad de Carreteros del Camino del Grao, *Antonio Mellado*.–Representante de Carpesa, *Antonio Bayarri*.–Por Foyos, *Vicente Fontestad*.»

5.1. Red de mercados en casco histórico y alrededores hacia 1910:



5.2. Estadísticas de la composición comercial de la zona del distrito del Mercado elaboradas a partir de los datos presentes en:

-AA. VV.; *Indicador General de Valencia*, València, Imprenta Domenech, 1888.

-AA. VV.; *Guía biográfica, comercial e industrial: Valencia y su provincia*, València, Imprenta de G. Ortega, 1893.

-A. C. MORA; *Indicador Comercial, Industrial y Profesional de Valencia*, València, Imprenta de Pau, Torrijos y compañía, 1907.

-AA. VV.; *Anuario "Batlles" del Comercio, Industria, Profesiones, etc. de la región valenciana*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Federico Batlles, 1914.

Alimentación	1888 (nº personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (nº personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (nº personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Carniceros /cortantes	119	52,19%	128	53,55%	-	-
Abaceros	23		22	22,6 %	36	20,33%
Hornos	31	21,37%	24	15,9%	19	14,39%
Aceites/vinagres	22	9,52%	17	7%	7	8,64%
Vendedores pescado/salazón	10	35,71%	10	50%	11	28,2%
Ultramarinos	35	43,75%	-	-	13	38,23%

Artesanía	1888 (nº personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (nº personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (nº personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cestería/espartería	12	63,15%	9	52,9%		
Carpinteros	30	16,5%	19	16,9%	-	-
Muebles	16	66,6%	13	92,8%	24	50%

Paqueterías	41	82%	49	80,3%	35	70%
Herreros/cerrajeros	17	21,25%	12	22,6%		

<u>Textil</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Sastres	25	32,9%	38	50,7%	28	30,76%
Camiserías	9	47,36%	8	44,4%	7	58,3%
Modistas	7	29,16%	4	19%	13	35,13%
Ropas hechas	16	59,2%	17	60,7 %	15	93,75%
Tejidos	81	95,29%	81	78,6%	59	79,72%
Camisolines	12	70,58%	-	-	-	-
Zapateros	57	49,1%	-	-	39	52,7%

<u>Utensilios metálicos y derivados</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cacharrerías	8	44,4%	10	55,5%	5	45,45%
Calderería	10	47,61%	8	33%	1	4,76%
Hojalateros	28	57,14%	26	54,2%	13	25%
Quincalla	10	71,42%	13	81,2%	-	-

<u>Hostelería</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)

				ciudad)		ciudad)
Chocolatería	6	40%	8	100%	17	28,33%
Horchatería	20	26,3%	27	32,53%	“	“
Café	2	13,3%	3	13,04%	4	14,28%
Restaurants	2	40%	3	37,5%	0	0%

<u>Profesiones liberales</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1893 (n° personas encargadas)	1893 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Médicos	63	25,6%	-	-	63	19,32%
Farmacéuticos	19	40,4%	18	41,9%	-	-
Abogados	74 ⁸⁴⁵	17,12%	31	17,6%	66	11,53%
Notarios	5	25%	7	35%	-	-

<u>Alimentación</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargadas)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Carniceros/cortantes	119	52,19%	-	-	45?	17,44%
Abaceros	23		36	20,33%	-	-
Hornos	31	21,37%	19	14,39%	17	9,71%
Aceites/vinagres	22	9,52%	7	8,64%	-	-
Vendedores pescado/salazón	10	35,71%	11	28,2%	4?	19,04%

⁸⁴⁵ La diferencia tan notable entre el n° de abogados de 1888 y de 1907 con el de 1893 puede deberse a que en 1888 el Indicador comprendía tanto a los colegiados activos como a los inactivos.

Ultramarinos	35	43,75%	13	38,23%	57	23,36%
--------------	----	---------------	----	---------------	----	---------------

<u>Artesanía</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargadas)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cestería/espartería	12	63,15%	6	50%	7	53,84%
Carpinteros	30	16,5%	-	-	43	13,82%
Muebles	16	66,6%	24	50%	24	48,97%
Paqueterías	41	82%	35	70%	-	-
Herreros/cerrajeros	17	21,25%	11	15,71%	11	9,24%

<u>Textil</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargadas)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Sastres	25	32,9%	28	30,76%	14	48,27%
Camiserías	9	47,36%	7	58,3%	7	29,16%
Modistas	7	29,16%	13	35,13%	-	-
Ropas hechas	16	59,2%	15	93,75%	22	64,70%
Tejidos	81	95,29%	59	79,72%	73	62,93%
Camisolines	12	70,58%	-	-	-	-
Zapateros	57	49,1%	39	52,7%	53	41,4%

<u>Utensilios metálicos y derivados</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargadas)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Cacharrerías	8	44,4%	5	45,45%	7	17,07%

Calderería	10	47,61%	1?	4,76%		
Hojalateros	28	57,14%	13	25%	18	29,5%
Quincalla	10	71,42%	-	-	21	37,5%

<u>Hostelería</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargada s)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Chocolatería	6	40%	17	28,33%	-	-
Horchatería	20	26,3%	“	“	16	23,18%
Café	2	13,3%	4	14,28%	9	16,36%
Restaurants	2	40%	0?	0%	4	16,66%
Tabernas	36	19,35%	-	-	15	6,04%

<u>Profesiones liberales</u>	1888 (n° personas encargadas)	1888 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1907 (n° personas encargadas)	1907 (porcentaje sobre el total de la ciudad)	1914 (n° personas encargada s)	1914 (porcentaje sobre el total de la ciudad)
Médicos	63	25,6%	63	19,32%	75	18,07%
Farmacéuticos	19	40,4%	-	-	22	28,57%
Abogados	74 ⁸⁴⁶	17,12%	66	11,53%	53	22,94%
Notarios	5	25%	-	-	5	22,72%

⁸⁴⁶ La diferencia tan notable entre el n° de abogados de 1888 y de 1907 con el de 1893 puede deberse a que en 1888 el Indicador comprendía tanto a los colegiados activos como a los inactivos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Luis ALBURQUERQUE; «El ‘relato de viajes’: hitos y formas en la evolución del género» *Revista de Literatura* (2011) vol. LXXIII, nº 145, pp. 15-34.

Sylvia ALFARO; *Eduardo Pérez Pujol: vida y obra*, València, Universidad de Valencia, 1979.

Amparo ÁLVAREZ; «La inmigración en Valencia (1889)» en Carme PÉREZ APARICIO (ed.) *Estudis sobre la població del País Valencià vol. I*, València, Alfons el Magnànim, 1988, pp. 183-196.

José ÁLVAREZ JUNCO; *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990.

Cecilio ALONSO; «Acercas del entorno editorial y literario de Blasco Ibañez en Valencia» en Manuel CHUST (ed.) *De la cuestión señorial a la cuestión social*, València, PUV, 2002, pp. 283-304.

Óscar ANCHORENA; «Crisol de culturas políticas y revolucionarios. Sociabilidades disidentes en Madrid: los círculos republicanos, 1895-1909», comunicación presentada en *VII Encuentro de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2019.

Mercedes ARBAIZA, «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)» *Ayer*, nº 98, 2, (2015) pp. 45-70.

Mercedes ARBAIZA; «La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)» *Historia Contemporánea*, 21 (2000) pp. 395-458.

Mercedes ARBAIZA; «”Sentir el cuerpo”: subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936)» *Política y Sociedad*, nº 55, 1 (2018) pp. 71-92.

Ferran ARCHILÉS; «La nación narrada, la nación vivida: Nación y región como horizonte textual en *Arroz y Tartana* (1894) de Vicente Blasco Ibañez» en Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.) *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España*, Granada, Comares, 2018, pp. 73-96.

Ferran ARCHILÉS; «La Renaixença al País Valencià i la construcció de la identitat regional» *Anuari Verdguer*, nº 15 (2007) pp. 483-519.

Ferran ARCHILÉS; *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme castellanenc (1891-1909)* Castellón, Ajuntament de Castelló, 2002.

Ferran ARCHILÉS, «Piel moruna, piel imperial. Imperialismo, nación y género en la España de la Restauración (c.1880-c.1909)» *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 42 (2012) pp. 37-54.

Antonio ARIÑO; *La ciudad ritual: la fiesta de las Fallas*, Barcelona, Anthropos, 1992.

Anneleen ARNOUT; *Streets of Splendor. Shopping culture and spaces in a European capital city (Brussels, 1830-1914)* Abingdon, Routledge, 2019.

Joaquín AZAGRA ROS; “Ensanche y «ensanches»: vecinos y propietarios en la Valencia de 1930” en Paul PRESTON e Ismael SAZ (eds.) *De la Revolución Liberal a la democracia parlamentaria: Valencia (1808-1975)* Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 201-218.

Joaquín AZAGRA ROS; *Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia 1800-1931*, Madrid, Síntesis, 1993.

Manuel BALLBÉ; *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza, 1985.

Josep Lluís BARONA, «Condicions de vida a l’horta valenciana: El testimoni dels metges» *Afers*, 47, (2004) pp. 67-91.

Ángeles BARRIO, «Culturas obreras. 1880-1920» en Jorge URÍA (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea: doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 109-130.

Óscar BASCUÑÁN; «¿Resistencia campesina o delincuencia? Los ilegalismos en los montes de la Sierra de Cuenca», *Historia Social*, nº 77 (2013) pp. 95-111.

Walter BENJAMIN; *Libro de los Pasajes*, Madrid, Akal, 2005.

Tony BENNETT; «The politics of ‘the popular and popular culture» en T. BENNETT, C. MERCER y J. WOOLLACOTT, (ed.) *Popular culture and social relations*, Filadelfia, Open University Press, 1986, pp. 6-21.

Joseph BEN PRESTEL; *Emotional Cities: Debates on Urban Change in Berlin and Cairo, 1860-1910*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

Peter L. BERGER; *Redeeming Laughter: the comic dimension of human experience*, Berlin, De Gruyter, 2014.

Adrià BESÓ; «Abastecer la ciudad moderna. Mercados de hierro en la comarca de la Ribera del Júcar» *Artigrama*, nº 32 (2017) pp. 335-366.

Ricard BLASCO; *Els Valencians de la Restauració: estudi sobre la composició de la societat valenciana del 1874 al 1902*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 1986.

Josep Vicent BOIRA; *La ciudad de Valencia y su imagen pública*, València, Universitat de València, 1992.

Josep Vicent BOIRA; «La ciutat i la metàfora orgànica. Unes notes sobre el cas de València» *Saitabi*, nº51-52 (2001-2002) pp. 461-472.

Josep Vicent BOIRA; «La Exposición Regional de Valencia de 1909 y la figura de Tomás Trenor y Palavicino» en AA.VV; *Trenor. La Exposición de una familia burguesa*, València, PUV, 2009, pp. 321-354.

Enric BORDERÍA y Antonio LAGUNA PLATERO; «Socialismo y propaganda: medios y formas» en Manuel CHUST y Salvador BROSETA (Eds.) *La pluma y el yunque: El socialismo en la historia valenciana*, València, PUV, 2003, pp. 177-194.

Svetlana BOYM; *The Future of Nostalgia*, Nueva York, Basic Books, 2001.

Dorothee BRANTZ; «Assembling the multitude: questions about agency in the urban environment» *Urban History*, 44, 1 (2017) pp. 130-136.

Marc BROUSSEAU; «The City in textual form: Manhattan Transfer's New York» *Ecumene*, 2, 1 (1995) pp. 89-114.

Susan BUCK-MORSS; *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes*, Madrid, Visor, 1995.

Isabel BURDIEL; «Lo imaginado como materia interpretativa para la historia: a propósito del monstruo de Frankenstein» en Isabel BURDIEL y Justo SERNA, *Literatura e historia cultural, o por qué los historiadores deberíamos leer novelas*, València, Episteme, 1996, pp. 1-22.

Mónica BURGUERA; «La política de los paisajes campesinos en la ciudad: mujeres, niños y resistencia familiar en la Valencia de la segunda mitad del siglo XIX» Mónica BURGUERA y Christopher SCHMIDT-NOVARA (ed.); *Historias de España contemporánea: cambio social y giro cultural*, València, PUV, 2008, pp. 81-114.

Mónica BURGUERA; «Negociando intereses rurales en el espacio urbano, economía familiar en l'Horta de València en la segunda mitad del siglo XIX» Tesis DEA, Universitat de València, 2000.

Alice BUTLER; «Fear in the city: print and social media perspectives on the politics and production of places of fear» en *14th International Conference on Urban History* (Roma, 29 de agosto-1 de septiembre 2018).

Judith BUTLER; *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*, Barcelona, Paidós, 2017.

Salvador CALATAYUD; «Desarrollo agrario e industrialización. Crecimiento y crisis en la economía valenciana del siglo XX» *Historia Contemporánea*, 42 (2011) pp. 105-147.

Salvador CALATAYUD y Francisco José MEDINA-ALBALADEJO; «Leche sin prados: los factores ambientales e institucionales en el consumo lácteo (Valencia, 1870-1936)» *Ayer*, 105, 1 (2017) pp. 157-185.

M. Ángel CABRERA; *El reformismo social en España (1870-1900) en torno a los orígenes del Estado del Bienestar*, València, PUV, 2014.

Horacio CAPEL; *Capitalismo y morfología urbana en España*, Barcelona, Los Libros de la Frontera, 1983.

Teresa CARNERO; «La Restauración: el tránsito de ciudad provinciana a ciudad moderna» en Jorge HERMOSILLA (coord.) *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, València, Universitat de València, 2009, vol. 1, pp. 442-461.

Manuel CASTELLS; *La Cuestión Urbana*; México, Siglo XXI, 2014.

Santiago CASTILLO; «Estudio Introductorio» en Santiago CASTILLO (Ed.); *Reformas Sociales: Información Oral y escrita publicada de 1889 a 1893* (facsimil) Madrid, Ministerio de Trabajo, 1985, vol. I, pp. XXVII-CLXIV.

Demetrio CASTRO; «Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del ciclo revolucionario?» *Historia Social*, nº 5 (1989) pp. 37-50.

Roger CHARTIER; *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992.

José Vicente COLOMER y José Luis MIRALLES; «El tranvía en la configuración de la ciudad de Valencia» *I Congrés d'Història de la Ciutat de València, En Trànsit a gran ciutat (s. XIX-XX)* (1988) tomo I, ponencia 3.4.

Alain CORBIN; *El perfume o el miasma: El olfato y lo imaginario social: siglos XVIII y XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

William CRONON; *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*, Nueva York, W. Norton & Company, 1991.

Rafael CRUZ; «Los muchos en la política, 1876-1939» en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coord.) *Historia de las culturas políticas en España y América Latina: La Restauración y la República 1874-1936 vol. III*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 55-84.

Salvador CRUZ ARTACHO; «Estructura y conflicto social en el caciquismo clásico. Caciques y campesinos en el mundo rural granadino 1890-1923» en Antonio ROBLES EGEA (Comp.) *Política en penumbra: Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 191-214.

Alfons CUCÓ; «Las agitaciones campesinas de la Huerta de Valencia (1878-1879): sus orígenes históricos», *Saitabi: Revista de la Facultat de Geografia i Història*, nº 24 (1974) pp. 103-134.

Joan B. CULLA, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* Barcelona, Curial, 1986.

Mary E. DALY; *Dublin. The Deposed Capital: a social and economic history, 1860-1914*.

Michel DE CERTEAU, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley, University of California Press, 1984.

M^a Dolores DE LA CALLE VELASCO; «La Comisión de Reformas Sociales: de la represión al análisis de la conflictividad social» *Studia Historica. Historia Contemporánea*, nº 2 (1984) pp. 13-40.

Luis DE LA CRUZ; «Política de merendero y descampado: la construcción social del extrarradio madrileño» en Mónica MORENO (Coord.); *Del Siglo XIX al XXI. Tendencias y debates*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019, pp. 1085-1098.

Manuel DELGADO; *El espacio público como ideología*, Madrid, Catarata, 2015.

Santiago DE MIGUEL; «El agotamiento del modelo de reforma interior en el Madrid de la Restauración» en Sandra BLASCO, Carlos ADÁN y Alfonso BERMÚDEZ (Eds.) *Identidades en transición*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2019, pp. 603-623.

Cristina DE PEDRO ÁLVAREZ, «El impacto de la modernización urbana en los espacios de intercambio sexual de Madrid. La calle Santa Brígida, un estudio de caso (1870-1936)» *Crisol*, nº 5 (2019) pp. 126-161.

Borja DE RIQUER; «El 98, un xoc d'identitats» en AA. VV; *1898: entre la crisi d'identitat i la modernització: actes del Congrés Internacional celebrat a Barcelona, 20-24 d'abril de 1998*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2000, vol. I, pp. 35-54.

Richard DENNIS; *Cities in Modernity: Representations and Productions of Metropolitan Space, 1840-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.

Luis DÍAZ SIMÓN; *Los barrios bajos de Madrid (1880-1936)*, Madrid, Catarata, 2016.

Fernando DÍEZ, *La sociedad desasistida. El sistema benéfico-asistencial en la Valencia del siglo XIX*, València, Diputació de València, 1993.

Blanca DIVASSÓN y Josué J. GONZÁLEZ; “En torno a la cuestión social y la responsabilidad del Estado: los orígenes del intervencionismo en España (1870-1900)” en Alejandra IBARRA (coord.) *No es país para jóvenes*, Vitoria, Instituto Valentín Foronda, 2012.

Ángel DUARTE; «El municipio republicano: sostén de la democracia y refugio en la tempestad (algunas consideraciones catalanas y ampurdanesas)» en Carlos FORCADELL y M^a CRUZ ROMEO (eds.) *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 101-119.

Ángel DUARTE; *El republicanismo: una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013.

Ángel DUARTE y Pere GABRIEL; «¿Una sola cultura política republicana ochocentista en España?» *Ayer*, nº39 (2000), pp. 11-34.

Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona: clase, cultura y conflicto (1898-1937)* Madrid, Alianza, 2005.

Geoff ELEY; *A Crooked Line: From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, University of Michigan, 2005.

Antonio ELORZA y M^a del Carmen IGLESIAS; *Burgueses y proletarios: Clase obrera y reforma social en la Restauración*, Barcelona, Laia, 1973.

Francisco ERICE SEBARES; «Entre la represión y el paternalismo. Actitudes burguesas ante lo popular en la España de la Restauración» en Jorge URÍA (Coord.) *La cultura popular en la España contemporánea: doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, pp. 131-151.

Javier ESTEVE MARTÍ; «La política anti-liberal bajo el signo del nacionalismo: el padre Corbató y Polo y Peyrolón» Tesis inédita, Universitat de València, 2017.

Arlette FARGE; *La atracción del archivo*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1991.

Gumersindo FERNÁNDEZ y Enrique IBAÑEZ; *El Mercado Central: 100 años de historia*, València, Samaruc, 2017.

Álvaro FIGUEROA Y TORRES; *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999.

Rafael FLAQUER MONTEQUI; «El derecho de asociación, reunión y manifestación» *Ayer*, nº 34 (1999) pp. 155-176.

Michel FOUCAULT; *Vigilar y Castigar: el nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Michel FOUCAULT; «Governmentality» en Graham BURCHELL, Colin GORDON y Peter MILLER; *The Foucault Effect: Studies in Governmentality*, Chicago, University of Chicago Press, 1991, pp. 87-104.

Pere GABRIEL; «Espacio urbano y articulación política popular en Barcelona, 1890-1920» en José Luis GARCÍA DELGADO; *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 61-96.

Carlos GARCÍA-ROMERAL, *Bio-bibliografía de viajeros por España y Portugal (siglo XIX)*, Madrid, Ollero y Ramos, 1999.

Ingrid GARCÍA-WISTÄDT (et alia) *Valencia inédita: testimonios de viajeros alemanes (siglos XVIII-XX)*. València, Universitat de València, 2019.

David GARLAND; «On the Concept of Moral Panic» *Crime Media Culture*, vol. 4, nº1, (2008) pp. 9-30.

Ramón GARRABOU; *Un fals dilema: modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana 1850-1900*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1985.

Samuel GARRIDO; «La ley de la costumbre. Arrendamientos rústicos y derechos de propiedad en la Huerta de Valencia (siglos XIX y XX)» *Ayer*, nº 88, 4 (2012) pp. 149-171.

Samuel GARRIDO; «Mejorar y quedarse. La cesión de tierra a rentas por debajo del equilibrio en la Valencia del siglo XIX» Documento de trabajo-SEHA 10-09 (2010).

Ainhoa GILARRANZ; «El Campo y la prensa especializada: el estudio de su desarrollo y consolidación a través de la contribución industrial» *Revista Internacional de Historia de la Comunicación*, nº 7 (2016) pp. 1-22.

Albert GIRONA; «El tránsito a la ciudad moderna: la Valencia de los años 20 y 30» en Jorge HERMOSILLA (coord.) *La ciudad de Valencia: historia, geografía y arte de la ciudad de Valencia*, 2009, vol. 1, pp. 461-487.

Josué J. GONZÁLEZ; «Del individuo pobre a la pobreza como problema social» en Miguel Ángel CABRERA, *La ciudadanía social en España. Los orígenes históricos*, Santander, Universidad de Cantabria, 2013, pp. 131-168.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA; *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998.

Vicente GOZÁLVEZ PÉREZ; «Evolución de la población valenciana durante la época emigratoria: 1857-1960» en Vicent M. ROSELLÓ; *Historia, clima y paisaje; estudios geográficos en memoria del profesor Antonio López Gómez*, València, PUV, 2004, pp. 141-154.

Adrian GREGORY, «Railway stations: gateways and termini» en Jay WINTER y Jean-Louis ROBERT, *Capital cities at war: Paris, London, Berlin 1914-1919, vol. 2: A Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, pp. 23-56.

Manuel GUÀRDIA y Albert GARCÍA ESPUCHE; «1888 y 1929. Dos exposiciones, una sola ambición» en Alejandro SÁNCHEZ (Dir.) *Barcelona 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 25-43.

Jean-Louis GUEREÑA, *La prostitución en la España contemporánea*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

Jaume GUILLAMET; *Història del periodisme, Notícies, periodistes i mitjans de comunicació*, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2003.

Simon GUNN; *The public culture of the Victorian middle class: Ritual and authority in the English industrial city 1840-1914*, Manchester, Manchester University Press, 2007.

Simon GUNN, «Analysing behaviour as performance» en Simon GUNN y Lucy FAIRE (eds.) *Research Methods for History*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2012, pp. 184-200.

Simon GUNN; «The spatial turn: changing histories of space and place» en Simon GUNN y Robert J. MORRIS; *Identities in Space: Contested Terrains in the Western City since 1850*, Ashgate, Aldershot, 2001, pp. 1-14.

Simon GUNN y Alastair OWENS; «Nature, technology and the modern city» *Cultural Geographies*, nº 13, 2006, pp. 491-496.

Stuart HALL; «Popular culture, Politics and History» *Popular Culture Bulletin*, nº 3 (1978).

David HARVEY; *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

David HARVEY; «Cities or Urbanization?» *City*, vol. 1, 1-2 (1996) pp. 38-60.

Phil HUBBARD, *Cities and sexualities*, Routledge, Abingdon, 2012.

Tristram HUNT, *Building Jerusalem: the Rise and Fall of the Victorian City*, Londres, Orion, 2005.

Jesús IZQUIERDO; «El ciudadano demediado: campesinos, ciudadanía y alteridad en la España contemporánea» en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 627-656.

Jane JACOBS, *Muerte y vida de las grandes ciudades*, Madrid, Capitán Swing, 2011.

Patrick JOYCE; *The Rule of Freedom*, Londres, Verso, 2003.

Dominic KHALIFA; «Crime Scenes: Criminal Topography and Social Imaginary in Nineteenth-Century Paris» *French Historical Studies*, vol. 27, nº 1 (invierno 2004) pp. 175-194.

Ted KILIAN; «Public and private, Power and Space» en Andrew LIGHT y Jonathan M. SMITH (ed.); *Philosophy and Geography II: The Production of Public Space*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 1998, pp. 115-134.

Germán LABRADOR, «Ascensores en caso de incendio. ¿Qué podemos hacer con la literatura del pasado y con el pasado literario?» en AA. VV., *¿Qué hacemos con el pasado? Catorce textos sobre historia y memoria*, Madrid, Postmetrópolis Editorial, 2015, pp. 115-138.

Antonio LAGUNA PLATERO; *El Pueblo. Historia de un diario republicano, 1894-1939*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1999.

Antonio LAGUNA PLATERO; *Historia de la Comunicació: València, 1790-1898*, Castellón de la Plana, Bellaterra, 2001.

Luis LÁZARO; «La liga contra la Ignorancia: burguesía y educación en la Valencia de 1880» *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, nº 2 (1983) pp. 337-344.

Henri LEFEBVRE; *La producción del espacio*, Madrid, Capitán Swing, 2013.

Clé LESGER y Jan Hain FURNÉE; «Shopping Streets and Cultures from a Long-term and Transnational Perspective: an introduction» en Clé LESGER y Jan Hain FURNÉE, *The Landscape of Consumption: Shopping Streets and Cultures in Western Europe 1600-1900*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2014, pp. 1-15.

Miren LLONA, «La prostitución y la identidad de la clase obrera en el tránsito de siglo. Un análisis de género a la obra literaria de Julián Zugazagoitia» *Historia Contemporánea*, nº 33 (2006) pp. 719-740.

Joan Josep LÓPEZ I HERNANDO «Hisenda municipal i reforma urbana (1885-1920)» *Recerques*, nº 15 (1984) pp. 125-131.

David LOWENTHAL; *El Pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998.

Víctor LUCEA AYALA; «Entre el motín y “el delito” la protesta no institucionalizada en la provincia de Zaragoza, 1890-1905» *Historia Contemporánea*, nº 23 (2001) pp. 729-758.

Antonio MARIMON RIUTORT; «Entre el humor y la política. La prensa satírica durante la Restauración: el caso de Mallorca» *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 16 (2017) pp. 149-175.

Manuel MARTÍ; «Los grupos agrarios en la política urbana del País Valenciano: Castelló de la Plana, ss. XIX-XX» *Historia Agraria*, nº11 (1996) pp. 57-79.

Manuel MARTÍN RODRÍGUEZ; *La Gran Vía de Granada: cambio económico y reforma interior urbana en la España de la Restauración*, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1986.

Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; *Desarrollo y crecimiento: la industrialización valenciana 1834-1914*, València, Generalitat Valenciana, 1995.

Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; *Esperit d'associació: cooperativisme i mutualisme laics al País Valencià*, València, PUV, 2010.

Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; «Concierto moruno: Marroc i la febre imperialista des de la perspectiva de l'Exposició Regional de València de 1909» en FERRAN ARCHILÉS

(ed.) *La regió de l'Exposició: la societat valenciana de 1909*, València, PUV, 2011, pp. 193-222.

Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO; «La Revolución de las Coles: sobre el motín contra el impuesto de consumos en el proceso revolucionario español» en Santiago CASTILLO y José María ORTIZ DE ORRUÑO; *Estado, protesta y movimientos sociales: Actas del III Congreso de Historia Social de España*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1997, pp. 49-64.

Francesc-Andreu MARTÍNEZ GALLEGO, Manuel CHUST y Eugenio HERNÁNDEZ GASCÓN; *Valencia, 1900: movimientos sociales y conflictos políticos durante la guerra de Marruecos, 1906-1914*, Castellón, Publicacions de la Universitat Jaume I, 2001.

Darina MARTYKÁNOVÁ; «Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s) *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017) pp. 19-37.

Rafael MAS; «Crecimiento espacial y mercado del suelo periférico en los inicios de la Restauración» en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO CARVAJAL; *La sociedad madrileña durante la Restauración, vol. I: población y territorio. Madrid, centro económico. Burguesía y nobleza en la Restauración*, Madrid, Comunidad de Madrid-Alfoz, 1989, pp. 103-135.

Andy MERRIFIELD; *La nueva cuestión urbana*, Pamplona, Catakarak, 2019.

Jesús MILLÁN; «El “desastre” del 98 i la crisi social de l'Estat liberal espanyol» *Pasado y Memoria*, nº 1 (2002) pp. 183-196.

Jesús MILLÁN; «Los poderes locales en la sociedad agraria: una propuesta de balance», *Historia Agraria*, nº 22 (diciembre 2000) pp. 97-110.

Montserrat M. MILLER, «Les reines dels Mercats: cultura municipal i gènere al sector del comerç al detall d'aliments de Barcelona» en Manuel GUÀRDIA i José Luis OYÓN (eds.) *Fer ciutat a través dels mercats. Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Museu D'Història de Barcelona, 2010, pp. 299-328.

José MODESTO; «Costumbre y coacción social: la formación del arrendamiento rústico» *Historia Agraria*, nº 51 (2010) pp. 45-80.

Jeanne MOISAND, «Teatro e identidades populares: Madrid y Barcelona, finales del siglo XIX» en Marta GARCÍA CARRIÓN y Sergio VALERO GÓMEZ (Eds.) *Tejer identidades: socialización, cultura y política en época contemporánea*, València, Tirant Humanidades, 2018, pp. 283-304.

Rosa MONLLEÓ; *La burguesía valenciana en el Sexenio democrático. Librecambismo y cuestión social*, Castellón, Universitat Jaume I, 1996.

Franco MORETTI; *Atlas of the European Novel 1800-1900*, Londres, Verso, 1998.

Jorge NAVARRO; «La organización de los servicios de higiene municipal en Valencia (1881-1931)» en Josep Lluís BARONA y J. MICÓ; *Salut i malaltia en els municipis valencians*, València, Universitat de València, 1996, pp. 167-182.

Nuño NEGRO; *Un Monstruo Indestructible: Policía y Orden Público en el Estado español (siglos XIX-XX)*, Madrid, Cuadernos de Contrahistoria, 2018.

Javier OLIVARES; *Comerciantes y políticos: Alicante, 1875-1900*, Alicante, Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación, 1987.

Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS; «El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931» *Historia Contemporánea*, 39 (2010) pp. 541-588.

Chris OTTER; «Making Liberalism Durable: Vision and Civility in the Late Victorian City» *Social History*, vol. 27, nº 2 (2002) pp. 1-15.

Chris OTTER; *The Victorian Eye: A Political History of Light and Vision in Britain, 1800-1910*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

José Luis OYÓN; «Obreros en la ciudad: líneas de un proyecto de investigación en Historia Urbana» *Historia Contemporánea*, nº18 (1999) pp. 317-346.

José Luis OYÓN y Francisco J. MONCLÚS; «Espacio urbano y sociedad: algunas cuestiones de método en la actual Historia Urbana» *Arquitectura*, vol. LXIII, 236 (1982) pp. 72-76.

José Luis OYÓN, Manuel GUÀRDIA y Nadia FAVA; «El sistema de mercats de Barcelona» en José Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (eds.); *Fer ciutat a través dels mercats: Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2010, pp. 263-298.

Irene PALACIO LIS; *Mujer, trabajo y educación (Valencia: 1874-1931)*, València, Universitat de València, 1992.

Juan Ignacio PALACIO MORENA; *La Comisión y el Instituto de Reformas Sociales*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988.

Rubén PALLOL; «Deudas pendientes de la historia urbana en España» *Ayer*, 107, 3 (2017) pp. 287-302.

Rubén PALLOL; «La lucha por la calle. Conflictos en la redefinición del espacio público en las ciudades de comienzos de siglo XX» *Crisol*, nº 5 (2018) pp. 1-34.

Juan PAN-MONTOJO; «Ciudadanos y contribuyentes» en Manuel PÉREZ LEDESMA (Dir.) *De súbditos a ciudadanos: una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 483-520.

Juan PAN-MONTOJO; «Introducción. ¿98 o fin de siglo?» en Juan PAN-MONTOJO (coord.) *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 9-30.

Juan PAN-MONTOJO; «Lógica legal y lógica social de la contribución de consumos y los derechos de puertas» en AA. VV.; *Hacienda pública española: el fraude fiscal en la historia de España*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1994, pp. 217-229.

Vicente PLA VIVAS; *La ilustración gráfica del siglo XIX: Funciones y disfunciones*, València, PUV, 2010.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN; *Luis Morote: la problemática de un republicano (1862-1913)* Barcelona, Castalia, 1976.

Manuel PÉREZ LEDESMA; «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros» en Pilar FOLGUERA; *Otras Visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993, pp. 27-64.

Manuel PÉREZ LEDESMA; «La Comisión de Reformas Sociales y la Cuestión Social durante la Restauración» en AA.VV; *De la Beneficencia al Bienestar Social: cuatro siglos de acción social*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 155-166.

María Teresa PÉREZ PICAZO; *Oligarquía urbana y campesinado en Murcia 1875-1902*, Murcia, Academia Alfonso X El Sabio, 1986.

Pedro PÉREZ PUCHAL; «La dinámica histórica del área metropolitana de Valencia (a manera de conclusiones)» *Cuadernos de Geografía*, 28 (1981) pp. 91-122.

Jean-Luc PINOL y François WALTER; *Historia de la Europa Urbana. IV: La ciudad contemporánea hasta la Segunda Guerra Mundial*, València, PUV, 2011.

José Antonio PIQUERAS; *El taller y la escuela en la Valencia del siglo XIX*, València, Ayuntamiento de Valencia, 1983.

José Antonio PIQUERAS; «Republicanismo, política y clases en la Restauración» en Manuel CHUST (ed.) *De la cuestión señorial a la cuestión social*, València, PUV, 2002, pp. 267-282.

Anacleto PONS y Justo SERNA; «Los nuevos vecinos. La burguesía financiera, el control social y la propiedad inmobiliaria en Valencia a mediados del siglo XIX» *I Congrés d'Història de la Ciutat de València, En Trànsit a gran ciutat (s. XIX-XX)* (1988) tomo III, ponencia 1.1.

Anacleto PONS y Justo SERNA; «La ciudad de papel: vecinos y propietarios en la Valencia del ochocientos» *Saitabi*, nº 56 (2006) pp. 149-166.

Anacleto PONS y Justo SERNA; «Trenor: hechos y palabras» en AA. VV.; *Trenor. La Exposición de una gran familia burguesa*, València, PUV, 2009, pp. 17-138.

Manuel PORTILLA (Dir.); *Bilbao en la formación del País Vasco Contemporáneo (Economía, población y ciudad)* Bilbao, Fundación BBV, 1995.

Manuel PORTOLÉS SANZ; «De los comienzos de la Caja de Ahorros de Valencia a Bancaja» en Nicolás BAS MARTÍN, y Manuel PORTOLÉS SANZ (coords.); *Ilustración y progreso: la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia*, València, RSEAPV, 2010, pp. 281-320.

Antoine PROST; *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001.

Nieves PUJALTE; *Lo valenciano visto por los viajeros de los siglos XVIII y XIX*, València, Institució Alfons El Magnànim, 2012.

Pamela RADCLIFF; «Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo» en Nigel TOWNSON; *El republicanismo en España (1834-1977)*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 373-394.

Jorge RAMÓN ROS; «A caballo entre lo rural y lo urbano. Figura y experiencia de los “fematers” en Valencia (1900-1960)», comunicación presentada al *VII Congreso de Jóvenes Investigadoras e Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, 2019.

Céline REGNARD-DROUOT; *Marseille la violente: criminalité, industrialisation et société (1851-1914)* Rennes, Presses Universitaires, 2009.

Céline REGNARD-DROUOT; «Urban growth and police reform in Marseille (1855-1908)» *Urban History*, nº 43, 2 (2016) pp. 249- 265.

David-Sven REHER, María Nieves POMBO y Beatriz NOGUERAS, *España a la luz del censo de 1887*, Madrid, Instituto Nacional de Estadística, 1993.

Ramiro REIG, *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1986.

Ramiro REIG; «El caso valenciano: un proceso de modernización involutivo» en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.) *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 223-244.

Ramiro REIG; «El fracàs de la burguesia a València: Notes sobre la política municipal del blasquisme, 1901-1911» *Recerques: Història, Economia i Cultura*, nº 15 (1984) pp. 133-158.

Ramiro REIG; «La invenció de Valencia» *Afers*, vol. 13, 31 (1998) pp. 569-585.

Ramiro REIG, «La modernització de la ciutat» *Batlia*, nº 4 (1986) pp. 61-74.

Ramiro REIG; «València, 1875-1930» en Josep SORRIBES; (coord.) *València (1808-1991): En Trànsit a Gran Ciutat*, València, Generalitat Valenciana, 2007, pp. 46-240.

Paul RICOEUR; *La Memoria, la Historia, el Olvido*, Madrid, Trotta, 2003.

Pedro RUIZ TORRES «Política social y nacionalización a finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX» en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (coord.); *La nación de los españoles: discursos y prácticas del nacionalismo español en la época contemporánea*, València, PUV, 2012, pp. 15-38.

Barbara ROSENWEIN; *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Nueva York, Cornell University Press, 2006.

Raphael SAMUEL; *Teatros de la Memoria. Vol I: pasado y presente de la cultura contemporánea*, València, PUV, 2008.

Manuel SANCHIS GUARNER; *La ciutat de València: síntesis d'història i de geografia urbana*, València, Cercle de Belles Arts, 1972.

Manuel SANCHIS GUARNER, *El sector progressista de la Renaixença Valenciana*, València, Universitat de València, 1978.

Carles SANCHIS y Ignacio DÍEZ; «Huerta y ciudad: contigüidad geográfica y distancia cultural» en Joan ROMERO y Miquel FRANCÉS (ed.), *La Huerta de Valencia: un paisaje cultural con futuro incierto*, València, PUV, 2012, pp. 77-98.

Luz SANFELIU; *Republicanas: identidades de género en el blasquismo (1895-1910)* València, Universitat de València, 2005.

Ismael SAZ; «Una masa es una masa es una masa. O sobre la transmutación del siglo de la democracia en siglo de las masas» *El siglo XX: balance y perspectivas: V Congreso Asociación Historia Contemporánea*, València, Universitat de València, 2000, pp. 409-418.

James C. SCOTT; *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta, 2003.

Joan SCOTT «El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad» *Ayer*, nº 62, 2, (2006) pp. 111-138.

Enric SEBASTIÀ; «El mercado urbano y su intérprete» en AA. VV; *Vicente Blasco Ibañez: la aventura del triunfo 1867-1928*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1986, pp. 15-36.

Enric SEBASTIÀ; *La sociedad valenciana en las novelas de Blasco Ibañez*, València, Fundación Instituto Historia Social, 2000.

Carlos SERRANO; *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)* Barcelona, Península, 2000.

Susana SERRANO ABAD; «El Bilbao del progreso: gestión municipal y servicios públicos» *Historia Contemporánea*, nº 52 (2016) pp. 139-177.

James SCHMIECHEN; «Londres i el mercat públic britànic. Alimentació urbana, forma arquitectònica i llenguatge cultural» en José Luis OYÓN y Manuel GUÀRDIA (eds.); *Fer ciutat a través dels mercats: Europa, segles XIX i XX*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, 2010, pp. 73-104.

Michael SCHUDSON, *Discovering the News: a Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1981.

William H. SEWELL; *Work and Revolution in France: the language of labor from the old regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

Vicent SIMBOR, «La Renaixença i la normalització literària» en Ferran CARBÓ (et alia.) *Escalante i el teatre del segle XIX (Precedents i pervivència)* València, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 1997, pp. 347-373.

Carles SIRERA; *Cuando el fútbol no era el rey: los deportes en el espacio público de la ciudad de Valencia (1875-1909)* València, PUV, 2008.

Neil SMITH; «Antinomies of Space and Nature» en Andrew LIGHT y Jonathan M. SMITH (ed.); *Philosophy and Geography II: The Production of Public Space*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 1998, pp. 49-69.

Edward SOJA; *Postmetrópolis: Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008.

Josep SORRIBES; *Crecimiento económico, burguesía y crecimiento urbano en la Valencia de la Restauración (1894-1931)* Madrid, Fundación Juan March, 1983.

Josep SORRIBES, “La transición urbana: método y resultados. Valencia 1874-1931” en José Luis GARCÍA DELGADO; *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 197-222.

Gayatri SPIVAK; *¿Pueden hablar los subalternos?*, Barcelona, Museu d’Art Contemporani de Barcelona, 2009.

Gareth STEDMAN JONES; *Lenguajes de clase: estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, Madrid, Siglo XXI, 1989.

Carolyn STEEDMAN; *Dust*, Manchester, Manchester University Press, 2001.

Jon STOBART y Ilja VAN DAMME; «Introduction: markets in modernization. Transformations in urban market space and practice, c. 1800 - c. 1970» *Urban History*, vol. 43, 3 (2016) pp. 358-371.

John STOREY; *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona, Octaedro, 2002.

Manuel SUÁREZ CORTINA; «La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931» en Nigel TOWNSON (ed.) *El republicanismo en España (1830-1977)* Madrid, Alianza, 1994, pp. 139-164.

Manuel SUÁREZ CORTINA; «La Restauración (1875-1923) en la historiografía del siglo XXI» *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, nº 52 (2017) pp. 9-21.

Manuel SUÁREZ CORTINA; “Radicalismo y reformismo en la democracia española de la Restauración” *Berceo*, 139 (2000) pp. 49-66.

Francisco TABERNER, *Valencia: entre el ensanche y la reforma interior*, València, Alfons el Magnànim, 1987.

Mercè TATJER; *Burgueses, inquilinos y rentistas: mercado inmobiliario, propiedad y morfología en el centro histórica de Barcelona: La Barceloneta, 1753-1982*, Madrid, CSIC, 1988.

M^a Jesús TEIXIDOR; *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*, València, Institució Alfons el Magnànim, 1976.

M^a Jesús TEIXIDOR, «La calle de la Paz (Valencia)» *Cuadernos de Geografía*, nº 8 (1971) pp. 83-103.

Josep TERMES; *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*, Barcelona, RBA, 2011.

Christian TOPALOV, «Les réformateurs et leurs réseaux: enjeux d’un objet de recherche» en Christian TOPALOV (Dir.), *Laboratoires du nouveau siècle: la nébuleuse réformatrice et ses réseaux en France, 1880-1914*, pp. 11-58.

Jens TOFTGAARD; «Marketplaces and central spaces: markets and the rise of competing spatial ideal in Danish city centres, c. 1850-1900» *Urban History*, nº 43, vol. 3 (2016) pp. 372-390.

Antoni TORDERA «Teatre i espectacle el 1909: a propòsit de València» en Ferran ARCHILÉS (ed.) *La Regió de l'Exposició: la societat valenciana de 1909*, València, PUV, 2011, pp. 103-121.

Manuel TUÑÓN DE LARA; «Las élites del poder en la España de la Restauración» José A. FERRER BENIMELI; *Masonería, política y sociedad*, Zaragoza, Centro de E. Históricos de la Masonería Española, 1989, vol. 2., pp. 825-844.

Jorge URÍA «Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social» en Jorge URÍA (coord.) *Institucionismo y reforma social en España*, Madrid, Talasa, 2000, pp. 109-145.

Rafael VALLEJO POUSADA; «El impuesto de consumos y la resistencia antifiscal en la España de la segunda mitad del siglo XIX: un impuesto no exclusivamente urbano» *Revista de Historia Económica*, primavera-verano 1996, nº 2, pp. 339-370.

Mariana VALVERDE; «The Dialectic of the Familiar and the Unfamiliar: 'The Jungle' in early slum travel writing» *Sociology*, vol. 30, nº3 (agosto 1996) pp. 493-509.

Fernando VICENTE; «Barrios Negros, Barrios Pintorescos. Realidad e imaginario social del submundo madrileño (1860-1930)» *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, nº 12 (2014) pp. 37-65.

Charlotte VORMS; «La ville sans plan? Le faubourg de la Prosperidad à Madrid (1860-1940)» *Histoire Urbaine*, nº8, 2 (2003) pp. 103-128.

Judith WALKOWITZ, *La ciudad de las pasiones terribles: narraciones sobre peligro sexual en el Londres victoriano*, Madrid, Cátedra, 1995.

John K. WALTON; «Current trends in nineteenth and twentieth-century Spanish urban history» *Urban History*, 30, 2 (2003) pp. 251-265.

Raymond WILLIAMS; *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.